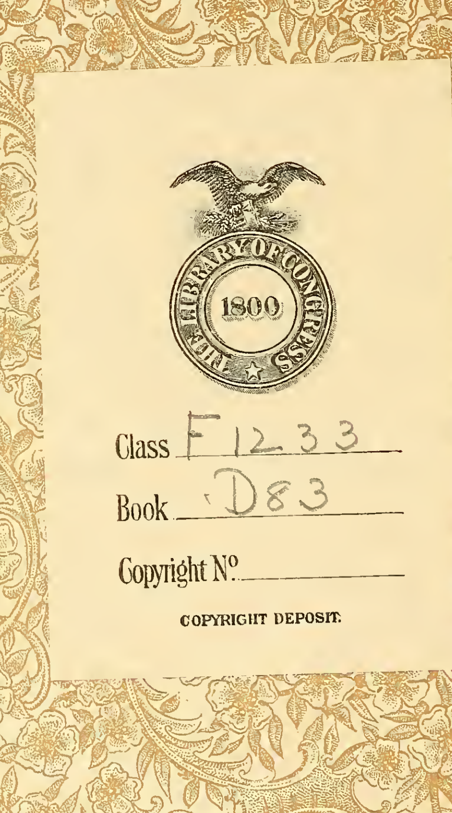
Heroe y Caudillo


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800
Class F1233
Book .D83
Copyright No.
COPYRIGHT DEPOSIT.



HEROE Y CAUDILLO

Quid? cum est Lucilius ausus
Primus in hunc operis componere carmina morem
Detrahere et pellem, nitidus qua quisque per ora
Cederet introrsum turpis: num Laelius et qui
Ducit ab oppressa meritum Carthagine nomen,
Ingenio offensi? aut læso doluere Metello,
Famosisque Lupo coopertis versibus?

Qué, cuando Lucio se atrevió el primero
A censurar en sátiras mordaces
Las costumbres romanas, y la máscara
De hipocresía que ocultaba el rostro
De los perversos, con osada mano
Arrebató, decidme, ¿Acaso Lelio
O el capitán insigne cuyo nombre
De fama y gloria se cubrió en Cartago,
Se disgustaron? Se ofendió Metelo,
O el renombrado Lupo, con sus versos?

Horacio.—Lib. II., Sat. I.

La democracia, si no me equivoco, es el ideal de Díaz........

LEON TOLSTOI.

......Vivendi recte qui prorogat horam,
Rusticus expectat dum defluat amnis; at ille
Labitur, et labitur in omne volubilis ævum.

Quien para obrar honradamente la hora
Siempre pospone, es semejante al rústico
Que espera que se seque la corriente
Para pasar un río,—cuyas aguas
Siguen su curso edades tras edades.

HORACIO.—*Lib. I. Ep. II.*

A force de s'admirer lui-meme, il a fini par ne plus apercevoir dan ses adversaires et meme dans ses rivaux que des scélérats dignes du supplice.

A fuerza de admirarse á sí mismo, ha concluido por no ver en sus adversarios y aún en sus rivales, més que malvados dignos del suplicio.

TAINE.—"*Origenes de la Francia.*"

HEROE Y CAUDILLO

HEROE Y CAUDILLO

(Continuación de MEJICO PACIFICADO)

POR

ADOLFO DUCLOS-SALINAS

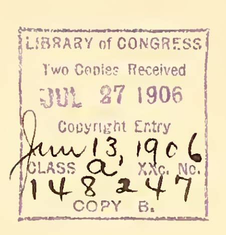




ST. LOUIS MO.

SPANISH-AMERICAN PUBLISHING CO.

MDCCCCVI


LIBRARY of CONGRESS
Two Copies Received
JUL 27 1906
Copyright Entry
Jun 13, 1906
CLASS a XXc. No.
148247
COPY B.

DEDICATORIA

Vengo á hablaros en un lenguaje ¡oh, Juventud alboreante! que nunca habeis aprendido; en un lenguaje ¡oh, generación ayer esforzada! que olvidasteis en menguada hora, y que sonará, no hay duda, en vuestros oidos desacostumbrados, como los preceptos del Hammurabí en los de los asirios de la edad presente. Imposible parece, en verdad, que tan pronto se corrompan hombres y pueblos al influjo de la tiranía; mas, la historia de la Humanidad es así: Horacio, que aduló á Augusto y quemó incienso á los poderosos, fué el mismo que en su juventud huía de Mecenas y lidió en los Campos Filípicos por las antiguas libertades romanas; Sixto Pompeyo, primero en reconocer la autoridad del infernal heredero de Augusto, fué nada menos que hijo del gran repúblico, cuyo nombre se cernía, causando estremecimientos, como sombra amenazante, sobre el floreciente imperio de Octavio.

Para mi no hay en Méjico más que mejicanos: no existen discenciones políticas, todos nos hermanamos en la adversidad. Los hay infortunados, porque comprenden el sonrojo de vivir sin ley, sujetos á una voluntad omnímoda, á cuyos impulsos pasionales se mueven ú obran como autómatas; y los hay con mucho más infortunados todavía, porque se embriagan con el perfume de sangre de la flor

de lis que marca sus espaldas. Hay esclavos que besan sus cadenas, y es porque no las arrastran como los presidiarios, —como debieran arrastrarlas,—sino que se enroscan en sus espíritus estrechos, y, como á los ascetas españoles del Siglo XVI, les hacen "sentirse dichosos de encontrarse tan pequeños".—¡Sí; pero sin los altos ideales de los místicos del Siglo de Oro!

¿Qué nos queda de los que lidiaron media centuria por legarnos un Código, que expresión fuera ó desideratum del Súbdito de los Virreyes evolucionado en Ciudadano de la República?—Una masa humana, heterogénea, á la que con látigo y cárceles se enseña á diario, que pensar libremente y expresar con franqueza lo que se discurre, si no es en loa del César, constituye el más atroz y punible de los delitos humanos.

Y, sin embargo, como alguien ha dicho, suprimidle al ciudadano el derecho de expresar con libertad sus pensamientos, y virtualmente le suprimis el derecho de pensar. Si el propósito no es viable, entonces es absurdo ó criminal; y si, por el contrario, es practicable y se realiza, entonces habeis constituido una nación de idiotas, de seres incapaces de pensar, al menos sin sujestión. Ahora bien, gobernar idiotas, eunucos intelectuales, no es gobernar: esa obra no es la de un gobernante, sino la de un capataz que dirije á su sabor, y por donde le conviene, un hato de seres humanos anestesiados.

Creo, á pesar de todo, en la resurrección de los pueblos, y hago votos ¡oh Patria! porque en ti renazcan ciudadanos dignos, que culto ferviente rindan á la Libertad y á la Justicia.

ADOLFO DUCLOS-SALINAS.

LIBRO I

EL FONDO DEL CUADRO.

La toute-puissance subite et la license de tuer sont un vin trop fort pour la nature humaine; le vertige vient, l'home *voit rouge*, et son délire s'acheve par la férocité.

H. A. TAINE.

Ibant per obscura sole sub noctæ per umbras

Entre las densas sombras de la noche
Caminaban........

VIRGILIO.—*Eneida.*

HEROE Y CAUDILLO

AL LECTOR

El fracaso no acobarda más que á los pusilánimes. Para el que sabe sufrir, la adversidad no existe. Para quien sabe sentir y pensar hondamente, poner á prueba de ruina sus ideales, es fortalecerlos y templarlos. Sócrates, ante un jurado que no le era del todo adverso, pudo salvarse cediendo un tanto á las insinuaciones de Critón; pero él mismo se condenó á muerte, porque, más que perecer lidiando heroica y gloriosamente contra los esparciatas, ambicionaba y le enardecía la esperanza de morir denunciando la vergüenza, el escándalo, la corrupción de un pueblo sin virilidad ni patriotismo.

Contra "Mejico Pacificado" se alzó lúgubre la conspiración del silencio. Un frío de tumba recorrió los nervios adormilados. Se habló de él en voz baja, con sobresalto, é interrogando con mirada ansiosa las paredes. En la atmósfera se cernía una amenaza sorda, como el trueno, sin principio, fin, ni dirección perceptibles, de una tempestad lejana. Mas no por ello le faltaron lectores: túvolos aún de los más envilecidos,—¡ los cuales corrieron luego á purificarse al Sol de rutilancias rojizas, que, semejante al del Universo de Gama, mancha con rastro de sangre nuestra his-

toria. Pocos fueron, en verdad, relativamente al número de los agraviados, quienes solicitaron nuestro libro: raquítica fué su circulación; pero, algunos lo leyeron y eso basta. —Un dia pagó París precios fabulosos por los lienzos de Jean Francois Millet, ¡de Jean Francois Millet que había mendigado con ellos, de puerta en puerta, por las calles de Paris! Y quien escribe, obra ó crea, porque crear, obrar ó escribir en él forma parte de su naturaleza, no avizora el día del triunfo, ni las calamidades presentes le atribulan, y bástale que su espíritu descubra en un horizonte lejanísimo, un punto que brilla con la luz pálida de la promesa. Si se ambiciona el bien y se persigue la causa de la redención de los hombres en sus múltiples aspectos, ese espejismo será realidad en día más ó menos alejado: los átomos trabajan millones de siglos para formar mundos..........

Desde un punto de vista financiero, "MEJICO PACIFICADO" fué un fracaso. Y nó por su mayor ó menor valía literaria, (pues que esta clase de obras no se juzgan de esa suerte), sino porque, como digimos en otra ocasión, "aún no se rompen las tinieblas, aún no asoma el claro día de nuestra redención política".

Un nuevo volumen,—el segundo de la serie—, ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Como ayer, en lo presente, no nos deslumbra la perspectiva de un triunfo imposible, ni esperamos ver abiertas las puertas de todos los hogares de nuestra patria, al humilde libro, en que, si bien la virtud y el mérito se enaltecen, en cambio se fustiga cruelmente á los malvados: á los que tal nombre en realidad merecen, sin reparar en su alcurnia ó en la inquina de sus descendientes.—Porque, si hay malvados en el mundo, nó son, por cierto, los ladrones, ni los asesinos, ni los parricidas; sino los corruptores de pueblos. Nada puede darse á trueque del deshonor del hombre como ciudadano: no hay paliativos, se es ó no se es, el medio es la atrofia, el cercenamiento vergonzoso de la virilidad cívica. "Mutilad los derechos del ciudadano, y creais el desnivel político, atentais contra la vitalidad del

Estado," ha dicho un notable publicista contemporáneo.

Nó, nuestro libro no contará con el gran reclamo de falanges mandadas operar en pro y en contra; porque en él no se trata de la justificación de actos criminales de un poderoso, mediante la calumnia sacrílega; pero sí juzgar severamente osaremos al "HEROE" de la Intervención Francesa, al "CONSPIRADOR" de las Administraciones de Juárez y de Lerdo, al "CAUDILLO" pujante,—de inestinguible ambición—, de dos revoluciones injustificables, y las cuales en vano se pretenderá bastardear en nuestra historia.

"MEJICO PACIFICADO"—sombrío drama desarrollado entre dos crímenes espantosos—, fué el "PROLOGO" que debería ponernos á la vista á algunos de los personajes más relevantes, entre los que á su tiempo irán saliendo por los escotillones y bastidores de las "ADMINISTRACIONES TUXTEPECANAS". —"HEROE Y CAUDILLO" es el principio, la iniciación del "PROCESO": en él fijamos, como en preparado lienzo, la silueta de un Héroe, que pasa por el fondo de nuestra historia moderna ocultándose en segundo término; pero que luego aparece, delineado con más firmes relieves y mayor colorido, para desfigurarse y transformarse á vuelta de unas cuantas pinceladas, en Jefe de sedición, —de una sedición que triunfa, y la cual traiciona más tarde. A medida que la imagen se agranda, el *Heroe* va desapareciendo, hasta esfumarse del todo en amenazante nublazón de sangre y crímenes.

Y en vano gritará el Pueblo un día: "Varo, Varo devuélveme mis legiones."—Las legiones así perdidas no se recuperan nunca: de la muerte sólo debe esperarse la podredumbre. Muerta la Libertad, sólo restan la degradación corrosiva, el deshonor que se regodea en su fango, como los griegos encantados por la homérica Circe.

Réstanos repetir ahora lo que en "MEJICO PACIFICADO" asentamos: jamás descenderemos á la calumnia, ni mucho menos al sagrado del hogar; ni encono ni predisposición mostraremos contra aquellos de nuestros personajes, que aún se agitan y luchan en la escena. Políticos son ellos, la vida política es por esencia artificial, fundamentalmente

varia en su uniformidad aparente, y más de una vez, por lo mismo, podremos deprimir á quien, delincuente como político, digno sea del mayor respeto en un desarrollo diverso de sus facultades morales.

Y si nuevamente fracasamos, pueda nuestro amor á la Patria prestarnos todavía alientos, para permanecer firmes en la brecha, lidiando por la causa santa de nuestra redención política.



CAPITULO I.

Plan de la Obra.—El Clero de Nueva Espana.—Reaccion Politica y Filosofica.—Proyectos de Traicion a Espana.—El Legado de la Independencia.—La Gran Lucha.—Elementos Antagonistas.—Superioridad de los Recursos Clericales.—Liberales Catolicos.—Trajica Perspectiva.

No vamos á estudiar los hechos en sí mismos, sino la filosofía de los hechos; por lo mismo no será de nuestro resorte profundizar sus detalles, desmenuzarlos, sino desprender de aquellos tales enseñanzas, que puedan ayudarnos al estudio de un carácter. Colorido, y no fastos ni gestas pediremos á la historia; y los móviles, más que las acciones en sí mismas, ó sus resultados inmediatos ó lejanos, serán asunto de nuestras inquisiciones.

La parte que el clero tomó en nuestra guerra de independencia, constituyó una deuda de gratitud que la República debería pagar bien cara.

Cortés, con singular previsión, vió en lo por venir lo que llegaría á ser, andando el tiempo, ambición casi exclusiva del clero de la Nueva España, es á saber, presintió su inmoderado anhelo de enriquecerse, para hacer luego de su riqueza un instrumento poderoso de dominio. Por eso propuso á Fernando el Católico el patronato, que colocaba al Rey entre la cleresía y el Papa. La lealtad del cle-

ro á la corona, se aquilató siempre en pesos y reales. Y así no es de extrañarse, que cuando en España el empuje recio de las ideas modernas, obligó á Fernando VII á jurar la Constitución de 1812, el clero de la Colonia experimentase una trepidación formidable.

Al finalizar la segunda década del Siglo XIX, las ideas rejuvenecedoras de la Revolución Francesa hallaban en la madre patria intérpretes valerosos, cuyos escritos, esperados y devorados con impaciencia y ansiedad por los vasallos del Virreinato, iban dirigidos especialmente contra la corrupción, inmoralidad, turbulencia y avaricia insaciable de los Obispos y corporaciones religiosas, é incitaban á reivindicar de éstos los bienes que, en nombre de las deidades celestes, habían arrancado con maña de las manos de los hombres.

Extraordinariamente rico el clero de la Nueva España, temió, como era natural, que tales ideas se difundieran en ésta. Y sus temores llegaron al punto en que todo sentimiento noble y aspiración generosa vacilan, cuando aceptada por el Virrey la Constitución promulgada por las Cortes Españolas, prodújose en la Colonia una efervescencia política tan inesperada cuanto formidable.

Ocioso, inútil es el afanoso intento de los tiranos, (ó de sus instrumentos), cuando asfixiar pretenden las ideas vitalizadoras que tienden al ennoblecimiento y progreso intelectual y moral de los pueblos, creándolas una atmósfera de terror en que se mortifican y oprimen. Como el "rotario" de los microbiologistas, tales ideas tienen la facultad de "perecer en apariencia", á trueque de volver á la vida llenas de vigor, si un rayo de luz y un medio propicio les proporcionan oportunidad para ello.

Mentira parecía, que la que hasta pocos años atrás, palenque fuera tan sólo de justas literarias, en que apenas si se tocaban otros tópicos que el socorrido de la beatitud y liberalidad sin límites de los monarcas españoles, casi de improviso hubiérase tornado en arena política, donde el libre pensamiento cobró grandes vuelos y las ideas nuevas, esperezadas y lanzándose sin miedo á la lucha, hubiesen

desplegado vitalidad tan asombrosa, como mayor no la vió nunca la República, si no fué en los tiempos de Juárez y de Lerdo; y como, á buen seguro, no la verá la generación presente, sino mediante un derrumbamiento muy próximo á la total ruina de la patria........

Decíamos que al iniciarse en la Nueva España el combate entre los principios demoledores de los Enciclopedistas y los que de urdimbre sirvieran para formar la red en que se hallaban aprisionadas las conciencias timoratas de los moradores de ultramar, el clero, ese ingenioso artífice de maravilla tal de sagacidad y paciencia, comprendió que las mallas se deshacían, que era preciso contraer la red y disminuir el radio de la pesca. Pensó entonces, que muy bien podía independerse de la tutela real y de la madre España, á trueque de salvar sus tesoros, y entenderse directamente con los pontífices de Roma. Y así lo hizo. El *Plan de Iguala*, encaminado á protejer los bienes del clero segregando la Colonia de la madre patria, (lo cual constituía, respecto á ésta, un acto de monstruosa ingratitud), fué para los mitrados plan salvador, desde un punto de vista financiero. Y los "pastores de almas" no pudieron vacilar cuando se trató de poner á salvo los tesoros de sus arcas, —tan útiles para comprar "rebaños de guerreros" en las contiendas políticas. Y esta ambición bastarda, este móvil indigno y rastrero, vino á servir ¡increible parece! tras de diez años de batallar rudo y sangriento, para dar remate y glorioso finiquito á la obra redentora, casi divina, de los que en 1810,—en el nombre sagrado de la Independencia, —se lanzaron con fe de apóstoles, nó á la victoria, sino á ungir su causa vilipendiada por los opresores, con la sangre purificadora del martirio.

La Independencia, pues, nos dejó una lucha. Quedaban en la arena, tras el triunfo, dos combatientes irreconciliables. Uno, todo ambición, mercantilismo, profundo sentido práctico, adiestrado en el arte de la opresión y el disimulo; el otro, todo ideas, indigestas enseñanzas, sin norte cierto, con desconocimiento supino de los elementos humanos á su disposición, ahito de ensueños, soberbio en la confianza

suprema que depositaba en su causa. El primero traía en la tradición de siglos, el arte que la misma Penélope no poseyó: tejer en las tinieblas; el segundo, da los primeros pasos en campo abierto por la generosidad espléndida de Guerrero. El detalle, la solidez en la trama, la ventaja de la previsión y el cálculo, pertenecían á los primeros; el esfuerzo creador, el magnetismo de las ideas que hacen al hombre erguirse en toda su altura al medir la elevación de sus nobles ideales, y á más, el prestigio del triunfo y el vínculo con recientes heroísmos, impartía cierta superioridad aleatoria á los segundos. En cambio, contaba el sacerdote con un punto de apoyo sólido para levantar el país: la conciencia religiosa del pueblo fanático; mientras que los liberales tenían que apoyar sus picas en la deleznable arena de las ideas abstractas y de teorías incomprensibles para la mayoría de los beneficiados por ellas.

La Guerra de Independencia no había terminado, en realidad, con la entrada del Ejército Trigarante á Méjico. La nueva campaña (que á raíz de ésta ya se divisaba), sería mucho más cruel y reñida que la anterior. Soldados independientes lucharon, primero, contra soldados del Rey; armas contra armas, acero contra acero; las triquiñuelas eclesiásticas fueron entonces meros detalles; mas ahora, había que lidiar con un enemigo distinto; terrible en su poderoso aislamiento.

Sin afecto de patria, ciudadano de Roma, poseía ya casi las dos terceras partes del territorio en disputa; y los que habían llegado á ser ciudadanos de la República, eran al propio tiempo vasallos de su Pontífice. Sin familia ni hogar, sus tentáculos penetraban en todos los hogares; y en cada altar, en cada estampa, en cada cruz, y hasta en el escapulario oculto en el seno de la vírgen, poseían otros tantos cómplices y tácitos propagandistas de su causa. La hija, la madre, la esposa, fueron siempre materia dúctil para la artimaña del fraile. Sin afecto alguno mundanal, la actividad fecunda y poderosa de su cerebro se ejercitaba en acaparar bienes mundanales, exigiendo el despojo de éstos á cerebros reblandecidos, en vísperas del aniquilamiento,

en nombre del amor divino, ultra-terrestre, del Diós misericordioso que crió los cielos......y el infierno. Con fingida repugnancia á los asuntos políticos,—como de sí afirmaba el célebre Obispo Munguía,—la política sería su medio; pero nó la que compra votos en los comicios, sino la que compra conciencias en los hogares.

La guerra es el azote del cielo, con que castigaba el diós de Israel á los pueblos que le disputaban sumisión á su secta privilegiada; por coniguiente, el sacerdote no podía poner en duda su procedencia divina, y mucho menos su eficacia en determinados casos. Si las enseñanzas posteriores de Jesucristo, San Clemente y Tertuliano, la estigmatizaron, Papas guerreros como Juan VIII y Urbano II reivindicaron sus fueros y nuevamante la dieron plaza en el catálogo de las buenas obras.

Los liberales de entonces, al divorciarse de la política clerical, *permaneciendo catolicos*, daban, por ventaja, el brazo del corazón al enemigo. Aguella lucha, solapada al principio, durante el perodo indefinido de segregación espiritual (en que las conciencias se ballaben sujetas á continuos vaivenes), iría enardcieéndose más y más al paso de los años. No cabía reconciliación posible entre los bandos contendientes. La intentarían, si, grandes hombres, dotados de espíritus de gran temple; pero al fin rodarían por la arena, impotentes, exasperados, cercanos al punto en que la descepción nos orilla al odio de nosotros mismos y al suicidio moral. Y asomarían épocas terribles, crisis espantosas, y ya sería tarde para gritar á los locos que ensangrentados se magullaban en el Circo, sin atender á la fiera que se acercaba: "*cave gladiator*" como en la Roma de los Césares.........



CAPITULO II.

Patriotismo de Iturbide.—El Plan de Iguala.—El Clero y la Independencia.—Beneficio Impremeditado. Triunfo de los Principios Liberales.—Se Inician los Pronunciamientos.—Catolicismo y Nacionalidad.—El Enemigo Comun.—Decada Liberal. Guerras Extranjeras.—Actitud Vergonzosa.

Don Carlos María Bustamante decía en uno de los prólogos de su Cuadro Historico, que leyendo Iturbide la Historia de la Revolucion de Anahuac, escrita por el P. Mier, y viendo en ella el desairado papel que representaba en la grandiosa lucha de su patria por obtener la Independencia, se arrepintió, y resolvió coadyuvar al final triunfo de tan noble causa.

Esto no es cierto. Iturbide se dejó comprar por el clero, que, como dejamos dicho, temió las consecuencias de la restitución á España, en 1820, de la Constitución liberal promulgada por las Cortes de 1812. Los frailes conocían el punto vulnerable en la fortaleza del guerrillero azote del Bajío, así es que se dirigieron á él con un plan ya madurado y seguros del éxito. La vanidad del militar, acosquillada por los tintes de magnanimidad heroica de la empresa, fué el resorte para orillarle á traicionar su causa. Y de esta suerte burlaría la confianza en él depositada sin tino, por el último de los Virreyes de la Nueva España.

El Plan de Iguala, por el que tratábase de establecer en aquélla una monarquía católica regida por un príncipe español, fué el resultado inmediato del complot frailesco; y merced al noble desprendimiento y magnanimidad del Jefe Suriano, la independencia de la colonia fué un hecho.

Por consiguiente, nuestra independencia fué un triunfo indisputable del clero; pero un triunfo sin gloria. Fué una consecuencia favorable, inesperada, desprendida de premisas falsas. Un día, en 1852, dos mineros reñían en un rincón del entonces desierto "Far West." En la exaltación del combate, uno de ellos cogió un pedrusco y lo arrojó con fuerza hercúlea á su adversario. Hirió á éste el proyectil. rosándole el cráneo, y fué á hacerse pedazos contra la roca basáltica de la montaña. Huyó el presunto homicida, y en cuanto el lesionado recuperó el uso de los sentidos, volvió maquinalmente la vista hacia el pedrusco que le había herido. Lo cogió, lo examinó un instante, y ¡halló que en el cuarzo se ocultaba una enorme pepita de oro! Tal fué el origen de una gran fortuna de California. Pero, la comparación no es de todo punto exacta. El heridor huyó, convirtiéndose en benefactor casual en un momento de ira; la fortuna fué debida al instante de un crimen pasional é impremeditado, que no llegó a consumarse; pero, el ya "Partido Consrvador," permaneció en el campo, y nó para convertirse en observador pacífico del que resultó acto benéfico, (sin pretenderlo), sino para seguir arrojando, con inquina inaudita, sus proyectiles de odio y de venganza bárbara, sobre los que declaró adversarios; de modo semejante al con que el Cíclope Polifemo los dirigía, á los prisioneros fugitivos de su Isla.—Y así lo hizo, hasta que en Calpulálpam, cuarenta años después, dejó enterrada su bandera negra en lodo amasado con sangre fratricida, para lanzarse á mayores alturas en el vuelo del crimen.

Cáe Iturbide, y dos años depués la Constitución de 1824 viene á ser un verdadero triunfo para los liberales. Era la importación á Anahuac de una forma de gobierno que se habían dado,—conforme á las más avanzadas teorías revolucionarias,—los Estados Confederados del Norte, y la san-

sión á ella de los constituyentes, entrañaba un desconocimiento inconcebible del medio explotable para obtener un fin;—fin que se había determinado, allende el Bravo, con factores muy diversos. Pero el hecho mismo de haber resultado triunfante la Constitución de los Estados Unidos, significaba nó solamente un triunfo positivo de las ideas liberales, sino, además, un reto formidable al clero reaccionario,—á ese parásito rebelde, que, en la agrietada roca del pasado, ahora como entonces, desafía el viento de los siglos y las arrasantes mareas de la moderna civilización.

No era de pensarse que el reaccionarismo dejara de recoger el guante. Y lo recogió, en efecto, casi despreciando á su adversario,—como que de antemano se hallaba casi seguro del triunfo. Tampoco entraría á la lucha civil, (como años después trató de conjurar la invasión americana) esgrimiendo salterios y combatiendo con misas, rogativas, dobles y procesiones al enemigo común; ni siquiera imitaría á aquellos guerreros orientales, que presentaron batalla con grande algarabía, sonando bombos, lanzando cohetes y haciendo un ruido infernal, pretendiendo con ello espantar al adversario; ó á las potencias infernales. Todo eso era demasiado evangélico para los ingeniosos inventores de las torturas inquisitoriales.

Contaba entonces el clero, como hemos dicho, con las dos terceras partes de la propiedad nacional, ora por posesión directa, ó por medio de hipotecas; así es que sus medios de acción eran punto menos que ilimitados. Añádase á esto su poderosa influencia espiritual, aún en los ánimos de la mayor parte de los liberales, (los cuales, aunque de ideas avanzadas en política, eran en su mayor parte conservadores en creencias religiosas), y se comprenderá que razón tenían para contar ciegamente en el desenlace final de la pugna, la cual, cada día más y más se exacerbaba.

Creía Plutarco que era más fácil edificar y sostener una ciudad en los aires, que un pueblo sin instituciones religiosas; pero era que los dioses de la antigüedad, jamás enseñaron en sus cánones el desprecio de las cosas terrenales,—dejando al mismo tiempo el casi exclusivo provecho

de éstas á sus delegados espirituales. Tampoco les enseñaron á divorciarse del hogar, de la familia y de la patria. Eran demasiado *hombres* los dioses de Plutarco, para predicar absurdos tan abominables. Los dioses de Egipto, Persia y la India, una vez naturalizados en Grecia, amaron sus mujeres y las dieron héroes y semidioses. El diós de Roma, se elevó de la pira mortuoria del Quirinal, divinizándose así al fundador de la ciudad. Razón tenía, pues, el filósofo de Beocia: no puede haber pueblos, ni naciones, donde hacen falta dioses como los de Grecia y Roma.—Jesucristo fué un filósofo divino. Un día se expresó así: "dad al César lo que es del César," lo cual constituye una máxima admirable de buen gobierno y radicalmente positiva; pero, en ninguna ocasión dijo: "ama á tu patria como á tí mismo, más que á tí mismo."—Quizás porque, como siglos después el ex-teólogo de San Sulpicio, creyó que el patriotismo era "una forma egoista de amor á la humanidad." No mucho más tarde, el "Vidente de Judea," debería exclamar con desencanto: "mi reino no es de este mundo!" herido por la nostalgia del bien, decepcionado ante la maldad que se yergue siempre dominadora, presidiendo la marcha de los hombres por el mundo, en su procesión atropellada ó desfalleciente á través de los siglos.

Ya á raíz de la emancipación, los pronunciamientos se sucedían á los pronunciamientos, unas conspiraciones á otras, crímenes sobre crímenes. Se luchaba en campo abierto, en la encrucijada, en la ciudad, en la prensa, en el gobierno; la disolución era radical, *organica*, pudiera decirse. En lucha abierta pasiones é ideas, con elementos étnicos heterogéneos—indios, criollos y europeos,—sin hallar todavía punto de apoyo el sentimiento de nacionalidad (bajo un aspecto universal y definido), perdíase con frecuencia la causa en un nombre, la intención política en la fortuna de un caudillo, la idea trascendental en el afecto irreflexivo; y, en conflicto tan grave, solamente podía divisarse un lazo de unión, un sello de nacionalidad, si puede decirse, entre aquel tumulto de pasiones, ideas, aspiraciones encontradas, propósitos irreconciliables, esfuerzos en opuestos sentidos:

¡La religion Catolica!—La religión católica, que era la misma profesada por todos los mejicanos, y que *pudo* entonces haber sido un "lazo de amor" que les uniera en parentesco espiritual,......si el fraile no la hubiera esgrimido como bandería política, como instrumento de matanza, y en su nombre no hubiera alimentado odios, levantado cadalsos y sembrado de horrores el territorio nacional.

Sin embargo, no precisa sagacidad extraordinaria para descubrir, que también en esta ocasión, como en el último capítulo de la guerra de Independencia, prestaría el clero á la buena causa un servicio tan valioso cuanto involuntario. Poco á poco, casi insensiblemente, un sentimiento nuevo fué infiltrándose, "haciendo camino," en la conciencia de la mayoría de los mejicanos. La "intuición nacional" empezaba á descubrir al *enemigo comun*. Y un anhelo de solidaridad, de unificación en el peligro, fosforecía á intervalos aún en los espíritus entenebrecidos por el fanatismo. Y principiaba á presentirse el bien comun, que es el sentimiento de patria en su realización más pura y altruista. Y de esta suerte fueron haciéndose posibles los tiempos, que, con Juarez y Ocampo, traerían la Reforma política y la unión nacional.

Tras de diez años de incubación liberal, triunfan al fin las doctrinas reaccionarias con Don Antonio López de Santa Anna; y el ex-caudillo liberal, rompe la Constitución de 1824 y echa los fundamentos de la Dictadura y el Militarismo.

En Octubre 23 de 1836 se publican las bases para una nueva Carta Constitucional, la cual es promulgada en 29 de Diciembre del mismo año. Algo de liberal quedaba todavía en las "Leyes Constitucionales," así es que no tardaron éstas en aparecer deficientes á los reaccionarios y en 12 de Junio de 1843 se promulgaron las "Bases orgánicas," que se conceptuaron fundamento firme y estable para la Religión y la Dictadura.

Durante la década liberal, Méjico tuvo que repeler una intervención extranjera, (1828), es á saber, la Guerra Española de Reconquista, intentada por el brigadier don

Isidro Barradas; y en 1838, durante el gobierno conservador, el príncipe de Joinville, en son de guerra, visitó las costas mejicanas del Golfo.—Fueron luchas sin gloria, y sin que en ellas se hiciera extraordinario gasto de dignidad. La nobleza y heroísmo del militar mejicano, se desplegaron en meros detalles, casi singulares, sin que el gobierno hubiera sabido darse cuenta de sus responsabilidades ante la Nación, ni la Nación se hiciera cargo del contingente que reclamaban el honor y el patriotismo. Las ambiciones políticas asfixiaban en los espíritus las aspiraciones más levantadas y los serios reclamos de los deberes más rudimentarios, por una causa de desvío semejante á la que movía al cobarde Honorio á discutir con interés los méritos de una salza recientemente inventada por su cocinero, cuando los godos de Alarico ya batían las teas incendiarias sobre los carcomidos muros de la ciudad de Rómulo. Un estado patológico de las conciencias, en uno y otro caso, les impedía justipreciar el peligro. Los romanos del siglo IV, iban ya perdiendo el sentimiento regional, asfixiado por la opresión y el fanatismo; y los mejicanos de la primera parte del siglo XIX, sin haber todavía sacudido el fanatismo y la opresión, apenas si daban albergue, en el fondo de sus corazones, á una esperanza deslumbradora y magnífica: la de que, en años por venir, llegara el día en que todos pudieran unirse en un sentimiento de solidaridad hermanados en un amor filial, respecto á la patria, semejante en todo al que santifica y proteje los hogares.—Y mientras esto no se lograra, la Traición, con el rostro iracundo de Górgona, asomaría terrible y amenazante en el fondo sombrío de todas nuestras luchas contra el Extranjero.

No, no había bastado la Independencia, ni el derrumbamiento del frágil Imperio de Iturbide, ni la Constitución Federal de 1824, ni las prédicas elocuentes de los Fernández Lizardi, Tereza de Mier, Juan Bautista Morales, Gómez Farías, Bustamente y Ramos Arispe, ni siquiera los esfuerzos en sentido opuesto dirigidos por el clero,—en el campo de batalla, en la prensa, el púlpito y el confesionario,—para hacer de la Nueva España la nación libre, indepen-

diente y unida, que debería ser asilo, orgullo y honra de sus moradores. ¡Ah, no es bastante para constituir una nacionalidad, agrupar miles y miles de individuos y amontonar leyes sobre ellos. Todo esfuerzo humano, en este sentido, se pierde, mientras ne se consiga unificarlos, coherirlos por afectos é intereses generales y recíprocos, confluentes en un punto cardinal: el reconocimiento del deber hacia la patria común, el cual nace del "concepto de ciudadanía." Y éste sólo se uniforma en paíse libres. Las tiranías producen esclavos; pero nó ciudadanos; soldados, pero nó patriotas; guerreros, como Druso y Germánico; pero no héroes como los Escipiones, los Marios, los Césares y Pompeyos. Por último, bajo la férula de las aristocracias, las naciones se tornan en rebaños; y en el pantano de las conciencias corrompidas por el servilismo y el estancamiento de las ambiciones nobles, se descoloran y mueren ¡flores bellísimas! "el amor á la libertad," que es la atmósfera vigorizante de los pueblos, el "amor á las instituciones," que es el secreto de vitalidad de los imperios. ¡Ay de los pueblos donde esas flores del cielo se hunden en el lodo y perecen! Así pereció Troya por la prostitución, Cartago por el mercantilismo, Tebas por la corrupción hierática, Grecia por las ambiciones egoistas y el desmembramiento de su territorio. Y la Roma de los Fabios, Camilos, Catones y Fabricios, sirvió de alfombra á las sandalias del bárbaro,—y concubinas fueron de éste sus mujeres y esclavos sus señores, y de pesebres sirvieron sus altares, y de cuarteles sus templos, cuando la Señora del mundo, tras una orgía de cuatro siglos y cubriéndose con una veste de oro y púrpura, se adormeció sonriente ¡para nunca más despertar! en triclinio de oro y marfil, recamado de vistosa pedrería: ébria de ensueños lúbricos, ahita de placeres criminales........


HEROE
Y CAUDILLO

CAPITULO III

Los partidos politicos.—Santa Anna Revolucionario.—Presidencia de D. Vicente Guerrero.—Invasion de Barradas.—Bustamante Dictador.—Asesinato de Guerrero.—Caida de Bustamante.—Santa Anna en la Presidencia.—Su Defeccion.—Triunfo del Clericalismo.—Insurreccion de Tejas.—Pretextos.—Santa Anna Capitula.—Libertad Humillante.—Vuelve a Mejico.

Para rememorar ciertas tragedias políticas, las naciones debieran izar sus pabellones á media asta y ceñirlos con crespones negros; así como en el siglo de Shakespeare adornábanse con negras draperías los salones en que se representaban los hechos calamitosos de personajes ilustres.

Ya para el año de 1832, una especie de vértigo habíase apoderado de los partidos políticos. Si puede decirse que el desórden tenía una alma, esa alma era, sin duda, el Gral. Don Antonio López de Santa Anna:—el patriota saltimbanqui, realista é insurgente, conservador y liberal; ora resorte de pronunciamientos, ó bien encajando en ellos sin esfuerzo alguno. Vanidoso por temperamento, valiente teatral y atrevido hasta la arrogancia;.....á menos que la ocasión no se le presentase de hacer ostentación de cobardía hasta el delito, y debilidad hasta la ridiculez. Espíritu

dúctil, impresionable, fácil de persuadir halagando sus pasiones, y susceptible, como pocos, á los oropeles del poder sumo, no carecía, sin embargo, de buenas cualidades. Solía, á las veces, enamorarse de las causas justas y obraba entonces con dignidad é hidalguía.—Historiadores hay que le hayan concedido el atributo de "rapidez y seguridad napoleónicas" en sus salidas violentas contra el enemigo, (cualidades que él estaba convencido de poseer, á no dudarlo); pero lo cierto es, que, con demasiada frecuencia, solía irse á reposar á su hacienda de Manga de Clavo cuando el enemigo le retaba; ó bien caminar demasiado de prisa, tras largas indecisiones, como en su infortunada marcha á la Angostura. Abreviando, poseía cualidades militares suficientes para mantener la República en revolución perpetua; pero sus dotes administrativas eran con mucho inferiores. Fué uno de esos hombres, azote ó castigo de los pueblos, que no comprenden el gobierno sin la opresión, sin el avasallamiento, sin la dictadura, y que, á semejanza de los reyes por derecho divino, (á quienes abandonó la Providencia ante el esfuerzo de las armas imperiales), creen, ó audazmente fingen creer, que el primero de los deberes de los pueblos, que en mala hora les soportan, es acatar con reverencia sus dictámenes inapelables. Esta "raza de víboras," como la designaría el texto sagrado, cuando una vez aparece en una nación, á semejanza de ciertos insectos dañinos, puede desaparecer del campo por más ó menos años; pero deja la larva incrustada entre las ruinas ó las sementeras desoladas.—Un insecto, el Picudo, venga actualmente en los algodoneros de Tejas, el gran crimen del 46; ¿nos deberá, un día, la nación americana, por razón de equidad histórica, la infección de la larva santanesca, ahora más floreciente que en ninguna época, allá donde se dilatan, á la margen derecha del Bravo, los desiertos septentrionales que van á quebrarse en las primeras estribaciones de la Sierra Madre? ¡Ay de la nación corrompida que llega á hacerse cargo de su degradación, y á confesarse llega en voz baja, temblona por el miedo: "todos los látigos se romperían en mi piel!"—IPSA SECIT CORIO OMNIA LORA!

Electo presidente, en 1829, D. Vicente Guerrero, (obteniendo al mismo tiempo la Vicepresidencia el Gral. D. Anastacio Bustamante), la República es invadida, meses después, por el brigadier Isidro Barradas.

La empresa de reconquista era para él ardua en extremo; pero nó porque los políticos de entonces hubiesen hecho sacrificio patriótico de sus rencillas domésticas, ante el peligro que á la nación amenazaba; lejos de ello, desatáronse en críticas extemporáneas y recriminaciones difamantes, contra el Caudillo de la Independencia. A pesar de ello, triunfaron las armas de la República; y tras el glorioso triunfo ......Bustamante se pronuncia en Jalapa, y ocasiona la caída de Guerrero. El pretexto para la revuelta, fué la nulidad de las elecciones (que á él mismo le hicieron Vicepresidente); y el fin, la Presidencia y la Dictadura.

Uno de sus primeros actos, fué decretar la incapacidad de Guerrero para gobernar la República; no obstante que aún no hacía mucho había demostrado lo contrario. Y á fin de que el decreto fuése de sanción inapelable, se valió de una arma—de buena ley en el reinado de las autocracias—arma de dos cortes, es a saber: la traición y el asesinato. Pero no transcurrió mucho tiempo sin que una indignación tan santa cuanto *ambiciosa*, se levantara contra el criminal gobernante; el cual, dicho sea de paso, en la capital de la República se había rodeado de hombres honrados y progresistas (según costumbre de muchos tiranos), promoviendo el desarrollo material, regularizando la administración y velando por el tesoro público. Santa Anna, como era de esperarse, fué el más conspicuo entre los *vengadores* de la sangre del genial Caudillo de la Independencia y de la reconquista española.

Habiendo sido derrotado Bustamante por las fuerzas de Santa Anna, en el *Rancho de las Posadas*, firmó los "CONVENIOS DE ZAVALETA," en los que reconocía que su elevación á la Vicepresidencia y desempeño de la Presidencia, habían sido tan ilegales, (cuando menos), como las del infortunado héroe suriano, á quien traicionó villanamente.

Bustamante hacía gala de honradez, de valor, de altas

dotes militares, administrativas y políticas. No porque él lo digera, pues no era vanidoso, sino porque sus pensamientos se revelaban en sus actos. Sin embargo, la política de persecuciones por él iniciada, fué impolítica; y su honradez era meramente de intención, del *yo* subjetivo. Víctima de una "ilusión de la vida individual," como Shopenhahuer la entendía, no le era posible abarcar, fuera de sí, la realización más noble de los fenómenos morales: no concebía la virtud sin el delito aparejado á ella, ni el arte de construir si no era produciendo ruinas. En *Zavaleta* se mostró cobarde y degenerado por la adversidad y la lucha; pero su inteligencia y energía innegables quizás le hubieran salvado, si la fortuna de las batallas le hubiera sido propicia; ó si el tesoro público le hubiese mantenido á flote, como dos años antes pudo esperarlo. La prosperidad financiera es el cómplice más leal y poderoso de los gobiernos militares, porque, "*mercedes merent legiones.*" Ejércitos que den triunfo y lustre, pueden, á falta de más altos móviles, levantarse con dinero.

Derribado Bustamante, la presidencia cae, naturalmente, en Santa Anna. El Vicepresidente, D. Valentín Gómez Farías, ilustre hijo de Coahuila, era un liberal puro, y de ideas muy avanzadas. Fué uno de los ascendientes directos, en materia política, de D. Benito Juárez; y con anterioridad á éste, del célebre autor de la "*Circular a los Obispos*" (1846), D. Luis de la Rosa;—el cual también formó parte del gabinete de Santa Anna, en una de sus administraciones posteriores.

Anticipándose á la Reforma, y con el carácter de Presidente interino, decretó la improcedencia de la coacción civil para colectar los diezmos, así como la que judicialmente se ejercía para forzar el cumplimiento de los votos monásticos. Además, se le suprimió al clero toda ingerencia en la Instrucción Pública. ¡Y todo esto en 1833, bajo la presidencia de D. Antonio López de Santa Anna!

Verdad es que las cosas iban á cambiar bien pronto. Una revolución reaccionaria contra Santa Anna liberal, y la defección de D. Mariano Arista, (su compañero de campa-

ña, que volvió armas contra él, le derrotó, le hizo prisionero y luego le concedió la libertad (porque Arista era magnánimo), operaron un cambio radical en las ideas políticas del ídolo de los militares de aquel tiempo, y el cual se disputaban, (temiéndole y desconfiándole), ambos partidos irreconciliables: liberales y conservadores. *El Plan de Cuernavaca* le hizo Presidente (1834), y desde entonces, el General Santa Anna—¡el mismo que con tezón y bríos hizo triunfar el liberalismo diez años antes!—en lo de adelante convertiríase en el caudillo más poderoso de los reaccionarios; reservándose, empero, el privilegio de traicionarles, y aún de extorcionarles, cuando la ocasión fuese oportuna.

Iba á convertirse ¡en verdad! en campeón de la Iglesia y de los fueros tradicionales; hasta construiría un remedo de corte (para delectación de monarquistas rezagados) con sus títulos, condecoraciones, distintivos heráldicos, tratamientos y órdenes nobiliarias. La Vírgen de Guadalupe, como era de temerse, no dejaría de figurar en la mascarada realesca; pero, todo eso sucedería más adelante. Por el pronto se concretó á suprimir el Senado, declarando á la Cámara de diputados con atribuciones especiales para cambiar la forma política de la República.

Los reaccionarios conservadores habían vencido. El clero estaba en alza con sus atribuciones varias y prebendas magníficas; las clases acomodadas de la República aplaudieron el cambio. Misas y *te-deums* se prodigaron en todas las iglesias, procesiones y acciones de gracias menudearon, y, entre el universal tumulto, se levantó, como los monstruos implacables de las leyendas fínicas, el militarismo arrollador y amenazante; recatando su faz ensangrentada, su mueca de odio y su mirada de incendio, en los negros repliegues del centralismo.

Allá, en la región septentrional de la República, otro monstruo reía á carcajadas estruendosas:—Martín Cos había capitulado en San Antonio; Lorenzo Zavala, no tuvo empacho en traicionar á su país; el americano Samuel Houston, (ejemplo de ingratitud maquiavélica), se había hecho nom-

brar Presidente de la República de Tejas: el Desmembramiento de la nación se aproximaba á paso rápido......

A falta de un pretexto, *tres* habían encontrado para sincerar su actitud los colonos tejanos; ó mejor dicho, los que á la rebelión les incitaron: uno, histórico; el segundo, legal; y el tercero, meramente político.

Tejas, decíase, había formado parte del territorio de la Luisiana, cedido por Napoleón á los Estados Unidos de Norte América en virtud del tratado de 1803. En 1819, los Estados Unidos cedieron á España la Florida y la porción del territorio de la Luisiana que comprendía á Tejas, habiendo permanecido, por lo tanto, dieciseis años bajo el pabellón estrellado, desde que dejó de ser territorio francés para convertirse en español. Por consiguiente, solamente llegó á ser territorio de la República Mejicana, después de 1824, cuando entró á formar parte de la Federación, unido con Coahuila, como Estado libre é independiente. Alegaban, pues, los separatistas, que al declarar la soberanía de Tejas, lo hacían en virtud de haberse quebrantado por el gobierno del Centro el pacto federal de 1824, que había causado su ingreso á la Unión Mejicana (aunque así no fuése), y añadían: "Coahuila y Tejas" hicieron constar en su Constitución, que formarían un Estado libre é independiente de los otros Estados Unidos Mejicanos, así como de cualquier otro poder ó dominio; consagrando de esta suerte el principio de que "la soberanía del Estado reside originaria y esencialmente, en la masa general de individuos que lo componen." En su consecuencia, al modificar Santa Anna la forma de gobierno de la República, aboliendo de una plumada las prerrogativas constitucionales de los Estados, Tejas (ó el "Estado de Coahuila y Tejas)," (*) se consideraba legalmente excento de rendir pleito homenaje al gobierno centralista.

Resalta desde luego que Tejas no era un Estado, sino *parte* de un Estado; y por lo mismo, malamente, siendo *parte*, podía abrogarse facultades que la Constitución local concedía al *todo*; máxime, cuando la *parte* que permanecía fiel á la República Mejicana, era la más poblada, la más importante bajo todos aspectos y en la que residían los poderes. La capital era entonces Santiago de la Moncloa; ó Monclova, como ahora se la llama.

El pretexto político, fué el abandono, el olvido del Centro donde las pasiones revolucionarias acallaban con harta frecuencia el grito de la Nación amenazada por peligros graves, para escuchar tan sólo el alarido estridente y múltiple de odios enconados, dejándose cegar, aún los hombres más puros, por la nostalgia terrible de ver realizadas ambiciones quiméricas, que les deslumbraban como relámpagos en aquel caos de tinieblas, y les arrastraban irresistiblemente á la asechanza, la asonada, el golpe artero de mano, (sangriento con frecuencia), á la traición, la rebelión y al cambio panorámico de gobierno.

Con cuanta celeridad le fué posible, vistió Santa Anna sus arreos de patriota y se dirigió á las guaridas de los rebeldes. Triunfó en varios encuentros de poca importancia; pero fué derrotado en una batalla, que sí era de importancia, y fué hecho prisionero.

No es de nuestro resorte inquirir aquí las circunstancias que orillaron á Santa Anna á reconocer la Independencia de Tejas; aunque es obvio que por mucho haya entrado en ello la falta de templanza de ánimo, rayana en cobardía, que con frecuencia le atacaba en casos adversos, obligándole á huir al extranjero.—Dice un cronista inglés (siendo de notarse que ingleses y americanos andaban entonces á la greña), que al ser presentado el Caudillo conservador y Presidente de la República Mejicana, al Gobernador Houston, "felicitó á éste, por haber hecho prisionero al Napoleón de la América." De un fanfarrón semejante, bien pueden esperarse actos de debilidad increibles,—aún en ellos mismos. Hay energías extrañamente colocadas en ciertos individuos, que sólo se despiertan en medios indóneos; y el que en un tablado suele mostrarse arrojado hasta la temeridad, en otro se amilana hasta la cobardía. *Question d'entourage.*

Puesto en libertad, merced á una capitulación indecorosa, por la que sancionaba (aunque desapoderadamente), el desmembramiento de la República, volvió á Méjico;—sin temor ni remordimientos. Verdad es que ya para entonces le halagaba, sin duda, la esperanza, de que, llegada la oca-

sión, traicionaría también su tratado supradicho, confundiéndose, *primero*, con los patriotas; para elevarse, luego, á la presidencia.

Con efecto, dos años después, mediante la pérdida de una pierna (suceso próspero que aumentó su popularidad), reconquista en Veracruz la palma de los héroes, y la confianza suprema de la Nación.

Siendo Presidente D. Anastacio Bustamante, ocupó él la Vicepresidencia de la República.—La "*Guerra de los Pasteles*," fué el principio de una nueva época, aún más brillante que la anterior, para D. Antonio López de Santa Anna.



CAPITULO IV.

La "Guerra de los Pasteles."—Revoluciones y Caudillaje.—Yucatan Imita a Tejas.—Guerra Civil y Desmembramiento.—Pronunciamientos Contra el Dictador.—Los Estados Unidos y Tejas.—Los Hombres de la Epoca.—El Catolicismo Militante.—Liberales y Conservadores.—Recursos de los Revolucionarios.—Declaracion de Guerra.

La "Guerra de los Pasteles," había terminado (1838) por medio de una contemporización vergonzosa; pero aún continuaba encendida la guerra civil en diversas partes del territorio mejicano, y la "recuperación de Tejas" amenazaba ser un tópico socorrido para los fabricantes de proclamas incendiarias y de revoluciones. Por desgracia, lo noble del intento se antojaba hasta ridículo, ante la debilidad, la torpeza del esfuerzo. Quizás, penetrando más hondo, á esa debilidad, á esa torpeza, debiéramos llamarla maldad, porque á los intereses positivos de la nación, se anteponían los de partido y los odios personales.

Si fuera posible al psicólogo, fotografiar las conciencias de cuantos en momentos históricos como el que nos ocupa, contribuyen de un modo directo á formar, menos que historia, cronicones nefastos de disturbios políticos, ¡cuánta miseria y lodo moral saldría á la superficie! Un país entre-

gado al caudillaje, es sólo semejante á un hombre ebrio, que se excita, decae, enmudece, gesticula, se enciende en ira, prorrumpe en vociferaciones obscenas; pero que en medio de esas sensaciones é impresiones tumultuarias, siente que la tierra le falta; sus ideas giran en torbellino; y á cualquier esfuerzo se mueve, y el menor impulso le derrumba. Y de nuevo se yergue, y de nuevo cae, vacilando siempre, hasta el momento en que, ó recobra la razón y de nuevo se aclaran sus horizontes, ó de tumbo en tumbo se abisma y perece.

Los hombres de valor, en primer lugar; en segundo, los fanáticos que persiguen ideales ó rinden culto á principios determinados, y, por último, los sedientos de lucro ó mando, han conseguido embriagar al pueblo con repetidas libaciones de sangre. El estampido del cañón, la descarga de la fusilería, el alarido del clarín y el verbo candente de la literatura revolucionaria, han dispuesto convenientemente los ánimos. Las masas están hipnotizadas,—y, *alli hay soldados*......En la escuela, en el taller, en la oficina pública y hasta en el almacén del negociante, *hay tambien ya hombres hipnotizados.* Saben leer, y han leído; por consiguiente, sirven para conducir reclutas al degüello. Sus lecturas han sido de prisa, mal digeridas, inadecuadas, no les proporcionaron una enseñanza política seria; y por lo mismo son materia dispuesta para servir en cualquier bando. Frente á ellos alumbra la esperanza. Por todas las grietas del edificio en ruinas, brilla una esperanza que se amolda á todas las ambiciones. Los caudillos no tienen entonces más que "*pronunciarse*" por cualquier cosa, para conseguir reclutas. A más que, en ocasiones semejantes, el contingente de sangre,—así como el financiero,—se toma de donde le hay; por el ministerio de la fuerza, si hace falta. Y ya en condiciones tales, ¿qué es lo que con mayor frecuencia motiva asonadas y pronunciamientos? ¿Los principios acaso?—Pocas veces; ó, mejor dicho: si cierto es que siempre andañ de por medio, nó son ellos los que más caldean las pasiones. Los principios pertenecen al orden intelectual, y el cerebro razona, pero no pelea; se inte-

resa, pero sin encono; y sus lucubraciones, aún las más serias y profundas, pocas veces conducen al hombre á la riña. "Intellectual differences do not cause wounds, except when unintellectual sentiments are behind them." (Las cuestiones intelectuales no causan heridas, á menos que tras ellas se parapeten sentimientos nada intelectuales), dijo George Meredith.—Pero, el "alter ego" que vive en nosotros, es "*La Loca de la Casa*,"—como Xavier de Maistre llamaba á la actividad irreflexiva de nuestro sér moral;—y en ésta, se incuban las mariposas negras, las aves incendiarias que al menor roce ó ruido se excitan y revolotean. Alguien ha dicho: hasta una indigestión produce un enemigo; la verdad es, que los beneficios mismos los producen. Luis XIV decía, si quieres crearte ingratos, haz beneficios.—D. Mariano Arista, acompaña al presidente Santa Anna, y en el camino le malea el ejército, le traiciona y le prende..........¿Por qué?—Una palabra sola, una frase descompuesta, un rumor infundado; la predisposición que se exalta hasta la violencia, la omisión de un acto ó cortesía, una incorrección, una mueca, un brindis inoportuno, y, sobre todo, el emponzoñado aliento del cizañero, son bastante, en circunstancias como las que describimos, para que dos caudillos se odien, de una misma masa surjan dos ejércitos enemigos, y de éstos el choque sangriento con todas sus consecuencias y desastres. Los caudillos, probablemente, se reconcilian á poco andar, median explicaciones y se dan la mano; pero, ¡los cadáveres insepultos, aún se pudren en los campos yermos, y aún hay lágrimas y duelo en multitud de hogares, heridos por el rayo de la guerra!

Hace falta un criterio especial, contemporizador en extremo, para juzgar las épocas revolucionarias; porque, de otra suerte, el historiador psicólogo no divisaría ante sí más que monstruos, y nó seres humanos. En épocas en que el furor revolucionario se apodera de una nación, retrograda ésta hacia la barbarie primitiva, hacia épocas anteriores en la historia de su civilización,—en cuanto mira á sus manifestaciones pasionales; y para juzgarla con acierto,

es indispensable pesar y aquilatar imparcialmente, lo que forma el núcleo, la porción trascendental, fija, de lo disputado, esto es, lo que hay en el fondo: los principios. Y así llega á saberse, si aquella reacción, que semeja tormenta, es disolución, ó significa génesis.

Apartemos por un momento la vista del Norte de la República, donde Tejas tramaba ya su ingreso á la Unión de Norte América, á pesar de que Santa Anna, al reconocer su independencia había estipulado de una manera precisa, que Tejas no debería anexionarse á ninguna otra potencia.

En la capital, Gómez Farías y Urrea se habían pronunciado contra Bustamante, y las sublevaciones aparecían por diversos rumbos.

Entretanto, en el Sur de la República Yucatán había proclamado roto el pacto, en virtud del cual había entrado á formar parte de la confederación Mejicana. A semejanza de Tejas, alegaba abandono y expoliaciones, como razones de orden inmediato; y como trascendentales, la nulificación, por el gobierno centralista, del pacto constitutivo de 1824, y á más la injusticia de ciertas medidas fiscales exactivas, que pugnaban con lo estipulado en el tratado de 1823, al anexarse á la Confederación Mejicana.

Injusto sería, sin embargo, equiparar la conducta de los yucatecos con la de los Tejanos, al menos durante este período; pues que Yucatán incubaba en su territorio una guerra de razas desesperante, y lejos de recibir protección del Centro, conforme á lo que tenía derecho á esperar, sólo experimentaba su acción por las expoliaciones y saqueos que le proporcionaba. Además, Yucatán pretendía, aunque débilmente, su independencia, para buscar en sí mismo algún remedio á su situación apremiante; en tanto que Tejas fué, sin duda alguna, la porción de territorio mejicano que menos sufrió durante nuestras contiendas políticas, y sus actos obedecían, fundamentalmente, á la sugestión del extranjero.—Sus propósitos eran nó solamente abandonar á la patria común y traicionarla, sino también hundirla en una guerra desigual con un enemigo poderoso. Es innegable que, en años posteriores, Yu-

catán imitó á España, cuando á la caída de Isabel Cristiña (69-71) se echó en busca de rey por las Cortes de Europa; pero aún así, los resortes de uno y otro movimiento separatista diferían radicalmente. Los pueblos, como los hombres, también se desesperan y suicidan. La guerra contra el enemigo bárbaro, la desolación y el abandono de Yucatán, habían sido espantosos. En vano había lanzado estridentemente el grito de desesperación de los macedonios modernos: "VEN Y AYUDANOS." El gobierno del Centro permanecía sordo y mudo. Además, la historia, á semejanza del derecho penal, requiere la "intención" y el "hecho" para la calificación de los delitos políticos.

Como se ve, la guerra civil y el desmembramiento era cuanto podía divisarse en el horizonte, durante aquella época calamitosa.

Santa Anna, una vez más Presidente de la República, había significado su intención al país, de invadir á Tejas, lo cual dió principio á nuestras complicaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Defectos primordiales fueron de la deficiente estrategia de Santa Anna, su afición inmoderada al anuncio y la torpeza y falta de acuerdo en el desarrollo de sus planes; pero á esto debe agregarse, como atenuante, que tal obrar era consecuencia de lo superficial é impetuoso de su carácter. Más de una vez prometió algo importante, (que por su importancia misma presumía reflexión madura y preparación adecuada), que momentos antes aún no había pasado por su imaginación. Invadir á Tejas—á pesar de que diplomáticamente se hallaba ya en condiciones extremadamente ventajosas—para él no significaba nada absolutamente. Una campaña como cualquiera otra, en la que se podía perder ó salir triunfante, según los hados lo dispusieran. *Aut forte omnino ac fortuna vincere bello.*

Santa Anna juzgó muy digno de sus antecedentes heroicos, invadir al Estado que traidoramente se había acogido á la sombra y protección del extranjero; y nada le haría cejar.........; excepción hecha de lo que cejar le hizo, es á saber, la bancarrota en que se hallaba el tesoro fe-

deral, merced á la prolongada orgía revolucionaria. Y mientras el Presidente, (sin gobierno), devoraba sus decepciones y mascullaba proyectos en su hacienda, (según costumbre), en la Capital se decretaban nuevas axacciones, y el molino fiscal trituraba la riqueza pública hasta convertirla en polvo. Guadalajara, Puebla y Méjico, se pronunciaron sucesivamente contra el Dictador; el cual apeló á uno de sus recursos favoritos: la fuga. Reconocido, aprehendido y puesto preso en Perote, fué más tarde desterrado por la Cámara, y, pasando á los Estados Unidos, permaneció en reposo, por algunos meses en Savanah, hasta su vuelta á Méjico. (*)

Es preciso restaurar la conciencia política de aquel período de lucha desenfrenada, para hallar explicación obvia, aceptable al menos, á lo que entonces ocurría. Repasando esas páginas, el lector superficial se ve inclinado á imitar á Macauley, cuando, con intento de tachar lo incorrecto en un manuscrito sobre historia, que con tal propósito se le había enviado, empezó á revisarlo; más, desesperado de tantos desatinos, de tachar tanto, concluyó por vaciarle encima el tintero, y lo devolvió sin más explicaciones al remitente.

Se comprende que los hombres ilustrados y patriotas, sabían darse cuenta exacta de la situación. Las publicaciones inglesas, ensañadas por sus dificultades pendientes con los Estados Unidos, no cesaban de dar la voz de alarma á Méjico; si no por el amor que le tuvieran, sí por odio á la potencia del Norte. Además, los acontecimientos de Tejas hablaban bien alto. Primero, se incitó á la rebelión á los colonos; luego, á la escisión; y, por último, el Congreso y la Convención de la pseudo república, habían solicitado tropas de la potencia vecina, para que les "protegieran y defendiesen;" so pretexto de haberse "expuesto á la invasión (¡de Méjico!) en virtud de su *libre* (?) determinación de anexarse á los Estados Unidos." El pre-

En su mensaje de 8 de Diciembre de 1846, el Presidente Polk asevera, que "los Estados Unidos protegieron la vuelta de Santa Anna, y así comenzó una nueva guerra. *(Commenced a new war)*.

sidente de Tejas había con anterioridad reunido el Congreso, para someter los términos de anexión bajo los cuales los Estados Unidos consentirían en "protegerles y defenderles."

Se ve, pues, que se trataba nó de males pasajeros, sino excepcionalmente serios, como que peligraba nada menos que la integridad, quizás la existencia misma de la República.—"Natural parecía, (dice un historiador antiguo, con ocasión semejante), que atenienses y lacedemonios se hubiesen unido entonces en un sentimiento de terror y heroismo. Poco importaba el mal armamento de los focios pedestres y de los infantes locrios, así como lo insignificante de la armada de trirremes mandada por Callippo, hijo de Merocles; preocupábanse tan sólo por las hordas bárbaras que ya golpeaban las aguas del Erídano..........." Pero nosotros no podemos producirnos como el cronista de la antigüedad helénica, porque á nuestros padres les hicieron falta, como antes dijimos, ...¡los dioses de Grecia y Roma! Sí, aquellos templos les faltaron, entre los que culminaba el de la Victoria, ante el cual ardía constante la llama pura del "honor romano," que llenó el mundo con el renombre de los descendientes de Quirino.......... *per quorum templa non procul deorum summus.* Nuestros antepasados adoraban á un dios que no enseñó á amar á la patria, porque sus teorías divinas, diluíanse en un océano de amor ultra-terrestre; á un dios, que traía descendencia del Antiguo Testamento—del pueblo seleccionado por el Dios del Universo—y al cual pueblo, la historia nos muestra enfangado en toda clase de crímenes: "raza de víboras," "sepulcros blanqueados" y acreedor á las descarnadas, crueles recriminaciones de Ezequiel,—que en lo presente causarían rubor á los viciosos más desenfrenados. (*)

Nó; no era, á buen seguro, la religión cristiana, la que salvaría á Méjico de la total ruina en aquellos momentos de desquiciamiento político. La "religión cristiana," adue-

Un historiador, no ha mucho, fué condenado á presidio en la religiosa Inglaterra, por haber publicado trozos escogidos de la Biblia, notables por su inmoralidad insufrible. Los católicos tienen razón en no poner la Biblia en manos del pueblo.

ñada, más ó menos profundamente, de *todas* las *conciencias*, como en otra parte indicamos, traía en desacuerdo á los *hombres*, por cuanto una porción de ellos trataba de acomodar las enseñanzas de Cristo, á las divagaciones de Juan Jacobo; en tanto que la otra consideraba á los primeros como una zahurda de réprobos, manchados con "todas las heces del mundo," y "más propios para provocar á vómito y á obligar al desvío", (según las crudas frases de un escritor místico), que para alternar con ellos—si no era á la hora de darles tormento ó de arrastrarles al patíbulo. La guerra entre ambos partidos era tanto más cruel, cuanto que el más débil tenía cogido al más poderoso por la religión; más que si digeramos: "por las entrañas." Los liberales, salvo raras excepciones, confesaban y comulgaban, y á la hora de morir, solían acogerse contritos y edificantes, al seno de la Iglesia Católica. ¡Durante esas horas de descomposición y reblandecimiento cerebral, tan temidas por el autor de "*Memorias de la Juventud*," al estampar en páginas admirables su testamento de filósofo!

Por desgracia, el catolicismo no era para los mejicanos una "religión," sino una "desunión"; no "ligaba" sino "desunía"; y bien sabido es que cuando el cisma, en un momento histórico, divide los pueblos, todas las demás manifestaciones de la vida psico-social se opacan ó adulteran. Las religiones medran por la traición; antes que hacer prosélitos hacen traidores: los mártires de las catacumbas, fueron malos ciudadanos romanos, en su mayoría. Un efecto semejante producen los innovadores políticos; pero con una diferencia radical: éstos "se quedan en tierra," mientras que el primer efecto de las religiones, es desprendernos del terruño, y señalarnos la "Ciudad de Dios," (de la que se nos dice ser siervos irredimibles), tras las fantasmagorías divinas de Horus y Seth, de Ormuz y Arimán, del Cielo y el Infierno.

Liberales y conservadores nó eran meros "oponentes" en política; sino "substancias" tan irreconciliables, como el fuego y el agua. Y, en cosmogonía terrible, un período

diluvial de sangre, sería preciso que precediera á la "tolerancia de la cercanía" de ambos elementos. Y si en lo contingente chocaban, en lo absoluto sus destinos se quebraban, marcando rumbos opuestos. Más allá de la tumba, conforme al criterio conservador, no tendrían oportunidad, á buen seguro, de saludar, ni siquiera de paso, á uno sólo de los empedernidos liberales que odiaron en vida. Se comprende, pues, que ese odio llegaba á los hogares, dividía las familias: la una estigmatizando á la otra, ésta despreciando á aquella. Las escuelas estaban divididas: las oficiales, eran de los "réprobos"; las mantenidas por el clero, ó por clericales, eran patrimonio de los "fanáticos." La prensa no discutía, apostrofaba.

Las notas vibrantes eran "odio" y "desprecio," mezclados, ya en aquella época, de escepticismo profundo: empezábase á poner en duda la viabilidad de la República. Gutiérrez Estrada no era el único que creía en la necesidad de imponerse un yugo, aún más ponderoso que el de la Dictadura.

Las teorías liberales, á principios de 1846, parecían reaccionar irresistibles, amenazaba derrumbarse el edificio conservador, que con tal cual fortuna se había sostenido diez años; pero, no había razón para creer que á aquella hora, el cambio fuera benéfico para el país. No había hombres nuevos para encabezar y encauzar debidamente la reacción. Los vasos se cambiarían, pero nó la naturaleza del líquido. Porque los corifeos de uno y otro bando militante no marcharían el uno hacia el otro—sino para derribarse, y pasar el vencedor sobre el cadáver del vencido. Sólo un caudillo entonces, poseía el don de saltar de una á otra corriente contraria, sin hundirse, y nó como quiera, sino para enfrentarse sobre ella, y hostilmente, á la que acababa de abandonar. Ese gran saltinbanqui, si nó el alma de su tiempo, era, al menos, la encarnación de la porción podrida del mismo. Y el que Santa Anna no pudiera mantenerse adicto largo tiempo á un partido, no era señal de que sabía contemporizar sabiamente con uno y otro, sino de que en ambos era extranjero: am-

bos le rechazaban. Nunca partidarios políticos, en las clases intelectuales, mostraron mayor apego á los principios, que durante el lapso á que nos vamos refiriendo. La "estructura psíquica," si vale decir, de los liberales, era imperfecta, á no dudarlo. El fraile blandía contra ellos el crucifijo, que les aterraba; mas, á pesar de todo, sus convicciones tenían por fuerza que ser profundas. No se le dice á una esposa, á una madre: "voy á lidiar contra el "Clero," contra la "Iglesia" de Roma, voy á filiarme en la legión maldita de los excomulgados," cuando esa madre esa esposa, son católicas—católicas como lo fueron las de aquellos años—sin que el llanto nuble los ojos y la desesperación el alma; porque, en aquellos rostros donde nuestros besos se estamparon, brota de súbito, irresistible, la llamarada del horror, de la vergüenza, del odio quizás!........ Tampoco eran medio-hombres los reaccionarios: nunca lo fueron los llamados á asesinar á sus semejantes, en nombre de dioses vengadores.

A cuadro tan sombrío, tenemos que añadir todavía algunas pinceladas para mejor interpretar los hechos. En las revueltas políticas, no son los cabecillas, por desgracia, los únicos que pelean: llevan soldados; y para la lucha, á más de soldados, hacen falta, armas, bagajes y municiones de boca y guerra. Es obvio que aquéllos no abran sus arcas (ni aún en caso de tenerlas), para proporcionarse lo que necesitan. El Gobierno, por otra parte, ó sea el Ejército que lo sostiene, no se halla, por lo general, en condiciones de abundancia, cuando las guerras menudean y el tesoro público cambia con frecuencia de manos; y siendo esto así, la solución del problema se busca, ó en el "empréstito ruinoso," ó en el "préstamo por fuerza." Cuando el país carece de crédito (como acontecía durante el período á que nos contraemos) el empréstito en el extranjero es, felizmente, casi imposible—sólo con mucha maldad se obtiene: vendiendo la Nación;—pero el segundo, da resultados prácticos bastante satisfactorios.

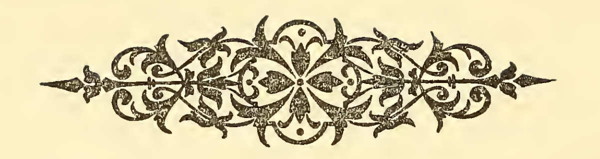
Contrayéndonos á los años de 46 y 47, los fondos solamente podían procurarse, ó bien entrando á saco por

los pingües bienes del clero; ó bien asaltando "conductas" en los caminos reales, desentrañando depósitos de dinero, (de donde se encontrasen), y alivianando de su numerario á los comerciantes, en los pueblos, y de sus bienes á los agricultores. Para obtener esto, había dos sistemas; el uno, perentorio, es á saber, el *prestamo forzoso;* y el otro, casi legal: las exacciones *fiscales.* Y como las revueltas políticas habían sido harto frecuentes durante los últimos veinte años (no haciendo acuerdo de la prolongada guerra de Independencia), resulta que, ni en los campos ni en las ciudades, poseían los militares bastante prestigio, entre las clases adineradas, para esperar de ellas un contingente espontáneo de numerario y de sangre.—Habría, pues, que exigir *por la fuerza* lo uno y lo otro. Y en cuanto al "contingente del clero," ya veremos luego con que artimaña, y con que audacia al mismo tiempo, supo esquivarse y negarlo.

Teniendo en cuenta lo que antecede, no parecerá extraño que Estados como Campeche y Yucatán, expresaran su resolución, (sin bochonarse), de no contribuir con poco ni mucho á la defensa nacional. En tanto que otros—la mitad de los de la República—ó prestaron escasísima ayuda, ó no prestaron ninguna.

¿Falta de patriotismo?—Nó; falta de fe en los hombres que al asalto andaban por el Gobierno.—Aquellos ciudadanos humildes, ignorantes, de buena voluntad, no podían escuchar distinto el lamentar de la patria herida, porque sus lamentos eran acallados por el aquelarre furibundo de las pasiones desencadenadas como furias.

El 13 de Mayo de 1846, los Estados Unidos declaran la guerra á Méjico; dando principio el infame drama intitulado por los americanos mismos, con verdad: "El Gran Crimen del Siglo XIX."



CAPITULO V.

Un Tipo de Revolucionario.—Error del Presidente Herrera.—Paredes Arrillaga.—Como Intenta Contener al Invasor.—Suenos de Monarquia.—Pronunciamientos.—Campeche y Yucatan.—Nueva Presidencia de Santa Anna.—Falta de Patriotismo en Varios Estados.—Preparaciones del Enemigo.—Hipocresia Criminal de los Estados Unidos.—Declaracion de Guerra.—Descripcion Virgiliana.—"En el Nombre de Dios."—El Gran Pillaje del Siglo XIX.—¡Sin Resarcimiento Posible!

Paredes Arrillaga fué uno de esos hombres que arriban al poder, durante la ebriedad de un éxito inesperado. (*) Así ocupó el imperio del mundo, espantado de su inopinada grandeza, Claudio, el esposo de Mesalina. Por un acto que pudo y debió haberlos conducido á ignominioso patíbulo, vénse encumbrados en un apoteosis de linterna mágica. Cuando despiertan, empuñando el manubrio de la máquina gubernamental, no hay disparate, ni exageración, ni desvergüenza, ni delito, que esté fuera de su alcance.

El General Paredes fué enviado rumbo al Norte, por el patriota y esforzado General Presidente D. José J. de

Nótese que solamente nos referimos á él como político, haciendo abstracción de sus proezas militares.

Herrera, para contrarrestar la marcha solapada, pero progresiva, del invasor americano. A costa de grandes esfuerzos, dicho Presidente había logrado organizar un Ejército de seis mil hombres, el cual confió á Paredes, porque sin duda él también le creía enemigo sañudo, terrible de los norte-americanos. Esto es tanto más probable, cuanto que sólo convicción tal pudo haber obscurecido en su ánimo, las propensiones reaccionarias de Paredes, las cuales para nadie eran misterio. Así como tampoco era un misterio para nadie, ni siquiera para el Presidente de los Estados Unidos, Esteban Polk, la inquina feroz del jefe expedicionario contra los invasores. Logró llegar fiel á su honroso encargo, hasta San Luis Potosí; pero, una vez en esta ciudad, discurrió que nó era el Presidente Herrera el hombre más aceptable para justar contra el enemigo que se aproximaba; y resolvió volverse á Méjico. Principiaría la derrota del extranjero, haciendo armas contra su misma patria. Además, él tenía á su mando el grueso de las tropas, y era natural aprovecharlo en beneficio propio. La guarnición de la capital se pronunció para recibirle, cuando á ella se aproximaba; y una vez allí, dedicóse desde luego al arreglo de asuntos trascendentales. Comprendió sagazmente, que, antes que oponer obstáculos á la marcha del enemigo nacional, era preciso cambiar la forma de Gobierno, hacer de Méjico una monarquía, con un príncipe español y cristiano á la cabeza; con lo cual se ganaría loa de los presentes, y gratitud y alabanzas de las generaciones futuras.

En medio de estos sueños incongruentes,—que denunciaban un organismo social enloquecido por la fiebre política—el General José M. Yañes se pronunciaba en Guadalajara, al grito de "*Muera el Principe Extranjero.*"—Once días antes, las armas nacionales habían sufrido derrota terrible de manos del *otro extranjero*, (*) es á saber, el invasor americano. Pero, apenas si había tiempo de pensar en ello, máxime cuando Santa Anna andaba ya á caza de

En la Resaca de Guerrero, 9 de Mayo.

oportunidad, para ensallar de nuevo sus aptitudes en el Gobierno y en la guerra.

Aunque Paredes quiso hombrear con los revolucionarios y abandonó la Capital para ir á batirlos, se le pronunció ésta, fué en seguida derrotado, hecho prisionero y desterrado del país; como muchos otros de los caudillos de aquella época, cuando aún no era moda asesinar á los enemigos políticos, ni siquiera aplicar una ley enérgica y justiciera á los que acreedores se habían hecho al suplicio por actos infames. No parece sino que durante aquel lapso de marasmo patriótico, de ofuscación y desaliento, en que los desafueros más grandes se antojaban pequeños por la misma impunidad de perpetrarlos, habíase llegado hasta á borrar la línea que divide las pasiones políticas revolucionarias y efervescentes, del desamparo, la deslealtad y la traición á la patria. El no haber sido condenado á muerte Paredes, por un consejo de guerra, es una prueba incontrovertible de la desmoralización, indisciplina, debilidad y turbio criterio político, que predominaban entonces.

Entretanto, Campeche hizo pública y formal protesta de....... *permanecer indiferente*, durante el tiempo que durase el conflicto de la República con los invasores del Norte; y cumplió fielmente su promesa. Yucatán, meses antes, había manifestado *nueva* intención de segregarse de la Confederación Mejicana, á reserva de entrar con ella en arreglos posteriormente. (*)

Otros Estados, la mitad de los de la República, guardaron silencio; pero, en cambio, en nada contribuyeron á la defensa del país. Los Estados fronterizos, Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León, Chihuahua, y algunos otros del Centro (San Luis, Aguascalientes, Querétaro, Guanajuato, Méjico, y el Distrito Federal), con el heroico Estado de

La conducta de estos Estados, así como la de los que no concurrieron á la defensa nacional ni prestaron ayuda de ninguna clase, no prueba falta de patriotismo. "Los hombres en política se confunden con las causas que patrocinan y cuando ellos son malvados, las causas más nobles se desvirtúan. Hay también el cuarto de hora de dormitar para el patriotismo: cuando las ambiciones desenfrenadas, despiertas, todo lo asolan y prostituyen."

Veracruz en el Golfo, y Michoacán y Jalisco en el Occidente, habían tomado, casi exclusivamente, la gloriosa empresa de la defensa nacional; mejor dicho, sobre ellos recayó ineludiblemente una defensa, que "probó con derrotas la melancólica belleza de la adversidad, cuando se lucha por nobles causas." Más vale una derrota lidiando contra los enemigos de la heredad común, que un triunfo espléndido en que los estandartes victoriosos quedan tintos en la sangre de nuestros hermanos........

Santa Anna, como era de congeturarse, se aprovechó de la revuelta de Yañes, y fué nombrado otra vez Presidente de la República. Y mientras esto acontecía en Méjico, ¿de qué manera se preparaban los Estados Unidos para echarse sobre su designada presa? También ellos habían andado en disputas con Inglaterra y sólo habían *aceptado* (?) la anexión de Tejas, bajo la condición precisa de que "entraría á formar parte de la Confederación Americana", pues era cuanto más podían tolerar las conciencias de los Senadores de Washington, sin que les acusaran de filibusterismo criminal.—¿Se había, en virtud de esto, iniciado algún conflicto, local ó internacional, en los Estados Unidos?........

Los estados esclavistas pretendían ensanchar su territorio con dos fines; el uno, político, es á saber, aumentar sus votos en las Cámaras; y el otro, meramente comercial, esto es, contar con mayor espacio para dedicarse en más alta escala á la "cría de negros." Eso, naturalmente, repugnaba á los whigs del Norte; más, ¿surgieron de aquí dificultades y trastornos?......—Vamos á verlo.

La preparación silenciosa y detallada de los japoneses para luchar con Rusia, tuvo su antecedente en Esparta: los lacedemonios fueron tan prudentes y prácticos como los nipones; pero eso no es lo ordinario. La preparación de las naciones pequeñas, si no se conceptúa ridícula, es un insulto, un reto para las poderosas. El fuerte tiene el derecho de serlo más; pero el débil no tiene el de emular al fuerte. Los mismos gigantes acicalaban sus mazas para blandirlas contra los hombres raquíticos, y Vulcano

templó las armas que debían derribar á los gigantes. Todos los dioses han forjado tormentos espantosos para castigar los desafueros de sus imperfectas, débiles criaturas. ¿Qué mucho, pues, que el gigante del Septentrión tomase toda clase de precauciones y medidas, nó tan sólo para invadir á Méjico—á la nación vecina, dividida y maltrecha—sino para hacerlo con la mayor impunidad posible?.......

Es verdad, que, como antes indicamos, la ocupación simultánea del Oregón por ingleses y americanos, había dado materia á contumelias desagradables; pero no era, por cierto, el enemigo europeo, el que más cuadraba á las bastardas ambiciones de los Polk y los Taylor. Méjico era una tierra más cercana, apocada y exangüe; pero con mucho valioso de que despojarla. Era el caminante que fatigado y laxo se arroja á dormir sobre sus tesoros á orilla del camino, como el viandante del "*Asno de Oro.*"

Oigamos á un orador americano de aquél tiempo: "el desenlace de nuestra discusión con Méjico, depende del arreglo ó desarreglo de las reclamaciones en oposición, nuestras y de Inglaterra, acerca del Oregón. En caso de que este asunto diese motivo á una guerra, Méjico tomaría desde luego la ofensiva. Y con Méjico por el Sur, bajo la disciplina de oficiales ingleses, los buques ingleses á lo largo del litoral, los canadenses por el Norte, una flota inglesa en los lagos y los indios en el Oeste, nos hallaríamos amenazados por todos rumbos."

Antes de esta tirada, Mr. Hannegan había descrito, con elocuencia un tanto inflada y escolástica, los desastres que acarrearía la guerra.—*War would involve us,*" etc. Por consiguiente, se imponía la paz con Inglaterra, para evitar los peligros múltiples que el orador veía asomar en lontananza. Además, como el Presidente Polk dijo algunos días después, era preciso dar el golpe sobre seguro, á costa del menor sacrificio posible por parte de los invasores.

Y en virtud de lo expuesto, el 18 de Abril de 1846 se aprobó por la Cámara de Diputados, con una mayoría de 103 votos contra 46, "un proyecto de ley para proteger

los derechos de los colonos *(settlers)* americanos en el territorio del Oregón, hasta el final de la ocupación simultánea del mismo. "En la sección primera, en la cual se explica su jurisdicción y observancia, se dice lo siguiente: ...."Este decreto no debe ser entendido ni ejecutado de tal manera, que pueda privar á los súbditos de la Gran Bretaña de ninguno de los derechos ó privilegios que les concede el tratado firmado en Londres en 20 de Octubre de 1818, y mantenido en vigor por virtud del de 6 de Agosto de 1872."

Como es de suponerse, tal arreglo fué recibido favorablemente en Inglaterra, habiendo sido comentado con elogio y satisfacción por la mayor parte de la prensa; pues que, si bien hacía presumir un desenlace tan previsto cuanto inevitable, les proporcionaba, siquiera fuese aleatoriamente, mucho más de lo que hubiesen podido esperar en condiciones normales. Compraban los americanos con desapego generoso—en la forma—la complicidad del silencio de John Bull.

Es de notarse que no hubo un solo periódico inglés de importancia, que dejara de comprender, (y aún de asentar con *bonhomie* admirable), que "el castigo *(punishment)* de la República revolucionaria de Méjico, había llegado á imponerse como necesidad ineludible á los Estados Unidos, para el arreglo de viejas dificultades internacionales." (*) Y como tal empresa no afectaba á Inglaterra directamente, y en cambio iba á proporcionarle beneficios, el criterio político y el sentimiento inglés, (tales como se revelan en las hojas periódicas), cambiaron radicalmente en un lapso de pocos días. Estos cambios de frente se producían entonces con más rapidez que ahora, porque, careciéndose de comunicaciones rápidas interocéanicas, no había tiempo para formar la opinión "en retazos."—"La deshonra en perspectiva para el amigo, suele antojársenos postre delicioso, cuando á nosotros acaba de servírsenos el platillo de la humillación," decía un contemporáneo.—Ingleses y americanos aún no se aproximaban á los días, en que de-

VIDE: "*Annual Register.*" *London, 1845-46.*

bieran hacer alarde de que "*blood is thicker than water,*" ó, como en español se dice brevemente: "la sangre estira."

Y una vez obviada la dificultad espinosa con la Gran Bretaña, la ocasión era llegada de dar sobre Méjico sin pérdida de un instante. Ya Polk había dicho en un mensaje, que desde la reunión del Congreso había estallado en Méjico una nueva revolución (la de Paredes), la cual había triunfado, y *sin duda* dificultaría el *final arreglo* de diferencias; que el Ministro Americano no había sido todavía recibido, con tal carácter, (*) en la capital de Méjico; que las demostraciones de "naturaleza hostil" á los Estados Unidos, "continuaban verificándose en Méjico;" y que esto último, "había hecho indispensable mantener cerca de las dos terceras partes del Ejército en la frontera sureste."

En 11 de Mayo, el Presidente transmitió al Congreso un extenso mensaje, en el que se pretendía detallar la historia de los desaguisados que Méjico había hecho sufrir á sus pacienzudos vecinos. Tratábase, pues, en el documento dicho, de declarar la guerra á Méjico, por razón "de los por largo tiempo continuados y no satisfechos daños é injurias cometidos por el Gobierno Mejicano, en las personas é intereses de ciudadanos de los Estados Unidos." En este mensaje se hablaba de "poner inmediatamente sobre las armas, un numeroso y abrumador (overpowering) ejército," pues que, como más abajo se lee, quería el Presidente "*terminar pronto la guerra,*" para llegar con mayor violencia á *pronto y amistoso arreglo.*"

Y, en efecto, con fecha 13 de Mayo de 1846, se declaró, que, "*Por el acto de la Republica de Mejico* un estado de guerra existía entre ese gobierno y los Estados Unidos." Mr. Polk, por supuesto, deploraba la guerra á que Méjico le había arrastrado con su conducta criminal; pero, como él decía, ese era, *the last resource.........*, esto es, "el último recurso de las naciones injuriadas." Y á fin de que la guerra costase lo menos posible á su país, aconsejaba á las Cámaras que escogitaran "los mejores medios

Lo cual era cierto y fué debido á no haberse presentado en forma conveniente, atento el estado de relaciones entre Méjico y la potencia invasora.

para que, con la bendición de la Divina Providencia, pudieran abreviarse las calamidades." Y la Divina Providencia no desdeñaría bendecir, á buen seguro, las armas de los invasores; porque no es costumbre de las deidades celestes, mostrarse inclinadas á favor de los débiles y desvalidos.

El mensaje de 8 de Diciembre del Presidente Polk, trasciende la satisfacción que experimentaba al ver ya próxima la hora de emprender la guerra de una manera franca y decisiva contra Méjico. Temeroso, sin embargo, de que espíritus timoratos y escrupulosos vacilaran á última hora, principiaba el histórico documento con una descripción virgiliana del estado del país. La "abundancia" mana en todas las fuentes públicas, la "salud" bendice todos los hogares, el "contento" reina tanto en la cabaña del labrador como en el alcázar del poderoso, las "riquezas naturales" piden á gritos la fecundación del capital, que ya brota de todas las arcas; el "progreso industrial" sacude su férrea armadura y avanza con estruendo, precedido de cíclopes; la "instrucción pública," el "cultivo de las ciencias," desarróllanse y florecen bajo el ala tendida de la prosperidad; la "población" crece y se multiplica como hongos; en suma, "*the happy condition of our people*," esto es, "las circunstancias bonancibles de nuestro pueblo, no tienen precedente en la historia de las naciones." Gracias, por supuesto, "*to the gracious Giver of all good*," al "gracioso Dispensador de todo bien;" porque, conforme al religioso criterio de Polk, nada menos que el DIOS DE LA CREACION, les había colocado en condiciones apetecibles para cometer el más grande de los crímenes de lesa humanidad del pasado Siglo. ¡Oh, MYTHOS! ¿qué raza de hombres no te ha hecho cómplice ó consejero de sus maldades? ¿Qué clase de *Historia* sería la que narrara todas las atrocidades cometidas á nombre tuyo? Y tú, siendo Omnipotente, ¿les conservas aún el uso de la palabra y del cerebro?.....—Hubo un Monarca de vergüenza, un guerrero excepcional, que, tras de haber despojado á Silesia de su autonomía, escuchaba la lectura del documento de anexión.

El diplomático prusiano leyó: "por la voluntad de la Divina Providencia".......

—No, interrumpió Federico, decid que *por la mia.*

Pero, el filibustero Presidente americano, no tenía parentesco alguno, excusado es decir, con Federico el Grande.

Y continúa asentando Mr. Polk, que "las relaciones de los Estados Unidos con las demás naciones del globo, eran excelentes,"....... *with a single exception;* esto es, "con una sola excepción:" Méjico.—Y eran excelentes esas relaciones, porque "los Estados Unidos se adherían sinceramente á la política de paz adoptada y sin interrupción proseguida por el Gobierno," desde sus comienzos. Y por eso el Presidente Polk deseó siempre, "con ansiedad," cultivar y mantener (cherish) amistad con todos los Poderes Extranjeros. Y esa ansiedad, sentíala, sobre todo, el Presidente invasor, por razón de que "los hábitos y espíritu del pueblo americano, eran favorables para mantener semejante estado de armonía internacional.—DEUS NOBIS HAEC OTIA FECIT. "A un dios debemos estas bendiciones," es el clásico corolario que cae, como fruta madurada en exceso, de entre el ramaje florido de la famosa declaración de guerra.

Pero hay más todavía. Mientras los americanos querían solamente "paz y justicia", "Méjico, á decir de Polk, continuaba cometiendo actos que aumentaban las causas de queja y seguían *inflando, (swell)*, el monto de las reclamaciones"...... Y tanto las *hincharon*, que, llegada la hora nefasta del arreglo de cuentas, ¡ay de los vencidos! Méjico tendría que desprenderse en provecho de los invasores, de la mejor porción de su territorio.

Sí; Méjico no compró la paz—tras la invasión, la profanación de su suelo y hogares; tras la derrota cruel y completa—sino á costa de la mejor parte de su territorio.—También, ya atrincherados en el Capitolio, los romanos heroicos la compraron de los galos. Pero, el oro romano, volvió á Roma con Druso triunfador; en tanto que nuestros inmensos despojos, la gran rapiña de los siglos, jamás volverá á la madre patria.

HEROE Y CAUDILLO

CAPITULO VI

Don Valentin Gomez Farias.—Disposiciones Importantes.—Excentricidades de Santa Anna.—El Clero ante la Invasion Norte-americana.— Trabajos del Gobierno.—El Crimen de los Polkos.—Vuelta de Santa Anna.—Su Patriotismo.—Rasgos Biograficos.—"Como se Gobierna."—El "Terror" y la "Fuerza."—El Ropaje de la Degradacion.—Otra Celebridad de la Epoca.—Aparicion Teatral.—Marquez en el Escenario.

Aún no hemos dado las últimas pinceladas en el FONDO de ese CUADRO, que trae á la memoria los numerosos que el asceta pintor del Siglo XVII, "*El Espanoleto*", dejó esparcidos por las catedrales y conventos de España.—Sombríos, casi negros, llameados por iluminaciones rojizas, cuando la luz de una ojiva pone de relieve algunos de los personajes ó escenas que se recatan en el lienzo, aparecen mudos dolores, martirios trágicos, tormentos indecibles. Constituyen la evocación sangrienta y dolorosa de la crueldad de siglos de barbarie, y también de religión y místico arrobamiento.

Don Valentín Gómez Farías, fué uno de esos hombres que aparecen anticipadamente en el desenvolvimiento intelectual de los pueblos, que deslumbrados viven con sus propias luces, sin encontrar jamás punto firme en que sostenerse, y en contradicción perenne con las circunstancias

que los rodean. Desde 1833 hasta la invasión Americana, había sido dos veces Vicepresidente, y en ambas sustituto del General López de Santa Anna, cuyas veleidades y contradicciones no parecían impresionarle profundamente. Y sin embargo, nadie de principios más firmes que Gómez Farías. Federalista en 1824, en 1833 se anticipa á los reformistas de 1859, atacando privilegios del clero. Exclúyele de la Instrucción Pública, priva de la coacción civil á los votos monásticos, y decreta otro tanto respecto de la colección de diezmos para beneficio de la Iglesia. Por desgracia tales avances no sirvieron más que para precipitar otra de las continuas volteretas políticas del Caudillo. Vuelto á la ciudad de Méjico, tras los disturbios que las reformas Gómez Farías ocasionaron, lo primero que hizo fué suprimirle;—y con él, la República federativa. Pero este rompimiento entre el saltimbanqui político y el liberal puro, no fué por manera alguna definitivo. Es que en aquella gestación tremenda, lo aleatorio prevalecía. Los principios, como los islotes coralíferos del período de Champlain ó Diluvial, eran combatidos y azotados constantemente por masas flotantes y oleadas irresistibles.

En 1846, encontramos otra vez al Sr. Gómez Farías tan celoso patriota y liberal como siempre, y otra vez en maridaje administrativo con Santa Anna.

La revolución iniciada el 20 de Mayo, que encabezó éste caudillo, trajo como consecuencia su vuelta á la federación y el liberalismo. Y la Constitución Federal, que en 1834 destruyó á fuer de conservador y centralista, en 1846 vuelve de nuevo á servirle de credo, durante algunos meses—porque Santa Anna era más infiel en política, que en amores los dioses de la Hélade.

Por segunda vez ocupa Gómez Farías la Vicepresidencia de la República, y, como en 1833, desempeña la Presidencia efectiva. Y así como en 1830 Santa Anna le deja al frente del Gobierno, mientras él marcha al encuentro del enemigo, otro tanto ocurre en 1846.

A falta de otras cualidades, el Autócrata poseía la del valor físico. Amaba la guerra *por sport*, como otros el

juego de pelota ó las carreras de caballos. La guerra le atraía por el aparato, y, sobre todo, por las sonajas de la victoria. En la Roma de los Césares, hubiera entrado más de una vez en triunfo por la puerta Romulia, vestido de púrpura, en carro de marfil de ruedas doradas, tirado por leones ó tígres hircanios, y subseguido de reyes vencidos—reales ó apócrifos. Por esa fruición, Santa Anna hubiera sido un verdadero héroe: hubiera pasado sin pestañear por las Termópilas y sin inclinarse por las Horcas Caudinas. Peleando contra bárbaros, su valor le hubiera enaltecido y cubierto de gloria. Decía Eutropio, á propósito de las guerras de César y Pompeyo, que hasta entonces nunca estuvieron ni en mejores condiciones, ni mejor comandadas las legiones romanas, y que fácilmente pudieron haber subyugado todas las naciones de la tierra......... SI CONTRA BARBAROS DUCERENTUR. Esto es, si hubiesen tenido que luchar contra bárbaros. (F. Eutropius, Lib. VI. § XVI.

Pero como las legiones del Norte que se aproximaban no eran de bárbaros, los resultados no pudieron ser los mismos.

Apenas ocupa Gómez Farías la Presidencia, su primer cuidado es proporcionarse recursos para hacer frente á las necesidades del momento y poner al país en estado de defensa. Exhausto el Tesoro, era preciso arbitrarse fondos—por medios extremos, si hacía falta. Gómez Farías, que conocía demasiado bien al clero (¡casi exclusivo depositario de la riqueza nacional!), no podía contar con su cooperación voluntaria para la patriótica empresa; así es que desde luego propuso á la Cámara Constituyente, se autorizara al Ejecutivo para levantar un empréstito de 15 millones, con garantía de bienes de las comunidades religiosas, y para vender en acta pública parte de ellos, siempre que tal medida se hiciese indispensable para obtener la suma mencionada.

La algarabía que se alzó con tal motivo, no había tenido precedente en la historia de nuestras garrulerías políticas. La venta del país al extranjero, no hubiera causado, á buen seguro, tan formidable protesta entre los

conservadores, como estos lo pusieron en claro algo después, recibiendo en Puebla con *te-deums* y repiques á las fuerzas invasoras. Protestó el Cabildo Metropolitano, en su nombre y en el de la Santa Madre Iglesia, cuyos intereses los liberales amenazaban, con escándalo de la nación toda, y proclamaron á la vez, como principio, la "absoluta soberanía de la Iglesia Mejicana."

Adhiriéronse á esa protesta, los Obispos de Guadalajara, Oajaca y Durango, el Vicario Capitular de Monterrey, el Obispo de Linares Fray José Ma. de Jesús Belaunzarán, (de histórico renombre), el beligeroso Obispo de Michoacán, (que en su notable celo por conservar intactos los bienes de manos muertas, llamaba á la nueva ley "anti-económica," "inmoral," "incendiaria," etc.), y hasta algunas corporaciones civiles, tales como el Ayuntamiento de Orizaba y la Junta de Fomento de Guadalajara. La prensa conservadora, entretanto, desfogábase en virulentos editoriales y procaces gacetillas, invitando á la revuelta sin ambages; urdíanse conspiraciones en todas partes; y, en resumen, de todo se cuidaba, ¡menos del enemigo que invadía por todos rumbos el país! Nada positivo llegaba á hacerse. La prensa oficial disentía de la conservadora; se peroraba en el Congreso; en los púlpitos se llamaba "impíos," "herejes" y "condenados" á quienes demandaban fondos para la defensa nacional; y, además, se expedían sin interrupción nuevos decretos. ¡Para legislar hemos nacido nosotros!........

El decreto de 5 de Febrero vino á encender más los ánimos, como que por él se significaba la urgencia de que se facultara al Gobierno para proporcionarse 5 millones de pesos, con el objeto de proveer á los gastos indispensables de la guerra. Esto ya ultrapasó los límites de sufrimiento y *bonhomie* de aquellos patriotas: "conservadores" y "moderados." Las mismas *monjas* (ó al menos sus mayordomos), se indignaron; y sin mucho esfuerzo lograron corromper las Compañías de artesanos y obreros que guarnecían la Capital, pagándoles con liberalidad mongil ($2.00 diarios á los Directores de la Revuelta);—y el 22 de Fe-

brero, se señaló en nuestra historia por el "Pronunciamiento de los Polkos," el más infame de cuantos crímenes políticos se habían cometido hasta entonces en tierra mejicana. El desaliento, la postración era general, el Gobierno mismo vacilaba. Noticias de nuevas insurrecciones en Puebla, Toluca, etc., llegaban á diario á la Capital, y el virtuoso y patriota Gómez Farías, que había intentado despachar á aquellos *Polkos* á Veracruz á hacer armas contra el invasor extranjero, les veía echársele encima como furias ¡como si poseídos de un espíritu infernal, confundido hubiesen al agresor injusto, con el depositario fiel del honor mejicano! ¡Oh, no serían ellos, por cierto, los que un día pudieran exclamar como Penélope: *Ponitur at patrios barbara preda deos:* "los despojos de los bárbaros fueron depositados á los pies de los dioses de la Patria!"

Y, "en aquel desmoronamiento de todo orden, en aquella impotencia de la fuerza pública y envilecimiento de las autoridades constituidas, imposible les era mantener la vida y el movimiento en el vasto cuerpo, cuyos miembros se hallaban todos paralizados."—Estas últimas palabras, que Taine empleó para describir una agonía en la historia de Francia, parecen escritas á nuestro propósito. Lo cual sólo prueba, que las agonías de todos los pueblos, como las de todos los hombres, son parecidas: insensibilidad, contracciones, y luego....... rigidez cadavérica.

Santa Anna volvió á la capital dejando en paz al enemigo; y así terminó aquella revuelta vergonzosa y torpe. Su primer cuidado, como se ha dicho, fué "destituir de la Vicepresidencia á Gómez Farías," por el enorme delito de haber sabido portarse, en el desempeño de su cargo, con honradez y energía.—SI CUM HOSTIS........

"Si te quieres vengar impunemente
Que tu saña persiga al inocente;
Mas si arrojas el dardo al enemigo
Tu espalda llevará nuevo castigo."

Bien lo sabía Santa Anna.—Si "su furia" se hubiese descargado sobre las espaldas de los moderados, que festi-

naron el conflicto, quizás, á costa suya, Gómez Farías hubiese representado un papel semejante al de Juárez en la defección de Comonfort, máxime cuando en su administración contaba con hombres de la talla de D. Luis de la Rosa y del eminente jurisconsulto D. Manuel de la Peña y Peña.

Pero Santa Anna no quería marchar nuevamente al destierro, y por eso prefirió sacrificar al Vicepresidente y hacer causa común con los moderados. Después de todo, era el paso inmediato al reaccionarismo—en cuyo campo le esperaría una tumba política, tras de haber puesto en juego, como marionetas, con esplendor inusitado, sus más acariciadas pasiones: "Vanid, vanidad, y delirio ridículo de grandeza."

Como dijimos al final del capítulo precedente, no vamos á internarnos por los vericuetos y senderos de la Invasión Americana; pero importa á nuestro propósito—al propósito de este libro, y aún de la SERIE—delinear algunos otros perfiles, siquiera sea á grandes trazos, del que precedió, con mucho mayor brillo, al actual Autócrata de la nación mejicana.

El Sr. D. Justo Sierra ha encomiado el *patriotismo* del General Santa Anna, como si esta virtud, de la más alta gerarquía moral cuando se halla bien definida, pudiera compadecerse con la vanidad insomne y la sed inmoderada de mando y tiranía. ¿En qué modelos habrá estudiado el corazón humano el Sr. Sierra? Héroe, puede ser hasta el bandido que asalta, mata y se defiende; pero jamás el verdadero "patriotismo" marcha de bracero con la "codicia." Cierto es que Santa Anna solía dejar el Gobierno con desprendimiento y hasta hidalguía *aparente*, como lo hizo en 1833 y 1846; pero para volver por él á grandes zancadas, y sin cuidarse un ardite (cuando su empleo peligraba) de la defensa y honra nacional—cual lo efectuó en las ocasiones antedichas.

No intentaremos seguirle al través de sus complicadas peripecias y hazañas de guerrillero, á pesar de que á éstas debió su aura caudillesca, (como que le forjaron leyenda y

sólo á ellas debió ser grande, (en el sentido popular de la palabra), por lo mismo que en su mayor parte fueron "misteriosamente apócrifas;" pero en el curso de esta obra iremos estudiando en otros perfiles al singular CAUDILLO, cuya personalidad sólo en lo presente háse visto opacada, por la no menos destacante y más llena de colorido del CAUDILLO DE TUXTEPEC.

Contribuye Santa Anna, con el Gral. Guerrero, á la caída de Iturbide y luego se afilía con entusiasmo entre los federalistas. En 1824 es celoso defensor de estos principios.

Por primera vez, en 1828, se pronunció en Jalapa, y ayudado por la defección de la ex-Acordada, triunfa y logra colocar en la Presidencia al Gral. Guerrero; pero, ignora, en verdad, cómo, por qué artes, ó con qué objeto lo hizo. Fué un simple alarde de pujanza, un rasgo de desvergüenza militar admirable—y de fecundo ejemplo para lo futuro.

Sin embargo, Santa Anna aún no había tenido tiempo para saturarse de corrupción. Cercanos estaban los grandes acontecimientos, y ejemplos aún más grandes, de la guerra de Independencia. Había mucha "teoría" de patriotismo y sacrificios, diluída en la atmósfera. Por las calles de Méjico paseaban sus laureles muchos héroes, y todavía parecían escucharse los estertores postreros del "*Monstruo de los Tres Siglos*," agonizando y retorciéndose encadenado en San Juan de Ulúa.

Ser héroe, entonces, era relativamente fácil. Por eso Santa Anna, en 1829, fué héroe en su travesía á Tampico, y fué héroe atacando esta plaza. (Nótese que todavía no había sido Presidente, ni siquiera ministro.)

Más tarde (1830) se apresta á vengar la sangre de Guerrero; y el triunfo del RANCHO DE POSADAS, inicia para él una nueva era.

Nulificadas las elecciones que elevaban á Bravo á la primer magistratura, pasó á ocupar este elevado puesto D. Antonio López de Santa Anna, el 10 de Abril de 1833.

Meses después, triunfante el PLAN DE CUERNAVACA, Santa Anna vuelve la espalda á todo su pasado, y de un sal-

to se coloca en las filas ultra-reaccionarias. Movimiento rápido, teatral, apenas concebible cuando principios religiosos y políticos iban envueltos en el cambio de bandera; pero que se explica tomando en cuenta que el fango pasional sobrenadaba en la agitada superficie, quedando las disceneiones reales decantadas en el fondo; porque, en las revueltas políticas enconadas y continuadas largo tiempo, la "mecánica de la lucha" llega á cubrir con espesa capa la "razón" de la misma."

Tres años más tarde sale de la guerra de Tejas, cubierto de ignominia, de baldón y de crímenes; pero el cañonazo del muelle de Veracruz le redime ante la conciencia equívoca de políticos y beligerantes de entonces, que se disputaban el honor de ser por él acaudillados y dirigidos á su antojo.

He aquí al hombre que, hasta el triunfo del plan de Ayutla, debería disponer de los destinos de la República como de cosa propia, sentando un precedente funesto para futuros tiranos. El enseñó en Méjico, cómo se gobierna una nación por el "terror" y la "fuerza," fijando á la vez como principios, que inyectar á los gobernados una dosis fuerte de "terror saludable," es una fuente de éxitos para los gobiernos personalistas; y que todo se perdona al tirano, cuando sabe nielarse con esquisitas labores y cubrir la deshonra con joyantes paños carnavalescos; ó simplemente permite que se abra la espita de la "prosperidad material," cerrando á la vez, á golpes de maza, la de los disturbios políticos. Pero, sobre todo, Santa Anna dejó en Méjico una cauda abominable, porque fué el primero entre sus tiranos que se creó verdaderos aduladores—parásitos más dañinos que los del cólera, y los cuales, á semejanza de Villeroi tentando la ambición del adolescente Luis XV, dicen con emoción y en voz baja, al oído de los grandes ó de los encumbrados: "¡Contemplad, amo mío, esa grande y hermosa tierra. Pues bien, todo eso es *vuestro*, todo eso *os pertenece*, porque sois nuestro único señor y dueño!" En la "Bizancio," de Lombard hay una hermosa página (Cap. IV., 3a. parte), en que Hybreas

dice así al joven Oupravda, con voz emocionada y silbante: "Cuando seas Basileo oficial, tus trirremes surcarán el Cuerno de Oro; cuando seas Basileo oficial, todas las flotas del Cuerno de Oro te pertenecerán, y la costa que ves al frente, será tuya; y tú dominarás en Asia, hacia el otro lado; y tú dominarás la Isauria, que se halla en Asia, y de donde Constantino V saca sus soldados para el combate."—¿Cuándo han dejado de caminar unidas la adulación rastrera y la seducción? ¿Cuándo han cambiado de tono y lenguaje, lo mismo en lo antiguo que en lo moderno, lo mismo en la historia que en la fábula? Pero el lenguaje de la adulación, á diferencia del de la seducción—y como el del amor—consta de pocas palabras; porque lo que se calla es siempre mucho más importante que lo que se dice: habla con más elocuencia el gesto que la frase........ ¡La seducción es el tigre que se convierte en reptil: la fiera que se arrastra.

En resumen, Santa Anna poseía cualidades esenciales, pertenecientes á su "constitución psíquica," si se nos permite decir, y otras adquiridas, ó del medio en que sus facultades se desenvolvieron.

Fué soldado, por vocación, desde sus años juveniles. Guerrillero audaz, valiente, activo; enérgico en ocasiones, débil en otras; rápido y decisivo como jefe de guerrilla ó de un pequeño cuerpo de tropa; lento y torpe como General de Ejército; ó bien abrupto y atolondrado. Sensibilísimo á la adulación, era, además, vanidoso, arrogante, veleidoso, ingrato. Con falso concepto de sus aptitudes personales, fiaba siempre en la autoridad de su nombre, como quien dice, "en la casualidad." Poco sujeto á las "pasiones amables," y no comprendiendo la "alegría de vivir" sin las víctimas del Circo, ni los deleites del Circo sin los trofeos de despojos de que habla Ovidio —SED REGUM EXPOSITAS CIRCUS—mezquina era su alma; pero hinchada, sin embargo, casi pudiéramos decir "artificialmente," por un hartazgo de sucesos prósperos. Tal era Santa Anna, por virtud de sus cualidades intrínsecas ó ingénitas.—La instabilidad en sus ideas políticas,

el desmayo que en ocasiones se apoderaba de su espíritu, el falso concepto de patriotismo, la noción equívoca de "dignidad militar," su afecto á la disciplina (aparejado con un desafecto radical á someterse á ella), sus arrebatos patrióticos (que pocas veces llegaban á patriotismo), así como sus cuasi-traiciones (que, aun cuando se aproximaban, no llegaban á serlo); todo esto no era radical en el Caudillo, aunque bastante bien se compadeciera con su carácter. La atmósfera de su tiempo se hallaba saturada de esa clase de miasmas.

No era Santa Anna, sin embargo, el único charlatán de bandera roja de entonces; aunque sí el de mayores vuelos.

Entre las celebridades de esa época hay un personaje, que no carecería de relieve artístico en alguno de los círculos del Dante. Nos referimos á Paredes Arrillaga. Como el verdugo en ciertos dramones de capa y espada, aparece entre bastidores al iniciarse la Invasión y ocupa un instante el escenario; cometiendo el crímen de pronunciarse en San Luis y marchar sobre Méjico, cuando ya las huestes norte-americanas habían traspuesto nuestras fronteras. Durante la lucha, desaparece por escotillón; y cuando ya desmembrado, sangriento, cubierto de luto, de desolación y de miseria, llora el país el terrible escarmiento, Paredes Arrillaga aparece nuevamente..... Aparece en Aguascalientes encabezando *una revolucion*; y no como quiera, sino llamando TRAIDOR al ilustre Peña y Peña—togado excelso, por quien *algo* se salvó de la antigua patria.

En segundo término y á corta distancia, muéstrase en el gran lienzo ó fondo histórico de aquellos días, otra escena: llena de vida, de colorido, de preparación dramática: el Comandante de Batallón D. LEONARDO MARQUEZ, se ha pronunciado en Sierra Gorda, campeando por la honra y títulos á la Presidencia....... ¡del Exmo. Sr. D. Antonio López de Santa Anna!

Márquez se iniciaba en la vida política de Méjico, llevando á barrisco el enorme manequí protéico de la Inva-

sión; el cual, desgraciadamente, todavía no había terminado de hacer cabriolas en la República.—Márquez sería un digno complemento de Santa Anna: tras la sonaja del histrión, el hacha del verdugo. Nótese: Márquez inició una larga y luctuosa carrera de crímenes nefandos, escudando al funesto Autócrata, Santa Anna; OTRO Santa Anna, le redimiría de ella, en los años por venir.......... abriéndole de par en par las puertas de la República ¡teatro y palenque de sus sangrientas hazañas!..... Pero, ya para entonces, sus mismos crímenes se antojarían pequeños y atenuados......



HEROE Y CAUDILLO

CAPITULO VII.

Un Crimen premeditado.—Los Imperialistas Americanos. —Doctrina Monroe.—Su Verdadera Significacion, Origen y Tendencias.—Oportunidades de Ponerla en Practica.—Su Valor Juridico.—Sus Victimas.—Lo que nos consta.

La intervención de los Estados Unidos en Méjico, fué un crímen maduramente premeditado, y por desgracia fácil de perpetrarse, dadas las circunstancias desastrosas porque atravesaba la República. La pérdida de California y Tejas, fué prevista por el "QUARTERLY REVIEW" de Lóndres, desde de 1834. La voz de alarma se había dado oportunamente; pero, "á quienes los dioses quieren perder principian por trastornarles el seso." Nadie, en aquellos años, pudo presentir en Méjico la magnitud del infortunio que se avecinaba. Si alguien hubiese dicho en la tribuna, ó estampado en el periódico: "llegará un día en que *doscientas mil leguas cuadradas*, de la porción más rica del territorio Mejicano, pasarán á ser propiedad de los Estados Unidos del Norte," ridícula, insensata hubiérase juzgado tal profesía.

Si en los tiempos actuales alguien hablase en Méjico de una nueva invasión americana, con la aparejada amenaza de nuevos despojos, cándidos sobrarían, indudable-

mente, que exclamasen: "¡locura! allí está la DOCTRINA MONROE para protejernos." Y por risible que—para quien bien ha estudiado las tendencias imperialistas de esta nación—se antoje aseveración semejante; es disculpable. La tal Doctrina Monroe, *inglesa* de origen, en manos de los imperialistas actuales de los Estados Unidos, ha venido á condensarse en estas frases: "ninguna potencia del mundo podrá extender su territorio á costa de las Repúblicas de Hispano América."—Cuidándose siempre de añadir á *sotto voce*: "CON EXCEPCION DE LOS ESTADOS UNIDOS."—En el verano anterior, desgañitábase un vendedor de aguas frescas, en Menfis, Tennesee, gritando de voz en cuello á los transeuntes: "Limonadas y aguas frescas; dos vasos por cinco centavos"..... Y añadía luego en voz baja, casi inaudible: "*cada uno*."

Pero los hombres ilustrados (que por cierto no escaseaban durante el período á que nos vamos refiriendo), no podían, por manera alguna, ignorar todo lo relativo á la hoy llamada Doctrina Monroe. Sabían, por lo tanto, que bien poco significaba para Méjico, desde un punto de vista práctico.

Expongamos de una manera clara y rápida, lo que la tal doctrina fué en sus principios, y cuáles fueron su verdadero objeto, alcance y tendencias; y maravilla causará entonces, cómo ha podido discutirse tanto en los tiempos actuales, cómo las interpretaciones ambiciosas y cándidas de los Estados Unidos, fundadas en ella, han merecido ser tomadas en serio, y, por último, cómo jurisconsultos internacionales, en ambos continentes, han aseverado sin rubor, que la doctrina "anti-europea, contenida en el mensaje de 1823, debería ser aceptada como un nuevo canon del Derecho Internacional moderno, para el exclusivo beneficio de los Estados Unidos. Bien sabemos que el derecho Internacional de nuestros días, como el derivado del COLEGIUM FAESTALIUM de los romanos, ó, mejor dicho, desde el establecido por el CONSEJO ANFICTRIONICO de los griegos, es el más amplio y dúctil de los derechos. La jurisdicción marítima, por ejemplo, háse quintuplicado ya, desde

su sanción más antigua, á medida que los intereses de Inglaterra, primero, y luego los de otras naciones, señaladamente Estados Unidos, lo han ido requiriendo; con perjuicio siempre de las potencias más débiles y rezagadas. En breve, todo el Derecho Internacional, juzgado desde un punto de vista histórico y desapercibido de sentimentalismo, se funda en este solo principio, bestialmente humano: "Forma jurisprudencia, la capacidad, en un momento dado, de realizar un acto de jurisdicción ó político que pueda tolerarse, ó imponerse por la fuerza de las armas." Antes de Diciembre de 1823, en el cual mes y año el Presidente Monroe presentó á las Cámaras su célebre mensaje, el mismo Monroe (entonces Secretario de Estado), envió á Jefferson la correspondencia Canning-Rusho, llamándole la atención sobre que INGLATERRA solicitaba la *cooperacion* de los Estados Unidos, para evitar en lo posible que la denominada "Santa Alianza"—que acababa de derrocar el gobierno constitucional en España—se aprovechase del estado anormal en que las nacientes potencias hispano-americanas se hallaban, para reconquistarlas y dividírselas. Nótese desde luego, que entonces, como ahora, Inglaterra poseía en América vastos dominios, los cuales le importaba conservar y defender, si era posible, con la cooperación de los Estados Unidos.

El Presidente Jefferson, con mayor suma de vanidad satisfecha que de reflexión, dió rienda suelta á su entusiasmo, juzgó en extremo plausible la idea de amurallar el Continente Americano contra probables ambiciones europeas, y no solamente plausible le pareció la idea, sino que juzgó que el "principio" que entrañaba, hacía de los Estados Unidos una "verdadera nación, á la cual se le señalaba el rumbo que seguir debía al través del océano de los tiempos."

Accédese, en parte, á las pretensiones interesadas de Inglaterra; y Monroe, ya Presidente, expone en su informe precitado, que los Estados Unidos "considerarían cualquier atentado, por parte de los Poderes aliados para extender su sistema á cualquiera porción de este hemisferio,

como "peligroso," etc. Por donde se ve, que para implantar el "principio" entrañado en la proposición de Inglaterra, "su cooperación" se juzgaba ya contraproducente por el gobierno de Washington.

Pero bien pronto principió éste á darse cuenta de lo fatigante y peligroso de la carga, que impremeditadamente, ó, al menos, sin la reflexión debida, se había echado á cuestas. En 1825, dos años después de la promulgación de la DOCTRINA, el Presidente John Q. Adams, (Secretario de Estado del gabinete Monroe, cuando se expidió el célebre Mensaje), se expresó de esta suerte—con motivo del Congreso de Panamá de los Poderes Americanos:" "Sería muy conveniente que se llegara á un arreglo entre todas las partes representadas en el Congreso, mediante el cual "cada una y con sus propios elementos," se guardara contra el establecimiento futuro de colonias europeas dentro de sus límites." Leído esto, convengamos en que si las palabras de Monroe deben ser consideradas como una "ley" por los jurisconsultos americanos, las asentadas en ocasión solemne—con motivo de un acto internacional—por el ilustre Adams, equivalen á una derogación terminante de aquella. Pero todavía hay más. En el mismo año citado, 1825, la Cámara de Diputados aprobó un proyecto, en que se prevenía que "los Estados Unidos *no deberian hacer causa comun* con las Repúblicas Hispano-Americanas, ni con ninguna de ellas en particular, para prevenir "la ingerencia de ninguno de los Poderes Europeos en su independencia y forma de Gobierno."

¿A qué quedaba con esto reducido el asendereado "PRINCIPIO" contenido en el mensaje de Monroe, á que nos hemos venido refiriendo?—Tres años más tarde, (1828) Méjico es amenazado con un intento de reconquista por parte de España. Tropas extranjeras, al mando del General Brigadier Barradas, hollaron el territorio nacional, y, ¿cuál fué la actitud de los Estados Unidos? ¿Evocó esta nación el "principio" de Monroe, ó el de Adams?—La verdad es que no se acordó de ninguno; y si de algo hizo acuerdo, fué de la máxima de derecho: "LEX POSTERIOR DERO-

GAT ANTERIOR." La jurisprudencia de las naciones fuertes, sobre todo en materia internacional, se basa en el antiguo precepto de ética leonina, que Fedro condensó en esta bien conocida frase: QUIA NOMINABOR LEO; ó en otros términos: la fuerza prima al derecho. Brutal precepto, si se quiere, pero que sirvió de fundamento á todas las civilizaciones antiguas y modernas; y que aún está en vigor, más ó menos disfrazado, en el tiempo presente.

Diez años más tarde, una nueva y brillante oportunidad volvió á ofrecerse á la nación del Norte, para poner en práctica aquel principio, que, como el "*Faro de las tempestades*" en el poema de Camoens, la demarcaría el rumbo que seguir debiera "al través del océano de los tiempos." Nos referimos á la tan injusta cuanto ridícula intervención francesa de 1838. Los Estados Unidos nada tuvieron que objetar á esa nueva aventura guerrera, emprendida en abierto antagonismo con el espíritu y letra de la famosa Doctrina Monroe—quizás porque, ya para entonces, sus malos manejos en Tejas habían dado principio. Con lo dicho, nos parece que el valor jurídico de la tal doctrina, queda bien claramente establecido. Y, sin embargo, todavía hay mucho más que decir, en descrédito del monroeismo. En el repetido informe de 1823, por ejemplo, el Presidente Monroe expresaba sin ambajes (y sin duda alguna de buena fe), que "no era la intención, ni convenía á los Estados Unidos del Norte, extenderse á costa de las Repúblicas Hispano-Americanas"!........—Méjico y Puerto Rico, pueden, sin embargo, exclamar como Agamenón, cuando respondiendo á Ulises en la Iliada, decía poco satisfecho: "Anciano, en todo la verdad dijisteis; pero........" nos consta lo contrario. (*)

Tejas, Arizona, Nuevo Méjico, California y una parte de los territorios de lo que ahora son Colorado, Kansas, Utah y Nevada, pertenecían á Méjico en 1846, y unidos formaban una extensión de terreno de 600,000 millas cuadradas, considerada por los principales geógrafos europeos, entre los que se ennumeran Reclus y Dubois, como una de las regiones más privilegiadas de la tierra. Los pastos y algodoneros de Tejas, los trigos de Nuevo Méjico, el oro y la agricultura de California, los cereales de Kansas y las minas de Colorado, no tienen superiores en el mundo. Su principal ventaja estriba en las facilidades de comunicación, merced á lo poco accidentado de los terrenos; comparado, sobre todo, con lo que le fué dejado á Méjico tras de la gran rapiña.

LIBRO II

VIDAS PARALELAS.

Hic onus horret,
Ut parvis animis et parvo corpore majus;
Hic subit et perfert: Aut virtus nomen inane est,
Aut decus et pretium recte petit experiens vir.

Este evita la carga porque sabe
Que es á sus fuerzas superior; el otro
La resiste pujante en sus espaldas.
O la virtud es sólo un nombre vano,
O la honra y la gloria corresponden
Al ilustre varón que la practica.

HORACIO.—*Ep. XVIII. Lib. I.*

¿Cuál es el carácter general de los actos que todos los publicistas consideran con razón como despóticos?—La violación de la libertad de los ciudadanos, la vida de éstos puesta en peligro, los suplicios y las ejecuciones *(massacres)* sin formación de causa, la violación de la propiedad, etc.; en pocas palabras, lo que caracteriza todos los maleficios del despotismo, es la violación de la justicia, es la fuerza bruta y la violencia substituyendo al derecho."

EMILE CHEDIEU.

CAPITULO I

Juventud de Juarez y Ninez de Diaz.—El Jovenzuelo Indigena.—Vida Pastoral.—La Nueva ensenanza. —Aptitudes que duermen.—Indiferencia Aparente. — Despertar Ciudadano. — Nueva Vida.— Marcha Tranquila y Progresiva.—Altos Honores.—El Senor Gobernador.—Un Cid en Miniatura.—Caracteres de Raza.—El Pequeno Criollo. Guerras a Pedradas.—Diplomacia Militar.—Batalla que se Vende.—Soldado "Peor es Nada." —Recuerdo Glorioso.

Residían, entretanto, en la capital del Estado de Oajaca, un joven estudiante, de carácter firme é instintos guerreros; y un jurista indígena, en la plenitud de la vida, del cual se ponderaban tanto sus altas dotes intelectuales, como su modestia, honradez y patriotismo.

El jurista indígena—D. Benito Juárez—desempeñaba ya la primer magistratura del Estado; pero, antes que considerarle en el desempeño de este cargo, séanos permitido estudiar detenidamente sus antecedentes. Más todavía: el génesis y desenvolvimiento intelectual y moral del carácter más extraordinario de nuestra historia.

Cuando la Nueva España logró emanciparse de la tutela borbónica, Juárez contaba 15 años; y sin duda hubiera rememorado los hechos gloriosos de los insurgentes, y algo del "espíritu militar" de aquellos tiempos se hubiese infiltrado en el suyo, si no hubiera sido por tres circuns-

tancias desfavorables: vivía en un pueblo de indígenas ignorantes, San Pablo de Guelatao; apenas hacía tres años que había principiado á aprender el idioma oficial de los mejicanos, y, por último, el mercedario á quien debió tal enseñanza, si bien persona entendida y circunspecta, puede asegurarse que era de inclinaciones poco belicosas. Por consiguiente, las primeras lecciones que al despertar á la vida de la civilización, tras un sueño de doce años, recibió el futuro estadista, no fueron, á buen seguro, como las que los lacedemonios daban á sus hijos: "La mujer á quien llamamos madre, es sólo una "fábrica de guerreros;" tu verdadera madre, la que debes amar, reverenciar, lidiar como héroe y morir por ella, si es preciso, se llama Esparta." Y aquellos niños—que más tarde acompañaron á Leónidas á las Termópilas, y que en el Agora veían á sus madres adiestrarse desnudas, en la lucha y el ejercicio de las armas—solían contundirse y magullarse recíprocamente en infantiles combates, con gran contentamiento de sus progenitores.

Juárez, en sus primeros años, se dedicó pacíficamente á cuidar de un rebaño, y más tarde, á encuadernar libros. Si rosaban su frente, no hallaban cabida en su cerebro y corazón las tempestades políticas que casi sin interrupción se desencadenaban en el cielo de la patria. Al españolizarse el indígena, con el amaestramiento de un idioma que no era el suyo, debió sentirse extranjero en su misma tierra. Porque el idioma es parte del patriotismo, y no podemos —si abrigamos sentimientos altos y nobles—arrancarnos del idioma que fué nuestro durante toda nuestra infancia, sin dejar con él algo de lo que hay de pasional é instintivo en nuestros afectos. Y el período de transición se prolonga más ó menos, conforme la firmeza, la *solidez* de los espíritus—si se nos permite así expresarnos.

El desenvolvimiento intelectual que le proporcionaba la nueva enseñanza al joven indio, modificando su cerebro, cultivándolo, enriqueciéndolo con ideas y datos psicológicos, no alteraba en lo más mínimo el fondo de su conciencia: ¡tranquila y durmiente, como los espectros hechos

granito de su raza! En aquella alma no había oleadas ni vaivenes. El Español iba conquistando el cerebro; pero el alma del Indio permanecía firme, estólida, inmutable. La evolución pasmosa que admiración sería de sus contemporáneos y orgullo de sus pósteros, se originaría en el pensamiento antes de tocar, ó despertar, sus afinidades meramente afectivas. Sentiría con el pensamiento antes que con el corazón; y estas cualidades—que bien pudiéramos llamar aptitudes—de sus primeros años, no deberían abandonarle nunca en todo el curso de su vida. No hay afecto más firme que el que se emancipa de lo aleatorio de las pasiones, y establece una armonía perfecta entre el corazón que siente y el cerebro que discurre. Así se forman los héroes dignos de tal nombre, que se adelantan sin pestañear hacia la muerte, con la conciencia clara del deber que se impone, y el amor á la causa que les impulsa.

De encuadernar libros á estudiarlos, la transición no es tan violenta; y hasta ha habido encuadernadores bibliófilos; esto es, amantes platónicos de los libros.

Merced á la protección de su amo y maestro—pues que el lego del convento del Carmen, D. Antonio Salanueva era lo uno y lo otro para el taciturno y pensador muchacho—pasó éste á regularizar sus estudios en la capital del Estado. Singulares debieron de ser sus dotes intelectuales, para que, á pesar del nuevo y raquítico medio en que se desenvolvían, lograran interesar á su protector, decidiéndole á prestarle más eficaz ayuda. Aunque es de creerse, que no poco lo movió á aquella fecunda caridad intelectual, el haber descubierto sin mayor esfuerzo en el aplicado niño, dos cualidades fáciles de estimar en la vida práctica, independientemente de las dotes intelectuales; es á saber, la *horadez* y la *aplicacion* al trabajo. De estas dos cualidades—sociales por excelencia—la una, estimula; y la otra, promete.

Como era natural, el seminario fué el primer estadío donde Juárez debía emprender la lucha por la conquista de la ciencia; pero sólo conseguiría hacer de sí mismo un

"apóstata" como Renán en San Sulpicio. Ambos lograron convencerse de que en tales instituciones se enseña todo, menos lo que camina invariablemente de acuerdo con la razón exigente y analizadora.

Del seminario pasó al Instituto de Ciencias y Artes, donde se dedicó al estudio de la Jurisprudencia, después de haber cursado las asignaturas previas, recibiendo el título de abogado á la edad de veintiocho años. Pero antes de que las aulas hubiesen premiado con un título honorífico al taciturno pasante de derecho, la "Ciudad" le había distinguido (1831) dándole puesto entre sus ediles; y más tarde entre los representantes del pueblo en la Cámara Legislativa del Estado.

Habían pasado ya para él los *sexdecem anni*, que los pensadores romanos juzgaban indispensables para producirse una nueva generación intelectual, ó evolución, como ahora se dice; pero en Juárez no había habido ni generación, ni evolución bien delineadas, sino un progreso armónico, natural, firme, de facultades que trajo embrionarias de su pueblo natal: como los árboles sanos y bien nutridos de las regiones tropicales, que se desarrollan gigantescos al rumoreante arrullo de los bosques solitarios. Juárez continuaba trabajando sin apresuramiento, inquiriendo sin exaltación, asimilándose las ideas más puras del liberalismo, sin contaminarse con sus pretensiones espúreas; sintiendo la trepidación de la tormenta, sin que sus nervios se alterasen: honrado en sus actos, modesto en su porte, parco en la palabra, sincero y leal en el afecto. Era el mismo indio que en Guelatao conquistó con sus cualidades incipientes, el afecto y admiración espontáneos del tercero de San Francisco. Nada más que un ensanchamiento notable, casi cambio, se había operado en su espíritu: "la Ciudad" habíale revelado en toda su grandeza la idea de "patria," y el sentimiento de "deber" que á ella va anexo. Y en aquél hombre de corazón virgen, puro, que un día se encontró "mejicano" y al siguiente "ciudadano de la República," tales "ideas," bien pronto se convirtieron en un afecto tanto más profundo, cuanto más

bien preparado estaba su corazón para recibirlo. Y así se fundieron en una sola alma grande, nó en reacción instantánea, sino en germinación progresiva, el cerebro del pensador y el alma del patriota. Mas, semejante modificación psíquica, no alteró ni poco ni mucho el fondo de su carácter, el rumbo de sus inclinaciones.—Tras de regidor fué representante del pueblo; y después de ocupar este empleo, obtuvo la magistratura suprema del Estado......

Cuando centralistas y federalistas discutían apasionadamente la Constitución liberal de 1824, Juárez tenía 18 años, y estudiaba humanidades en textos escolásticos, en la capital de Oajaca. Una escarcha de escepticismo, un varniz ligero de filosofía jacobina, apenas si disimulaban la farsa de una muerte aparente. La independencia no había matado el espíritu, la obra de la conquista. El fingido cadáver enseñaba los dientes, sonriendo con malicia. La obra de la conquista había sido; el embrutecimiento de la raza indígena, el relajamiento del criollo ó mestizo, y el encadenamiento de todas las espontaneidades del espíritu por medio de la religión católica. Cuando los sacerdotes egipcios avizoraron el fin del reinado divino de animales y legumbres, inventaron á Isis y Osiris; cuando los frailes de la Nueva España presintieron la emancipación de las conciencias de la sabia Colonia—famosa por sus doctas Universidades y hombres de saber—inventaron la *Virgen de Guadalupe*, que significó la masa bruta y aplastante, lanzada contra el espíritu moderno. Felizmente las ideas no se matan y aplastan (de lo cual pudieron convencerse los arcángeles y demás poderosos guerreros celestiales, que en el poema de Milton se ven siempre derrotados por la supervivencia de los ángeles rebeldes). Y así como triunfaron de la reacción los sacerdotes egipcios y sobre una nueva superstición cimentaron su imperio, así triunfaron los conquistadores de indianos y criollos, y la *Virgen de Guadalupe*, por un instante revolucionaria con Hidalgo, volvería, no mucho después, á ser la criatura celeste, (con sus "*sexdecem stellae et luna sub pedibus ejus,*") que en lo sucesivo militaría en las filas conservadoras y reaccionarias

desde Iturbide, hasta el Santa Anna de 1855, y desde Santa Anna, hasta Maximiliano y el Padre Plancarte. ¡Fraile sagaz, á quien la historia le concederá la notoriedad poco envidiable, de haber sido el último de los grandes explotadores del mito del Padre Florencia! ¡Quizás no hubo uno solo de los congresistas liberales de 1824, de los que protestaron guardar y hacer guardar la Constitución *protestante*, que, tras de haberlo hecho, no levantara la vista, con esperanza suprema de perdón y conato de arrepentimiento, hacia la virgen del Tepeyacac! El mismo Padre Mier, que en sus mejores años puso en duda el abolengo celestial de la virgen indiana, no se había del todo emancipado de las ideas teocráticas de la conquista: Dios, en el Cielo; en Roma, el Papa; en España, el Rey; y en América el Fraile.

Y en un medio social semejante ¿cuáles pudieron ser las ideas de Juárez durante sus primeros años?—Aprendió á deletrear en el antiguo Catón, y á leer en el catecismo de Ripalda. Fué un religioso su primer maestro y en Jacquier hizo su entendimiento las primeras gimnacias silogísticas. No es mucho presumir, pues, que las primeras creencias de Juárez fuesen ortodoxas; sus primeras tendencias, reaccionarias; quizás monarquistas. Las últimas clases, y las más elevadas, tienden siempre al gobierno conservador de privilegios, al *statu quo* y al absolutismo. La reacción se efectúa siempre en las capas medias, como en la vida cósmica de los astros.

El estudiante de Guelatao tenía 22 años—edad en que el patriotismo hierve en los pechos juveniles—cuando Barradas intentó reconquistar á Méjico para los españoles; y....él, entretanto, estudiaba con tezón las ciencias naturales en el Instituto Literario.—Dos años después, fué nombrado Profesor de Física.

Es de notarse la tendencia del jóven estudiante hacia un desenvolvimiento armónico de sus facultades mentales, templándolas en el estudio de las ciencias. Sin duda esa tendencia fué instintiva; pero no por ello menos importante, desde un punto de vista psicológico. No se sabe que

hubiese descollado en el estudio de la Metafísica; pero sí en el de la física, puesto que obtuvo los honores del profesorado; y quien dice amor á la Física, implica el de las Matemáticas y demás ciencias hermanas, como la Mecánica y la Química. Y de esta suerte se preparaba el predestinado indio, para lograr la realización de su grandiosa obra de números, tan del dominio de la Sociología como de las Matemáticas, es á saber, la nacionalización de los bienes del clero. Esa percepción distinta de una necesidad urgente, divisada apenas, y su *realizacion* audaz, tuvieron que ser obra de un convencimiento absoluto, que sólo proporcionan los datos científicos. De Napoleón se dijo que "libraba sus batallas en el cerebro antes que en el campo." Juárez hizo la Reforma en su cerebro, antes que predicarla desde Veracruz en inmortales decretos.

Pero volvamos al joven profesor de Física, y digamos desde luego, que tampoco se dejó conmover (al menos en apariencia), al derrumbarse con el triunfo de Santa Anna, el edificio vacilante de la Constitución liberal de 1824.......

Diez años de revoluciones sin tregua, habían al fin logrado entronizar en Méjico la Dictadura y el Militarismo.

Y en ese mismo año, funesto para las instituciones liberales, Juárez obtuvo el supremo triunfo áulico, conquistando el título de abogado de los tribunales de la República. Y en ese título—en aquel año funesto—la mano de hierro del destino había escrito con letras radiosas, como en el cielo de Constantino, el "*in hoc signo vincis*" de la reforma política y social de la nación mejicana.

Mas, si tantas convulsiones políticas, tan profundos trastornos sociales y el estruendo de la lucha diaria que repercutía hasta en los poblados más remotos, no despertaban la emulación guerrera en aquella alma hecha para las grandes lides ¿qué germinación oculta y poderosa se producía en ella, si su rebelión magnífica, trece años después, conmovería hasta en sus cimientos el vetusto edificio, legado por los últimos conquistadores á los primeros ciudadanos de la República?

Juárez, ya para entonces, era de todos conocido como liberal puro, moderado y enérgico; paciente y firme, mo-

desto y sabio; y dotado, visiblemente, de esa singular característica de todos los predestinados á grandes hechos: vivía en constante coloquio consigo mismo. Todos sabían que valía más lo que callaba que lo que decía.—No predicaría como Jesús; daría leyes como Moisés, enmedio de las tempestades políticas y cuando más furiosas se desencadenaran amenazando la existencia misma de la República.

En 1846—año de la Invasion Americana—Juárez fué nombrado Gobernador del Estado de Oajaca.

. . . . ,

Reclama ahora nuestra atención un jovencito de raza mista, oriundo de la clase media, y que á la sazón contaba dieciseis años.

Los biógrafos de la antigüedad solían dar extremada importancia á las mocedades de sus héroes. Aristóteles se encargó de perpetuar las de Alejandro, que más tarde embellecería el historiador Quinto Curcio—casi tanto como los romancistas y Guillén de Castro ponderaron las del Cid Campeador. El mismo Plutarco creía que en el infante debería leerse el horóscopo del hombre; y Herodoto parecía buscar siempre en el hogar, los rasgos trascendentales de sus personajes. Pero ningún ejemplo mejor aducir pudiéramos en comprobación de lo expuesto, esto es, la curiosidad—si más no pudiéramos decir—que los niños despertaron siempre en los humanistas biógrafos, que la novela heroica de Xenofonte—la Ciropedia—en la que apenas si se diferencía el niño del Palacio de Astyages del Conquistador de Asiria: á la vez generoso y severo. El primero, el niño, prudente y valeroso; el segundo, valeroso y prudente: "un Sócrates coronado," como alguien ha dicho. —El Emperador Trajano adivinó á Marco Aurelio en el discípulo de Antonino Pío.

Sabido es que los criminalogistas modernos de la escuela de Lombroso, consideran al niño como una fiera más ó menos domesticable: cruel y de instintos criminales por atavismos de raza. Así como el sabio inglés Harlott, cree que, entre otras cosas, nuestro horror á las tinieblas nos viene de los habitantes posterciarios, los cuales en la sole-

dad poblada de fieras de los bosques primitivos, consideraban las tinieblas de la noche como asilo y generador de toda clase de peligros y agresiones. Lo que parece indudable, es que el hombre nunca deja de ser niño. En un organismo sano, las facultades del niño se atrofian pocas veces y nunca desaparecen del hombre. El valor, la virtud, la irascibilidad, el talento, la maldad, el disimulo, la cobardía, y, en general, los agentes todos que forman el carácter del hombre, se traslucen en el adolescente. El varniz de los años, como el polvo que oculta los templos y sepulcros del antiguo Egipto, logra á las veces hacer desaparecer hasta las características más salientes del párvulo —en el que la edad, el medio social, la educación y las circunstancias en que se estudia, cubrieron con ropaje ó máscara, andrajoso ó de púrpura—pero todavía los elementos psíquicos que formaron al niño, no desaparecen. Napoleón dijo alguna vez: "raspad á un ruso y encontrareis al tártaro." Y con mayor verdad podría decirse: "raspad al hombre y encontrareis al niño."

Digamos que, en 1846, el niño Porfirio Díaz contaba sólo dieciseis años; pero en verdad, ya para entonces, como el Cid de Corneille, se había "anticipado al número de sus años." Pocos son los datos fehacientes con que contamos, por desgracia, acerca de los años primeros de la infancia del personaje principal de esta obra. Bancroft, su biógrafo oficial, se concreta á vaguedades, anécdotas que casi en nada le diferencían de los muchachos del medio siglo de revoluciones, que sucedió al triunfo de la República y del federalismo. Y, sin embargo, un hombre como Porfirio Díaz, que ha podido trazar huella tan honda en la historia de un pueblo, debió haberse revelado desde sus primeros años. El historiador referido hace hincapié en la ascendencia de su héroe, y las virtudes de éste y cualidades buenas de todo género, pretende derivarlas de las razas indias é ibéricas de donde trae orígen. Nada más falso que esa manera de razonar, puesto que las cualidades de raza no son "homogéneas en sus detalles." No se es valiente por descender de Francos, ni honrado por prove-

nir de estirpe rusa, ni inventor por el hecho de contar sajones en el vínculo. Las cualidades de raza son genéricas; esto es, pocas veces, ó nunca, se individualizan en conjunto; y sus diferenciaciones, salvo en lo físico, llegan á ser muy notables, conforme al medio y época en que se realizan. ¡Qué diferencia tan profunda, entre los romanos que derribaron á Tarquino el Soberbio, y los que coronaron á Claudio, á Galba y Othon; entre los Senadores que se antojaron semi-dioses al invasor bárbaro, y los que barrían con sus barbas blancas, los lechos perfumados en las orgías de Calígula y Domiciano!

Mas, si cualidades de raza debemos buscar en el niño del Mesón de la Soledad, sólo hallaremos en él las del *criollo* del Siglo XVIII y principios del XIX; es á saber: espíritu despierto, rencor á lo existente, turbulencia é inquietud atávicas, principios religiosos bastardeados con políticos—incipientes é indefinidos unos y otros—y, por último, *repulsion a las razas de su origen:* "ni indio ni español," era el lema del criollo de entonces.—"Indio," era sinónimo de embrutecimiento, fanatismo, degradación y esclavitud: tras del indio, estaban el amo y el fraile—"Español," quería decir, conquistador, déspota, humillación constante del criollo, acaparamiento de riqueza, monarquía, teocracia: tras el español, se destacaba la dominación extranjera, y la sujeción á Roma.

Por otra parte, no hay que perder de vista que la sangre mixteca del niño Díaz, era sangre esclava: ochocientos ó más años habían pasado desde su esplendor; en tanto que su sangre española había circulado en seis, quizá más generaciones de hombres, degenerados por el desprecio, por la conciencia—formada con los años y el confesionario—de una inferioridad étnica. Así se hicieron los ilotas en Grecia y los parias en la India. Los pueblos son como los árboles, como los hombres mismos; si se les entorpece en su desarrollo natural, se atrofian, decaen, perecen. Porfirio Díaz en su niñez, debió haber gritado "mueras" á los "gachupines," como más tarde los gritaría á los "frailes." Y sólo *mucho mas* tarde, ya en la senectud,

ponderaría, y se enorgullecería de la "piel blanca" de algunos de sus antepasados.

Resumiendo: en el Díaz adolescente, lo mismo que en el de años y hasta generaciones posteriores, no se ven rasgos característicos de razas antiguas, sino algunos de los mejores de una raza nueva; esto es, de la raza criolla del Virreinato, de la cual saldría más tarde el "mejicano de la República."

Dijimos que sus biógrafos no nos han revelado todavía, más que insignificantes sucedidos de su infancia; y por desgracia, nosotros no nos hallamos en circunstancias propicias para obtenerlos. Pero, puesto que escasos son los datos, aumentemos la intensidad, si es posible, de nuestras percepciones.

A diferencia de Juárez, Díaz se impregnó desde la infancia con el espíritu levantisco y revolucionario de su tiempo. Su padre había sido militar, soldado del magnánimo Guerrero, y sin duda contaba con una hucha bien repleta de anécdotas heroicas. La vida del mesón, ponía á aquél en contacto diario con viandantes de pueblos diversos y remotos, los cuales sembraban en su ánimo infantil y avispado, la simiente prolífica de "riesgos hermosos y romancescas aventuras." Todo profusamente saturado de un embriagador espíritu medioeval y guerrero.

Sin padre desde sus primeros años, las aventuras y desventuras de éste, debió haberlas escuchado de una madre tierna, que fué esposa amante y cariñosa; revelándose en ellas la poética imaginación femenil, excitada con la memoria de años de amor y dichas juveniles. Por otra parte, la "escuela" de entonces no era nada menos que un "pueblo dividido," con sus facciones y jefes.—"Liberales" y "Reaccionarios" había en todas las escuelas; los cuales se odiaban con todo el odio convencional que puede caber en corazones infantiles, mientras la oportunidad no se presenta de dividir fraternalmente una golosina, ó congeniar en una travesura. Para "jugar á hombres" solían combatir á puño, y aún romperse las cabezas arrojándose piedras, ora divididos en bandos, losestudiantes del mismo plan-

tel; ó bien guerrear los de uno contra los de otro. Se comprende sin esfuerzo, que el "Seminario" y el "Instituto Civil," *a natura*, tenían que ser enemigos irreconciliables. —Pero, aún no entraba á mayores el niño del Mesón. En la época á que nos nos contraemos, cursaba primeras letras en una escuela pública, y era General de un bando de guerreros azules, que invariablemente derrotaba á sus enemigos...... *de plomo*. Porque, á los trece y catorce años, ya Díaz era un general heroico, que en un día memorable logró producir (con un cañón de plomo) una herida de verdad, á un jovencillo estudiante; el cual á la sazón paseábase á cercanía peligrosa del campo de batalla, absorto en el aprendizaje del Catecismo Histórico. Tal derramamiento prematuro de sangre, si bien no le produjo crudos remordimientos (á juzgar por el silencio de sus biógrafos), le valió, sí, una reprimenda seria de parte de la autora de sus días.

Pero no se crea que reprimenda tal pudo aplacar por manera alguna los ímpetus y tendencias belicosas del rapazuelo, ni siquiera sus propensiones al supremo mando; pues, á poco andar, le encontramos de nuevo al frente de un "batallón de pedreros," en pleno estado de guerra.

Entre los educandos de dos planteles habíanse roto las hostilidades, y Díaz acaudillaba el ejército que representaba las ideas nuevas, las que en Oajaca encarnaba, entre otros, el Lic. Juárez; y las cuales, conforme al criterio escolar, debieron haberse sintetizado en esta divisa altamente patriótica: "viva la libertad y mueran los maestros de escuela."

Los narradores de la vida de Díaz, nos obligan á creer que no fué de los más apegados á la disciplina áulica; pero sí de los más *valientes*, capaz de *mojarle las orejas*, en un derroche de beligerancia, al mismo pedagogo.

Sin embargo, este despuntar romancesco, hállase sombreado por un acto que no queremos calificar todavía, pero que de improviso nos coloca al jovenzuelo aguerrido vistiendo arreos diplomáticos y hasta financieros. Durante una batalla muy reñida, en la que sin duda el Ejército de

Díaz iba quedando maltrecho, presentóse de improviso una tercera parte, agraviada por los dos bandos en combate: nada menos que el Obispo de la ciudad. Olvidándose éste, sin duda, de que sus prerrogativas eclesiásticas iban quedando mal paradas durante el Ministerio de Gómez Farías, ordenó al punto á ambos ejércitos que suspendieran las hostilidades, por razón de que las piedras, mal dirigidas, estaban causando estragos mayores en las vidrieras del Obispado, que en las cabezas de los mílites infantiles. El generalito Díaz tomó la palabra, y contestó con insolencia á su Ilustrísima: "que continuaría el pedreo, así sucumbiera todo el Obispado y se convirtiera en ruinas hasta los cimientos." Ante energía tal, parlamentó el Obispo; transigió, y hasta ofreció compensaciones pecuniarias, á fin de lograr que la batalla siguiera su curso normal y poco sangriento, á respetable distancia del Obispado. Las altas y bajas partes contratantes pusiéronse al fin de acuerdo, y, mediante *un real*, los ejércitos escamparon, y convinieron luego en una tregua, "para desempedrar las calles adyacentes." Este detalle, á juicio nuestro, es el único entre los publicados, que en la infancia reveló el carácter práctico en el fondo, del militar cuidadoso de la impedimenta y del gobernante sagaz y maquiavélico; el cual sabría, años y años después, hacer al Tesoro Nacional cómplice de sus lujurias rojas y de la estabilidad de su enervador gobierno. Asfixiar al pueblo con un almohadón de púrpura, es cosa que no se le ocurrió nunca ni á los más refinados estetas de la aristocracia del crimen.

Dados estos antecedentes, á nadie extrañará que cuando la invasión Americana ya se avecinaba al bosque cabelludo de los Emperadores aztecas, Díaz—ya un hombre de dieciseis años—ofreciera sus servicios militares en defensa de la Nación, al Gobernador del Estado.

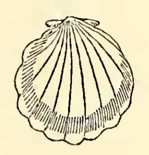
Tuvo éste el mal gusto de no aceptarlos, y aún se dice que le amonestó paternalmente, al desechar sonriendo sus servicios; pero Díaz no era para dar de mano á un proyecto bien madurado, tan solo porque así lo indicara el Gobernador, ó el Presidente de la República. Por consi-

guiente, insistió y entró en componendas con Juárez, resultando á la postre con el nombramiento de Capitán de Guardia Nacional, del famoso batallón "Peor es nada;" el cual, por falta de ocasión oportuna, no llegó á hacerse aún más famoso. ¿Y por qué nó?......

¡Ah, no pasaría mucho tiempo, sin que una puñada de niños, al mando de un heroico capitán, probara una vez más al mundo, que, para morir gloriosamente por la patria, no se necesitan años, sino corazones enteros y generosos, templados por una voluntad firme y movidos por un amor entrañable á la tierra de sus mayores.................

Nadie pudo haber llegado al sitio en que los Senadode Washington dan leyes á esta nación poderosa—cuyos dictámenes acatan ahora con sumisión cómica las cortes y gobiernos de Europa—sin que sus ojos tropezacen con un fresco á grandes dimensiones. Representa una colina coronada de ahuehuetes gigantescos. En la cumbre de ella se delínea un aplastado edificio; y, trepando por sus veredas y flancos, vénse soldados hercúleos, de semblante fiero y mirada implacable. Algunos disparan sus armas, otros buscan objeto donde hacer blanco.

Los americanos tienen allí ese cuadro como un timbre de gloria militar: recuerda un hecho de armas memorable: ¡el fusilamiento de los niños-héroes de Chapultepec por los aguerridos invasores del Norte, durante la más injusta de las guerras de que se avergüenza la historia del pasado Siglo!



CAPITULO II.

Caracter de Juarez.—Un Cerebro-Maquina.—Imperfecciones que Realzan.—Nobleza y Correccion.—Obra Trascendental.—Como se Asciende en Politica.—Trabajo y Orden.—El Contagio del Honor y la Honradez.—Buscar el Bien.—Rigidez Catoniana.—Fe en la Justicia.—Un Rasgo de Nobleza Antigua.—Cimon y Juarez.—Dadivas de los Grandes.—La Capa de Cimon y el Manto de Purpura de Juarez.

El fondo del carácter de Juárez era la reflexión. Y la reflexión era en él una operación lenta y difícil; pero no incoherente ni mucho menos desordenada. Como Foción el ateniense, ni reía con estrépito ni lloraba jamás; y, al parecer, sus dolores mismos, sus desencantos más crueles, hacíalos asunto de reflexión filosófica.—"Parece que reflexionas," le decía alguien al Ateniense, en cierta ocasión que se preparaba á perorar en el Agora.—"Tienes razón," le contestó el militar-estadista, "pienso en la manera de recortar algo á lo que tengo que decirle al pueblo." Tardo era Juárez, en verdad, para el arreglo de sus ideas; pero también debe decirse, que jamás se contentaba con arreglarlas: las estereotipaba en su cerebro. Solía *caminar* mucho para formar un juicio y obtener una percepción clara; así es que, llegado el caso, no hubiera aceptado el ma-

yor bien, la vida misma, sin meditarlo antes paseando á cortos pasos y abstraído.—Cuando Guiccione, en Monterrey, le significaba con ansiedad la urgencia de ponerse á salvo saliendo del Palacio de Gobierno, le contestó con sencillez y finura:

—Está bien, General, ¿gusta Vd. desayunarse?

Y él se sentó tranquilamente á la mesa, mientras las tropas de Quiroga llegaban ya á unas cuantas cuadras del edificio. Le abandonó en medio de una granizada de balas.

Hombres así tienen forzosamente que malograr muchas ocasiones favorables; que claudicar tienen, constantemente, cuando la determinación rápida hace falta; y, en momentos críticos, en que los acontecimientos se atropellan, se embroyan y parecen descender en cascadas, encuéntranse casi tan perplejos como un tartamudo para apostrofar á una muchedumbre. Esta deficiencia de carácter se le ha censurado con acritud, y no hay precisión alguna de defenderle violentando la lógica, para hacerle aparecer falseando su magnífico mecanismo cerebral. Tenía el defecto de los relojes: sus ideas continuaban funcionando lentamente, isócronas, á pesar de que en torno suyo devastara el incendio y se abrieran precipicios; pero en cambio, no se desordenaban nunca: el tric-trac de su cerebro continuaba imperturbable, como la máquina misma.

Convenimos, sin embargo, en que caracteres como el que nos ocupa no son amplexivos, é infaliblemente fracasan si pretenden multiplicar sus actividades en ejercicio, durante las grandes perturbaciones sociales. Si Juárez, durante la Reforma, hubiera pretendido ser á un tiempo mismo, legislador en Veracruz, guerrero en Calpulalpam, y á más hacendista y diplomático, hubiera fracasado miserablemente: la Reforma no se hubiera hecho. Sólo los espíritus superficiales sirven para todo. Pero las tormentas pasan y el empleo del *practico* se limita á necesidades aleatorias; y los hombres como Juárez, estólidos cuando los acontecimientos terribles se arremolinan en torno, que poseen la indiferencia soberbia de la roca ante los embravecimientos del mar, triunfan siempre, triunfan cuando las contra-activi-

dades, fruto del instante, perecen—y vencen á las tempestades, dejándolas pasar. Es un hecho innegable, que sus facultades naturales le disponían mejor al trabajo de reorganizar, que á *desorganizar*. Hombres así trabajan como las celdillas protoplásmicas: reparando continuamente los tejidos. Trabajo lento, penoso, de elaboración minúscula; pero merced al cual la vida se mantiene en el organismo. Por eso—si con tanta fuerza no nos sintiéramos inclinados á llamar "piadoso" al anhelo simpático, filial, caballeresco de muchos compatriotas nuestros, que de corazón hallar quisieran tan sólo perfecciones en la obra del gran patriota—llamaríamos á su intento, "necedad," "locura;" porque, bien lo sabemos todos, sólo los tiranos son perfectos; y eso, nada más mientras viven. Así fué que el Vencedor en las Galias, en España, en la Mauritania y Alejandría, era llamado por Catulo (que se sentaba á su mesa), el "más infame de todos los romanos" (*Epig. XXI*) y sólo mereció los honores de que el Senado y pueblo casi le divinizaran, cuando asumió con decisión "una arrogancia completamente contraria á los usos de la antigua dignidad romana," y cuando extasiado ante su propia grandeza, "obraba como rey, casi como tirano: *aliaque regia ac pæne tyrannica faceret.* Pero Juárez carecía por completo de esa clase de actividades psíquicas; decimos más, no las comprendía.

En los momentos mismos en que va á hacer alarde de rigorismo, denunciando una conspiración ante el pueblo, burilaba estas hermosas palabras, dignas de Marco Aurelio ó de su Maestro Antonino Pio: "á nadie he perseguido por sus opiniones políticas, ni una lágrima se ha derramado por mi causa" (palabras estas últimas, que recuerdan la famosa frase de Pericles); y luego (trascendiendo el humanista acicalado y frío), prosigue en lenguaje ciceroniano, copiando el pasaje *nihil agis, nihil molieris, nihil cogitas.* "El Gobierno del Estado conoce á todas las personas que trabajan por trastornar el orden público, sigue sus pasos, está en sus más secretas maquinaciones, y sin embargo, no ha querido dictar una providencia de aquellas que, sin justicia, tan frecuentes eran en el Gobierno que pasó."—¿Creeríais

que juega, por virtud de tanta tersura y estudiado bien decir?—Los caracteres como Juárez no juegan, no se divierten: debe creérseles, y se les cree siempre, al pie de la letra.

La obra de Juárez es imperfecta, bien está; pero nó por las razones que se han aducido hasta ahora, sino por ser profundamente humana y trascendental. Si en todas ocasiones el concienzudo indígena hubiese acertado, su obra carecería de realces, tendría la "*platitud*" exasperante de las llanuras, de lo estéril. Pero, descended al más profundo de sus errores, y desde allí contemplareis mucho más encumbradas las cimas de sus aciertos. Hasta en la faceta del diamante hallareis precipicios y hondonadas, observándola con una lente poderosa. Es inútil ahondar más este punto: la Historia no juzgará á Juárez por sus omisiones, ni tampoco por sus yerros; sino por la obra trascendental que ya iremos delineando.

Su elevación á la primer magistratura del Estado (1847) no pudo, á decir verdad, tildarse de festinada. Fué la consecuencia natural de operaciones previas, serias y concienzudas. Antes que hacerse Gobernador por la ley, lo era de hecho en la previsión de sus conciudadanos. Ya hemos visto la gradación por donde ascendió al supremo puesto que pudo brindarle el Estado. Sale de un triunvirato y tras de Gobernador substituto, lo es efectivo. Nada atropellado. Pasos firmes de quien sabe que su pisada ha de dejar huella. Así se escala y se escala en firme; por el propósito de subir, y nó por la ambición de encumbrarse.

Una vez en el Gobierno, procede como en una inmensa oficina, mejor dicho, como en un inmenso taller de que va á posesionarse. Lo inventaría todo: lo mide, pesa, desempolva y coloca en el sitio conveniente. Nada de apremio. La operación es mecánica, lo que hay que hacer, debe hacerse, y eso es todo. La fórmula de actividad es la de la Grande Industria: "*keep moving*," "continúese el movimiento;" esto es: "el trabajo serio no admite interrupciones, ni paréntesis, ni diminuciones caprichosas de intensidad." El industrial moderno no se apresura, las grandes obras son producto de dos factores: uno rapidísimo, la

máquina, factor complejo (como en nuestro caso sería el Estado); el otro muy lento, el hombre, factor intelectual. Y aun en la apreciación del trabajo mecánico, lo que se valora es la constancia en el trabajo: *keep working*, "continuad trabajando," no importa que sea despacio. En las labores ferrocarrileras mecánicas, al trabajador que se apresura se le llama "bluff," "ventoso"—en el sentido de "taimado," ó ageno á las labores rudas—y se le da su retiro. Pues bien, nadie supo manejar un gobierno con la *nonchalance* del mecánico adiestrado, mejor que Juárez.

Es innegable que la administración era para él mucho más fácil que para cualquier otro, de iguales ó aun superiores aptitudes: contaba de antemano con el concurso, más ó menos espontáneo, de sus gobernados. Antes de que se hiciera cargo de la primer magistratura, ya éstos sabían á qué atenerse respecto del Jefe Supremo; y el yugo moral, inevitable, que les imponía, parecíales independiente de la voluntad de que dimanaba—y lo soportaban sin esfuerzo. Nadie podía divorciar la idea "honradez" de la de "Juárez Gobernante," y en su consecuencia, esperar que exigiera otra cosa, fuera de la observancia extricta de las obligaciones anexas á los diferentes cargos, se antojaba simplemente absurdo. Los que le rodeaban, ó que de alguna suerte cooperaban en sus trabajos, bien pronto sentíanse saturados de emanaciones de moralidad. Influencia física: así como la presencia de Luis XI causaba frío y la de Cromwell inquietud. Los "ojos verdes" de Robespierre tenían algo de la fascinación de la víbora. En cambio, en presencia de Enrique IV, todos se sentían bien, satisfechos, listos á "seguir su penacho;" y á la vez pequeños y suavemente postergados. Los efectos de su voluntad, que se iniciaba á medias palabras por vía de conjuro, eran abrumadores, irresistibles; su energía sorda é intensa era casi granítica, casi inercia.—Se presenta en el tablado político de casaca, correcto, un Baron du Potet; y sin énfasis de ninguna especie, lee algo así: "una volutad firme y constante de hacer el bien," etc. Cualquiera descubre en esas palabras el "CONSTANS ET PERPETUA VOLUNTAS" de la INSTI-

TUTA: Habla nada más el abogado; mejor dicho, Heinecio. Esas palabras no tendrían significación alguna, pronunciadas por otro cualquiera; pero en boca de Juárez, se tornan en conjuro. Ha dicho: *de hacer el bien:* "voluntad perpetua y constante de hacer el bien"—palabras con que Justiniano define la "Justicia"......... y, con que se define "Juárez." Eso es Juárez—eso fué durante su carrera toda—una Voluntad constante y firme de hacer el bien de la Patria.

Leemos en las "*Nociones Comunes.—Comparacion de Maximas de los Estoicos,*" § 27, el siguiente diálogo:

LAMPRIAS. ¿Qué es, pues, el bien?

DIADUMENO. No es absolutamente nada más que la prudencia.

LAMPRIAS. Pero ¿qué es entonces la prudencia?

DIADUMENO. Nada más que la ciencia de las cosas buenas.

Prescindiendo del sentido especial con que Plutarco transcribe el diálogo anterior, "buscar el bien por la prudencia" hasta formular la abstración que hace ciencia de la consecución de lo que es bueno, útil, provechoso, *prudente*—apegándose aquí á la letra del diálogo y al sentido con que se presenta—esto es, como la apreciación de la bondad moral por el goce del bien físico; ó en otros términos: "moralizar difundiendo el bien," tal fué la fórmula del Gobierno de Juárez en Oajaca.

Como digimos, insinuaba su programa en sus "EXPOSICIONES," y sin muchos rodeos, hablaba de males presentes ó pasados, de prevenciones ó correcciones, como si á nadie debiera causarle extrañeza la inusitada naturalidad de sus rigores.—"Han sido destituídos de sus destinos, en seis meses, tres jueces de primera instancia, suspenso uno, confirmada en última instancia la suspensión de otro y declarado sin lugar á la formación de causa en las acusaciones de otros." Antes había dicho: "Luego que se observa abandono en los jueces ó se advierten excesos en el desempeño de sus funciones, se procede contra ellos y se les aplica pronta é irremisiblemente la pena que merecen."—¿Qué os parecen esas palabras? ¿Es posible, puede siquiera sospe-

charse que en alguna ocasión, en alguna parte de la República, fueron pronunciadas en serio, y que oidos mejicanos las escuchasen, y, lo que es más, *les parecieran naturales?* Es indudable que tienen el tufo á Biblioteca, olor de pergamino, de algo arcaico que no parece ni de nuestros tiempos ni mucho menos de nuestro país.—Prosigue el adusto JUSTICIA MAYOR: "Si hay la rectitud y energía suficientes para hacer efectiva la responsabilidad de los magistrados y jueces que falten al cumplimiento de sus deberes, indudablemente mejorará nuestra administración de justicia." Y ya se ha visto que no era energía, por cierto, lo que le faltaba para proceder contra los jueces prevaricadores.

Su amor á la ley escrita rayaba en fanatismo. Sus frases lo denuncian á cada paso, y aún más sus acciones. —Desterrado en Ardea por la ingratitud de sus compatriotas, Camilo contempla con inquietud que los bárbaros se hallan á punto de apoderarse del Capitolio. En trance tal, se demanda su auxilio; se le ofrece la dictadura, y la acepta. Pero, ni á la salvación de la patria acudirá, antes de convencerse de que su nombramiento es legítimo, conforme en todo á los requisitos legales. (*Val. Max. De Moderatione*, § *II*). "La victoria que obtuvo sobre los veyenos fué magnífica, egregio su triunfo contra los galos; pero aún más admirable se nos muestra por aquella su lentitud escrupulosa."—No podría describirse con mayor énfasis el culto del abogado y gobernante oajaqueño, á la Ley y á la Justicia. Su fe en ésta llegaba á veces hasta la temeridad. Siendo Gobernador, en Abril de 1850, ocurre un pronunciamiento. Parte del batallón Guerrero se había alzado en armas contra....... *cualquier cosa;* según honorable costumbre de aquellos tiempos. El suceso llega inmediatamente á noticia de Juárez, que á la sazón se hallaba en el Palacio de Gobierno. Pero lejos de amurallarse allí, proveerse de gente y mosquetes y de llamar á somatén á los vecinos leales, coje su bastón y sombrero y sin armas de ninguna especie, se dirige al lugar del desorden. Mézclase entre los combatientes, y sin pestañear en medio de las balas, consigue bien pronto—por el prestigio único de su pre-

sencia—que el orden se restablezca por completo. ¿Quién, qué gobernante volverá á repetir ese acto entre nosotros? ¿No parece más bien una anécdota española del Siglo XIV? ¿Qué más pudiera haber hecho, en ocasión semejante, un adelantado de Fernando el Santo?

Uno de sus biógrafos nos relata un suceso aún más hermoso, que en resumen es como sigue: En cierta ocasión un procesado, que de la prisión pasaba á su casa, fué reconocido en la calle por dos corchetes, los cuales trataron de aprehenderle. De allí se originó una riña, á resultas de la cual el procesado fué herido por uno de los agentes de la autoridad. Acompañando al juez, apersonóse Juárez en el lugar del suceso; y en presencia suya se practicaron desde luego las primeras averiguaciones, las cuales bastaron para poner en claro la culpabilidad de los esbirros. ¿Se procedería á su aprehensión? En condiciones normales la vacilación holgaba; pero el procesado aquél nó era una persona ordinaria; lejos de ello, Juárez tenía allí, á su presencia, revolcándose en sangre, nada menos que á D. Salvador Marcucci, el mismo, que en 1855, le había acusado ante la Cámara de hallarse procesado criminalmente; en resumen, su mortal enemigo.... Pero, el juez no vaciló: ordenó con voz firme la aprehensión de los polizontes. Juárez quedó satisfecho: fué un soberbio tributo á su honradez acicalada y sin mancha; mejor dicho, casi una galantería. No era posible un acto de justicia clásica semejante, sin halagar á quien quemaba, devoto y reverente, incienso en sus altares.

Nada descuidó; ni las finanzas del Estado (como que liquidó su deuda), ni la Instrucción Pública, ni las mejoras materiales, ni las cuestiones importantes relativas á la integridad del territorio del Estado, ni el contingente de sangre para la defensa de la nación invadida, ni siquiera la instrucción militar de sus gobernados.—Todo el bien que pudo hacerles, se los prodigó con munificencia admirable. Cuanto Cimón, el célebre descendiente de Mitrídates, pudo haber hecho, merced á sus inagotables riquezas, en pró de los atenienses menesterosos, Juárez lo hizo para los

oajaqueños, repartiendoles á manos llenas los tesoros de sus virtudes. Cimón se hacía subseguir de domésticos llevando consigo bolsos repletos de dinero, "para no perder la ocasión de dar auxilio á los necesitados;" Juárez, acompañaba siempre á sus jueces, para no perder la ocasión de apagar la sed de justicia, á los que necesidad tenían de ella. Los graneros y los huertos de Cimón, eran para cuantos de ellos tenían necesidad; así las luces intelectuales del grande hombre: á nadie dejó de señalarle la tierra donde se cosechan abundantes los frutos del bien. Convidaba á su mesa el vencedor de los Tracios, á cuantos faltos de sustento se hallaba en la calle ó en el Agora; la mesa de Juárez hallábase siempre preparada, y en ella se repartía á todos por igual el pan de la justicia. Pero hubo un día en que Cimón arrojó su capa á un menesteroso, á quien la enfermedad y el frío mortificaban; sobre las espaldas de la Nación colocó Juárez una capa, un soberbio palio de púrpura que la calentaba y fortalecía en su convalecencia—¡maldición á aquél que con mano torpe osó arrebatársela, para dejarla desnuda y acostumbrarla á la deshonra!........

Si el gobierno de Juárez en Oajaca reclamara un epígrafe, al ser grabado en bronces, habría que acudirse á uno de los más geniales filósofos de la edad moderna, Joseph Addisón, y tomarle estas palabras de profundo sentido moral: Para el espíritu honrado, los mayores atractivos de un puesto estriban en las oportunidades que ofrece para practicar el bien." ¡Verdad admirable de realización rarísima!

HEROE

Y

CAUDILLO

CAPITULO III

La Pesadilla de Mejico.—Contradicciones Politicas.—Falsas Apreciaciones.—Leyenda Heroica.—Santa Anna en la Imaginacion del Pueblo.—Su Influencia en Porfirio Diaz.—Herencia Espiritual.—Primer Escenario.—Oajaca.—Su Geografia y sus habitantes.—Santa Anna y el Plebiscito de 1855.—Actitud Noble del Dictador Futuro.—Sarcasmos de la Historia.

Durante el período que encierra el anterior capítulo, la República sufría la obsesión funesta de un hombre. Caracter vulgar y extraordinario al propio tiempo, la secuela de sus actos carecía de lógica; pero, lo mismo inesperado de ellos, causaba inquietud y mantenía el interés siempre despierto. Estudiado de cerca, á una luz fuerte, la inania de sus concepciones y éxitos políticos y militares, era fragrante. Pero apenas se distanciaba, desaparecía por un instante del escenario, y las inquietudes y recelos despertaban. Podía despreciársele á la vista; pero á la sombra se le buscaba. Todos le temían ó estimaban más en virtud de lo que nó había hecho—pero que no se antojaba fuera de su alcance—que por sus obras realizadas á la luz del día. Y razón sobraba para ello. No parecía, en verdad que la palabra "imposible" perteneciera á su vocabulario. Por el pronto la leyenda popular creíale capaz de todo, hasta de tornarse en

héroe fantástico de un cuento de Poe, Addisson, ó Hoffman. En el vivac, en la aldehuela remota orillada al desierto, en las chozas pajizas que recatan los bosques de los trópicos, de una extremidad á otra de la República, nó solamente se cantaba "*La Pata de Santa Anna*," sino que en forma de narraciones adulteradas, hablábase de sus singularidades como disciplinario, del amor y confianza que sabía infundir á sus soldados, de sus hazañas de guerrillero caracterizadas por golpes audaces, de sus milagrosas escapatorias, de sus victorias aparatosas, aunque minúsculas; y, como elemento escénico de ansiosa expectación, aludíase siempre á lo que haría en el momento menos pensado. Poco importaba dónde se encontrase.—¿En el destierro? De allí volvería á ocupar la Presidencia de la República. —¿Hallábase preso en tierra extranjera? Pues la libertad recobraría luégo para volver á ser Presidente—¿Derrotado? ¿Preso? ¿Procesado? Sobre sus jueces pasaría, y pronto ocuparía la primer magistratura de la Nación.—¿Estaba entonces en Manga de Clavo? ¿Qué tramaba allí? ¿Algún *plan santanesco* acaso? ¿Sabíase cuáles eran sus opiniones *ultimas?* ¿No se hallaba, por ventura, al habla con el enemigo?—Todo era posible. Y podía triunfar ó ser derrotado, llorar, nuevo Mario, en las cercanías de Perote; ó desde allí marchar al destierro, como héroe romano, amenazando á la patria con privarla de sus huesos. Todo era posible; pero en tanto que el proteico Caudillo existiese salamandra en el fuego, pez en el agua, ave errática cuando la nostalgia de recorrer países veníale aparejada con agotamientos nerviosos—no era dable olvidarle del todo. Ya lo digimos: su ausencia poblaba la atmósfera de recuerdos, de temores y hasta de traiciones. Los contendientes sabían que Santa Anna volvería al palenque, que alguien le traería y que ese alguien sería, á no dudarlo, el partido ó facción que triunfase.—No puede decirse de él menos bien que de Alcibiades; ni menos mal que de Alcibiades. Aunque, hasta medio siglo después, carecería de un Teopompo ó de un Timeo. Podía salva ral país, ó podía corromperle; todo dependía, probablemente, de su capricho; pero la

"flecha hospitalaria" de Farnabazo, no estaba en sus hados que ex-abrupto le detuviese, en mitad de su carrera estrafalaria—y trágica á un tiempo mismo.

Las grandes campañas de Santa Anna, fueron libradas pacíficamente en el Palacio de los Virreyes; sus molinos de viento fueron la Constitución de 1824 y las Leyes Orgánicas. En el campo de batalla más de una vez esquivó la victoria, por exceso de diplomacia ó por economía de sangre; pero si no triunfaba de hecho, como en Padierna, al menos sus caprichos salían batiendo palmas. La ninfa Egeria de su amor propio, burlábase de él con frecuencia; mas, por dicha suya, poseía la singular ventaja de los favoritos, que dejan de ver y sentir su deshonra sin más que cerrar los ojos. Con todo, victorioso ó derrotado, en Palacio ó en el destierro, al frente de sus tropas ó hundido en su hacienda, fugitivo ó en privanza, en la glorificación ó en la desgracia, con la frente en el polvo ó con los pies sobre la silla presidencial, Santa Anna era el personaje armilar de aquel período. Parecía que la república toda hallábase construída sobre sus espaldas, y que su oficio era conducirla por todos rumbos. Era un Atlante; pero un Atlante ebrio, vacilante, cojo, ridículo.

Su influencia, sin embargo, en la imaginación popular, era poderosa, y de una extremidad á otra de la República, triunfando de realidades y desencantos frecuentes, su nombre era pronunciado con extraordinario prestigio—irreflexivo si se quiere, pero no por ello menos real. Así se explica todo lo que la República perdonó á su Caudillo, antes de relegarlo definitivamente al desprecio.

Y ahora nos preguntamos ¿es posible que un hombre así, dejara de ejercer fascinación poderosa en la juventud dotada de instintos guerreros? ¿No es, por el contrario, un hecho constante en la historia, que los héroes y hombres conspicuos engendran, más que por la vía fisiológica, por la reflexión de su temperamento y aptitudes en espíritus preparados ó idóneos para recibirla? ¿Quién ignora que las "Vidas Paralelas" de Plutarco (aun por este medio menos directo), ejercieron influencia extraña entre los *Heroes*

de la Guillotina—Mme. Rolland ó Luis XVI—enseñándoles á morir; de la propia suerte que, más tarde, mostraban á Napoleón, con grandes ejemplos, el sangriento camino de las glorias militares.

Porfirio Díaz—joven soldado, despejado y ambicioso—debió haber bebido con ahinco en esas fuentes malsanas. Bien está que desde luego se filiase entre los enemigos del Dictador, obediente al medio circunscrito en que sus facultades de guerrero y político acababan de iniciarse. Pero eso nada prueba: ninguna herencia espiritual es más fácil de adquirir, que la de las personas que odiamos. Fuera de que estas absorciones se verifican de una manera insensible, la imitación es instintiva. Un solo hombre en un puesto elevado, basta, cuando de fenómenos morales se trata, para crearle determinada atmósfera á todo un imperio. Octavio, de escasa instrucción, pero de espíritu delicado, acicaló las costumbres romanas, y á su sombra floreció una literatura de nitidez escultórica; Tiberio, literato distinguido, orador elocuente, versado en la literatura sabia; pero de alma salvaje y cruel, produjo sólo dos aduladores: Valerio Máximo y Veleyo Patérculo. En cambio, hizo de Roma una tierra de cortesanas y bandidos—si bien heredó de los arrepentimientos y postrimerías de Augusto, el manto negro de una religión espirante, inhábil para paliar sus horrendos crímenes.

Mas, antes que estudiar á nuestro principal personaje en sus escaramuzas militares—conque brillantemente se inició en la carrera—digamos algo acerca del escenario de sus primeras hazañas.

La configuración física del Estado de Oajaca, hacíale propicio en extremo para el incubamiento de revoluciones. Situado en el macizo montañoso donde entroncan las dos grandes cordilleras, tuércense éstas en un cordón granítico, que apenas si va dejando valles, para dirigirse al Sur; ó bien se abren hacia el Norte tendiendo sus brazos á Noreste y Noroeste, quebrando y accidentando el terreno todo del Estado, sembrándolo de colinas, bosques espesos (merced á su naturaleza tropical), cañadas fertilísimas y cimas y

precipicios que denuncian la actividad volcánica del período post-terciario. Las montañas y riscos aislados de formación reciente, ora dominan planicies estériles, sedimentarias, ó bien encajan,· en series de pilotes, en las cordilleras: Oajaca, decimos, fué á las revoluciones, lo que Sierra Morena al bandidaje clásico de la España del siglo XV. Contaba, además, con el inconveniente singular, de que á tiempo que ofrecía terreno tan apto para la maniobra y ocultaciones de las guerrillas—á diferencia de Chiapas y Tabasco—ocupaba uno de los "centros tormentosos" revolucionarios de la República. Diríase que en los brazos de sus cordilleras, iban á espirar los conflictos armados del país: lo mismo que se tratara de guerras extranjeras, que de luchas intestinas y crónicas.

Oajaca es una tierra espartana; con sus montañas, sus asperezas, sus esterilidades, sus planicies fecundas, sus hombres audaces, ambiciosos, inteligentes, enérgicos, y que cuenta á más, por excepción, con una atmósfera ateniense, en la que de una manera acre se mezclan las rudezas del vivac, con las intelectualidades del Gimnacio.—Allí, el SEMINARIO el INSTITUTO LITERARIO, justan; con otras energías, pero nó con menor estímulo que las famosas Universidades de Alcalá de Henares y Salamanca, en el Siglo XVI. Principios distintos, ideales diversos, opuestos rumbos; pero el mismo campo: el pensamiento. Mas aún: de la propia manera que la pequeña Esparta influye en los destinos de toda la Grecia, y ora la llaman en socorro del héroe de Maratón, ó bien dispone de la vida del gran Ateniense proteico y *santanesco*—en su castillo de Grunio, en la Frigia—Oajaca ha tenido en sus manos, casi sin interrupción durante medio siglo, los destinos de Méjico; tanto por mediación de sus militares como por la de sus estadistas. Singularmente favorecido por la fortuna, no ha podido contentarse con la gloria de haber sido cuna y patria de Juárez. Y por ello es también cierto, que no le fué dable eximirse de la ley fatal de las compensaciones; y claramente se ve en sus destinos, que si para vanagloriarse tuvo razón, al contar entre sus hijos al más ilustre—y, lo que es más, al mejor

de los mejicanos—gloria envidiable que nadie le disputa—no por ello le es permitido olvidar,

> Que si hubo un Guzmán el Bueno,
> También los hay de Alfarache.

Veamos ahora á Santa Anna en campaña.

Burlándose de la Nación, como sólo lo saben hacer los tiranos sin dignidad, vergonzantes, iba á proporcionar á Méjico el espectáculo de una farza memorable. El bellaco Dictador había experimentado espasmos de conciencia—á pesar de que á la Nación traíala con miramientos iguales, á los que con la cabeza degollada de Mme. de Lamballe gastaba el infame peluquero Charlet—y proclamó ante la faz de la República que no continuaría explotándola; á menos que ella manifestase por medio de un plebiscito *expontaneo*, su deseo inequívoco de seguir tirando de su carro. Ya se comprende lo que el tal plebiscito sería. Los gobernadores, y empleados subalternos de la Dictadura, tenían órdenes severísimas para la *unificacion* de los votos en pro del tirano indeciso, que en el virreinal Palacio temblaba temiendo llegase á sus oídos que su pueblo amadísimo—el voto de sus conciudadanos—le era adverso. Verdad es que el "círculo de sus amigos incondicionales" procuraba reanimarle, y lamiéndose felinamente los mostachos, hasta le felicitaban de antemano por el triunfo. Cosa que el Caudillo no quería oir. Nó; prefería no tener que lamentar un desengaño. El pueblo es con frecuencia ingrato ¡lo fué hasta con Sócrates y Cristo! y temía sus veleidades. Tal vez la expresión franca, llana, libre, de su opinión, no le sería favorable. Y el buen Caudillo hallábase ya con el pie de palo en la escalera, dispuesto á bajar, ¡si así la solemne voz del Pueblo se lo mandaba! ¡Tanta mansedumbre era edificatriz y conmovedora!

Desgraciadamente para él (pues que la parte teatral de su gran farsa se perdía), el Pueblo no tuvo fe en tanta grandeza; y sólo á fuerza de atropellos, de golpes, de conminaciones terribles, iba llegando á las urnas, alicaido y zahareño, para depositar su "voto de confianza" en el des-

almado violador de la República. ¡Qué aire de familia tienen todos los tiranos!.........

Pero Porfirio Díaz era aún joven; y se había educado en Oajaca, bajo la mirada ennoblecedora de Juárez.

Y á su vista iba desplegándose la sangrienta comedia, en que se escarnecía sin piedad el más alentador privilegio de las democracias. Apercibidas las milicias, en pie de guerra los cuarteles, armados hasta los dientes los esbirros municipales, flotando la consigna en una atmósfera de amenaza, aquel día memorable—1o. de Diciembre de 1854—los vasallos de la Dictadura empezaron á llenar las listas.

Díaz era joven, digimos, y educado en Oajaca, bajo la mirada ennoblecedora de Juárez!—Sintió que la indignación subíale al rostro; y resintiendo el escozor de la bofetada ante la violación de la santidad del sufragio, hervor de vergüenza quemóle el rostro, y con dignidad no fingida, adelantóse resuelto á la desierta mesa en que deberían registrarse los votos por la negativa; y en la blanca hoja, estampó su nombre exclamando: ¡Hasta cuando durará esta tiranía insoportable! Sí, sí; Diaz era muy joven, muy joven todavía. Aún no podía comprender á Santa Anna, ni admirar sus delicados procedimientos, merced á los cuales aparecía popular ¡el amado y preferido del pueblo! ante las naciones atónitas que le llamaban "el Napoleón de la América." (*)

VIDE: "*Review of Reviews, London 1855.*





CAPITULO IV.

Juarez y la Reeleccion en Oajaca.—Postrimerias de un Gobierno Modelo.—Santa Anna y Juarez.—Cambio de Fortuna.—El Plebiscito y la Popularidad de Santa Anna.—El Dictador en el Extranjero.—La Vejez de Augusto.—Los Mercenarios de la Prensa.—"Su Alteza Serenisima."—El Dictador se Venga.—Destierro de Juarez.—Odisea Gloriosa.—El Pendon de Ayutla.—Vuelta a la Patria.—Fuga del Dictador.—Juarez y Comomfort.—Juarez Reformador.—Ley de "Administracion de Justicia."

Terminado su período administrativo en 12 de Agosto de 1852, y como quiera que la reelección estuviese prohibida por la Constitución del Estado, Juárez no pensó en enmendarla en provecho propio. Tales triquiñuelas, si bien no agenas del todo á sus tiempos, sí lo eran de su carácter. El gobernante que hace leyes en provecho propio, es el más perverso de los estafadores: abusa deslealmente de la confianza en él depositada por el pueblo.

Las postrimerías de su gobierno caracterizáronse por un celo ferviente por la recta administración de justicia. Los prevaricadores, los proxenetas de la ley, eran castigados sin remisión y con energía. Todos experimentaban la necesidad de ser ó parecer honrados apóstoles del "HONESTE

VIVERE." En las "Actas de los Apóstoles" se lee la siguiente extraña acusación contra Jesús: "este individuo persuade á los hombres á adorar á Dios contra lo prevenido por la ley:" Juárez persuadía á adorar la ley, contra las enseñanzas de su tiempo. Un día llegó Santa Anna, trashumante y cariacontecido, á cercanías del "Estado Modelo;" y asegúrase que solicitó de su gobernante elementos de guerra. Entre sus credenciales traía la de haber desertado á la Nación, en los momentos de mayor angustia; pero cualquiera otro que no hubiera sido el sañudo repúblico, habría con presteza volteado esas páginas, para ver sólo en el penitente y desfenestrado Caudillo, al hombre de singular fortuna, al que sabía encumbrarse y cegar como el polvo, si nó volar en magestuoso ascenso como las águilas. No era posible que hombre tan pensador y práctico como Juárez, creyése extinta para siempre la estrella del gran saltarín de la época: ni los más optimistas lo hubiesen imaginado. Y quizás por ello dejó escrita la enseñanza, de "cómo se pueden traspasar los linderos de la energía y entrar con desembarazo por los campos de la benevolencia con perfecta dignidad y compostura." Nó es verdad que ordenase al ex-Dictador, como muchos aseveran, que permaneciese fuera de loslímites del Estado, especie que él mismo rectificó con genial franqueza; pero sí puso límites á su liberalidad. "Pasa al Estado, permanece en sus poblaciones si te place; pero no penetres á la Capital"..... "A este templo se llega limpio de conciencia y contacto," como al de *Ra* en el Egipto de los Faraones. ¡Caro pagaría el indio inflexible, en un porvenir cercano, aquel acto de benévola rudeza! Santa Anna nó olvidaría. Los mimados de la fortuna, en sus horas de grandeza, nó olvidan más que los beneficios recibidos.......

Pasaron pocos años desde el suceso referido, y la gran rueda de los destinos de la novel República, mostraba en su parte más alta al tremendo cojo de Veracruz. Santa Anna se llamaba ya: *Presidente de la Republica.* Y, lo que más digno es de rememorarse, nó solamente la prensa nacional; sino la de los Estados Unidos, Inglaterra,

Francia y sobre todo España, hablaban de la "*Alteza Serenisima*" en ciernes, nada menos que como del "*Salvador de la Republica.*" Y viajeros *distinguidos*, como Church y Frost, no titubearon en llamarle, "pacificador y restaurador de la ley, atropellada por innumerables gavillas de revolucionarios y de bandidos." El "*Review of Reviews*," de Londres, había hecho acto de contrición y ponía sobre efod pupurado al "*most famous leader*," (famosísimo Caudillo); en tanto que en el círculo de sus amigos incondicionales, hablaban de él alzando los brazos y ejercitando profundas zalamas, como los sacerdotes vedantes contemplando la salida del Astro-Dios. ¡Qué genuflexiones aquellas! ¡Cuántos años habrían de transcurrir para que en Méjico se repitieran—si bien desposeídas del ornato y dignidad de antaño! Así vió la Ciudad del Bósforo repetirse las indignidades del Palacio de los Césares, ante emperadores bárbaros que tomaban las más correctas cortesías, por "ejercicios gimnásticos de poco mérito."

Santa Anna había *hecho* un plebiscito, conforme al cual la Nación unánime anhelaba que siguiera gobernándola á su antojo. Ya se sabe que todo lo pueden los tiranos, sobre todo fabricar voluntades propicias á golpe de martillo. Y no cabe duda que en este punto, hasta ahora, nadie ha sobrepujado á Santa Anna. Entre hacerse llamar "HEROE DE LA PAZ," y "SU ALTEZA SERENISIMA," hay un saldo de pujanza, de amaestramiento férreo de sus bestias de carga, en favor del segundo. Nadie mejor que él ha sabido coger por el cuello á sus víctimas, y obligarlas á reir á carcajadas ebrias de felicidad! La graduación es ley severa de la naturaleza: también hay una aristocracia de bandidos.

Séneca dice que durante el reinado de Augusto aún se podía hablar sin peligro; lo cual es casi cierto, refiriéndose á la primer mitad de su reinado. Pero, más tarde, llegó con la ancianidad medrosa y vacilante, lo que Plinio (*Hist. Lib. XIV § 28*) suavemente llamó, refiriéndose á la hosca y sanguinaria senectud de su sucesor Tiberio, la "severidad de la vejez" (IN SENECTA JAM SEVERO), y las cosas cam-

biaron por completo. No eran ya los cánticos de Apolo los que regalaban sus oidos, ni la voz melíflua de Mecenas sembraba parsimonia en su espíritu. El alma perversa de Livia se le infiltraba sutil, insidiosa; y nó por ser la de la mujer amada, sino porque sus insinuaciones hallábanse en singular armonía con las opacidades de su mente, por la cual ya revoloteaban espectros amenazantes. La libertad—la LIBERTAD de que hablaba Séneca—principió á asfixiarle. Y cuando Livia le murmuró al oído "*matala,*" no vaciló un instante. Quizás se golpeó la frente, como si una iluminación súbita la hubiese refrescado. Y la ley de "lesa majestad" contra los escritores, que condujo á Labieno á la hoguera y al destierro á Casio Severo; iba á ser el pedestal magnífico, desde donde Tiberio ascendería hasta la divinidad!—Tiberio que, según Valerio Máximo, subía al trono "por el sufragio unánime de los hombres y de los dioses de mar y tierra".......... "QUEM HOMINUM DEORUMQUE CONSENSUS MARIS AC TERRÆ REGIMEN ESSE VOLUIT." Ni más ni menos que, siglos más tarde, el General Santa Anna en Méjico—y *otros* con no inferiores aptitudes y merecimientos.

El primer cuidado del Dictador, á raíz de su elevación á la primer magistratura, en Abril de 1853, fué suprimir la libertad de imprenta, pues con ello se le facilitaba la perpetración de toda clase de violaciones criminosas. Proporcionarse una prensa AD HOC, para engañar y despistar la opinión pública, (ó al menos, para intentarlo), no era cuestión de mucho empuje: nada se abarata tanto como las conciencias de los hombres, en países regidos por tiranos. Después del honor cívico, la conciencia del escritor mercenario, es la más barata de las mercancías. Y pertrechado con su ley de imprenta—que le entregaba la llave de las cárceles y el resorte de los patíbulos (fuera del puñal del asesino)—pacificar la República, tampoco era asunto digno de preocuparle seriamente. Todo se reducía á perseguir enemigos y cercenar cabezas: procedimiento trivial, gastado, que siempre estuvo al alcance del más desmedrado y salvaje de los tiranuelos.

Preocupóse seguidamente de la administración pública en las diversas regiones de la República centralizada, y nada se le ocurrió mejor para obtener un resultado favorable, que colocar al frente de todos los puestos de importancia militares ciegos, bien nutridos de ordenanza, severos y á la vez dóciles á la rienda; mediante los cuales el país adquiriría bien pronto una especie de equilibrio giratorio sobre el pivote central. Naturalmente este plan administrativo implicaba, aumento del efectivo militar, su invasión á las esferas del gobierno civil, y un aditamento considerable en el derroche general de las rentas públicas. En cambio, el tirano se fortalecía; y cuando el día se aproximó en que su gobierno iba á espirar......... ¡ya sabemos que el sufragio unánime del pueblo y de los dioses de mar y tierra le sostuvo en el solio! Y principió entonces el lapso heroico de la Administración que nos ocupa, durante el cual fué consagrada "*Su Alteza Serenisima,*" con aplauso y admiración de sus fieles vasallos.—Inútil es internarnos por este sendero harto trillado.

Una de las primeras disposiciones de Santa Anna, fué encaminada al resarcimiento de un agravio: á vengar una injuria, ó quizás varias, en el mismo hombre. Se trataba nada menos que de aquél Gobernador de Oajaca, que le negó el "pan y agua" del vasallaje, en años anteriores.

La salida de Juárez del Gobierno (1852) nada tuvo de teatral: pasó á encargarse de la dirección del Instituto de Ciencias y Artes, ejerciendo al propio tiempo su profesión de abogado. Para dulcificarle su "aurea medianía," acudía á su mente con frecuencia, quizás, el recuerdo de haber dejado $50.000 en las Arcas del Tesoro, al restituirse "tan pobre y tan honrado como siempre," al hogar y á la familia. Corazones que no se alimentan con la vanidad ni la avaricia, suelen llenarse con muy poco. Hasta la ambición ocupa bien estrecho lugar en las almas nobles y de buen temple.

Véase cómo no perdió tiempo el Dictador de reciente investidura, que parecía traer en la conciencia á Juárez, como un torcedor insufrible. La revolución emanada del

llamado "PLAN DE GUADALAJARA," triunfó en Méjico (la Capital) en Enero de 1853. En Febrero se proclama en Oajaca. En Abril llega Santa Anna á Méjico y en Mayo (30) el ex-gobernador es aprehendido en Etla, donde á la sazón prestaba sus servicios profesionales. Envíasele escoltado á Puebla. Luego se le confina en Jalapa. El hijo del Dictador, personalmente, le conduce incomunicado á Veracruz, sin haberle dado tiempo ni ocasión para proporcionarse recursos. Para mayor seguridad enciérrasele en el Castillo de San Juan de Ulúa, de donde días después es conducido al destierro. Cuando fué transportado á bordo del paquete inglés, Juárez no contaba ni con lo suficiente para pagar su pasaje.—En el activo *militar* de ciertos hombres, las batallas más gloriosas, cuando vencen, son las que libran consigo mismos. La desgracia, con sus cohortes de pobreza, humillaciones, ansiedad, decepciones, agotamiento físico, insomnios, noticias desalentadoras, heridas sangrientas en los afectos más hondos, desesperanza, ingratitud, olvido; más aún: calumnia, ¡Górgona con su cabellera de serpientes!—vencer todo eso, triunfar contra todo eso, equivale á obtener la más espléndida de las victorias: ¡el puñal de Catón transformado en corona de laurel y siemprevivas!

Y de esta clase de victorias insignes, muchas ganó Juárez durante el curso de su singular y gloriosa carrera.

El paréntesis que se abre desde su salida de Veracruz, es una serie no interrumpida de ellas. Para salir ileso, llevaba el alma acorazada con las más grandes y nobles virtudes. En ella reposaban, como en caliente nido, la paciencia, la resignación, la fortaleza, la constancia en el propósito, la fe ciega en los resultados finales. Y además, en el alma de Juárez había una ave gigantesca, una águila que la arrebataba en vuelo poderoso: ¡LA ESPERANZA! Y ya se sabe: NUNCA ESTAN VENCIDOS LOS QUE ESPERAN.

De Veracruz fué conducido á la Habana y de allí á Nueva Orleans, donde debería poner á ruda prueba sus facultades para el sufrimiento físico y moral. Por el pronto, experimentaría esa extraña confusión de sentirse fuera de sí mismo, de no reconocerse y de abandonar el lecho

cada mañana, preguntando por algo que no existe, que ha desaparecido ó que ha muerto.—Luégo una impresión de caída, de descenso, durante la cual los rostros se antojan máscaras griegas, burlonas ó estólidamente indiferentes; pero sin mover un músculo. Monotonía en medio del movimiento, aislamiento entre la muchedumbre, el desierto en la ciudad, la asfixia á pleno viento. ¡Cómo acude á la mente una turbamulta de memorias carnavalescas, groseras, aborrecibles, como si se viviera bajo el peso de insoportable pesadilla! ¡Cómo nos amargan las decepciones y cómo enfría el corazón la mano tibia del indiferente, que con curiosidad nos lee el rostro sin traspasar la frontera de nuestras desventuras! Entonces, los sucesos más insignificantes adquieren proporciones enormes; el regocijo y el dolor son convulsiones violentas, que pasan rápidas dejando un sedimento, una hez de desolación y amargura. Quien tiene fe y fortaleza en el destierro, quien todo lo sufre con la mirada puesta en lo porvenir, como los astrónomos asirios contemplando desde las torres aplanadas de sus templos, el impasible curso de astros lejanísimos, ha conseguido borrar del vestíbulo del infierno, la horrible leyenda que allí grabó el más sombrío de los poetas: "*perded toda esperanza.*" Y Juárez, en el destierro, fué uno de esos astrónomos, ternes y hieráticos: jamás perdió de vista el astro que en horizontes lejanísimos, alumbraba el día de redención *aun no llegado!*

Nuestra labor no es la del biógrafo, así es que nó sin natural envidia dejamos á estos la tarea de precisar, cómo el grande hombre pudo triunfar de la penuria, cómo supo rebajarse hasta ejercer en la lucha por la vida las labores más humildes, cómo conservó siempre fe inalterable en un triunfo "próximo y definitivo" (¡espejismos de los grandes transformadores!), cómo supo desposeerse de todos sus recursos, aún de los necesarios para vivir, en servicio de la causa; y, por último, cómo á vuelta de algunos meses, victoriosa en Occidente la enseña de la democracia, abandona la ciudad, se embarca rumbo al Sur, atraviesa el Itsmo, bordea la costa del Pacífico y llega á Acapulco......... Allí

flameaba el pendón de Ayutla, que un anciano de manos trémulas izaría sobre el almenaje del Palacio Nacional, anunciando un nuevo período en la evolución social y política de la República.

Poco después, el venerable insurgente Gral. D. Juan Alvarez, es nombrado Presidente de la República, y á su vez confiere al ilustre desterrado de Santa Anna, el cargo de Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos.

¿Qué había sido, entretanto, de *Su Alteza Serenisima*, de esa *alteza* que sin contar con los tumbos de la vida, nó solamente habíase hecho nombrar Dictador perpetuo, sino hasta con facultades para legar su cargo por testamento, con el resto de sus bienes terrenales?—¡Ah! Santa Anna se había fugado! En aquél entonces, las dictaduras no echaban todavía hondas raíces.

Pero no pudo desprenderse de la ingrata tierra natal, sin que antes, desde Perote, arrojara á la faz de la Nación Infidente, una profesía aterradora, digna de Ezequiel: "Tras *El* vendría la escición, la anarquía, la desolación y la pérdida de la nacionalidad." (*)

Es cosa digna de notarse el alto concepto que todos los tiranos tienen de sí mismos. No ha habido uno sólo en la historia, que, al descender á la tumba, haya dicho con clarividencia suprema: "¡Ya descansarán de mí mis conciudadanos!"—Por lo demás, la fuga era un recurso tan natural en Santa Anna, como en Alcibiades. Este decía, que, "locura es permanecer para que la nación (¡que puede equivocarse!) nos juzgue y aplique sus leyes, cuando oportunamente pueda uno emprender la fuga."

Establecido en Méjico el Gobierno liberal, emanado de la Revolución de Ayutla, notóse desde luego que su contextura heterogénea ofrecía campo fértil á disensiones próximas. Si entonces Juárez hubiera sido presidente, quizás hubiéranse logrado todos los frutos del Plan triunfante. Pero no fué así: las riendas se hallaban en las manos trémulas de un anciano de corazón generoso.—Comonfort y

Manifiesto de Perote, 12 de Agosto, 1855.

Juárez, ambos Ministros, ambos de empuje, ambos inteligentes y celosos; diferían en muchos puntos, sin llegar á ser sus caracteres antagónicos. Antes bien, en el fondo, coincidían en ser ambos leales, honrados, patriotas, valientes: tipos escogidos de su época. Pero en Juárez había más idealidad, más *chauvinisme;* y en Comonfort menos fe, menos solidez de principios: diríase que era un "hombre de transición" entre Juárez y Zuloaga. Pero entonces, el astro de Comonfort hallábase más elevado, su prestigio era mayor que el del ex-gobernador de Oajaca, y en el mercado de la opinión pública habíase él mismo cotizado á un precio más alto que su digno oponente. Porque Comonfort tenía en su abono, si nó una virtud, sí una cualidad que cuenta en política: era vanidoso. Pero nó un vanidoso vulgar; sino dotado de esa vanidad de buen tono, artística, pudiera decirse, que hacía á Foción felicitar á los romanos por haber obtenido éxito siguiendo un parecer distinto al suyo; pero añadiendo: "sin embargo, no por ello mi opinión dejaba de ser *algo* preferible."..... SED CONSILIUM TAMEN SUUM *aliquanto* MELIUS FUISSE. (*)

Ya en este punto, llegamos á uno de los más grandes momentos de la vida política de Juárez.

No es de nuestro resorte investigar si la "LEY DE ADMINISTRACION DE JUSTICIA," fué ó nó aprobada y firmada por Alvarez en ausencias de Comonfort. Juárez niega este detalle último, y eso basta. La verdad es que esa ley que llevó su nombre, vino á ser una resurrección feliz, bajo forma más duradera y en momento más oportuno, de la que en 1834 promulgó el ilustre Gómez Farías—y á la cual hicimos referencia en otra parte de esta obra.

Bastaba este sólo acto para conceptuarle como político habilísimo, de tacto delicado y brazo hercúleo. Era su obra "*the work that will remain,*" como de la Constitución de este país y de sus principios esenciales, dijo Adams. Con mano resuelta había puesto la pica providencial en Flandes. La fiera había sido herida en parte noble, mortal:

Léase el folleto que, en vindicación de sus actos y gobierno, publicó Comonfort en Nueva York, en 1857.

la agonía sería larga y trabajosa; pero al fin de todo, agonía; en otros términos, muerte irremisible. ¡Qué grande se muestra aquél atrevido Ministro de Justicia, en aquél instante dramático, clavando el puñal en el costado del reaccionarismo! El golpe fué tan certero, que ni el mismo Comonfort, tras de haber defeccionado, trataría de aliviarlo. La ley fué aprobada por el Congreso y pasó luego á formar parte de la Constitución Política liberal de la República.

Si aún entonces hubiera muerto el ilustre ex-Gobernador de Oajaca, su monumento estaría bien en el Panteón de San Fernando: "tendido á los pies de la Patria y en sus brazos durmiendo el sueño plácido de los inmortales."



CAPITULO V.

Comonfort ante la Historia.—Una Figura Noble y Simpatica.—Sus Debilidades.—Contra Alvarez.—Se Deshace de Juarez.—Desaliento y Decepciones. Politica Sana y Buen Gobierno.—En Lucha con sus Enemigos.—Triunfante y Generoso.—Acto de Hidalguia con Osollo.—"Fiesta de la Paz."—"Estatuto Organico."—"Constitucion Liberal de 1857."—Lucha Sanguinaria en Perspectiva. —Comonfort Defecciona.—"Golpe de Estado." Error no Crimen.—Justificado Ante la Historia.

Comonfort—¡una de las figuras más simpáticas de nuestra historia moderna!

Moderado, más por convicción que por temperamento, mostrábase por intermitencias confiado y entusiasta, ó taciturno é indeciso. Experimentaba con frecuencia, en forma aguda, la tristeza de lo irrealizable. Padecía esa "enfermedad *de caos*," incurable en él, y nada rara entre los políticos de su tiempo. Con ocasión ó sin ella, operábanse en su ánimo paréntesis morbosos de dudas y temores. Sus ideas más lúcidas se enmarañaban entonces con la fricción más pequeña, sus más firmes propósitos quebrábanse como globillos de vidrio, desaparecían como burbujas. Sus reacciones eran más nerviosas que reflexivas, y lo que de fundamentalmente bueno había en él, de valor

real—realmente meritorio—permanecía siempre en el fondo de su alma: raras veces salía á la superficie más que parte de ese acerbo. Por eso, aunque con elementos para ello, no fué un gran carácter, no podemos asignarle puesto entre los grandes hombres.

Nostalgia de tranquilidad, amargura suprema de infidencias que punzan y envenenan—por lo mismo que la venganza no las extirpa ó neutraliza—odios sordos, de aguas muertas, bajo una superficie tersa ó ligeramente rizada; debilidad de reacción que degenera en cobardía, en terror neurótico, aun sin justificarse, y á pesar de que el sujeto sea de extraordinario temple de alma ante un peligro definido; tal era el estado psicológico, nó solamente de Comonfort, sino, como indicamos, de buena parte de aquellos luchadores, caldeados al fuego revolucionario y expuestos continuamente al huracán de desatadas pasiones.

El celo, la ambición, la envidia—quizás revelación engañadora y enfermiza de sus propias fuerzas—lo enfrentaron con el venerable anciano D. Juan Alvarez, á la sazón, como se ha dicho, Presidente de la República. Oblígale á renunciar el encumbrado puesto y á substituirle el mando supremo. ¿Para qué? ¿Tenía algún programa en cuya eficacia confiara ciegamente? ¿Acaso meditaba la traición, ó, si se quiere, la infidencia á su partido?—Nó; no la meditaba; puede asegurarse. Comonfort era un hombre caballeroso y digno; aunque, en verdad, enfermo de indecisión y fácil, por lo tanto, de doblegarse á un viento fuerte.

Sus convicciones no eran de tan buena ley como sus propósitos. Amaba los principios liberales; pero á la vez abominaba lo que en ellos veía—ó creía ver—de exagerado; olvidándose á cada paso, que las manos delicadas de Paris no edificaron los muros de Troya, y sí contribuyeron á su derrumbamiento.

Ya Presidente, se deshace de Juárez: le envía á Oajaca. No sabe qué hacer con aquélla virtud, con aquélla lealtad cristalizada en roca. Se le antoja que teniéndola delante, irremisiblemente habrá de estrellarse en ella; ó, al menos, que le estorbará el paso como enhiesto muro. Le

respeta, y le teme; es para él estímulo y amago. En tal estado de espíritu, un corazón mezquino—el de Santa Anna, por ejemplo—hubiera *odiado* al agresor pasivo. Comonfort no le odia, y el desvío que por él siente, participa mucho del remordimiento. ¡Quién sabe cuantas veces lo hubiera dado *todo*—allá, en el destierro—por sentirse digno de un apretón de manos del Indio de Guelatao!

Su apología, que, en 1858, dió á la estampa en Nueva York, es la exposición de un estado psicológico, en que se busca la tranquilidad en el engaño de nosotros mismos: se grita, para convencernos de la verdad de nuestras falsedades. Y, sin embargo, el esfuerzo es noble, reclama la lenidad de los jueces, más aún, la impone. Niega infantilmente—rebajando su previsión—haber "realizado un cambio de política" en favor de los reaccionarios. Y la verdad es, que lo hizo; y lo que es más, antes de verificarlo, nó solamente pudo prever los resultados de sus actos, sino que Juárez se los puso de bulto: intentó con mano de bronce arrancarlo á la atracción del abismo.

Pero, entonces, Comonfort era víctima de un sentimiento de más temibles consecuencias que el odio; es á saber, el *disgusto*.—Este es un veneno sutil, que puede tornar al sujeto en *todo*: místico, sanguinario, ó traidor. Porque atrofia el cerebro, mata la idea, produce el vacío infra-craneal: hace á los hombres estúpidos, inconsecuentes—y también criminales. La historia está llena de ejemplos. Paris, el histrión, sembró el *disgusto* en el alma de Domiciano; y éste, la desolación y el crimen en el Imperio.

Hallábase profundamente *disgustado* (en su fuero interno), con los liberales; con lo que él llamaba, "*sus exageraciones*." Juárez era uno de estos *exagerados;* y, por lo mismo, no pudo salvarlo. Odios violentos, instantáneos, efímeros, nacen del disgusto, (que en este caso es "aversión") y neutralizan los más generosos impulsos de quienes son sujeto de ellos.

Como el acaudalado, que en un momento de embriaguez, ó bajo el influjo de una decepción que le entenebrece el espíritu, arroja por la ventana sus tesoros—que ya

conceptúa inútiles, Comonfort, á sabiendas, comprendiendo el mal—aunque incapaz de justipreciarle en aquel instante psicológico—arroja á las fauces de los hambrientos reaccionarios, vencidos y maltrechos, todos los los frutos, todas las conquistas, todos los gajes de la gloriosa Revolución de Ayutla. ¡La más fecunda en bienes de cuantas registra nuestra historia patria!

¡Y para eso arrebató de las trémulas, pero limpias manos de D. Juan Alvarez, el arca que contenía el tesoro de los triunfos liberales! (*)

Pero veamos algo más en detalle el fondo de su tela política, en que dejó estampada para lo por venir, la vieja historia de Icaro hundiéndose en abismo; nó por culpa suya, sino por la mala ley de sus alas.

Una vez al frente del Gobierno, sin la restricción moral del ex-Ministro de Justicia, á quien mandó á hacerse cargo del Gobierno de Oajaca, se operó en él una lucha tremenda. Tremenda é inconsciente al mismo tiempo—de la que quizás no se daba cuenta. Sus actos todos desmentían la pendiente por donde resbalaba. Si hubiera habido armonía perfecta entre el desenvolvimiento subjetivo y el desarrollo externo—y tenacidad en ambos—Comonfort hubiera llegado á colocarse en nuestra historia, á una altura superior á la del mismo Juárez. Con más una particularidad relevante: la de una muerte excelsa. (La muerte de Juárez fué casi un delito—un delito divino—porque hay hombres que no parece, en éste orden, que tengan derecho al descanso del sepulcro, cuando tras de sí dejan irguiéndose malévolas y sonrientes, las furias de la ambición y del crimen).......... Pero en Comonfort no había tenacidad sino esporádica y nerviosa, por la manera singular, suya, con que le afectaban las cosas y los hechos. Se diría que en él, más que sensaciones, se producían reacciones químicas. Y por lo mismo, una historia justiciera reclamará

Dícese que en el pronunciamiento de Doblado, en Guanajuato, anduvo la mano de Comonfort, así como en otros manejos nada limpios. No nos hemos propuesto estudiar estos perfiles de la historia, que con gusto dejamos á manos más expertas; pero es cosa bien sabida, que "todo cabe en las alforjas de la moralidad revolucionaria."

que sólo sus actos buenos le sean tomados en cuenta........

Digno es de notarse desde luego, que, á pesar de lo que se esperaba, no principiara su administración, á usanza de caudillos, echando por tierra la Ley Juárez—que llegó á ser constitucional sin obstáculos. De haberlo pretendido, hubiera podido contar con el poderoso concurso de reaccionarios y moderados. Lejos de ello, no vacila por un momento en desafiar las iras de los primeros y la desaprobación de los segundos.

Jefes protegidos de Comonfort, á quienes había beneficiado de una manera ú otra, no cesaban de conspirar en contra suya, ahora que le veían rodearse de hombres dignos y propender con energía á la reorganización de la Administración Pública. Diríase que experimentaban, atenaceante, "ese dolor causado por la alegría de los otros," de que nos habla Crisipo. El autor de "*Les Transformations du Pouvoir*," llama á Florencia, antes de los Médicis, "tierra clásica de los hombres de Estado sin escrúpulo y de los capitanes sin remordimientos," palabras que bien pudieran ponerse de epígrafe en cualquier "Tratado Elemental de Historia Patria, desde la Independencia hasta nuestros días." Serviría como de llamada y subrayación á los interregnos efímeros pero gloriosos, en que dignidad, honor y honradez de propósitos prevalecieron.

La primera reacción de Zacapoaxtla, fué promovida, como indicamos, por los gratuitos malquerientes noveles del caudillo liberal, y á barristro se llevaron la turbamulta famélica—si ahita de bilis—de los conservadores desilusionados. A estos uniéronse moderados y aún liberales *de caucho*, ó sea de los saltarines crónicos de entonces.

Bien pronto la funesta insurrección asentó sus reales en Puebla, fuerte ya con 5,000 *victimas* de tropa. Naturalmente, en Puebla pudo contar con el apoyo de una clerecía aristocrática, rica y batalladora.—Comonfort, al mando de guardias nacionales, salió á su encuentro, triunfó de ella y dió un decreto amenazante—el cual fué derogado poco después.

Los caudillos de este movimiento, perdonados por el

generoso Presidente liberal, refugiáronse en Méjico, donde sin pérdida de tiempo se dedicaron á nuevas maquinaciones revolucionarias, que culminaron, tras de algunos episodios, en la insurrección de los coroneles Orihuela y Miramón, en Puebla, (Octubre de 1856). Las fuerzas del gobierno triunfaron nuevamente de sus desleales adversarios; y nuevamente Comonfort perdonó á los vencidos.

No transcurren dos meses, sin que, merced á las mefistofélicas artimañas del coronel Manuel Calvo (uno de los capitulados de Puebla), los generales Echegaray y Rosas Landa manchan sus galones y traicionan al magnánimo gobernante; pero á la postre sus crímenes les resultan estériles. En la acción del Cerro de la Magdalena, las fuerzas reaccionarias sufrieron una derrota terrible, perdiéndolo todo: armas bagajes y tropa.

Entre los prisioneros había uno, herido, de quien todo mundo creía poder vaticinar la suerte: el Gral. Luis G. Osollo, enemigo terrible, tormento y amenaza constante del Gral. Comonfort y de su Gobierno. Pues bien, Comonfort lo perdonó, así como á los demás jefes insurrectos. No se fusiló á nadie. (*) ¿Exige comentarios esta conducta?

Pues á esto no se había reducido toda su labor política y administrativa. Durante el tiempo que libre le dejaban las continuas revoluciones y asonadas, solemnizó la "*Fiesta de la Paz;*" lo que en él significaba un deseo leal de que se consiguiese; pero como no era poco ni mucho inclinado al "*terrorismo santanesco,*" estaba escrito que sus deseos se malograsen. Trató de organizar la Hacienda Pública, llamó á su lado á cuantas personas respetables quisieron cooperar en sus labores; mostróse enérgico con el clero, extinguiendo la "Compañía de Jesús," desterrando al célebre Obispo Labastida y culminando su obra con la promulgación de la famosa Ley Lerdo de Tejada (D. Miguel), sobre desamortizacion de bienes de manos muertas.

Uno de los actos que más de relieve pusieron su longanimidad y honradez política cualidades tan poco frecuen-

El fusilamiento de Orihuela, que se había fugado, fué verificado por un cuerpo de tropa, sin obedecer á órdenes superiores.

tes entre los gobernantes de Hispano-América! fué la promulgación del ESTATUTO ORGANICO. Pues de esta suerte, por voluntad propia y por honor, quedaba ipso facto obligado á acatarlo, restringiendo sus facultades dictatoriales.

Menos de un año después, se promulgó por el Congreso Constituyente la "CONSTITUCION POLITICA FEDERAL DE LOS ESTADOS UNIDOS MEJICANO" que venía á sintetizar la mayor parte de las conquistas alcanzadas por el partido liberal hasta entonces (inclusas muchas utopías), y entrañaba trascendentales reformas que afectaban el fundamento social de la República. Los debates fueron memorables, la empresa, magna; el arrojo de aquellos hombres traspasó los límites del valor y penetró en los del delirio.—Habían descendido, hachón en mano, á la Santa Bárbara, en busca de enemigos, sin retroceder ante nada. Habían acercado la tea, sin tremular sus manos, á los depósitos de todas las materias inflamables; y la explosión espantosa, ensordecedora, derrumbante, que estremecería toda la República hasta sus cimientos, debería llevar en nuestra historia un nombre semejante al de otros funestos en la historia del mundo, es á saber: LA GUERRA DE TRES AÑOS. Y de aquel inmenso incendio, de aquellas llamaradas inmensas de odio, crímenes y venganzas espantosas, exurgiría un hombre extraordinario, y los últimos resplandores—colgados en las reventazones de nubes—rojos, pero nó de sangre sino de llama, descenderían hasta formar halo resplandeciente en torno á su frente de bronce......... (*)

Y había llegado la hora funesta, ¡la hora funesta para el tan valiente cuanto magnánimo Comonfort!—Para los mejicanos que deveras aman á su patria y además aman la equidad en las apreciaciones históricas, la defección de Comonfort produce en sus ánimos una impresión semejante,

Mucho se han ponderado recientemente las deficiencias de la Constitución de 57, que con veneración se conserva aún en la "Biblioteca Nacional de Méjico" como monumento literario—lo cual nada tiene de exótico. No lo tendría aunque hubiese continuado en vigencia durante el último cuarto de siglo. Hablando de la Constitución inglesa, dice el gran historiador alemán George G. Gervinus: "Necesitó siglos (Inglaterra) para elaborar una constitución semejante; pero cada período contribuyó con su mejor material y trabajo al fin requerido."

á la que en ánimos españoles produce el recuerdo del derrumbamiento parcial de la magnífica Alhambra. SUNT LACRIMÆ RERUM........ "también lloran las cosas."

El voto nacional entretanto, había designado á Juárez para la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, al tiempo mismo que su Estado le elegía gobernador constitucional por una mayoría abrumadora.

Mal andaban las cosas en la capital de la República. Los liberales de allí, como los del resto del país, habían notado ya el cambio que en la fisonomía política de Comonfort iba operándose, á medida que los días pasaban. A semejanza de lo que en ciertas afecciones psicopátricas acontece, en las que la demencia que se acerca á pasos rápidos sólo se muestra por perturbaciones meramente orgánicas, tales como reumatismos, trastorno de los órganos digestivos etc., y el enfermo mismo todo se espera, menos delirio, trastorno cerebral, locura, Comonfort no esperaba, sin duda, lo que habría de ocurrirle. Al menos no lo esperaba de una manera definida, detallada; lo cual no era óbvice para que los que de cerca lo estudiaban, dejaran de comprender que caminaba al despeñadero.

Aun suponiendo que la vuelta de Juárez (el más temible de sus censores mudos) al desempeño de la cartera de Gobernación, hubiese obedecido á "urgencias de la opinión pública," este argumento se debilita si suponemos, al mismo tiempo, que *ya* confabulaba el *Golpe de Estado* en favor del reaccionarismo, y de acuerdo con Zuloaga. No se preparan así los golpes de Estado; al menos, no fué el procedimiento de Napoleón el Pequeño. Por el contrario, se principia siempre por barrer obstáculos.

Mas, no se entienda que por eso neguemos la germinación introactiva del crimen, no; negamos, sí, que Comonfort pudiera haberse dado cuenta *exacta* de lo que pasaba en su propio sujeto; que pudiera determinar á priori, la natureleza de sus sensaciones latentes y en vías de transformarse en actos; que su *voluntad* de destruir las conquistas todas del liberalismo, hubiese sido definida y clara—aún en vísperas de dar el golpe, y aun DESPUES de haberlo dado—"por-

que, en la mayor parte de los casos, "no ha habido volición, sino cuando la eficacia de la orden, la obediencia, y en su consecuencia la acción, pudieron ser *esperadas;* la *apariencia,* entonces, se ha transformado en sentimiento, como si en ello hubiere la *necesidad* de un *efecto.*" (*)

No se explica de otra manera, como Juárez pudiera haberse dejado *enganar* de quien le era con mucho inferior mentalmente, hasta atreverse á pedir para él "facultades extraordinarias"—de las que podría abusar con resultados terribles para el liberalismo. Decimos más, *dos dias* antes del Golpe de Estado, Juárez se presentó ante la Cámara, "protestando que el Ejecutivo se hallaba dispuesto á cumplir con todas las disposiciones del Congreso y á mantener la tranquilidad pública."

El mismo Comonfort, al hacerse cargo de la Presidencia, habló de "la lealtad con que había llenado las promesas de la revolución de Ayutla." Luego, es preciso concluir que si Juárez *no previo* el cataclismo, fué porque tampoco Comonfort lo premeditaba. Simple y sencillamente se resolvió á arrojarse al precipicio, á "cometer suicidio político," por la misma razón, ó razones, que otros suicidas se privan de la existencia.

Sin vacilación, dos días después, (¡la pendiente era llanísima!), en lugar de dar oídos á Juárez—que á toda costa pretendía salvarle—le pone preso, incomunicado, se adhiere al plan de Tacubaya, (el cual *le deja* la Presidencia que ya tenía en sus manos), y en lugar de reducir á polvo á los revoltosos con sus bríos de antaño, camina de tumbo en tumbo, de deshonor en deshonor: ebrio, enfermo, loco; hasta que la reacción histérica le acomete ante la ingratitud de los reaccionarios—de los reaccionarios á quienes acababa de sacar del fango, á quienes les entregó lo suyo, lo que no era suyo, todo: su honra inclusive—y tras de tropiezo último y decepción final, profundamente amargado su espíritu, rebosando hiel, cataléptico, se arroja *por venganza* (!) en brazos de Juárez. Le pone en libertad, le

Nietzsche, Par dela le Bien et le mal. XIX. Las subrayaciones son del autor.

entrega el gobierno con apresuramiento, presa de profundo terror—¡él, tan valiente!—huye, y tras de sí va cortando los hilos telegráficos! No; la Historia no puede hacer hincapié ante un crímen cometido con tal cúmulo de circunstancias atenuantes.(*)—El camino, pues, quedaba expedito para el heredero..........

El moderantismo prudente de Comonfort, que muchos le han censurado acremente, era más bien una virtud, á juicio nuestro. Los exaltados, de ambos partidos, eran lo que menos falta hacía entonces. Así, por ejemplo, creemos que obró cuerdamente sustituyendo la desamortización de bienes de manos muertas, á la ley de Nacionalización, que ya para entonces traía en cartera el ilustre D Miguel Lerdo de Tejada, su secretario de Hacienda.



CAPITULO VI.

El Joven Diaz y el Dictador Santa Anna.—Leccion que no se Pierde.—Los Hombres Bestias.—¡Felices Los Abyectos!—En Rebelion.—Sierra Morena Oajaqueña.—Un Capitan de Pronunciados.—Lecciones Militares.—La Primer Escaramuza.—Diaz Triunfa sin Saberlo.—El Robo y la Tolerancia del Robo.—Hazanas Guerreras.—En la Carrera.—Lo que Juarez Sabia del Capitan.—Diaz y el Gobernador.—El Sur.—Campana Iniciativa.—Juarez y el Predestinado.—El Horoscopo de Diaz.

¿Qué había sido, entretanto, del joven Díaz, á quien dejamos protestando indignado contra la farsa de plebiscito de Santa Anna?—"Esto ya no puede sufrirse," había exclamado con exasperación rudísima, viendo cómo uno á uno los ciudadanos más prominentes de Oajaca íbanse aproximando á la mesa en que se registraban los votos por la afirmativa, y con gesto ó sin él, pero cuidadosos, sobre todo, de no despertar las iras del Dictador ni la suspicacia de sus pretorianos y alguaciles, tras de tomar cómodo asiento, dibujaban con paciencia y arte sendas y enmarañadas rúbricas.—La vanidad es amable, es una compañera fiel que raras veces abandona al hombre en la abyección. Mr. Claude, en sus "MEMORIAS," habla de la sonrisa de beatitud que se dibuja casi siempre en los labios

de los grandes criminales, cuando en *Les Cours d'Assises*, el Agente del Ministerio Público describe sus crímenes, artísticos, casi científicos, en sus detalles espeluznantes. ¿Fué entonces cuando por primera vez pesó, el Dictador futuro, la escasa ley de la humana caterva? ¿Fué entonces cuando por primera vez palpó lo factible que es amordazar á un pueblo y domeñarle?—Nó; no es probable que entonces, aquel joven, nuevo, vigoroso, no estropeado aún en la escuela de la adversidad, sin derecho á odiar, sin hondas cicatrices en el pecho, pensara en un futuro, nefando día, en que también á él le sería dable poner el hierro candente conque se marca á los bestias, al cuello de un pueblo caído, enfangado, "ahito de felicidad" en el estercolero de Job. Cuéntase que Immanuel Kant, el filósofo, cuando se sentía presa de la fiebre, ó alguna otra enfermedad, rehusaba que se llamara al médico y por toda medicina, tumbábase en el lecho, envolvíase en las mantas, y empezaba á repetirse á media voz: "¡Ah, qué bien me hallo! ¡Qué confortable estoy! Me siento bien, muy bien, nunca me había sentido tan bien como ahora!"—Pero, ¿nó es esa, por ventura, la triste plegaria de todos los pueblos que se corrompen y atemperan con la ignominia?......... Mas, lo repetimos, el joven protegido de Juárez, hallábase entonces en la edad heroica: cuando aún se sueña en que la hermosa Ariadna, abandonada del cruel Teseo, vaga desnuda, radiante de belleza, la cabellera suelta y cubierto el semblante de lágrimas, por riveras encantadas. Y el alma juvenil pretende volar á su socorro; lo pretende, porque hacerlo es noble, nó por arrancar la poma de oro de los labios balbucientes del dios de las Vides.

Lo que al digno estudiante le pasó entonces, por haber dado rienda suelta á su noble y bella indignación, cualquiera que sepa de tiranías se lo supone. Los esbirros de Santa Anna, á fin de congraciarse con su amo y señor, trataron de aprehenderle. A él, y á un su compañero, que también alcanzó distinción honrosa de odio, registrando su voto en la lista de la negativa. Pero ambos compactaron fugarse; y, resueltos ambos y valientes, no vacilaron en

desafiar el peligro. Llegada la noche, salieron camino á las montañas; pero apenas si habían traspuesto los suburbios de la ciudad, cuando el centinela de un pelotón de fuerzas del Estado intentó detenerles, marcándoles el "alto." Mal avisado andaba el centinela, pues apenas si pudo darse cuenta de que "el enemigo" se presentaba al frente, cuando ya se hallaba al habla con dos elocuentes bocas de pistola.—¿Qué fué de él? La historia no lo dice; pero sí que los interesantes jóvenes lograron ponerse á salvo, saliendo ilesos de una verdadera granizada de proyectiles. Los primeros que saludaban, á modo de salva, al futuro General de la República, al HEROE de la Intervención Francesa! ¡Qué canción la que esas balas murmurarían en los oídos del novel aventurero! "No tengas miedo, le dirían, ya ves que no matamos á los valientes, ni á los audaces. Camina, camina, cierra los ojos y camina—hasta que llegues." En el *Walhala*, en el poema fínico de los hombres septentrionales, los guerreros no mueren. Deshechos en mil pedazos, sus fracmentos se juntan, y siguen viviendo. ¿Son de esa estirpe los hombres predestinados, que saltan por encima de toda clase de peligros hasta cumplir sus extraños mandatos, nefandos ó prósperos?.....

No hubieron de recorrer mucho camino los fugitivos para llegar al pueblo de Ejutla, á cuyas cercanías merodeaban las fuerzas de un capitán famoso,......... que amerita párrafo aparte. Caída la tarde, divisábanse ya próximas las montañas de Tlacolula—la "*Sierra Morena*" del valiente capitán de......... pronunciados, D. Francisco Herrera—á cuyo lado el futuro guerrillero, hizo sus primeras armas.

Le tenemos, pués, ya lanzado en la gloriosa carrera que tanto lustre daría á su nombre, y con la cual se iba á connaturalizar de tal suerte, que obraría de una manera fatal en sus futuros, altos destinos.

El Capitán Francisco Herrera (*) era indio de pura raza, sonreía con frecuencia, hablaba poco, se batía bien, bebía mejor, y su principal diversión consistía en *bajar a*

Estos informes nos han sido proporcionados por un militar retirado, oajaqueño, que conoció y trató á Herrera en la Capital del Estado.

los pueblos y cargar á lomo de mula con cuanto le salía al paso—sin exceptuar los más humildes utensilios domésticos que hallaba siempre en los jacales. En este punto, su imparcialidad era admirable; y lo mismo echaba garra á un *metate*, que á una pistola ó carabina. Sus incursiones, por lo tanto, eran poco deseadas, aun por sus "correligionarios" en política (si es que los tenía), y había hecho de las grutas de las montañas sus guaridas naturales, á semejanza de aquellas "lanzas libres" que infestaron la Europa de los siglos XIV y XV. Excusado es decir, que, para nuestro Capitán, el "*Arte de la Guerra*" se reducía, en su expresión más concreta, á borrar del Decálogo dos (cuando menos) de sus preceptos divinos, es á saber: "NO MATARAS," "NO HURTARAS." De *tactica*, sólo conocía el capítulo que señala reglas para explotar el peligro, manteniéndole siempre á distancia respetable; y en su consecuencia, ni ambicionaba librar batallas, ni en sus ataques al enemigo se derramaba sangre en profusión; ni mucho menos había podido nunca encontrar semejanza alguna, entre las matemáticas y los "problemas militares;" quizás porque de las primeras desconocía hasta el nombre. En resumen, Herrera era un guerrero medioeval, que no carecía de cierto humorismo en sus depredaciones, sobre todo cuando se entraba á saco por los "bienes femeniles."

A lo que parece, Díaz simpatizó de una manera notable con el famoso Capitán de las Montañas de Tlalcolula. Y lo que es más, en servicio suyo—y muy de acuerdo con las reglas de su arte—libró la primer refriega de su vida militar. Fué el caso, que habéndolo Herrera despachado al frente de algunos hombres, para que merodease en las cercanías de Tlajiaco, camino de Teotongo fué descubierto y perseguido por un piquete de fuerzas de Santa Anna, (de las de destacamento en el primer pueblo referido); y ya próximas estaban á darle alcance, cuando un cerro abrupto, cubierto de rocas sueltas, no escaso de árboles y precipicios, y en el cual había un *aguaje*, le ofreció sitio á propósito no ya tan sólo para burlar al enemigo sino para atacarle con poco peligro. Cada *soldado* procuró esconder-

se en lugares desde donde creyó poder hacer el mayor mal posible, con el menor riesgo imaginable. Y tan luego como los "santanistas" llegaron al AGUAJE referido, fueron saludados por los "liberales" con una andanada de piedras y sendos disparos de mosquete, los cuales causaron gran alarma en las caballerias del enemigo. Pero á la infantería se le ocurrió en mala hora escalar el cerro, y, tras de hacer fuego sobre ella nuevamente, y enviarle una nueva andanada de pedruzcos, tanto Díaz como sus fuerzas cobraron terreno en diversas direcciones y con la mayor celeridad posible. Díaz fué á parar (sin pretenderlo, no hay duda), al pueblo de Tlajiaco, donde se hallaban acuarteladas las tropas enemigas; y en este lugar, á decir de sus galantes biógrafos, recibió una noticia estupenda: supo que "*habia ganado la batalla*" del cerro mencionado. Pero parece que tomó la agradable noticia á beneficio de inventario, pues huyó á esconderse en el curato del pueblo de Cuanana.

Por supuesto que no pretendemos darle á la aventura guerrera referida, mayor importancia de la que tiene. También Federico el Grande huyó pálido y despavorido, cuando en el campo de su primer batalla, le saludaron los primeros fuegos.........

Pero esta "educación militar," (si así puede decirse), que el futuro Dictador recibiera en sus primeros años y con la cual logró connaturalizarse bien pronto, ¿no dejó, acaso, huella profunda en su carácter? ¿No se deberá á ella su inexplicable contemporización con hombres que abusan del mando que les confiere, para enriquecerse con escándalo—como Salustio en Numidia—aunque sin el talento y provecho del autor de la GUERRA YUGURTINA? ¿Y no es esto tanto más inexplicable, cuanto que si bien su tolerancia, respecto á la rapacidad, es extremada, en cambio él no la practica? ¿Existe contradicción real en ambos fenómenos psicológicos?—No lo creemos. La diferencia entre estos no es tan grande como aparece á primera vista. La teoría de las compensaciones se puede aplicar con frecuencia á la justi-preciación de las anomalías morales. Un vicioso se abstiene de otro vicio, nó por virtud sino por la intensidad

absorvente del deseo. En un tribunal americano le preguntaban no ha mucho á un asesino: ¿no has robado?—"No he tenido *tiempo*," contestó sencillamente el interpelado. Dícese que en cierta ocasión se expresaba así Díaz del Dictador Santa Anna: "Se debió su caída á que no supo manejarse: robaba él pero no dejaba robar á sus subordinados." Aunque esta frase sea apócrifa, (*) no cabe duda que caracteriza perfectamente al actual tirano de Méjico.

Poco tiempo después del suceso de armas referido, el novel soldado volvió á la capital de Oajaca, donde fué recibido por sus amigos y admiradores como un héroe en miniatura.

En Oajaca todos le conocían para entonces, y sus aventuras de la Sierra, al lado del capitán Francisco Herrera, comentábanse por todos con simpatía y notable exageración, produciendo en su espíritu el efecto que era de esperarse; es á saber, inducíanle á pesar en la balanza de su buen juicio (que bueno siempre lo tuvo, aun cuando se esforzó por disimularlo), la ninguna valía del estudiante de derecho, y el halo ya creciente y rutilante de su gloria militar. Prefirió á la toga, los galones y alamares; y valientemente dió de mano al *Corpus Juris* para formar número entre los aguerridos defensores de las ideas liberales. Valor, no le faltaba; audacia, menos aún; luego la fortuna de las batallas le sería propicia. Alguien se lo decía al oído—á la hora de esos diálogos inarticulados, en que la más seductora de las queridas, la *Vanidad*, nos embriaga con su perfume de rosas matinales y nos deslumbra con mágicas lontananzas.

Si pruebas fehacientes de este acerto no abundaran, bastaría la reciente elección oficial de D. Miguel Cárdenas, en Coahuila, para comprobarlo. A su tiempo se conocerán escandalosos detalles acerca de ella. Para Díaz existen dos Códigos de Moral: uno, para sí y los que inmediatamente le rodean---esa especie de aristocracia ornamental---y parodiando el dicho de los nobles griegos, bien pudiera condensarse en esta fórmula: "nosotros los honrados." En cambio, aprecía y aun premia la inmoralidad en los que le sirven, en los inferiores, cuyo lema podría ser el siguiente: "nosotros los bribones." Entre estos entran, en primera fila, gobernadores, jefes políticos y otros empleados civiles. Porque, por contradicción flagrante, el derecho de rapiña está vedado á los militares, quienes solamente lo ejercen por excepción, abuso, ó en conexión con empleos importantes de orden administrativo.

El mismo Gobernador, D. Benito Juárez, que años atrás le conoció en una distribución de premios del Instituto, y más tarde le agració con el nombramiento de Bibliotecario del mismo, (sabiéndole pobre y que hacía esfuerzos por sostenerse él y á la autora de sus días); Juárez, que no ignoraba las primeras aventuras, ó rasgos de audacia, del joven Díaz—señaladamente aquél en que, acompañado de su hermano mayor D. Felix, escaló el convento de Santo Domingo y logró comunicarse con su amigo y protector Don Márcos Pérez, al cual ofreció libertarle á todo riesgo—hallábase perfectamente bien enterado de sus recientes proezas militares. No ignoraba lo del *triunfo* del "Aguaje," (que sólo más tarde pudo celebrar su héroe, cuando por alguien le fué referido, como digimos en otra parte); su *primera* vuelta á Oajaca y regreso á las madrigueras de Herrera; su patriótico comportamiento cuando García, falseado por los conservadores, le pidió auxilio; los importantes trabajos de educación militar que con fruto impartió á los ixtlecos; sus conspiraciones con Carbó, Salinas y del Campo, siendo Jefe Político de Ixtlán; su marcha sobre Oajaca, y cooperación importante en diversas funciones de armas que se verificaron entonces, y las cuales le grangearon el aprecio de sus superiores los Generales Mejía y Díaz Ordaz; ciertos rumores laudatorios que hacían mérito de la rectitud, osadía, honradez, modestia—ó al menos ausencia de vanagloria—que adornaban al ex-pasante de derecho; y, por remate y contera, el realce de un temperamento sobrio en un físico robusto, casi atractivo y no escaso de magnetismo; todo esto, decimos, Juárez lo sabía, sabía apreciarlo, aquilatarlo y, quizás—¡quizás en sus intuiciones de predestinado, el *nino* del batallón "*Peor es Nada*," el *joven* que se encaró valiente con los esbirros de Santa Anna, el *soldado* que ya "*empezaba a nacer grande*," proyectaríase en el fondo de su cerebro; y, reflejado en un lejano porvenir, aparecería........ ¡nó; nó precisamente el sacrílego en armas contra su amigo y protector; sino al que de la patria hizo un *Caballo Blanco* napoleónico, semejante al en que el Gran Corzo, holló *tres millones* de cadáveres por las comarcas

desoladas de la ensangrentada Europa—¡campo y palenque de sus vandálicas correrías!

Al ser restituído Juárez á la gubernatura de su Estado natal, con ocasión al triunfo de la Revolución de Ayutla—que acaudilló el noble anciano Don Juan Alvarez—Díaz, de acuerdo con el Gobernador, licenció su escasa tropa (que no por serlo dejó de prestar importantes servicios), y fué agraciado con un nuevo nombramiento para ocupar la Jefatura Política de Ixtlán, á la cual le estaban asignados $1,800 anuales—nó insignificante suma en aquellos lugares y época. Pero no permaneció largo tiempo en tal empleo, que poco después (cuando se trató de reorganizar la Guardia Nacional), fué electo popularmente, capitán de la segunda compañía del segundo batallón de las tropas del Estado.

Si lucrar hubiera sido el ánimo del joven Díaz, habría desechado el empleo de plano, pues la remuneración de éste no llegaba á la mitad de la que le proporcionaba el cargo de Jefe Político; pero, entre empleado civil y soldado aventurero, la seleccion no debió mantener indecisa por largo tiempo la voluntad de Díaz.

Nótese que cuando á raiz de haberse hecho cargo del Gobierno de Oajaca, Don Benito ofreció á Díaz el grado de Comandante de fuerzas del Estado, no quiso aceptarlo, prefiriendo la Jefatura Política de Ixtlán. La explicación de esta contradicción aparente, es bastante obvia: el nombramiento de Juárez, era una gracia; el del pueblo fué una honra. Y ya se sabe que las *gracias* son poco apetecibles para espíritus levantados en materias militares. Por otra parte, la campaña en perspectiva atraía irresistiblemente al joven guerrero.

El *Sur* lo atraía irresistiblemente; pero nó como á James Ross, por la soledad de sus nieves y desiertos blancos; no era eso lo que divisaba en las fantasmagorías de sus sueños; sino bosques tropicales, montañas excelsas, guerrilleros insignes, justadores de encrucijada; asaltos, luhca, fuego, sangre; la bacanal de la guerra, el apoteosis del valor, la entrada—defendida por bronces—del Templo de la

Gloria Militar—de ese templo que culmina un buitre y frecuentan hienas, como á la "Ciudad de los Muertos" en el Egipto de Ramsés II, que á la márgen derecha tendíase del Nilo, perturbado tan sólo su silencio de tumbas por la risotada salvaje de la hiena y el ladrido de los perros.

Acompañemos ahora en sus primeros pasos, al Capitán Díaz; cuando de lleno se entraba por los zarzales de militarescas aventuras. Tenía entonces *veinticinco anos*, y su salud era robusta, su ánimo sereno é inquebrantable. Con estas dádivas del destino se camina muy lejos.

Hásenos referido, por el Sr. General M........, persona fidedigna si las hay, que antes de salir el Capitán Díaz de Oajaca, al mando de su Compañía, tuvo una entrevista con el Gobernador, en Palacio, durante la cua! ocurrió el diálogo siguiente: (*)

—¿Espero verte algún día general?

—¿*General*?... interrogó el joven, con entonación extraña.

—¿*Es poca*? añadió Juárez, tratando de ahondar, aunque sin éxito, en su espíritu.

--No, señor, es... *demasiado*.

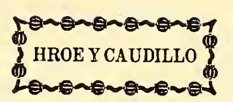
Esta contestación fué hecha con acento tal, que impresionó á los circunstantes.

Cuando Díaz se retiró, el Gobernador permaneció silencioso algunos momentos: y luego, como hablando consigo mismo, pronunció á media voz, casi interrogativamente (dirigiéndose al Sr. Mejía), estas palabras:—"Hay que esperar mucho de ese muchacho, ¿no le parece á usted?...

Díaz había desaparecido por los corredores. Su horóscopo estaba hecho.

La persona de Oajaca que refirió la anécdota al General M .,, durante su prolongada estancia en esa ciudad, se nos dijo ser un ex-admirador de Diaz. Admiró al heroe: odia al tirano.




HROE Y CAUDILLO

CAPITULO VII.

La Primera Batalla.—El Prefecto de Ixtlan.—El Capitan de Guardia Nacional.—Contra Cobos.—Rasgo de Heroismo.—Valor Terne.—Cuadro Politico.—Tehuantepec.—Gobernador y Comandante Militar. —Primer Rebeldia.—En "Santo Domingo."—Correrias.—Una Anecdota.—Escaramuzas y Combates.—Vigilancia y Arrojo.—Su Presencia en el Combate.—Juarez en Veracruz.—Otra Rebeldia.—El Exito que Vindica.—La Fama del Guerrillero.

¡La primera batalla!—El gran trágico de la antigüedad, Esquilo, no podía olvidarse, ya anciano y ahito de gloria —gloria que debió al númen y á la prosapia de sus versos— de los bosques legendarios de MARATON. No los olvidaba; no olvidaba la épica lucha en que tomó parte ni en sus años postrimeros, cuando ya aproximándose al sepulcro— donde se adormecería al rumor perenne de las alabanzas de los siglos—escribía para su tumba aquellos versos:

"Cubre esta loza á Esquilo el ateniense
Hijo de Eufórion, pereció de Gela
En la llanura dilatada y fértil.
Si fué valiente, MARATON lo diga
Y el Medo de profusa cabellera;
Ambos le vieron manejar las armas."

¡Ni un solo recuerdo, ni una alusión siquiera á la MUSA, de regia estirpe, cuyas caricias le dieron renombre in-

mortal; pero....... MARATON estaba en su mente, como un sol, ofuscándolo todo, iluminando y condensando todos sus recuerdos! En Maratón, sin embargo fué simple soldado, uno entre miles; en tanto que, como poeta, vistió la púrpura, ciñó corona, fué rey; pero....... ¡MARATON había sido su primer batalla!

Dícese que el tirano de Méjico nunca se olvida de la acción de IXCAPA, y que con frecuencia se refiere á ella en su conversación familiar. Es indudable que entre Maratón é Ixcapa, hay diferencia notable, pesando históricamente ambos hechos de armas; pero, Díaz puede muy bien tomarle á Leopoldo Alas aquel verso de Musset, que se complacía en citar y repetir:

"Mon verre n'est pas grand; mais je bois dans mon verre."

"Mi vaso es pequeño, mas bebo en mi vaso.

La refriega de Ixcapa es una bella página. En primer lugar, el Teniente Coronel Velasco, bajo cuyo mando militaba el Capitán Díaz, era un militar valiente, experto y buen liberal; peleaba contra el reaccionario, por la causa de la paz y del buen gobierno, con convencimiento y firmeza. En lo que cabe, la acción fué ruda, "se combatió cuerpo á cuerpo," dice el parte; y lo que es más, en éste se cita á Díaz con dos motivos, es a saber, ponderando su buen comportamiento y por haber sido uno de los heridos en el encuentro. No se necesita más para encariñarnos con una *primer batalla*, que, á la vez que exige el sacrificio de sangre, corona nuestro primer triunfo con la doble palma del dolor y de la gloria.

El Capitán de Guardia Nacional, electo en Oajaca en 1856, en 1857 compraba así, con su sangre, los lauros de una primer victoria; la cual iniciaría una secuela brillante de triunfos meritoriosos. Tras Ixcapa, la ciudad de Oajaca sería testigo de un notable acto de arrojo, que no pasaremos por alto.

Ocupada la Capital del Estado por las fuerzas reaccionarias del bandido español José María de los Cobos, el gobierno liberal y sus defensores, habíanse atrincherado en

el lado Norte de la ciudad. Al mando de aquellos se hallaban los generales Díaz-Ordaz é Ignacio Mejía, y por acuerdo de ambos jefes, se confió la defensa de Santa Catarina, es a saber, uno de los puntos estratégicos de mayor importancia, al Capitán Porfirio Díaz, á quien acompañaban el de igual graduación, Ramón del Pino y el Subteniente Marcos Carrillo. Mandaba el primero una compañía de Ocotlán y el segundo un piquete de milicias de Tuxtepec. En cuanto al Capitán Díaz, acompañábanlo sus valientes Ixtlecos, á quienes un año antes había adiestrado en el arte de la guerra.

Ruda fué la fatiga, múltiples las peripecias de la lucha, durante esta jornada memorable; pero la terne resistencia física del joven Capitán resulta asombrosa, si se toma en cuenta que, durante la refriega, el principal trabajo de su fiel asistente consistió en proporcionarle nuevos lienzos para restañar la sangre de la herida, nuevamente abierta, que luchando cuerpo á cuerpo recibió en Ixcapa.

Un ex-militar, (que por cierto no se numera entre los más apasionados *diistas* de los tiempos actuales), nos contaba, hace algunos años, el detalle siguiente:

Durante una de las breves pausas del asalto, el Capitán palideció por un instante; lo cual observado por uno de los soldados que junto á él se hallaban, y notando que su pañuelo estaba todo lleno de sangre, se dirgió al Capitán exclamando:

—¡Ya lo hirieron, mi Capitán!

—No, muchacho, contestó el joven Díaz sonriendo, es el "rozón de Ixcapa.

Durante esta misma jornada los víveres se agotaron casi por completo.

Cenaban una noche los capitanes Pino y Díaz en la casa del patriota liberal D. Juan Antonio Gamboa, cuando el primero de aquellos apostrofó así de improviso al segundo:

—Mañana no habrá rancho para la tropa........

—*¿Ya no tiene el enemigo?* contestó Díaz con naturalidad perfecta.

La misma noche, y sin más auxilio que su propio asis-

tente y un muchacho de pocos años armado con una pistola, se apoderó de una cantidad de víveres del enemigo, que fué suficiente para poner á sus soldados al abrigo del hambre. La confianza en sí mismo, llevada hasta la superstición si es necesario, es el atributo por excelencia de los soldados de fortuna. El Coronel Tejera, que en Puerto Artura mandaba el cuerpo de "*descalzos*," que primero escaló la montaña 203, se hallaba perfectamente tranquilo entre la granizada de metralla que "hacía hervir la tierra en torno suyo." ¿Por qué?—Porque poseía el convencimiento de que "aún no se había fundido la bala que debiera arrancarle la vida."

Y esta confianza ciega en sus aptitudes morales y fortuna, resaltaron desde los primeros pasos del hoy General-Presidente, en su carrera militar y política.

Acercábanse para la causa liberal tiempos luctuosos. Apenas proclamada, en 5 de Febrero de 1857, la Constitución Federal de la República, y ya el Presidente Comonfort, el primero en jurarla, habíala traicionado. Zuloaga, en Tacubaya, había proclamado un Plan de Gobierno, conforme al cual, sin descartar por completo los principios liberales, se transigía con lo que entonces pudo llamarse "la conciencia del país," haciendo importantes concesiones á los reaccionarios. Unas defecciones se sucedieron á otras, desastres á desastres, hasta perderse por completo el equilibrio político.—Pero el novel guerrillero no debería darse cuenta, sino mucho más tarde, de que, rumbo al Noroeste de las montañas patrias, allá donde las llanuras del *Valle Central*, con sus lagos y crestas nevadas, cubren con una sábana de verdor, manchada de blancos caseríos, la inmensa boca del prehistórico volcán reconocido por Humboldt, un Maelstróm de pasiones ingnescentes se agitaba en oleadas excéntricas y absorventes..... El *Sur* marcábale entonces, un itinerario de aprendizaje.

La campaña del Sur nos muestra á Díaz, siempre arrojado y siempre alerta. Decisión en el ataque y vigilancia continua, fueron dos buenas cualidades militares que siempre le distinguieron, y parte fueron principal de sus peque-

ños pero continuados triunfos de guerrillero. Como Ifícrates, el general griego, parecía estar convencido de que "la peor frase que puede pronunciar un general es, "no me lo esperaba."

Un cuerpo formado por varias compañías escogidas entre los batallones acuartelados en Oajaca, emprendió la marcha hacia Tehuantepec, á donde las fuerzas derrotadas del reaccionarismo, habían encontrado refugio entre los "*patricios*" conservadores, que en aquel distrito abundaban y les prestaban toda clase de auxilios. Hacer la guerra á los conservadores en Tehuantepec, no era empresa baladí, pues fuera de las fuerzas más ó menos organizadas de Cobos, allí ardía atizada por el fraile revolucionario, la llama del reaccionarismo cuyas chispas incendiaban todo el territorio. No había refugio seguro para los liberales. La traición les acompañaba y les recibía en todas partes; operaban en pleno campo enemigo. Es innegable que el triunfo de JALAPA había dado cierto "prestigio local" á los constitucionalistas; pero la importancia de éste, á pesar de lo rudo y desigual del combate, no era trascendental, desde el momento que no había contribuido á ganarles prosélitos en el bando enemigo, y sí á profundizar la discordia. Una *derrota*, cuando la guerra se hace en parcialidades ó guerrillas, las más veces sólo sirve para fortificar el encono en los vencedores y para plantar más hondo la semilla del odio en los vencidos. Las eternas luchas de güelfos y gibelinos, montescos y capeletes, se agitan en el seno de los hogares, se ocultan en el bosque, asoman en las cúspides y grietas de las montañas, aislados ó en grupos; y, por último, brotan á cualquier momento como del seno de la tierra. Donde se muestran pocas veces, es tras las trincheras ó parapetos; por eso son mucho más terribles; por eso es tan terrible y desmoralizadora la guerra en guerrillas, que viene á ser la herencia del salvaje: (cruel, ignoble, traidor, sanguinario), á la civilización moderna; cuyos guerreros se dedican al exterminio como á una operación matemática; ora *iluminando* la llegada de la muerte á los adversarios con focos eléctricos, ó bien con la pirotecnia de las granadas;

y diezmándolos con toda la calma y placidez de la ciencia. ¡Cuánto se ha caminado desde los Partos "siempre sedientos" de Temístocles, á los soldados de Puerto Arturo y de Manchuria, alimentados con píldoras!

El Capitán Díaz, que había sido nombrado Gobernador y Comandante Militar del Departamento de Tehuantepec, tenía ante sí una empresa formidable; y para llevarla á cabo, contaba escasamente con doscientos hombres, mal pagados y peor pertrechados. "Ni armas ni dinero," era la fórmula corriente de los guerrilleros y "compañías sueltas" de entonces.

Se nos refiere que en una de tantas correrías por el distrito, el Capitán Díaz, acompañado de un piquete de diez hombres, había llegado á una hacienda ó rancho, donde si bien pasto se encontró para las caballerías (del que el campo provée); en cambio, nada en materia de provisiones pudo conseguirse; y merced á la sabia precaución de los moradores, no se veía una sola ave de corral, cerdo, ó cosa alguna reducible á guisado. Pero en el fogón de uno de los *jacales*, hervía una cazuela con apetitosa revoltura de huevos y frijoles. Los oficiales y soldados hambrientos que acompañaban al Capitán, dirigían miradas alternativas á éste y á la cazuela. Díaz conservaba su calma habitual, aunque no sin dirigir alternativas miradas á la cazuela y á la ama del jacal; por último, una idea feliz acarició su cerebro. Sonrió; con mucha tranquilidad sacó de uno de los bolsillos una hermosa mascada de seda—obsequio cariñoso, sin duda—y mostrándola á la casera no sin cierta delicadeza ruda, propia del tiempo, la dijo sin rodeos:

—Le doy esta mascada por esa cazuela de frijoles.

Un instante de vacilación por parte de la interpelada (cuyo *feminismo* había sido atacado victoriosamente), y luego estas palabras:

—Está bueno, señor, si no tienen dinero......

—Ni un *medio*, contestó el Capitán; con verdad, pero á la vez con fina ironía.

—Está bueno; coman ustedes.

Y los honrados aventureros no se lo hicieron decir dos veces; que apetito traían retrasado desde las últimas cuarenta y ocho horas.

Por supuesto que la anécdota anterior no la damos como típica de los guerrilleros, ni siquiera de los oficiales de Ejército, durante el período revolucionario; pero sí como característica de un hombre para quien el concepto de virtud, sólo tiene significación en su manifestación más ruda y cercana. Pero cuando la divisa, ó cree divisarla, con claridad, la rinde culto con fanatismo. Por desgracia, su criterio es malo, rudo; el compás y la escuadra con que mide y juzga hombres y sucesos, son toscos, primitivos: sus actos buenos, deben llamarse propiamente aciertos; es un gran jugador; se ha sacado muchos "premios gordos" en la lotería de la vida.......

Para salir avante en su empresa, ardua y heroica, contaba con dos elementos personales: valor y decisión; en otros términos: "*amor al arte*." Un combate para Díaz, era casi una fiesta; y cuando no estaba en ellos, soñaba con ellos.

Pero antes de narrar, en comprobación de lo dicho, algunas de sus hazañas, no pasaremos por alto un detalle importante, aparejado á su nombramiento de Gobernador y Comandante Militar. La ley exigía, que para la recaudación de rentas anexa al cargo, quien lo desempeñara debería caucionar su manejo. Pero Díaz, que nunca ha tomado muy en serio las leyes del país, contestó con altanería al Gobierno, que "no quería molestar á sus amigos pidiéndoles fianzas, que nombraran otro recaudador, etc." Y la cosa paró aquí. El Gobierno hizo "una excepción" en gracia del esforzado capitán, "teniendo en cuenta sus antecedentes" y "sin que esta excepción fuése considerada como regla."—En los años por venir, la "exepción" debería ser la "regla" del Caudillo de fortuna.......

Amurallado en el Convento de *Santo Domingo*—que indudablemente le recordaba aquel otro de igual nombre, teatro de la más bella de sus proezas juveniles—su espíritu siempre vigilante, "reposaba preparado."—¡Impresiona en

alta mar, la calmosa vigilancia del faro, tras el que se adivina *un hombre* en acecho de la tempestad y los desastres!...

Atacado con frecuencia por los "patricios," sus salidas de reconocimiento, ó tácticas, eran frecuentes; tanto de día como de noche. Su servicio de espionaje, era tan perfecto cuanto posible era en tan difíciles condiciones, y gracias á él, nó solamente se mantenía alerta en el Convento-fortaleza, sino que *divisaba*, si vale decir, cuanto ocurría á diez leguas á la redonda.

En una ocasión (12 de Abril, 1858), llegó al cuartel una partida de las que recorrían los alrededores, y con frecuencia se tiroteaban con el enemigo, (oculto y presente en todas partes), trayendo la noticia de que en el rancho de las JICARAS, el Coronel español José María Conchado había logrado reunir un número considerable de guerrillas dispersas, organizándolas y formando con ellas compañías y batallones, con que intentaba atacar la plaza. No era noticia fresca para el Capitán Díaz, pues no ignoraba la actividad últimamente desplegada por el ex-guerrillero carlista, ni sus frecuentes incursiones á las haciendas y ranchos inmediatos; pero, á lo que parece, la oportunidad por él esperada había llegado de improviso. Nada extraordinario ocurrió en el cuartel durante el día; pero desde las primeras horas de la noche, los jefes fueron informados del movimiento que se proyectaba. Entre diez y media y once de la noche, el grueso del destacamento abandonó la villa casi sin ser advertido. "Dando nuestros soldados ejemplo de *aguante increible* (nos escribe una persona de Oajaca, merecedora de toda confianza), caminaron por el monte, torciendo veredas y brincando zanjones, que abundan mucho por ahí; esto por más de cuatro leguas, hasta llegar á un monte muy tupido donde hicieron alto por primera vez nuestros soldados. Pero el Jefe (Díaz), apenas habían tomado algunos alientos los soldados, dió orden de marcha á paso veloz, y caminando de esta manera llegaron hasta avistarse con el enemigo, que inmediatamente dió frente desplegándose las avanzadas en tiradores....... A los pocos momentos ya las fuerzas del Gobierno estaban sobre el ene-

migo..... Lo recio del encuentro (?) fué cuerpo á cuerpo.... El enemigo quedó tan completamente derrotado, que no sabían para donde huir........ Después se supo la muerte de Conchado, con lo que los conservadores acabaron de desmoralizarse" (*)—Nótese lo *audaz* del movimiento, la *oportunidad* de resolución y la *ejecucion* inmediata; todas cualidades de un buen guerrillero.

La naturaleza de hierro del joven Capitán, había cedido á los rigores del clima. Hallábase postrado en el lecho, víctima de una fiebre palúdica; y el enemigo lo sabía. Así es que los ataques al cuartel llegaron á ser casi diarios. Un día circuló el rumor de la gravedad del Comandante Militar, y con ésto coincidió un ataque rudo, en fuerza considerable, por parte de los contrarios. A punto estaban de retroceder en desorden las tropas liberales, cuando de improviso se presentó en el campo y en lo más recio de la lucha, el capitán Díaz. Su simple presencia, bastó para arrojarle á sus plantas encadenada la victoria. ¡Una vez más le sonreía acariciadora la Fortuna!... No pudo ver terminarse el combate: cuando el enemigo huía, cayó por tierra desmayado.

Nimio, y fuera de propósito sería para nosotros, narrar todos los hechos de armas en que Díaz tomó participación más ó menos directa, durante su gobierno (?) en Tehuantepec. No debe olvidarse que no escribimos biografía, ni historia; sino "filosofía de la historia;" esto es: "el encadenamiento racional de los acontecimientos, con los personajes que tomaron parte activa en la realización de los mismos."

Y aun en este terreno, nuestra labor es restringida, puesto que los hombres y acontecimientos políticos de la República sólo nos interesan, por cuanto directa ó indirectamente se hallen enlazados con el personaje principal de esta obra.

Con el triunfo de la Mixtequilla, en el cual hecho de armas pereció el Teniente Coronel reaccionario Espinosa

Creemos en la nimia exactitud de esta descripción, pues el informante es un caballero respetable y nada afecto al actual autócrata.

(17 de Junio, 1859)—de la propia suerte que el Coronel Conchado había sucumbido en LAS JICARAS—las fuerzas conservadoras habíanse fraccionado, huyendo la mayor parte de ellas rumbo á Pochutla. Así es que por un momento debió creer el Gobernador, que iba á principiar para él y sus fieles compañeros un período de descanso:

Jam satis prata biberunt, laudate puer

Entretanto, en el Centro de la República verificábanse acontecimientos serios, que narraremos en otro lugar. El *5 de Mayo*—fecha predestinada á ilustrarse en nuestros anales patrios—del año anterior (1858), el insigne reformista D. Melchor Ocampo, dirigió una circular á los Gobernadores de los Estados, anunciándoles la llegada de Juárez á Veracruz—la "Ciudad Heroica" también predestinada á ilustrase en los fastos de nuestra historia.

Meses después, las fuerzas liberales, comandadas por el General D. Ignacio Mejía, fueron completamente derrotadas en Teotitlán del Camino, y Díaz-Ordaz, el gran patriota que sucedió en el Gobierno á Juárez, y cuyo glorioso fin se aproximaba ya á paso rápido, habíase visto obligado á internarse en la Sierra, mientras el reaccionario Cobos se establecía cómodamente en la capital de Oajaca.

Mientras esto acontecía, de Nueva York se habían enviado, con destino á Tehuantepec, siete mil fusiles y considerables municiones de guerra. Cobos lo supo, y tan luego como le fué posible, destacó rumbo al Sur una columna al mando del General Alarcón, compuesta de las tres armas, y con instrucciones de reforzarse con las guerrillas de Manzano, Ojeda, Trebeque y otros, durante la marcha.

El Ministro de Gobernación, D. Melchor Ocampo, no desconoció el peligro de que los materiales de guerra mencionados, cayeran en poder de los jefes reaccionarios; y en su consecuencia, sin pérdida de tiempo, y con temple de alma digno de él y de quienes le rodeaban, dió orden terminante al Gobernador y Comandante Militar Porfirio Díaz de que tan luego como los materiales referidos se recibieran fuesen sacrificados.

Díaz contestó, que nó sacrificaría tan valioso tesoro y que procuraría salvarlo.

Y, en verdad, lo salvó—merced al patriótico y valiente auxilio de los juchitecos. (*)—Tal acción, militarmente hablando, mereció ser premiada como la del heroico marino en el "93" de Victor Hugo; es á saber: se le condecoró, primero; y luego, se le hizo pasar por las armas.

El gobierno civil de Juárez, no tuvo sino plácemes para el jefe desobediente en campaña. Si Díaz hubiera perdido el convoy, como bien pudo ser, su delito hubiera sido tan palpable, cuanto irredimible.

Poco tiempo después (24 de Noviembre, 1859), sorprende una avanzada del enemigo, el cual había ocupado la ciudad. Informado de sus posiciones por los prisioneros, le cae de improviso y ataca con furia. El, con diez hombres, asalta la Prefectura, y la toma; y luego—sus valientes infantes le dan un triunfo decisivo.

Triunfo que le valió el grado de Coronel de Guardia nacional, y las felicitaciones de su gobierno. Por primera vez, el nombre del guerrillero oajaqueño sonaba con admiración y encomio, en las altas esferas políticas. Le aureolaba la distancia: contaba 29 años.

El armamento se sacó de la ciudad en 100 carretas, á la vez que Díaz laa bandonaba y poco después fué embarcado en *La Ventosa.*





CAPITULO VIII

Cobardia y Valor.—Huida de Comonfort.—El Humorismo de Juarez.—El Gobierno Constitucional en Guadalajara.—Derrota de Salamanca.—Pronunciamiento de Landa.—Consejo de Ministros.—Se Reciben Noticias de Parrodi.—El "Gallo de la Reforma."—La Verdadera Situacion.—Juarez Prisionero.—Tiroteo y Armisticio.—Por Salvar a Juarez.—Ante la Muerte.—El Poeta y el Republico.—Landa Capitula.—Salida de Guadalajara Rumbo a Manzanillo.—Llegada a Veracruz.—Manifiesto de 5 de Mayo.—Recepcion Patriotica.

Comonfort había huído de la República, como dijimos en otra parte, *(Cap. V.)* abandonándolo todo en manos del Ministro de Gobernación, presa de un terror injustificado, y poniendo una vez más de manifiesto la verdad del proloquio de los hombres de guerra y aventuras, según el cual, "no hay terror tan ridículo como el de los hombres valientes." Por una razón psicológica correlativa, los cobardes suelen mostrarse animosos en extremos casos: Cicerón—que fama no gozaba de valiente—en la llanura rocosa de Gaeta, divisa á los lictores que se aproximan. Sin hacer esfuerzo alguno por salvarse, manda detener la litera que le conducía; y sacando de ella la cabeza, presenta el cuello

desnudo á uno de los sicarios, diciéndole con tranquilidad: "lictor, muestra cómo sabes herir." En cambio, Demóstenes, valiente y aguerrido, murió como un cobarde.

Pero, digámoslo de una vez, no hacemos ahora mérito de la muerte de Comonfort. Esta fué digna de él, de su brillante pasado militar. Murió heroicamente, lidiando por la buena causa. ¡Compensación piadosa del destino!

Cualquiera otro, sin el temple de acero del ex-gobernador de Oajaca, hubiera vacilado cien veces en aceptar un cargo que consigo llevaba lucha desigual, la derrota probable, penalidades seguras, quizás un fin desastroso.

A la caída de Comonfort, Juárez nó recogió las ruinas de una gobierno, para huir á Guanajuato; recogió ideas, para con ellas salvar á la Nación. Todo el bagaje, todos los tesoros del legado, cabían ampliamente en su cerebro y en sus alforjas. Lo que había de externo en la obra que pronto principiaría á realizarse, gravitaría á él, convirtiéndole en centro de absorción. La Nación le adivinaba. Bien sabía—sabíalo por intuición—que lo que "á él" llegara bajo la forma material de elementos de guerra y de gobierno en día no remoto saldría "de él" convertido en oleadas de luz purificante—tras de horrible tragedia, en que el odio ardería en pebeteros calcinados al fuego de las pasiones. ¡La regeneración nacería entre los estertores de la República espirante! Y Juárez lo sabía, veía el peligro, la tormenta avanzar, y—¡permanecía indiferente y sereno!

A las veces se escapaban de sus labios frases de destemplado humorismo. Cuando supo de la derrota de SALAMANCA, fatal para la causa que defendía, exclamó haciendo casi un *chiste socratico*: "le han quitado una pluma á nuestro gallo."—Refiere Platón, que después de haberse paseado Sócrates en el aposento hasta sentir pesadas las piernas, lo cual significaba que la sicuta principiaba á ejercer su acción mortífera, se tendió en el lecho siguiendo las instrucciones del verdugo. La insensibilidad y el frío que le habían principiado por las extremidades inferiores, llegábanle ya al corazón: el gran filósofo espiraba. Conteniendo el llanto á duras penas, el patricio Critón le interrogaba una

vez más con voz y miradas, deseando anhelosamente la oportunidad de poder todavía hacerle algún *gran bien*, un bien inmenso al maestro querido, en aquella hora de la catástrofe suprema. Los labios del moribundo se entreabrieron. ¿Iba á salir de ellos el tan deseado encargo?—Sí; he aquí lo que dijo, en frase cabalística para la filosofía, pero muy explicable como un simple *chiste socratico:*"—"Critón, le debó un gallo á Esculapio!....." Mal chiste, en efecto, tan malo como el de Juárez; pero, no es por ahí por donde se inmortalizan hombres como Juárez y Sócrates. (*)

Mientras el General D. Felix M. Zuloaga se entretenía en la Metrópoli decretando la derogación de las leyes de desamortización y obvenciones parroquiales—como si semejantes naturales avances del progreso, fueran destructibles—el presidente en Guanajuato, recibía la adhesión de la mayor parte de los Estados de la República, y una contribución de sangre que puso en manos de su Secretario de la Guerra un efectivo de cerca de siete mil hombres de las tres armas, al mando del General Parrodi—Gobernador de Jalisco, y que fué quien invitó á los Estados para formar la coalición liberal.

¿Quién ignora los detalles de la desastrosa batalla de SALAMANCA, que sólo sirvió para poner una vez más de

Plinio el Mayor hizo también un chiste trágico, muy sin gracia, refiriéndose á uno de esos descendientes indignos de grandes hombres, que, con servilismo sacrílego, manchan su prosapia. Hablando del hijo de Cicerón--que en nada se pareció á su padre--dice que se embriagaba con exceso, y que hallándose en este estado, le arrojó una copa á Marco Agripa.--Y, por via de *chiste* añade, que "sin duda Cicerón (el hijo) bebiendo con exceso, pretendía vengarse arrebatándole la palma á Marco Antonio--asesino de su pádre--el cual también cortejaba la gloria de ser gran bebedor.--*Sed nimirum hanc gloriam auferre Cicero voluit interfectori patris sui M. Antonio.*--A semejanza de Sixto Pompeyo, el hijo del grán orador de la República fué un vil parásito de Octavio Augusto.

——Otra "humorada terrible" del Sr. Juárez, fué referida en Monterrey á un amigo nuestro por un hombre del pueblo, que servía de cochero al Presidente cuando abandonó el Palacio de Gobierno en Agosto de 1864. Como el cochero fustigara mucho á los caballos para hacerles caminar más de prisa, sacó el presidente la cabeza por la portezuela, y con perfecta calma le dijo:

--Para qué les *pegas* tanto, ¿no ves que lás balas les vân yá *pegando?*

La persona referida se llâma Santos Gámez y hasta hace pocos años vivía en un rância á inmediaciones de Monterrey.

relieve, que la buena voluntad y hasta "prendas excepcionales en el detalle," fracasan siempre, cuando las operaciònes militares claudican por falta de unidad en el plan general, y de movimiento regular y preciso en la combinación de las diversas unidades? ¿De qué sirvió que desplegaran allí verdadero heroísmo, y hasta altas cualidades militares, media docena de jefes, y que sobre todos ellos descollara el caballeresco, valiente é instruido Coronel D. José Calderón, cuya muerte lamentaron por igual amigos y enemigos—puesto que unos y otros eran hermanos?

Entretanto, Juárez, después de organizar su ministerio y expedir el célebre manifiesto de 19 de Enero, abandonó á Guanajuato y se dirigió á Guadalajara---donde á la sazón se hallaba el General D. José Silverio Núñez al mando de las fuerzas liberales.—El 15 de Febrero de 1858, llegó á esta ciudad, acompañado de Ocampo, Guillermo Prieto, Degollado, Ruiz y Guzmán, ignorando todavía los resultados de la batalla de Salamanca.

Y de esta suerte una nueva peregrinación había principiado, iniciadora de grandes y trascendentales acontecimientos.

No emplearemos una crítica severa para juzgar este breve lapso de la vida del grande hombre; esto es, desde su llegada á la capital del Estado de Jalisco, hasta su embarco en Manzanillo. En primer lugar, no escribimos su biografía, y en segundo, el estudio imparcial, de dicho período, muestra la contradicción siguiente: los detalles, militarmente hablando, fueron en extremo defectuosos; el fin, políticamente considerado, fué feliz en extremo. Quizás la derrota de Salamanca y la traición de Landa, (*) anticiparon, cuando menos, el triunfo de la Reforma.

Por otra parte, el valor, la grandeza de alma, y hasta los hados del gran repúblico, estaban á punto de ponerse

A pesar de la plena seguridad que el caballeroso y valiente Gral. Núñez tenía de là lealtad del Coronel Lànda, era un secreto á voces en Guadalajara, que este indigno jefe liberal se hallaba en *pourparlers* con algunos cabecillas del partido conservador, y que aprovecharía un momento oportuno para pronunciarse y traicionar su bandera. Para ser mucho más perjudicial y temible, no le faltó valor, ni arrojo, ni disimulo; sino talento. El Genaral Zuazúa le fusiló en Zacatecas.

á prueba. Una página singular iba á escribirse en nuestra historia: el valor mudo de un gran patriota, y la elocuencia de un gran poeta, iban á oponerse en duelo terrible, al impulso homicida de un instante—impulso tanto más serio, cuanto que las causas determinantes fueron el pavor que se convierte en odio y la indecisión que degenera en crimen. Felizmente, en estos casos, la reacción es fácil, casi obligada, el menor esfuerzo ó incidente la producen.

La llegada del presidente liberal y su gobierno á Guadalajara—asiento natural si deleznable, de los Anti-Papas políticos—no causó mucha impresión, y á pesar del civismo del Gobernador Camarena y el no inferior del Jefe de las Armas y el de la Primera Autoridad Política, nadie podía ignorar que no era allí donde dable le sería establecer su gobierno; no tan sólo en definitiva, pero ni siquiera transitoriamente. Guadalajara, como Puebla, como Monterrey, como San Luis Potosí, era una carta-triunfo, destinada á cambiar de mano con demasiada frecuencia durante el período revolucionario. Era una estación de pillaje, un aguaje abundante, para calmar la sed de oro de los caudillos fatigados por correrías interminables.

Así es que, mientras el Sr. Juárez y sus Ministros ocupaban transitoriamente esta capital, las miradas de dos jefes de ejército se fijaban en ella. Cualquiera que fuese la fortuna que hallasen al encuentro, á ella acudirían.

Llega el día predestinado, y los ejércitos se baten con ese encono animal que caracteriza las guerras entre individuos de la misma raza. "Cuando los tigres cazan, apenas si se mueve las maleza; pero cuando luchan entre sí tiemblan los bosques," dice un novelista inglés. En las guerras civiles hasta los cobardes se convierten en tigres. Se cría cierta costumbre, cierta confianza asesinando compatriotas, siempre que se llenen los requisitos militares indispensables para hacerlo autorizadamente.

La batalla fué reñida y el triunfo fué del Gral. Osollo—á quien, como antes digimos, indultó Comonfort generosamente, cuando cayó en su poder herido y prisionero, después de la acción del Cerro de la Magdalena. Recuérdese

que Osollo era entonces el jefe más distinguido de la reacción; no tanto por su pericia militar, cuanto por su adusta energía y firmeza de ideas. Era uno de esos hombres á quienes no seduce el oro, y hasta la gratitud se embota en el escudo de sus principios acerados. Si no agradecen—en pugna la gratitud con sus principios—no es por malignidad, sino por virtud. Desde este punto de vista, el Gral. Osollo fué muy superior á Miramón y á los demás caudillos reaccionarios. Por eso gozaba de justa celebridad entre los suyos, y los mismos enemigos le respetaban. Si en la batalla de la Magdalena hubiera perecido, si hubiera perecido en manos de Comonfort ¡cuánto camino ahorrado para la Reforma y el triunfo definitivo de las ideas liberales! Por otra parte, fué gran fortuna que el jefe que nos ocupa no poseyera de Miramón las altas dotes militares.

Parrodi, vencido, se retiró del campo y se dirigió á Guadalajara; Osollo, vencedor, se dirigió también á Guadalajara—detrás de Parrodi. Dos días de marcha, ó sea unos cien kilómetros, les separaban.

Entretanto, el gobierno liberal, como hemos dicho, se había instalado en la capital de Jalisco, tomando posesión del Palacio. El jefe del Estado, Lic. Jesús Camarena, así como el Jefe Político, Lic. Miguel Contreras Medellín, y el de las armas, Gral. José Silverio Núnez, eran completamente adictos al Presidente. La ciudad hallábase resguardada por el 5° de línea (medio batallón), al mando del Coronel Antonio Landa, por los batallones de Guardia Nacional y la "Policía de Seguridad." Además, el gobernador podía contar con prontos refuerzos de pueblos inmediatos.

Expuesta así la situación, nada tenía de desesperada: ni aun resultando ciertos los rumores acerca de la posible defección del Coronel del 5° de línea; mas, si se toma en cuenta que la fortuna de una sola batalla iba á decidir el afianzamiento (ó al menos triunfo completo) de los reaccionarios de Zuloaga; ó bien señalaría el principio del fin de su gobierno, sin esfuerzo se comprenderá lo angustiado de la situación de Juárez. Si los conservadores se llevaban la palma en Salamanca, la situación de Juarez era

insostenible y su aislamiento absoluto, si los liberales obtenían la victoria, solamente se habría avanzado un paso adelante. Probablemente Parrodi y el Gobierno hubiéranse dirigido rumbo á Méjico, y Osollo y los suyos hacia Guadalajara. La suerte de Juárez era, pues, la más precaria; pero no por ello perdía ánimo, ni confianza en la resolución favorable del gran problema de su vida. Cuando recibió el pliego que le anunciaba la derrota de Parrodi; se hallaba en junta de ministros; su puño no temblaba, y fué entonces cuando, con calma glacial, desafiando con sarcasmo agrio á la adversidad, casi insultándola, pronunció la célebre frase: "¡LE HAN QUITADO UNA PLUMA A NUESTRO GALLO!"

Juárez tenía razón; aunque, en realidad, exageraba: "ni una sola pluma" habíale quitado Salamanca al GALLO DE LA REFORMA, que un día aletearía victorioso en el Palacio Nacional de Méjico; y su canto de guerra y de triunfo resonaría por toda la República, haciendo estremecer de regocijo y esperanza todos los corazones mejicanos. Quizás el "GALLO DE LA REFORMA," en nuestro estandarte, lograría lo que imposible ha sido para el AGUILA: despedazar la serpiente de la tiranía, que con anillos de hierro ciñéndola y babeante, ensucia y asfixia la República. ¡Ah, libertad, libertad, palabra sin la cual, decía Tomás Payne, todas las demás voces carecen de sentido!

En la misma sesión referida y á tiempo que la fatal noticia se comentaba, presentóse el Jefe Político, Lic. Contreras Medellín, anunciando que el Coronel Landa se acababa de pronunciar en el cuartel de La Universidad. El valiente general Núñez, que sin pérdida de tiempo se dirigió al cuartel para informarse de la verdad de lo ocurrido, fué herido por sus subalternos y hecho prisionero. La fuerza del 5o., que daba la guardia de honor al Supremo Magistrado, en Palacio, se pronunció á la entrada del Cuerpo de Guardia Hizo fuego sobre éste, invadió el piso superior del edificio, donde el Presidente y sus ministros se hallaban; redújose á estos á prisión colmándoles de insultos y amenazas; hasta que, triunfantes sin resistencia seria los pronun-

ciados, pudo restablecerse el orden. Los prisioneros quedaron custodiados con centinelas de vista.

Landa, conforme á la usanza del tiempo, puso en libertad á la prisión, haciendo soldados de bandidos, y así reforzado, ocupó posesiones estratégicas y se parapetó con sus tropas lo mejor que supo y pudo. Tras prolongado tiroteo se abrió un armisticio, y durante éste ocurrió un incidente lamentable. Dos oficiales de Guardia Nacional, D. Miguel Cruz Aedo y D. Antonio Molina, concibieron el audaz, mejor dicho, el descabellado proyecto de libertar á los ilustres prisioneros, cuando en realidad no corrían riesgo alguno, á pesar de las bravatas, (contestadas por el Gobernador con dignidad y firmeza), del representante de Landa en el parlamento de San Agustín. No se ignoraba que Parrodi estaba cerca; y, en realidad, Landa era el prisionero en Palacio. Salir del hoyo era cuanto más podía esperar en sus difíciles circunstancias. Juárez bien lo sabía, por eso al demandarle Landa, con amenaza, que ordenara cesar los fuegos á los liberales, despreció esta, y se contentó con contestar, "que estaba preso y por lo tanto no podía dar órdenes."

Pero la situación fué bien distinta, cuando Cruz Aedo asaltó á los pronunciados en Palacio. El cuerpo de guardia apenas si tuvo tiempo para armarse, rechazar el impetuoso ataque y cerrar el zaguán á toda prisa. La alarma, el pánico, el desorden, se extendieron instantáneamente por todo el edificio. Y ocurrió, lo que era natural que hubiese ocurrido: una explosión de odio salvaje contra los ilustres prisioneros. Sin darse cuenta, quizás, de lo que hacía, el capitán Peraza, á cuya vigilancia hallábanse encargados aquéllos, dió orden al teniente Filomeno Bravo que los fusilara. Este—uno de los reos libertados por Landa á que antes aludimos—no se la hizo repetir, sino que, al mando de veinte hombres, trató de ejecutar la bárbara consigna, fusilando á los prisioneros en masa.

Hombres eran, avezados con los peligros, familiarizados con la muerte y los horrores todos de la guerra civil, los compañeros del Gran Patriota; pero en aquellos instantes

supremos en que iban á caer víctimas de un atentado enorme, sintieron sus fuerzas debilitarse, desmedrar su ánimo, y se apresuraron á refugiarse en las piezas contiguas á la que había sido invadida por una soldadesca brutal é indiferente á los sacrificios sangrientos. Juárez permaneció en su sitio, en el dintel de una puerta: inconmovible, frío, con la arrogancia sombría del valor que no altera el pulso. A tiempo que el militar mandaba preparar las armas para hacer fuego y derribar á aquella estátua viva—que era la Patria, ¡la Patria misma en aquellos momentos de angustia suprema para la libertad y la República!—Guillermo Prieto, el poeta, el patriota de corazón de fuego que se había colocado frente á Juárez, hablaba, hablaba á la canalla con frases candentes, hasta conmoverla, hasta electrizarla....—Juárez permanecía mudo, permanecía mudo y sereno, como ante una cámara fotográfica.

Hubo un instante de vacilación, de enternecimiento quizás, en el ánimo de Bravo; y por ese resquicio se introdujo rápida la reflexión que salva: Juárez y la Reforma se habían salvado.

Como era de esperarse, Landa se vió obligado á capitular bajo las mejores condiciones que obtener pudo, y salió de Guadalajara. Poco despuês, Juárez también abandonó la ciudad, sin precauciones de ninguna especie; y á punto estuvo de haber sido hecho prisionero por el mismo Landa, en Santa Ana Acatlán. Pero Juárez no corría entonces riesgo alguno: iba en comisión del Destino.—"Nada temas, llevas á César," dijo el vencedor de Pompeyo, hecho ya el pacto con la fortuna de las batallas.

En Manzanillo nombra ministro de la guerra al General D. Santos Degollado, y se embarca rumbo á Panamá. Días después, el 4 de Mayo de 1858, llega á Veracruz, y el 5 del mismo mes y año, Ocampo anuncia á los gobernadores de los Estados la peregrinación última del gran repúblico y su gabinete, hasta su arribo á Veracruz. El Gobernador Gutiérrez Zamora, insigne hijo del Estado, les había recibido con los honores debidos á su alta gerarquía política.

HEROE y CAUDILLO

CAPITULO IX.

Mejico Antes de Juarez.—Principios Exoticos.—La Manzana de la Discordia.—El Clero y el Ciudadano. —Fanatismo.—Censuras Extemporaneas.—Leyes de Reforma.—Su Filosofia y Razon de Ser. Objeciones y Contestaciones.—Nuestros Grandes Problemas.—Su Caracter Universal y Progresivo.—La Falacia del Monopolio de la Verdad.—Proposiciones Falsas.—El Catolico Mejicano.

Hasta antes de Juárez, no se lidiaba en Méjico por principios definidos y concretos. Ningún cuerpo de éstos formaba "causa nacional;" ningún plan revolucionario fué plan político-administrativo, propiamente dicho. Se revolucionaba por cambiar; nó por cimentar un gobierno digno de tal nombre. Y la razón es obvia: contaba el país con dos cuadrillas de arquitectos, cuyos planes de construcción eran más que diversos, excluyentes. El reaccionario quería fundar templos, el liberal derribarlos; éste pretendía levantar monumentos á todas las libertades, el otro arrasarlos y echar sal sobre sus ruinas, como los romanos en los sitios profanados por grandes crímenes.

Los principios proclamados en la Constitución de 1824, no eran, con razón, aceptados más que á medias, por los más grandes pensadores contemporáneos. Al dársele en-

tonces una constitución tan radical al país como la de 1791 á Francia, se intentaba formar una república con materias explosivas, amalgamadas á golpes de mazo. (*) Lo exótico se hilvanaba á lo natural, caricaturándolo. Lo que unos buscaban era, sobre todo, lo *nuevo;* lo que ambicionaban los otros era, ante todo, lo *viejo*: lo que no aparecía por ninguna parte era, *lo mejicano.* Las ideas liberales, *jacobinas*, (†) no eran mejicanas, ni respondían á nuestro estado social de entonces. Queremos decir, que no había antecedentes de liberalismo en el país: ni en la sociedad, ni en la religión, ni en la educación, ni en política. La guerra de independencia, no fué de *principios*, sino de *hechos;* no se luchó "por ser," sino por "dejar de ser." Nuestra bandera política se fué formando á retazos, hasta caer en manos de Juárez y ser tremolada por él en Veracruz, á la hora de proclamarse las Leyes de Reforma, que á la vez perfeccionaban y complementaban la Carta Constitucional, operando la transformación del país y removiéndolo hasta en sus fundamentos. La "Historia de Mejico" data desde entonces; la anterior, retrocediendo hasta 1821, fué nada más un período de transición ó evolutivo. Fué nuestro "Siglo IV;" fué á nuestra historia, lo que el Siglo IV de la era actual á la Historia de Italia.

Para forjar la Constitución de 1824, ó, mejor dicho, para tomarla de la de los Estados Unidos, (‡) no se habían

Por un mero descuido no se hizo constar en la Constitución mejicana de 1824, como en la francesa de 14 de Junio de 1793, que "la revolución (ó *insurreccion*) es el más sagrado de los deberes." Pero, después de todo, no hizo falta la indicación para que nuestros antepasados lo tomaran por dicho, y juzgaran que era bueno. Las constituciones que *se dan* á los pueblos desorganizados ó en gestación, ofrecen un fenómeno regular, constante, casi *ley:* no son acatadas mas que en sus excepciones.

---Las llamamos así, aunque impropiamente, por seguir la costumbre de nuestros periodistas.

---Francia hizo otro tanto, por medio de Lafayete, el cual presentó á la Asamblea Constituyente su famoso proyecto de "*Les Drotis de l'homme; et de l'homme vivant en societe*," que había importado de los Estados Unidos. Estos, á su vez, habían tomado su Carta de la "*Declaracion de Derechos*," proclamada en 1689 por Guillermo III d'Orange, y la cual fué base de las libertades inglesas y de su prosperidad futura. Esta *Carta* goza del privilegio especial de ser la *unica*, (sin exceptuar la de los Estados Unidos), que ha sidó acatada en el mundo, después de las "*Doce Tablas*."

estudiado detenidamente los datos *sociologicos* (si es buena la palabra), que la nueva nación ofrecía á sus legisladores; antes habíase hecho absoluta abstracción de ellos. Por eso todo era efervescencia. El liberalismo, sobrepuesto al reaccionarismo monárquico y frailesco, era un halón rutilante de rayos de oro, colocado sobre la cabeza de una momia de las catacumbas.

Lo desesperante para el pensador, era la enorme distancia...... (intelectual, moral y religiosa), que separaba á los partidos políticos en guerra. Y claro es que ésta no podría "comenzar á terminarse," mientras no se estrechara la distancia entre los combatientes, ó fuese menor la divergencia de sus armas. Ambos partidos, respectivamente, eran comparables á dos duelistas tirándose furibundos mandobles—con la espalda vuelta. En tanto no se arremetieran de frente, no podrían herirse; y en tanto que no se pudieran herir—y herir mortalmente—el fin del asalto terrible no estaba próximo. Hacía falta, pues, la presencia real de la "manzana de la discordia." Esta no podía serlo el "Contrato Social," ni la "forma política de gobierno," (si se respetaba la *forma democratica*, derivada de la guerra de independencia), ni siquiera la "Administración de Justicia," ni nada empírico; sino *algo* que punzara al orden viejo en un punto escoriado y extremadamente sensible: que punzara hondo en el tumor de la disoordia.

Al clero, hasta antes de la LEY JUAREZ y de la REFORMA, (y también al Ejército), se le habían dejado intactos casi todos sus antiguos privilegios. Poseía la mayor parte de las riquezas del país, y por lo mismo constituía su principal factor económico; gobernaba despóticamente las conciencias; contaba con decisivo influjo en el gobierno; y, además, con sus tribunales especiales.—Dirigía la Instrucción Pública, acaparaba templos, asilos, monasterios, conventos, fincas urbanas y rústicas—que daba en arrendamiento—y sus empleados llenaban el país. Casi era imposible "tropezar con un mejicano, sin encontrarse con un católico"—más ó menos disfrazado, ó bien del tipo clásico. En *la cuna*, la presencia del sacerdote era indispensable,

lo era á la hora de contraer *matrimonio*, y con mucha mayor razón en los instantes supremos de la *muerte*. Así es que la Iglesia se hacía cargo, nó del *ciudadano*, sino del *catolico* que entraba á la vida; guiaba sus primeros pasos en el hogar, el asilo ó el orfanatorio; y le proporcionaba una instrucción apropiada á los intereses de la secta. Poco después, ora le almacenaba en un convento ó monasterio, (según el sexo), ó le conducía *al altar* "haciendo un nudo en la tierra, que sólo Dios podía desatar en el cielo. (*) Mientras el católico vivía, hallábase obligado á contribuir á la riqueza del clero, con las primicias y el diezmo de sus frutos, con la compra de los sacramentos, con un variado repertorio de limosnas y ofrendas; á reserva de tener ante sí, á la hora de *la muerte*, al terrible representante del SUMO HACEDOR, crucifijo en mano, conminándole en latín espantable, dibujándole con mano maestra los horrores de ultra-tumba, poniendo de relieve la ira terrible, la cólera espantosa, la indignación horrenda, vengativa, cruel, sin piedad—peor que las sombras, peor que el abismo, peor que el aniquilamiento absoluto—¡del Dios de INMENSA BONDAD Y MISERICORDIA INFINITA!........ Felizmente había una manera de contrarrestar tamañas iras en la deidad enfurecida; es á saber, *testar*, en parte ó en totalidad, en beneficio de la Iglesia. Este medio era considerado todavía más efectivo, que el de comprar misas ó el de las simples oraciones. Siendo de notarse que la eficacia de estas últimas era solamente eventual, esto es, cuando la presencia del sacerdote fuése punto menos que imposible.

En una nación así constituida, en la que el fanatismo cristalizaba la voluntad y la inteligencia en las altas gerarquías, y las podría haciéndolas deletéreas, en las inferiores, el desarrollo de las ideas liberales tenía que ser híbrido y extremadamente paulatino. La semilla se perdería cien ve-

Como tributo forzado á las preocupaciones de los países latinos, y especialmente de Hispano-América, los constitucionalistas se cuidaron de ni siquiera *recomendar* (como lo hicieron respecto á la libertad de comercio interior), la institución del divorcio. Y los reformistas no avanzaron un paso más, en este camino, que los primeros. Unos y otros obraron con diplomacia y cordura.

ces en inundaciones de sangre, antes de producir frutos sazonados.

Esto no lo han comprendido muchos de los que en nuestro país escriben historia, y censuran á Juárez y demás reformistas por lo radical de sus decretos; olvidando que nunca en la historia del mundo—sin que la misma Inglaterra sea una excepción del aserto—se transformaron las conciencias de un pueblo, nunca una civilización sucedió á otra, sin "reformadores radicales:" así lo fueron Jesucristo, Mahoma, Lutero y Gustavo I Wasa. Nuestra GUERRA DE REFORMA tiene sus antecedentes bien conocidos en los anales de cuantos pueblos sacudieron el yugo teocrático: yugo que no cae por sí mismo, como la corteza de los árboles viejos, sino que se petrifica sobre el testuz humano, hasta que para desprenderle se hace indispensable una operación violenta.

Es bien sencillo decir ahora que Ocampo, Lerdo, Juárez, Arriaga, Iglesias, y demás adalides de aquella hazaña gloriosa y trascendental, pudieron haberse colgado, como lirones, á la oliva de la paz, y esperar que la evolución fuera operándose por sí misma; ó cuando mucho, haberla provocado poco á poco, merced á una docimetría sabia y dieta saludable. De esta suerte, Jesucristo pudo haber esperado algunos miles de años, antes de echar á la Humanidad, para depurarse, en un infierno de dieciocho siglos. Si el Cristianismo debió también prescribirse en dosis homeopáticas, los neo-platónicos, como Porfirio y Jámblico, se hallaban en el buen camino, y casi es de sentirse que el Procónsul de la Achaia, hermano del filósofo Séneca, no diera mala cuenta de San Pablo—el Gran Almirante del Cristianismo—cuando le tuvo en sus manos, acusado de impiedad por sus compatriotas. ¡Cuán fácil es la crítica demoledora, aun de los más sublimes actos y sucesos de los hombres! ¡Con qué dificultad se edifican y con qué facilidad se derrumban sus más estupendas construcciones!

Se quiere saber si la Reforma fué grande, trascendental y práctica?—Para ello basta que nos hagamos una serie de preguntas:

—¿Fué, por ventura, un atentado contra la religión católica la Guerra de Reforma?

—Nó; puesto que católicos fueron en su mayor parte —si nó en totalidad—los que la sustentaban; y el mismo Juárez protestó desde Chihuahua, con su sinceridad acostumbrada, contra quienes, por demandarlo así sus intereses políticos, hacían aparecer á los reformistas como enemigos jurados de la religión cristiana.—Por eso la Reforma *coexiste* actualmente con el catolicismo, y ni á los más fanáticos inspira ya los odios y terrores de hace medio siglo.

—¿Cuál fué, pues, el programa político de la Reforma?

—La separación de los negocios incumbentes á la potestad civil de los religiosos ó eclesiásticos; en otros términos, poner en práctica el profundo apotegma de Cristo: "dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios."

—¿No atacó, acaso, el sacramento del *bautismo?*

—No; instituyó el registro civil, para proteger al hombre en el infante, substanciando sus deberes, y definiendo sus derechos ante la sociedad y respecto á la familia de que forma parte. Además, en ello se interesa una rama importante de la ciencia, ó arte, de gobernar: la estadistica.

—La Iglesia, sin embargo, se encargó, durante siglos, de todo eso, con beneplácito universal.

—Es verdad; durante los siglos medios, cuando ella era la única depositaria de la poca luz que había en el mundo; pero, otro tanto hicieron siempre las teocracias con el resto de la legislación civil: á fuerza de considerar á los hombres como salvajes ó como niños—ya fuesen reyes, grandes ó plebeyos—nada les pareció más propio ni tan útil, como declararse sus tutores vitalicios y guías espirituales. Pero la luz "creció y aumentó en el mundo hasta el perfecto día," como se lee en el Eclesiastés, y la Iglesia, ó sea el gobierno teocrático, tuvo que irse restringiendo, entrando más y más por la senda del cristianismo puro.—El bautismo, esto es, el sacramento, sigue perteneciendo á la esfera eclesiástica, el "niño," y aun *antes de serlo*, es el *protegido* del Poder Civil; el cual emana de la agru-

pación social, esto es, del consentimiento de la parte de ella que lo establece, tolera y mantiene.

—¿Y del MATRIMONIO CIVIL qué puede decirse?

—Lo mismo que del REGISTRO CIVIL. Continúa el *sacramento;* pero el *contrato* es de la incumbencia de las autoridades civiles.

—¿Cuál fué el objeto de la SUPRESION DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS?

—Tuvo varios: uno aleatorio, es á saber, destruir centros de "conspiración sagrada" y de "incubación anti-liberal." Otro político: atacar la teocracia por la raiz, pues que así en la India, como en el Egipto antiguo, como en las monarquías católicas de la Edad Media, los conventos, escuelas y monasterios—con diversos nombres—fueron el subsuelo en que aquéllos se alimentaban y fortalecían con savia vivificante. En el Egipto antiguo (*Manou, Lib. VII),* los colegios sacerdotales hacían leyes para los reyes; los "concordatos" de la Edad Moderna, no son más que "contemporizaciones" de los países en vías de emancipación, impuestas por los Papas. Las cofradías y órdenes religiosas hacían de sus monasterios y conventos verdaderos fuertes amurallados, sobre los que no flotaba otro pendón que el de la Iglesia, pudiéndose de esta suerte considerar como implantaciones de Roma en territorios parcialmente conquistados. Suprimir las comunidades religiosas, desde un punto de vista político, equivalía á destruir la larva, el nido, la madriguera, el reducto, la fortaleza, y prevenir generaciones damnificantes. Por último, á la luz de la CIENCIA SOCIAL—si es que existe—y del raciocinio claro y desapasionado, los conventos y monasterios, "muy útiles," á la verdad, "muy beneméritos en la Edad Media, son en los tiempos presentes casi tan insólitos y anacrónicos, como los castillos feudales y los caballeros desfacedores de entuertos—que también fueron útiles en su tiempo. La religión, como todo lo que al hombre pertenece, se modifica también y progresa. El encastillamiento de religiosos de ambos sexos, nó es católico, es más bien anti-católico: pertenece á todas las religiones primitivas y llegó á su apo-

geo á la márgen derecha del Nilo, en la famosa Tebas. No puede ya decirse seriamente, que sea preciso encerrar á los hombres para doctrinarlos. Separarlos del mundo, no es aproximarlos á Dios, sino matarles el alma, hacerles cobardes, misántropos é inútiles. Por este camino, el ideal es el fakir solitario de los ribazos fétidos del Ganjes, que espera en un pie, ó en otra postura inartística, la consolidación de su materia animal en substancia divina; ó bien se sepulta inmóvil y hambreado, años y más años, en las grutas del Himalaya—¡sudorosas de años, casi de eternidad.....! Con todo, estas últimas consideraciones no hubieran sido suficientes para que Juárez hubiese dado el decreto de referencia; pero, unidas á las otras, y encadenadas con otras disposiciones de igual género....

—La TOLERANCIA DE CULTOS.......

—Sí; porque los reformistas no la decretaron por "intolerancia" propia, sino por razón de la intolerancia del culto católico. Con su "fuera de la Iglesia no hay salvación," quien salía ganando era..... el INFIERNO; pero nó el sentido común. En lo antiguo, en lo "primitivo," mejor dicho, cuando las sectas religiosas van civilizando salvajes é imponiéndoles su código religioso-social, la intolerancia es "natural y es lógica." Tolerar, equivale entonces á corromper, á sembrar cizaña, á desorganizar, á destruir. Pero los pueblos que han dado ya muchos pasos en el camino de la civilización, no pueden atemperarse á los procedimientos semi-bárbaros y anti-sociales: á nada que peque contra la universalidad y compenetración general, que caracteriza las sociedades modernas. A medida que la civilización y la ciencia avanzan, el patrimonio engañoso de la "verdad" y la "razón" va diseminándose. La "duda" es el primer paso real en la cortesía, en la "urbanidad" de las agrupaciones sociales.—"Permítame Vd. creer..." es una fórmula delicada de progreso é intelectualidad—En la Historia Moderna, la tolerancia de cultos se hizo indispensable, sobre todo, desde la reforma protestante. La intolerancia, en la actualidad, es un verdadero cretinismo. Y si Juárez y los ilustres corifeos que le rodeaban, vieron esto; si vieron la

VERDAD clara, resplandeciente, nítida ¿fueron culpables por anticiparse á aceptarla y proclamarla?....

—Pero, entonces, las relaciones del Estado con la Iglesia Católica....

—En otros términos, la sujeción del poder civil al religioso..... Bien; esta sujeción dejaba de existir, decretando la SEPARACION DE LA IGLESIA Y EL ESTADO. ¡Lástima que no se haya efectuado con un ósculo de paz!—Ambos fueron buenos. Unidos, llevaron la pobre, ciega, vacilante Humanidad, al través de las sombras de las edades primeras del planeta. Las religiones nacieron con los "primeros terrores" del hombre; y los "primeros terrores," despertando su "instinto de conservación," le hicieron sociable. Los legisladores primitivos fueron sacerdotes, y sacerdotes fueron quienes encendieron en la intelectualidad naciente del hombre de las selvas, los primeros rayos de esperanza: á ellos se deben los primeros albores, las primeras sonrisas del mundo; ¿qué importa que esos sacerdotes hállanse llamado vedantes, ó budistas, ó cristianos?—Pero á medida que la civilización avanza, principian por confundirse el Sumo Imperante y el Pontífice Sumo. El derecho civil va naciendo en las capas sociales más elevadas; y más tarde, del pastor-soldado, salen á un tiempo el siervo y el ciudadano. La religión, entretanto, ha perdido terreno; de la India y Egipto, hemos llegado á Grecia y Roma. Un paso más, y el derecho civil se emancipa del canónico en la Edad Media. Los papas cesan de investir emperadores y hacer y deshacer reinos á su antojo. De los príncipes cristianos, brota una rama enfermiza—los reyes por derecho divino—que llega á producir flores híbridas con Luis XIV. Caen estos, se empolvan al paso de las caballerías napoleónicas: y el mundo continúa en su marcha progresiva. Para entonces ya habían ocurrido la REFORMA y la REVOLUCION FRANCESA. La Babel moderna no llevaba trazas de ser destruída como la bíblica y necesario fué contemporizar con ella. Las razas, las naciones, los pueblos, las *gentes*, tendían—y tienden—á reunirse más, mezclarse, confundirse: el hombre, "ciudadano del mundo," empezaba á hallarse

presente en todas partes. Mas...... algo había en él, independiente de cuanto la civilización, la ciencia, el arte, la industria, el comercio, el amor, la ambición, el interés, hasta la ilusión del mundo podía proporcionarle; *algo* que caminaba con él, le seguía á todas partes, é imperaba despótico y desinteresado al mismo tiempo en el escriño de su conciencia: "la religión.". Pero la forma, ritualismo y denominación de ésta, no son "una" sino "multitud," y el carácter excluyente de todas ellas; las impedía atemperarse, en su forma externa, á los diversos medios sociales. Y así era factible, que un pueblo de cien familias contase cien religiones.—¿Quién tenía razón? ¿Quién el uso "exclusivo de la verdad? ¿Cuál (una) debería subsistir pereciendo las otras "noventa y nueve?" La tolerancia de cultos, pues, fué un predicado ineludible de la proposición siguiente: "los hombres nacieron para vivir en sociedad y cooperar entre sí en la obra de progreso, que es la base y razón de ser de su existencia misma."

Y como Méjico formaba ya número entre las naciones autónomas y había abierto sus puertas al comercio universal con las demás gentes, NO TOLERAR LOS CULTOS de estas, equivalía á excluirlas con descortesía indigna de una nación que se preciaba de moderna y de haber sacudido la cáscara de la teocracia.......

—Pero, ¿y la NACIONALIZACION de los bienes eclesiásticos, qué tenía que ver con todo eso?

—Todo.....

—¿Era preciso despojar al clero de sus bienes, á fin de inculcarle esas verdades rancias, que nadie que razone un poco y conozca otro poco de historia podría poner en duda?

—Precisamente; fué indispensable despojarle de sus bienes, á trueque de que con ellos no siguiera procurándose elementos de guerra, destinados á probar—derramando sangre á torrentes—éstas dos extrañas proposiciones:

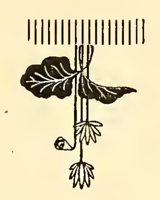
"El mundo no marcha, se halla como en los primeros siglos del período androgénico."

"El hombre es un niño, un idiota, un incapacitado, y necesita del sacerdote, no solamente para guiarle por las

tenebrosidades de ultra-tumba, sino también en la vida civil."

Y en nuestra nación se expresaba así el religioso católico, de origen relativamente moderno; pero que no por ello dejaba de creerse menos "depositario único" de la "Verdad Eterna," que los que se inspiran en los cantos de Valmiki.—Y en el nombre de Dios, y de lo antiguo, lo intransigente, lo cadavérico, lo muerto, llenó de sangre, revoluciones, odio y crímenes, la infortunada república naciente....

Todo eso, y mucho más, predicaban con fe de clarividentes los apóstoles de la Reforma Mejicana; y sobre todos ellos descollaba el excelso Juárez, como destaca la palmera entre los manglares de las costas del Golfo y del Pacífico.





CAPITULO X.

El Presidente en Veracruz.—Manifiesto de Ocampo.—El Liberalismo Expirante.—Miramon Ante los Muros de Veracruz.—Su Vuelta a Mejico.—Los Martires de Tacubaya.—El 27 de Junio de 1877.—Los Tiranos y las Causas Politicas.—La Reforma y la Libertad.—Los Reformistas y la Tirania.—En Veracruz...—D. Miguel Miramon.—Un Heroe Extraviado.—Contingente para los Conservadores.—Juarez Electo Presidente.—Llegada a la Capital.—Nuevos Problemas.—La Mentira del Altruismo.

El Presidente, acompañado de sus ministros, había tomado posesión pacífica de Veracruz, gracias á la contrición oportuna del gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora.

En el resto de la República, la guerra se hacía casi automáticamente. "Levantar guerrillas" habíase convertido en oficio, que, en cada pueblo, en cada congregación, donde quiera que había media docena de jacales, ejercían, con fortuna ó sin ella, "capitanes" ó "coroneles" revolucionarios:—revolucionarios de oficio, que lo mismo se les daba militar en un bando que en otro, y sin más aspiraciones que el pillaje.—Si entre estos los había honrados, de buena fe, es que en todas las agrupaciones ó categorías humanas los hay. Nunca existió en el mundo una ciudad tan perversa, que el sesenta por ciento de sus habitantes no se compusiera de personas virtuosas, honorables, del

corte común de los hombres buenos. Y es que el vicio y el crimen alardean, se muestran, llaman la atención de todos; la virtud, la honradez, la modestia, el decoro, son valores que se ocultan en la caja fuerte del hogar, ó se disimulan—aunque se poseen—en medio de la barahunda y el desorden de las grandes agitaciones sociales.

La llegada del gobierno constitucional á Veracruz, coincidió con un período de postración y descalabros para el partido liberal. El mismo Ministro de Gobernación, D. Melchor Ocampo, al dar cuenta al país del restablecimiento de los poderes en territorio nacional, tras breve ausencia, se limitó á consignar "esperanzas," á hacer hincapié en la "reducción (relativa) al orden" del Estado de Zacatecas, y á añadir (con exageración muy disculpable), que "los esfuerzos que hacían los jefes de los Defensores de la Libertad y Orden Constitucional, eran coronados por el triunfo *donde quiera* que combatían." La verdad es que lo contrario era precisamente lo cierto. Salvo la toma de Zacatecas, por el Coronel nuevoleonés D. Juan Zuazúa, y las pequeñas victorias del Coronel Díaz, en Tehuantepec, no sabemos que las fuerzas liberales hubiesen obtenido entonces un solo triunfo, capaz de dejar "reducido al orden" alguna porción importante de territorio.

Lo contrario acontecía á los conservadores: á Osollo, que había muerto en San Luis Potosí, sucedió Miramón. Acaudilló su causa, de acuerdo con Zuloaga, y sus proezas fueron cada día más brillantes.

Figura militar, arrogante; despejada inteligencia, carácter franco, abierto; y además, activo, incansable, bravo, y temerario muchas veces, no tardó mucho D. Miguel Miramón para que amigos y enemigos le conceptuasen, *in peto*, como acreedor al primer puesto entre los generales que combatían entonces en los dos bandos.

Desde la derrota de Salamanca, Parrodi había depuesto las armas en Guadalajara; y en las Barrancas de Atentique (6 de Junio, 1858), el tan valiente, tan patriota, cuanto escaso de fortuna, Gral. Santos Degollado, había sufrido un descalabro de consideración.

Felizmente para los liberales, entre los conservadores habían surgido desavenencias que no llevaban camino de dirimirse fácilmente; y con la elevación á la presidencia del General Miramón, substituyendo á Zuloaga sin viso alguno de legalidad, se inició la serie de inconsecuencias y delitos políticos, que acompañaría al partido conservador al través de la Reforma y el Imperio.

La instalación en Veracruz del Ejecutivo Constitucionalista, no podía menos que producir una reacción favorable; y ya un mes después, la fortuna de los combates, siquiera fuese engañosamente, pareció por breve lapso sonreirles propicia. Pero el belicoso Presidente Conservador, no podía ver esto con buenos ojos, así es que no tardó mucho en presentarse, á la cabeza de un ejército, ante las murallas de la ciudad tres veces heroica y benemérita, que de infranqueable baluarte iba á servir á los constituyentes. Por sobre sus muros sagrados, Juárez lanzaría las LEYES DE REFORMA: reto formidable, arrojado á las fauces manchadas de sangre de un enemigo poderoso y engreído con la victoria... Cuando el Gral. Miramón y los suyos se aproximaron al puerto, el Gobernador Gutiérrez Zamora les anunció con el calificativo de TRAIDORES; calificativo terrible, que sería un anticipo á la historia patria.

Por diversas causas, que no es del caso puntualizar, Miramón volvió á Méjico, á la sazón que Degollado sufría una nueva derrota en Tacubaya, destruyéndole Márquez "uno más" de sus muchos improvisados ejércitos—*¡Que pagina aquella!*

Escrito está, con caracteres indelebles, en el registro de nuestras adversidades, nuestras desdichas, nuestros crímenes irredimibles, el 11 DE ABRIL DE 1859, y recordar esa fecha produce estremecimientos, como si en la frente misma de la patria hubiese dejado una escoriación dolorosa.—Allí fueron inmolados en masa, como se sacrifican reses, nó solamente militares dignos, no solamente políticos de ideas sanas y aspiraciones altas; nó, que también se tendieron las armas homicidas—las armas fratricidas se tendieron—hacia el pecho noble del profesionista, que á la cabecera de

las víctimas de la guerra era llevado con misión de caridad; y víctimas también fueron de odios monstruosos é implacables, jóvenes letrados, estudiantes imberbes, ¡y tú,...... Diaz Covarrubias, que apenas salido de la niñez, sentiste refrescarse tu frente pensadora con los laureles de Apolo!

Márquez, el Tigre de Tacubaya, ha vuelto á Méjico. Ha vuelto á Méjico, merced á la condescendencia varnizada del General Díaz. Sí, ha vuelto á Méjico, ¡*despues* que Veracruz se hallaba dignamente alfombrada para recibirle: *despues* de los asesinatos, no menos execrables, del 27 de Junio de 1877!........ (*)

La República estaba herida. El grito de indignación que en toda ella se levantó, fué formidable.—Hay ocasiones en que los grandes crímenes y los grandes criminales, son una bendición para los pueblos que desfallecen; porque traen consigo la reacción aparejada. Las buenas causas se fortalecen con los horrores que las malas siembran sin precaución, y olvidando que no hay contingente tan valioso, para vencer en política, como el aborrecimiento sordo que la opresión y el abuso engendran en el subsuelo de las sociedades.—Neron ó Domiciano; el suicidio ó la puñalada, ¿qué más da?—El fin es el mismo.

Con el crímen del 11 de Abril se perdió todo pudor político en los conservadores; y sólo el genio del Gral. Miramón pudo metamorfosear en guerreros de buena ley, hombres embrutecidos, idiotizados por el fanatismo y la pólvora: "chacales sagrados," como los que merodeaban á cercanías de las ciudades faraónicas, bajo la protección del dios Anubis, hijo de Osiris.

Repasando esas páginas desconsoladoras de la Guerra de Reforma, en que la traición, el dolo, la infidencia, mezclábanse con la crueldad, la venganza, la ira salvaje—endureciendo los corazones más nobles, trastornando los cerebros mejor organizados—preciso es acudir á *Juarez* por su fe, á *Veracruz* por una ráfaga de sus brisas, para no

Somos de los que creen, como el poeta griego Esquilo, que el "mortal no debe guardar un odio inmortal," pero ¿es verdad que el Gral. Leonardo Márquez percibe en la actualidad sueldo de divisionario, por sus servicios á la República?—¡Es verdad!...

asfixiarnos, para no desesperar de la redención prometida—¡redención que no llega, y que, vislumbrada apenas por nuestros padres, parece haberse desvanecido como las fantasmagorías de un ensueño!

Porque la Reforma no era solamente la nacionalización de los bienes del clero, ni la institución del matrimonio civil, ni la separación de la Iglesia y el Estado, ni la tolerancia de cultos; era todo eso, y *mas que todo eso.* La Reforma, era la LIBERTAD; la libertad sin la cual, todos los "privilegios del ciudadano" son sarcasmos ó blasfemias. Nó; ni Juárez, ni Ocampo, ni los Lerdo de Tejada, ni Iglesias, ni Prieto, ni Zarco, ni Ruiz, ni ninguno de aquellos grandes hombres imaginaron siquiera, que se podía reformar á un pueblo sacándolo de las garras del fanatismo, para arrojarlo luego al hocico de la autocracia......

Si en el resto de la República los liberales mismos, inhábiles para refrenarse, (á pesar de un conjunto providencial de jefes ilustres y humanitarios), se manchaban con crímenes sin cuento; en Veracruz se respiraba. ¡Allí había honor, humanidad, gobierno moralizado; había cerebro, ideas, corazón y esperanza!........

Juárez estaba allí, nó como un dios, nó; sino como un hombre honrado y patriota sin mancha. Podría errar, equivocarse, claudicar de una ú otra manera; pero el conjunto de su labor tendría un mérito real, positivo, mérito de que carecía la misma carta constitucional del 57; es á saber: era practicable hasta en sus últimos detalles. Fuera de esto, como antes indicamos, significaba un reto indeclinable, un duelo, un último duelo, un duelo á muerte.

Y en vano Miramón se multiplicaría, forzando la victoria; en vano su sombra negra, sombra de buitre, se pasearía por toda la República; y su mirada de águila lo abarcaría todo, desde altura inmensa; y con maravillosa rapidez surcaría en zig-zags amenazantes el vasto palenque de la lidia; en vano le ayudaría su genio, iluminándole; en vano la fe en su causa, le prestaría aliento y decuplicaría sus fuerzas; en vano el tajo de su espada fratricida, destruiría ejércitos, y él se cubriría de sangre, y se bañaría en san-

gre, y ejercería las más terribles venganzas, dictando las más bárbaras sentencias!...... Nó; ni el genio, ni la fortuna singular, ni la ciencia que guía y alumbra, ni las medidas extremas, ni los asesinatos, ni los más negros horrores, ni el TERROR mismo lograron *nunca* conquistas duraderas, cuando sus éxitos favorables, fueron en perjuicio de la VERDAD, la LIBERTAD y el PROGRESO. No se puede *mentir* á un pueblo por largo tiempo, no se puede *esclavizar* á un pueblo por largo tiempo, no se le puede *detener* largo tiempo en su progreso *real*, en la vía sacra por donde va recogiendo, uno á uno, esos fragmentos de civilización con que una "nación" se edifica—una nación libre, altiva, con fe en sus destinos y moralizada—sin provocar la explosión, la catástrofe, el castigo formidable.

Sí; Miramón, el ajusticiado del Cerro de las Campanas, fué un grande hombre, y, sobre todo, un gran soldado; pero la talla de los hombres, medida con acontecimientos en que figuraron al lado del derrumbe, se pierde en lo infinitamente pequeño, en el polvo de las ruinas.—¡Ah! si Miramón hubiera errado *solo una vez:* ¡durante la Reforma!(*) —¡Si más tarde hubiera tenido presente el dicho del marino ateniense Lamaco: "en la guerra no puede uno equivocarse dos veces," otro sería el puesto que su genio le hubiera conquistado en nuestra historia! Si la dicha no le hubiese cabido de morir con gloria, como Comonfort; al menos hubiera muerto redimido, como Iturbide.

No se contentaba el caudillo conservador, con derrotar á los liberales en casi todos los encuentros—auxiliado por generales expertos y jefes decididos—ni con el valioso contingente del clero, en sus ramificaciones diversas; preciso pareció serle descender hasta los últimos peldaños del pillaje revolucionario. Miramón y Márquez, nunca vacilaron en ultra-pasar los linderos harto violados del despojo á los

Ante el consejo de guerra que juzgó al General Miramón, su defensor, el Lic. D. A, Moreno, pronunció las siguientes palabras, en defensa y á nombre del procesado: "el Sr. Miramón ofreció sus servicios al Sr. Juárez desde Paris, por conducto del Ex-Ministro Don Jesús Terán, para hacer la guerra á los franceses; el Gobierno aceptó y si el plan no llegó á tener verificativo, fué por causas independientes á la voluntad de mi cliente."

ciudadanos, (enemigos de preferencia), mediante el acostumbrado recurso del préstamo forzoso; más todavía, no se contentaron con asaltar conductas en los caminos reales, —cosa que no pocas veces fué muy justificable como recurso de guerra—sino que hasta se atrevieron á perpetrar, de acuerdo, el delito de robo con asalto, extrayendo violentamente los caudales de la legación inglesa (en la Capital), que habían sido depositados por el gobierno constitucionalista, residente entonces en Veracruz, y se destinaban á ser distribuidos entre los tenedores de bonos de la Deuda de Londres.—Sabido es que, más tarde, Juárez reconoció este robo, así como el perpetrado por Márquez en Guadalajara, como "delitos nacionales." Y tuvo buenas razones para ello. (*)

Cosa es bien sabida que los conservadores contaron siempre con un contingente "moral," que pesaba mucho más, desde un punto de vista práctico, que el "intelectual" de que se prendaban los reformistas. Y con tal contingente, poseían todas las ventajas anexas, *ipso facto*, al ejército que lucha contra el *extranjero* en territorio propio. Y no exageramos al asentar lo precedente: en las guerras de religión (y la de Reforma llegó á serlo), el *partido* que encarna las ideas nuevas, es siempre considerado como intruso, como traidor. El "espionaje," las "delaciones," los "terrores de desquiciamiento," brotan de improviso, y la "REPRESALIA," en su forma más híbrida é incomprensible, se manifiesta sin tardanza, con su cortejo lúgubre de prisiones, de tormentos y de sacrificios. No abriremos la historia para repetir lo que todos saben; y sea bastante añadir, que contando los conservadores con partidarios fanáticos y aun verdaderos espías en el seno de una grandísi-

A quienes censuran al gran patriota por ese rasgo de honradez y.... diplomacia, bien pudiera repetírseles una de aquellas proposiciones quintilianescas:

Q.—Si un individuo viene á mi heredad á cobrarme 1,000 sextercios, y mis esclavos amotinados se los roban, mientras yo en lugar distante me entrego al sueño, ¿qué debo hacer?

R.—Reponerlos; porque los eaclavos eran "cosa propia" "*sua res*," y más que *robo* el de los esclavos, puede llamarse "recuperación violenta." Lo que te entrego con la una mano te lo arrebate con la otra.---Aplíquese la proposición.

ma parte de los hogares mejicanos, destruirlos por el solo poder de las armas, hubiera sido de todo punto imposible. Por eso la "Reforma"—que hicieron y defendieron en los campos de batalla hombres de letras, abogados en su mayor parte—tuvo por fuerza que enconarse, hasta degenerar en barbarie muchas veces. Sí; porque los corifeos del liberalismo, no atacaban solamente á los políticos en el gobierno, ni á los clérigos en el púlpito, ni á los militares en el campo de batalla; sino, lo que era más emocionante todavía, atacaban y desenraizaban el fanatismo del fondo y rincones de los hogares viejos coloniales.

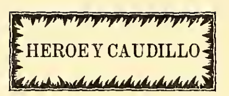
Y por eso, habiendo vencido la Reforma en Calpulálpam, establecido ya el gobierno liberal en capital de la República; electo Presidente, con beneplácito de toda la nación, D. Benito Juárez; y cuando ya parecía extinto, inerme, el partido conservador, no había desaparecido, sin embargo, sino de la superficie; esto es, de los campos de batalla; mas aún alentaba robusto, hasta en la misma Capital de la República.......

Estamos en 1861. Juárez, electo Presidente por una mayoría abrumadora, ha vencido á sus enemigos en el Congreso; enemigos que más tarde (casi en totalidad), lo fueron de la República. Y el hombre que desde Veracruz promulgó decretos civilizadores, leyes viables; el que supo con firmeza desoír las amenazas de las potencias europeas, empeñadas en prestar al país interesados servicios; quien pudo encararse enérgico con el mismo Degollado—genio organizador extraordinario y patriota insigne—cuando le creyó vacilante.........; por último, quien entró triunfante á Méjico, como héroe romano, ceñida su frente con los laureles de la victoria; y una vez en puesto encumbrado, ya Presidente, proclamaba oficialmente la paz, vitoreado del pueblo, ídolo de la Nación....... ¡habíase ajustado la casaca:—SU OBRA SALVADORA IBA A PRINCIPIAR, entrando él, desde luego, con pie firme y apostura correcta, por los salones adamascados de la diplomacia. De allí saldría: ó la Paz definitiva, ó la Guerra *contra tres* de las más grandes potencias del mundo.

Hasta entonces la energía y diplomacia del Presidente y sus Ministros, habían logrado contener las ambiciones de Europa fomentadas por delitos políticos innegables, que si no las justificaban, al menos las daban pábulo. Méjico ofrecía el atractivo morboso de la bancarrota y de las enfermedades incurables. Los desastres sociales encierran no se sabe qué vagas promesas, qué esperanzas mal sanas, que causan en la mayoría de los espectadores más sonrisas inexplicables que sufrimientos reales. Cuando una mansión se incendia, cuando la conflagración invade campos y destruye heredades ¡cuán pocos son los que lloran! El altruismo humano es más oficial que real; tiene más de institución, de teoría, que de fundamento psíquico, de sentimiento.

Inglaterra, Francia y España, tenían, sin duda alguna, motivos de queja contra Méjico y también razones para interesarse en nuestros asuntos; pero, ¿eran desinteresados sus móviles? ¿Eran más desinteresados los europeos que los americanos, ó viceversa? Si el altruismo es un mero ideal, ó una bella irrealidad en los individuos, es una *negacion* en las potencias. Su forma positiva es desconocida, y lo ha sido siempre. *Timeo danaos et dona ferentes:* hay que desconfiar de la generosidad de los pueblos. La Humanidad no es generosa: es una Medea que destroza á sus hijos, ó un Saturno que los devora.




HEROE Y CAUDILLO

CAPITULO XI

Estadistas y Politicos Ilustres.—Responsabilidad de los Grandes Hombres.—Diaz Sale de Tehuantepec. —La Obra del Gobernador.—Progresos Militarescos.—Lo que ya Despuntaba en Diaz.—Sus Enconos.—La Cumbre de San Lorenzo.—Hechos de Armas.—Derrota a su Vencedor.—Reminiscencias.—Ante Oajaca.—Valor y Arrojo.—Toma de la Plaza.—Fuga de Cobos.—Salinas y Diaz. —La Leyenda y los Grandes Hombres.—Honores y Distinciones.—La Fama de Diaz.—Rumbo a Tehuacan.—El Ejercito del Norte.—Calpulalpam.—Los Traidores.

No entraba dentro del campo de esta ojeada retrospectiva al través de las tenebrosidades del período de formación, esto es, al través del primer lapso de laboriosa gestación de nuestra Historia Mejicana, (*) estudiar detalladamente los acontecimientos, ni observar de cerca á todos los corifeos, de ambos partidos, que se hicieron dignos de excepcional alabanza ó vituperio, durante la Guerra de Reforma y los años de preparación que la antecedieron. Apenas hemos citado, si acaso, al ilustre Fray Servando Teresa de Mier, á Gómez Farías, Juan Bautista Morales, J. A. de

Carecemos de Historia Antigua y Media: no *queremos* ser españoles, ni *podemos* ser aztecas ó chichimecas. Los aztecas tienen el mismo pecado que los hispanos: ambos fueron conquistadores aventureros.

la Fuente, Munguía, Alamán, Cárlos M. Bustamante, Luis de la Rosa, Mata, Prieto, Iglesias, Ruiz, Múzquiz, Aguilar y Marocho, Zarco, Guzmán, Cumplido, los Lerdo de Tejada, Arriaga, Ocampo..... ¡Cuántos hombres de valer, hombres extraordinarios, en circunstancias tan calamitosas! Largo sería citar, siquiera los más prominentes estadistas que descollaron en toda la República; en tanto que, en procesión diabólica, se sucedían los más escandalosos é irritantes desórdenes políticos: ¡así las garzas de níveo plumaje, en las costas del Pacífico, se levantan y revolotean sobre las tempestades, cirniéndose sobre nubarrones preñados de llamas y de rayos! Pero estos titanes de la idea, muy lejos estaban de ser inocentes, extraños á los acontecimientos. El proloquio latino lo dice: "MENS AGITAT MOLEM:" el espíritu, la inteligencia mueve la materia. Los intelectos superiores nunca son del todo irresponsables en las grandes transformaciones políticas: su simple coexistencia, implica conspiración ó complicidad. Se es filósofo como Cornuto, ó apóstol como San Pablo. Para descansar de Nerón y de Agripina, el ex-estoico, pero aún admirable y delicado Séneca, murmuraba al oído de la hermosa Julia, sobrina del César, filosofía revolucionaria—vertiendo pensamientos divinos, sobre una cabellera rubia, perfumada de nardo....... Roma caía á la esclavitud; pero Méjico aleteaba entonces por salir de ella. Roma bajaba por una escalera tapizada de púrpura; en tanto que Méjico ascendía por un camino estrecho, cubierto de obstáculos, sembrado de abismos.

Reclama ahora nuestra atención el protagonista de esta obra.

Ya hemos visto su carrera meteórica en Tehuantepec, y le dejamos á raiz de haber sellado con brillante triunfo su segunda rebeldía. La acción de Tehuantepec, contra Manzano, á que en otra parte hicimos referencia, (25 de Noviembre de 1859), le valió el grado de Coronel de Guardia Nacional, con la antigüedad de esta fecha; y lo que es más de estimarse, á nadie causó sorpresa este nuevo ascenso con que se premiaban su actividad, valor, energía y pericia excepcionales. Sin economizar esfuerzos, repuso las

pérdidas habidas en los encuentros y refriegas recientes, organizó nuevas compañías, dando preferencia al contingente de voluntarios juchitecos—bravos y leales á toda prueba. Aprovechó también los reemplazos proporcionados por el vecino Estado de Chiapas, y con un efectivo de 500 hombres marchó rumbo al nordeste.

Después de dos años, aproximadamente, de gobierno *civil* y militar en Tehuantepec, Díaz volvía al teatro de sus primeras hazañas, rebosando sueños y esperanzas. Su brigada, á decir verdad, no era de lo más brillante, pues que la mayor parte de las compañías contaban con gran número de reclutas, sin instrucción militar, y muchos de ellos, señaladamente los reemplazos precitados, sin conocer más que á medias el idioma castellano. En cuanto al pie veterano, componíase del remanente de ixtlecos y de los valientes soldados de Juchitán, que tan buenos servicios llevaban ya prestados á la causa.—Todo esto iba á perderse bien pronto.

Mientras lo referido *(Cap. VII, Lib. II)* acontecía en el Istmo, en el resto del Estado la causa liberal había perdido terreno. A consecuencia de la derrota del Gral. Mejía, en Teotitlán del Camino, el Gobierno se vió obligado á replegarse á la Sierra de Ixtlán, comandando las fuerzas del Estado, como segundo en Jefe, el modesto, aguerrido y audaz Coronel Cristóbal Salinas.

Poco después, tras fatigosa marcha, el ex-Comandante Militar de Tehuantepec trasponía la cumbre de San Lorenzo, á unos cuantos kilómetros de la capital de Oajaca—ocupada á la sazón por las fuerzas de Cobos. Pero antes de hacer referencia á lo que allí sucedió, abramos un paréntesis para preguntarnos: ¿fué tan meritoriosa, en el Itsmo, la obra del Gobernador, como la del soldado?—Fácil nos sería contestar desde luego afirmativamente, si seguir debiéramos en este punto, como lo hicimos en otros, el parecer de sus biógrafos; y nó solamente de los actuales (en quienes la adulación más rastrera, la frase más encomiástica y empalagosa, se explican como frutos del tiempo), sino también el de los que precedieron al triunfo de sus

dos revoluciones. Sin embargo, es falso que ya para entonces tuviera el Gobernador y Comandante Militar de Tehuantepec, bastante desarrolladas las circunvoluciones frontales ó anteriores, que, según Lacassagne, coinciden con el desenvolvimiento de las actividades á que el "progreso, en sus manifestaciones diversas" corresponde en la topografía del cerebro. La inducción—complaciente y todo—nos obliga á creer, que, en la "evolución moral de las sociedades," el Sr. Díaz—el soldado valiente, activo, rebelde, enérgico, ambicioso, incansable, de Tehuantepec—quedaba mejor clasificado, atenta la fisiología de su cerebro, en las *capas occipitales* ó *posteriores*, acerca de las cuales dice lo siguiente el autor antes citado: "el código penal se ha hecho especialmente para las *capas occipitales*." Aunque no está por demás añadir, por vía de correctivo á lo asentado por el fisiólogo francés, que *a esas capas* pertenecieron, nó solamente Ciro, Temístocles y Alejandro—con una legión incontable de ilustres aventureros—sino, en más extenso horizonte, la energía, la vitalidad, los impulsos generosos, las empresas más altas, los actos de más brillo; en una sola frase: ¡la juventud del mundo! No iba, pues, en compañía despreciable, el militar-astro, que muy pronto observaremos radiante en las cumbres de Acultzingo.

Nó; el Comandante Militar nada hizo en Tehuantepec, digno de que se estime como "dato psicológico." Es verdad que antes nos referimos especialmente á biografías de periódico, inspiradas en la pasión política y pergeñadas con desproporción lamentable entre ideas y palabras. No negamos, á buen seguro, que haya contribuido á la apertura de alguna escuela; ó que sembrar hiciera de rosales algún jardincillo, ó "zócalo," de villorrio; ni de que dispusiera serenatas en las plazas públicas; ó que en un "exceso progresista," llegase hasta patrocinar corridas de toros á beneficio de "mejoras materiales." De este "*tipo progresista*," han sido casi siempre nuestros gobernantes militares, y por lo tanto, nada aventurado sería creer, que el Sr. Díaz también apadrinó toreos, abrió alguna escuela y plantó de rosales tal ó cual jardín, plaza, ó *zocalo*; pero ridí-

culo es aseverar, (como lo hacen sus admiradores *a outrance*) que, á más de ser progresivo, se convirtió en sacerdote de la ley, reorganizando los tribunales y perfeccionando la administración de justicia en el Departamento de Tehuantepec.—"Como usted ya lo presumía, (*) tanto la administración de justicia como las mejoras materiales estaban muy desatendidas, pues ni quien se ocupara de eso. El comandante y gobernador se ocupaba nada más de cuestiones de la carrera y de su encargo; y como lo habían dejado abandonado sin fondos pues nunca se los mandaban, los sacaba igualmente de amigos y enemigos. Nadie se los negaba pues *ya para entonces* tenía fama de enconarse mucho con los que le daban algo que sentir" (†)..... Ese fragmento de una carta que conservamos original, (y que por razones obvias no calzamos con la firma de su autor), da una idea bien clara, determinante, de la fisonomía moral del Díaz de 1858-59. No se hace mención de "préstamos forzosos," sino de que "nadie se los negaba." "Abandonado del gobierno," no por eso desmayaba; y si bien descuidó del todo minucias tales como la recta administración de justicia, y las "mejoras materiales," en cambio no descuidaba las "cuestiones de la carrera." Por otra parte, no era para andarse muy á la ligecon el Señor Gobernador, pues que "ya para entonces tenía fama de enconarse mucho," con los que la necedad cometían de poner obstáculos á la realización plena y pacífica de su voluntad dominante.

Algo más se nos dice en la carta precitada; y aun se nos determinan casos concretos que ponen de manifiesto, que, "ya para entonces," los "enconos" del Sr. Díaz solían codearse frecuentemente con la tragedia; mas, nos guardaremos de darlos á la estampa. Mejor táchense nuestros

El autor de esta carta, ex-residente de Tehuántepec, al proporcionarnos lo que dejamos transcrito, añade: "ya sabe Vd. que ahora no se puede hablar ni de lo que se ha visto."---Nosotros nos permitimos cambiar esa última frase por esta otra: "*mucho menos* de lo que se ha visto."

---En esta ocasión, como en otras, respetamos la redacción, ó forma literaria, de cuantos, con patriotismo y desinterés laudables, alivianaron nuestras tareas proporcionándonos valiosos datos. ¡Ojalá no fuese en su perjuicio estampar sus nombres en estas páginas, con el testimonio sincero de nuestra gratitud!"

escritos de incompletos, que de haber sido profanados con el lodo de la difamación irreflexiva. Por desgracia, la historia militar y civil de Díaz no necesita colorearse con dudosas páginas de holocaustos sangrientos.

Volvamos ahora á las Cumbres de San Lorenzo, que al frente de su pequeña brigada iba ya á trasponer el Coronel Díaz.

En el valle—en el VALLE DE MITLA—el enemigo, apercibido á tiempo, impaciente le esperaba—y bien preparado para recibirle con todos los honores de la guerra. En la Memoria del Estado de Oajaca, correspondiente á 1861, se dice que el encuentro "*no se mostro muy favorable*" para el reciente Coronel Díaz; como que se vió nó solamente batido con furia, sino también "abandonado por el grueso de su brigada;" á resultas de lo cual, se vió "sin los elementos de guerra *que se perdieron*," y sin el "grueso de su brigada." Y sin esos "elementos de guerra," "se internó en la sierra *con sus tropas*"—ó como quiera llamarse á lo que le quedó al Coronel después de la refriega.—Pues bien, si es verdad que nadie fué á decir al Sr. Díaz, (cuando se "internó en la Sierra"), que *habia ganado*, como le aconteció en lo del *Aguaje;* en cambio, la Memoria precitada afirma que "la batalla" "no se decidió por ninguno de los puntos combatientes." ¡Cuán pronto comenzaba á ponerse la historia, al servicio del militar de fortuna! ¡Y pensar que ese párrafo absurdo ha sido citado, en serio, por escritores que también de serios presumen!

Esta derrota debió haber afectado mucho el puntillo militar y amor propio del Coronel de Guardia Nacional, pues que era la primera de importancia que había sufrido durante su corta pero brillante carrera. Así es que, á los pocos pasos, le encontramos batiendo á Marcelino Cobos (el mismo que en Mitla le derrotó), en el FORTIN DE LA SOLEDAD, y derrotándolo en turno antes que uñ mes hubiese transcurrido desde su propio descalabro.—Vinieron en seguida dos combates, en que el guerrillero dió buenas muestras de lo que había puesto en práctica para triun far siempre, guerreando contra los patricios; es á saber,

arrojo, furia y seguridad en el éxito del combate; lo que también se llama: "no contar el número de los adversarios." Por orden del Coronel en jefe de la columna, Cristóbal Salinas, marcha al frente de 300 hombres rumbo á la sierra de Tuxtepec, donde se tuvo noticia que se hallaba el enemigo. Llega á punto en que el General Anastasio Trejo, que había atacado la villa con setecientos hombres, se llevaba la palma. En brioso ataque envuelve al enemigo, le obliga á replegarse hacia el oriente de la población, ya desconcertado; logra introducir en sus filas el desorden, merced á lo violento del empuje; y, auxiliado oportunamente por los lugareños que volvían al combate tras de haber abandonado el campo, consumó la derrota completa de Trejo; el cual, sin aventurar esfuerzo para reorganizar su tropa—que desmoralizada se entregaba al enemigo ó bien huía en confusión y diseminándose en todas direcciones—procuró ponerse á salvo, escoltado por algunos soldados y oficiales que le siguieron hasta Oajaca.

El segundo hecho de armas referido, fué el que se verificó en la capital del Estado, el 15 de Agosto de 1860.

Militando bajo las órdenes del Coronel Salinas, Don Porfirio había desplegado su genial bravura, acostumbrada rapidez de movimientos y vigilancia nimia, que hacían recordar los mejores años del Coronel Santa Anna; cuando, joven aún, repleta el alma de nobles ejemplos y su mente de enseñanzas liberales, habíanse en ellas incubado y desenvuelto paralelamente, la costumbre de la lucha y el amor á las instituciones democráticas—las cuales se presentában á su imaginación con el ropaje atractivo de la novedad. —Cuéntase que una tarde (1823-27) Santa Anna ocurrió accidentalmente á un corrillo, que entre seis y siete solían formar en una de las alacenas que se hallaba en el Portal de Mercaderes, contigua á lo que después fué Café del Cazador, varios personajes ilustres de principios del pasado siglo. Allí Don Servando, (el P. Mier), daba rienda suelta á su verbosidad salada y diserta; Don Francisco de Arrillaga, discutía sobre finanzas y temas sacados de la Revolución Francesa; en tanto que Gómez Farías se con-

tentaba con oír y gesticular, contrastando su actitud con la indiferente de D. Miguel Dominguez. (*) Santa Anna, glorificado con el triunfo del Plan de Casa Mata, no anduvo reacio en expresar su opinión sobre las más arduas cuestiones de política militante, mostrándose abogado entusiasta y doctrinado de la república federalista.—En tanto que el ensoberbecido y joven Brigadier se escuchaba á sí mismo con deleite, bien convencido de que estaba causando sensación profunda en su aditorio, el ilustre Padre Mier guardó silencio; pero tan luego como se retiró, apostrofó así á Gómez Farías, mitad en serio, mitad burlando: "Cuando le dé otra lección para que se aprenda de memoria, enséñele que "*democracia*" y "*demagogia,*" aunque suenen casi lo mismo, no son una misma cosa." (†) Lo cual prueba lo descaminado que iba, respecto á lo que sería andando el tiempo el militar apasionado de la república federalista, uno de los ingenios más perspicaces de su época. Pues cosa es bien sabida, que en la misma culta Europa Fray Servando Teresa de Mier, mereció las alabanzas de Chateaubriand, Volney y Humbodlt; haciendo punto omiso de los encomios que se prodigaron á su elocuencia y sabiduría, por otros muchos prominentes ingenios. La PROFESIA DEL P. MIER, durará tanto como la misma Historia Mejicana, perdurando uno de nuestros más grandes desaciertos, que origen fué de innúmeras calamidades.

Omitimos los nombres de personas menos prominentes y que pasaron sin dejar huella profunda en nuestra historia, tales como D. Nicolás del Moral---de igual nombre, quizás el mismo, que en Abril de 1821 se pronunció en el Saltillo por el Plan de Iguala.---Se nos dice que actualmente residen en la Capital de la República, varios desendientes de este personaje histórico, olvidado casi por completo de cuantos han escrito la historia general de Méjico. Hasta en Coahuila y Nuevo León su fama no traspasa el reservado de los eruditos.

---Escuchamos narrar esta anécdota al ilnstre Doctor Don José Eleuterio González quien la ponía en boca del Doctor Don Manuel Peredo. El sabio bibliógrafo Don José M. de Agreda, cuando éramos empleados ambos de la Biblioteca Nacional de Méjico, nos la confirmó en casi todos sus detalles. Con todo, no consta en la "APOLOGIA DEL P. MIER que en Monterrey publicó el Dr. González, acompañada de ampliaciones eruditas é interesantes. Tampoco hemos tenido oportunidad de consultar este punto con el Dr. Juan de Dios Treviño ó Lic. Hermenegildo Dávila, que son, sin duda, quienes mayor caudal intelectual heredaron del gran filántropo y sapientísimo fundador de la "ESCUELA DE MEDICINA" de Monterrey---suprimida por un úkase del General de División Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León y segundo jefe del partido militarista en la República

El Coronel Salinas, y el de igual grado Porfirio Díaz, que militaba bajo su mando preparábanse á asaltar la plaza de Oajaca. El centro de operaciones, esto es, de reclutamiento, instrucción militar y aprovisionamiento de pertrechos de guerra, encontrábase á dos jornadas escasas de la capital, la cual se hallaba guarnecida por las tropas de Cobos, en número de 2,000 hombres de las tres armas. La columna liberal constaba de 700 plazas, con dos obuses de montaña y sin una sola pieza de batalla. La aproximación á la ciudad se verificó en jornadas cortas y tomando toda clase de precauciones para no ser sorprendidos. El 3 de Agosto los liberales se hallaban á ocho millas de Oajaca, ocupando las haciendas de Dolores y San Luis, y cuantos puntos estratégicos fué posible cubrir con tan escaso efectivo. El cabecilla reaccionario no esperó el asalto, sino que, anticipándolo, formó sus tropas en batalla frente á los liberales, ofreciendo una extensa línea con sus 2,000 hombres y situando su respetable artillería—6 pies de montaña y seis de batalla—en puntos convenientes. Los liberales de Salinas fueron los primeros en romper el fuego, y á los pocos minutos se generalizó el combate. Notando el Coronel mencionado, que el fuego de la artillería enemiga se rectificaba, causando considerables bajas en sus filas, tomó providencias para capturarla; pero nó buscando cooperación en la artillería propia, sino ordenando una carga directa de caballería, al descubierto y casi sin protección alguna, sobre el centro y lugares artillados. Táctica primitiva, si se quiere, pero muy *revolucionaria.* La artillería fué atacada con tal ímpetu y denuedo, que casi se logró el objeto; esto es, á punto estuvo de ser capturada, viéndose obligado el enemigo á retromoverla á toda prisa á los resguardos de la ciudad. Desde este momento, el ataque fué aún más brusco, *rabioso*, puede decirse. Tanto la brigada de Salinas como la de Díaz, ceñían al enemigo de cerca, constriñéndolo á retroceder más y más hacia la población. Y á la retirada, sólo precedieron el desorden y el pánico algunos minutos. La toma de la ciudad no ofreció serios obstáculos, y á tiempo que Salinas cubría la parte

norte, limpiándola de enemigos, el Coronel Diaz se adueñaba del Palacio de Gobierno, habiendo tomado posesión sus tropas de la Plaza de Armas. Casi ya sin combatir, las fuerzas conservadoras restantes, que pudieron replegarse en grupos, se amurallaron en los cuarteles del Carmen y Santo Domingo, que solo se hallaban separados por una calle, é hicieron allí una resistencia heroica. Mas, comprendiendo Cobos lo inútil de tal resistencia y que en breve se hallaría completamente rodeado, abrió las tapias del convento de Santo Domingo y á la media noche se evadió sin ser molestado, con las tropas qne le quedaban, y se internó en la Sierra.

Poco después fué alcanzado y derrotado por el Coronel Felix Díaz, que le perseguía camino á Tehuacán, en el punto denominado Las Sedas.

En el asalto y toma de Oajaca recibió otra herida (en una pierna) Don Porfirio; y esta, ligera y todo, le fué casi tan propicia—en más baja escala—como á Santa Anna el cañonazo del Muelle de Veracruz—que le hizo cojo y célebre.

Desde este momento le llueven honores. Su nombre suena más alto que el mismo del Coronel en jefe Cristóbal Salinas; y quizás por primera vez en nuestra historia revolucionaria se da el caso, de que un subalterno recoja, sin méritos especiales—por mero *instinto* ó simpatía—todos los loores del triunfo. Los biógrafos del Sr. Díaz, con unanimidad plausible, casi hacen caso omiso del Coronel Salinas (á cuyas órdenes militaba Don Porfirio), para economizar todos los elogios y brindárselos á éste. La adulación suele tener un olfato tan delicado, al menos, como el de los perros de presa.

En recompensa á su participación efectiva en el hecho de armas narrado á la ligera, Díaz fué nombrado Jefe de la Plaza, y á vuelta de pocas fojas recibió del Presidente Juárez, el nombramiento de Coronel del Ejército Permanente.

Ya para esta época no se pensaba en que un militar de aptitudes tan sorprendentes—ó al menos relevantes—como las que adornaban al héroe del Itsmo, debiera per-

der el tiempo gastando sus actividades en una guerra menuda. Ya era cosa sabida, que quien ni en el AGUAJE, ni en MITLA pudo perder—sino que meramente se retiró con premura del campo y descuidando llevarse consigo hombres y armas—era punto menos que invencible. Díaz, á semejanza de Santa Anna en sus aventuras de guerrillero, principiaba á formar leyenda.—Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿hubiera habido en el mundo un solo héroe sin leyenda? ¿Qué hubiera sido, sin ella, de Ciro, Alejandro, Cesar y Bonaparte? ¿Deberemos censurar que la imaginación compasiva suavice un tanto los trazos toscos del guerrero de fortuna? Imaginaos á Cesar, no pasando el Rubicón ó diciendo aquello de "*Cesarem veis*," sino al soldadón crapuloso que nos describe Catulo, derrochando "todos los tesoros de la Galia Transalpina con el impúdico Mamurra," y ¿qué queda? Suponeos á Alejandro, no unciendo reyes á su carro triunfal, ó estudiando la anatomía del caballo con Aristótoles, sino ebrio consuetudinario y constantemente enfermo por sus desórdenes, y ¿dónde está el encanto? No penseis en Napoleón midiendo su rechoncha estatura con la de las pirámides egipcias, ni cegando, como trigo maduro, las hirsutas cabezas de los feroces mamelucos, sino al *hombre* de Santa Elena, ya bien entrado en años, enfermizo, deteriorado, y haciéndole el amor á la hija del guarda-bosque, (deliciosa chiquilla de quince años), y ¿qué resta de él? ¿Qué fué del épico guerrero de Wagram y Jena, en titánica lucha contra la Europa entera coaligada?—La leyenda, para los grandes hombres, es como la tela vaporosa que idealiza las perfecciones femeniles. La imaginación es siempre generosa, y otorga más de lo que encuentra la mera observación desapasionada y fría del anatómico ó del historiador filósofo.

Se pensó, después de la toma de Oajaca, en cambiar el campo de operaciones del Coronel Díaz; y si no se pensó deliberadamente en ello—á tiempo de nombrarle Mayor de Ordenes de la Brigada del General Salinas—es innegable que ya para aquella época su reputación guerrera traspasando los linderos de la tierra natal, había princi-

piado á nacionalizarse. En el Ministerio de Juárez, todos, sin excepción, le apreciaban singularmente. Unido á su nombre, iba cierto dejo exótico, que es en los hombres predestinados lo que el perfume acre de la flor salvaje: aunque esta procure ocultarse tras las rocas ó entre el césped, con su olor denuncia donde se halla. Los hombres como Díaz y Santa Anna, no están ocultos nunca, ni en ninguna parte. Se les aprecia, se les desprecia, se les odia, se les teme; se les censura ó admira, de continuo ó alternativamente; pero jamás pueden sernos indiferentes. El secreto de sus éxitos, estriba en estar siempre en acecho de las ocasiones favorables; y, sobre todo, en *verlas venir* y atraparlas con pulso firme y brazo de hierro.

Nó, no es solamente "audacia, audacia y más audacia," como creía Dantón, lo indispensable para sacarse la palma en política; más que tener audacia, precisa poseer el secreto de *saber disimularla.* La flor campestre, á que antes aludimos, se huele, se siente; pero pasamos á su lado sin preocuparnos por ella: por eso medra robusta y muere en su tallo, y nó en el busto inquieto de núbil doncella.

Díaz iba llegando al centro de la República, como atraído por fuerza superior. Iba con Salinas. Después se reunió con el defensor de Monterrey (durante la Invasión Americana), D. Pedro Ampudia, y formando parte de la división de éste, llegó hasta el Estado de Puebla.

A la sazón, en el fondo sombrío de aquel momento histórico, íbanse delineando acontecimientos memorables.

Miramón había terminado, favorablemente para él, sus reyertas con Zuloaga. A la luz de sus principios, él era el Presidente de la República. Y no se creía un ápice menos legal, ni con peores derechos para ocupar el puesto, que el Apóstol de la Reforma. Con esta fe, *y exito*, la moral política de las naciones hace del norte sur, y viceversa. Pero, ni el genio, ni el carácter, ni la moral política de Miramón se avenían con las triquiñuelas y delicadezas de la "máquina administrativa." Las palabras "PODER," "PODERES," ningún sentido tenían para él: le sonaban, nada más, como una "frase bien principiada" pero incompleta; es á

saber: "*poder*........ (completándola), disponerlo todo á su antojo, conforme á sus necesidades ó capricho, y sin cortapisa alguna." Hubiera hecho un soberbio bandolero feudal, de *asalto* y *cuchillo;* un M. de Vlaye, como el de la "*Abadesa*" de Weyman.

Miramón había dejado la Capital, disgustado por los reveses que habían experimentado las fuerzas conservadoras, en varios Estados del Interior. Llega á Toluca y sorprende la división del General Berriozábal, que allí se encontraba en observación del enemigo. Retrocede en seguida y se dirige hacia el nordeste, al frente de 8,000 hombres de las tres armas y 30 piezas de artillería.

Bajaba, entretanto, del Norte, un numeroso ejército, al mando del ilustre General fronterizo D. Jesús González Ortega, formado por más de 11,000 soldados de las tres armas. Su artillería constaba de 44 piezas.

El General Ampudia debería reunírseles con su brigada en algún punto á inmediaciones de Tehuacán, y con tal motivo se internaba por el Estado de Puebla, en tanto que el Ejército del Norte llegaba al Distrito de Pachuca. Sale Miramón á su encuentro, permitiendo á las tropas de Ampudia coparle por la retaguardia, y ocupar fortuitamente una posición tan ventajosa como estratégica. El choque de las fuerzas de Miramón con las del Caudillo del norte, efectuóse en San Miguel Calpulálpam. Fueron suficientes dos horas, para que la victoria derramara sus coronas de laurel sobre las armas liberales. No fué aquello una derrota, fué una batida en toda forma; no se perdió una batalla, se perdió una causa; no era la humillación de la destrucción completo por un ejército aguerrido; era la significación de una victoria que iba á transformar una causa. Del ensangrentado campo de Calpulálpam se levantó un alarido que penetraría por todos los resquicios de la Historia Mejicana. Era la decepción, la desesperación, la ira implacable de la hiena herida y moribunda, la que lo lanzaba. Se erguía, sin embargo; vivía aún, y sus estertores—sus estertores agónicos—serían terribles. En el catálogo de las iniquidades, faltaban páginas todavía que repasar. La Re-

forma triunfaba en Calpulálpam, la Reacción Conservadora perecía en Calpulálpan; pero allí, de aquellas arenas calcinadas y humeantes, iba á levantarse una furia, de allí iba á levantarse la *Deshonra*—llámese PARTIDO, si se quiere—de allí iban á salir los TRAIDORES A LA PATRIA.—¡Traidores que años y años después, perdonaría y elevaría á prominentes puestos un Dictador de la República!.......

Don Porfirio Díaz, como antes asentamos, formaba parte de la división del General Ampudia, la cual no llegó á tiempo más que para hacer numerosos prisioneros, entre los que, derrotados en Calpulálpam, se dirigían hacia la Capital á la desbandada.

Casi no se comprende cómo la fortuna, mimosa y enamorada del apuesto y valiente jefe oajaqueño, le había esquivado esa ocasión tan propicia para ilustrar de una vez su nombre en una batalla de histórica trascendencia. Pero tuvo por fuerza que contentarse con las mihajas del opíparo banquete. Los buitres se adueñaron de los cadáveres, y él de los dispersos. Pero, andando el tiempo, ya se calmaría su sed de emociones rojas; aunque nó como la cabeza de Ciro, en manos de la cruel Tomyres—según lo narra Herodoto en el Libro I (§ CCXIV) de su Historia—sino en famosos combates y fastuosas hecatombes.

Había divisado ya la tierra prometida.—*¡La Capital de Mejico!* tierra clásica de la grandeza nahoa, cuna de Emperadores, asiento de los Virreyes, emporio de luz, fermento de ambiciones nobles y ruines; teatro brillante, lleno de luz, de aurora y matices, donde la discordia, el dolo y la conspiración ocultábanse entre el bullicio y algazara de esperanzas nacientes. Todo eso estaba allí, tras los volcanes, más allá de los lagos, casi reclinándose en una colina de añosos árboles y bañando los pies en las cristalinas aguas del Texcoco. ¡Actitud soñadora é indolente!—¡Ah, cuántas potencias, como tú, sólo despertaron de la embriaguez de un falso brillo, para encontrarse violadas; y lo que creyeron sueño reparador, ó ensueño erótico, tornóse bien pronto en horrible pesadilla, en realidad aun más desesperante!—*Ella* le recibiría un día, HEROE é inmaculado, al sacudir

un yugo impuesto por la traición de sus propios hijos; y otra vez le recibiría, CAUDILLO vencedor, como las meretrices que desnudas ofrecíanse á los conquistadores antiguos en las puertas de las ciudades, que sus guerreros habían abandonado desertando los muros y máquinas de guerra. —Primero la traición, luego la cobardía; primero Márquez, luego Lerdo de Tejada.

Entretanto, como á Temístocles las victorias de Milciades, no dejaban de perturbarle el sueño las victorias de González Ortega y otros caudillos de la Reforma, que aún le distanciaban con mucho en la carrera de los grandes méritos y de los grandes honores.



CAPITULO XII

Diaz Vuelve a Oajaca.—Una Noticia Extraordinaria.—Premio Dislocado.—El Gran Apostol y las Revoluciones.—Guerras Religiosas.—Herencia de los Siglos.—La Fiera Resucita.—Fusilamientos de Ocampo y Degollado.—Ponese Fuera de la Ley los Asesinos.—Diaz Diputado.—La Ciudad de los Palacios.—Ojeada Retrospectiva.—El Pelo de la Dehesa.—Deja la Camara de Diputados. El Soldado en Accion.—El Heroe Reaparece.

Cuando Díaz volvió á Oajaca en Enero de 1861, al mando de su batallón, se encontró con una nueva tan agradable cuanto increible, y que en realidad hubiera sido una "noticia nueva," y en extremo agradable para él—una sorpresa real con derecho á albricias—si, en efecto, la nueva lo hubiera sido para el Coronel Díaz. Pero no es de suponerse; pues estas cosas se saben siempre de antemano en nuestro país, donde no hay Cincinnatos, ni Wambas, ni material humano de qué hacerles, aunque ocurran á largas distancias.

Ya nos suponemos que el lector cándido se figura, que la Ciudad de Juárez y de Díaz Ordaz (*) había preparado

Este ilustre abogado y gobernador de Oajaca, pereció en la batalla de SANTO DOMINGO DEL VALLE y fué substituído en el mando por el Coronel segundo en jefe D. Cristóbal Salinas. Más tarde el Estado le declaró benemérito: fué un benemérito de la Patria.

arcos triunfales, templetes, fuegos de artificio, iluminación y poetas, para celebrar al que "*ritornava vincitore*" á los patrios lares; y si nó vencedor, precisamente, con el mérito, al menos, de haber cogido á algunos de los desbandados de Calpulálpam. O quizás se imagine, que se le obsequió con yelmo y coraza conmemorativas, ó con alguna reliquia del Cid, ó con espada flamígera de toledano temple y de perlas y rubíes guarnecida, ó con un ejemplar de la Iliada ó de la Araucana, impreso en "vellum japonés;" nó, nada de eso: el Estado de Oajaca premiaba los méritos militares de Díaz, haciéndole *diputado* al Congreso de la Unión. Porque, entre nosotros, cosa es ya antigua que los militares sirven para todo; menos para reducir sus ambiciones al eficaz lleno de sus deberes marciales. Es fácil figurarnos á Ovidio con el haz y el hacha de los decemviros debajo del sitial, y ejerciendo el magisterio con gravedad cómica; pero fingirnos á Sila, Mario, Marco Antonio ó Lépido, fraguando leyes para la "salud del pueblo," en vez de edictos dictatoriales y listas de proscripción (poniendo fuera de la ley á sus enemigos políticos), es confundir papeles. Los militares no hacen leyes; dan forma legal á sus caprichos y leyes los llaman: al templo de Temis no se entra con armadura. Bien pudieron Justiniano y Napoleón dar su nombre á recopilaciones ó códigos civiles, y aun divertirse forjando leyes sabias á su antojo—así como el cruel y sombrío Luis XI divertíase estudiando y haciendo funcionar juguetes de ingenioso mecanismo—(*) eso lo atentaron cuando, ya en el poder sumo, tuvieron el derecho de hacer lo que *hacer* no debían, sino "dejar hacer" á los más aptos. Y en tal virtud, preciso es recorrer la historia de las civilizaciones embrionarias, para encontrarnos con esas transformaciones extrañas de militares en legisladores civiles. Un civil, un abogado (como los de la Reforma), esgrimiendo acero, cosa es corriente; porque se trata de aptitudes correspondientes á la porción más *ignoble* de nuestro espíritu, á la porción animal, brutal. No hace falta ta-

Dícese que, entre otros, poseía un *automovil*, más eficaz y menos pelígroso que los actuales.

lento, ni buena fe, ni honradez, ni siquiera patriotismo para matar; como no les fueron necesarios á Tamerlán, ni á Atila, ni á Alarico; mas, para *hacer leyes*—oficio de la parte más noble, más refinada, más sutil de nuestro sér moral—precisan aptitudes adquiridas, que no se encuentran entre los matorrales ensangrentados de los campos de batalla. Las aptitudes del *destructor*, no pueden ser las mismas que las del *regulador* de las sociedades: son facultades excluyentes, que no pueden caminar apareadas. Un labrador *puede* hacer buenas leyes, y también un simple obrero; ambos tienen el *instinto* de aprovechar las *leyes creadoras* de la naturaleza ó de la mecánica—así sea en sus manifestaciones más rudimentarias—pero, los que han pasado sus años junto á la plancha de un degolladero, ante "la púrpura de la sangre," sólo sirven para terminar "ciñéndose la corona de los héroes," ó haciendo funcionar el tajo de una guillotina, de lo cual ejemplos abundan. (*)

Todas estas consideraciones, sin embargo, no destruirán el hecho de que el Coronel Díaz fué electo diputado al Congreso de la Unión, por un voto respetable.

A este hombre deberían ocurrirle cosas extraordinarias durante el curso de su gloriosa existencia. Corriendo los años—sí—tras de cuatro, casi cinco décadas, una Universidad del extranjero debería sorprenderle un día—*¡obstupui super hoc!*—con un título, *en latin*, de DOCTOR EN LEYES! Mejor dicho, DOCTOR EN AMBOS DERECHOS—(Utriusque Juris Doctorem anuntiavimus (†) et constituimus *libenter* (¡liberrimus!), ei concedentes *omnia jura*, privilegia atque honores ad istum tam honorabilem gradum ubique quæ pertineant). Lo que vale decir, que al señor Díaz se le concede el título de abogado americano (con aquello del *jura*, que se le olvidó traducir al docto traductor oficial), para que le valga en cualquier parte del territorio americano,

Las aptitudes adquiridas se conservan. Un cocinero, en vacaciones, se lució ante los amotinados del 13 y 14 de Julio de 1789, en Francia, cortándole la cabeza á M, de Launay, gobernador de la Bastille, "con un cuchillito de cocina de mango negro," con la misma tranquilidad y pericia conque hubiera podido descabezar un pavo,

---El impreso que tenemos á la vista dice "Anunciavimos" (?)

con todos los honores y privilegios anexos. (*) Pero si bien el ya General, Presidente y Dictador de Méjico, pudo soportar la andanada latinesca de la *Universitatis Pennsylvaniensis* y permanecer quieto, no le aconteció lo mismo (por mucho tiempo) cuando su elevación al puesto de padre conscripto, como veremos en seguida.

El establecimiento del Gobierno liberal en la capital de la República, y la elevación del gran apóstol de la Reforma á la magistratura suprema, por virtud "de la más libre de cuantas elecciones se habían verificado hasta entonces," no significaban—ni podían significar—el fin de la lucha. Para lograrse esto, hubiera sido indispensable el aniquilamiento del partido conservador, y en éste había un elemento imposible de matar, de destruir del todo. Era sin duda alguna, susceptible de transformación, de alteraciones en la forma, pero nó radicales: los partidos político-religiosos, se debilitan, agonizan, desaparecen: nunca mueren. Al través de las teogonías de los siglos más remotos, la perspicaz inquisición del sabio, ve deslizarse los fantasmas de nuestras religiones modernas. Los terrores y ensueños védicos de felicidad y tortura, no solamente se esparcieron (y aún se encuentran) entre los Oceano-Polinesios y los Battas de Sumatra, sino que templaron los ritmos guerreros del Valevala fínico, y se esparcieron luego, con los indo-europeos, como una oleada cristalina cubierta á veces por nublazones caliginosas y llamaradas rojizas, por las naciones bárbaras de la Europa pre-histórica; y en aquel lejano horizonte, ya se destacaba la "imágen del eterno Brahma," de que hablaba Manou, y del cual era el "Varón Divino Viradj," su imagen y Mesías sobre la tierra. Y ya la Humanidad de entonces, en el seno de los frondosos bosques primitivos, aún bañados con el aliento de la Creación, nó solamente elevaba preces reverentes á Naraya—"espíritu divino flotando sobre las aguas"—(*)

No ignoramos el amplio uso que se hace de estos diplomas jurídicos. Suelen aplicarse con tanto discernimiento como las cruces de la "Legión de Honor" en Francia, las de Carlos III ó Isabel la Católica en España, ó el título de "Cavallieri" en Italia.---¡Ocios pueriles de eruditos y poderosos!

---Eso significa en sanscrito, traducida la palabra ideológicamente. Quizás devierá decirse Naurayá, del sanscrito *nau*, navegar, vogar ó ir ligero.

sino que había ya recogido de las divinizaciones indus la más poética de todas: la *adoracion de la mujer*, el principio fecundo, (bárbaramente restringido para idealizarlo), y reverente se postraba ante la Virgen Inmortal, la *Virgen Nary*, que fué más tarde la virgen fecunda *Luonnatar*, y también Afrodita-Aniodomena—que de un huevo de oro brotó en el seno de los mares, trayendo en sus curvas olímpicas la Belleza Inmortal, la Salud y Dicha del Mundo. El Cristianismo, que heredó su teogonía de los poemas Indus, hizo santos de los dioses y á las lupercales les llamó Carnaval: los ídolos de Juliano habíanse escapado por entre los pliegues del palium de Constantino. Los dioses enterrados habían dado cosecha. El politeismo se transformaba, no moría. Las religiones no mueren: no mueren las guerras en que luchan principios religiosos; y en este sentido, el triunfo de la Reforma en Méjico—por cuanto atacaba *formas antiguas*—tenía por su propia naturaleza que ser incompleto y deficiente. ¡Qué ceguedad la de quienes digeron en són de amarga censura, que la sangre derramada había sido estéril, porque veían replegarse y ocultarse á los vencidos en el campo de batalla en el seno de su hogares, y salir de allí luego con sed de sangre y alientos de odio y de venganza!—Las cóleras divinas son eternas; aun falsificadas por los hombres.

El triunfo de la Reforma era un golpe diestro, atlético, á la costra que lo divino había echado en nuestro suelo; sin pretensiones de herir á éste. Ni siquiera *lo humano* del partido eclesiástico, se pretendía *destruir*; sino transformar, cambiarle de asiento, despegarle de nuestras instituciones civiles, como ya lo había sido en países más avanzados que el nuestro. Así es que la guerra y los horrores continuaron después de Calpulálpam, sin que por ello se amengüe en lo más insignificante el brillo de esta victoria insigne.

Miramón habíase marchado á Europa, con motivo del triunfo de la causa liberal; pero el resto de la jauría sagrada permanecía en territorio de la República.

Ya para esta época, la gloria dudosa de Miramón prin-

cipiaba á ser opacada, ó al menos deslustrada, por el rojizo brillo, sanguinolento, que tras de sí iba dejando un militar del bando reaccionario:—alma tenebrosa, más que mediana inteligencia, no escasa pericia militar, mucho arrojo, mucho celo por su causa, y saturado de esa mezcla de religión y odio salvaje, que responsable ha sido de los más crueles, más fríamente crueles, actos de barbarie, con que se ha manchado la historia del hombre sobre la tierra.

Ya se habrá comprendido que nos referimos á D. Leonardo Márquez, á quien vimos, después de la INVASION, trayendo á cuestas á Santa Anna: *Su Alteza* en ciernes; y en TACUBAYA le vimos, más tarde, con las fauces abiertas, la pupila inyectada, babeando sangre.......

Márquez, Cobos, Mejía, Buitrón y otras fieras humanas—con más un anti-Papa de tragi-comedia, Zuloaga, recientemente desenredado de las espuelas de Miramón—habían inaugurado una era de terror, de vergüenza, en nuestros anales revolucionarios.

El gran repúblico, el sabio, el bueno, el "santo de la Reforma," D. Melchor Ocampo, había sido aprehendido—inerme, retirado de la política—en su hacienda de Pomoca; y tras de ser maltratado, llevado á pie, insultado vilmente por una horda de descamisados de crucifijo, fué inmolado frente á la hacienda de Jaltengo, por órden de Márquez y Zuloaga. Poco después, cae otra cabeza ilustre: el sacrificado fué entonces, aquel derrotado crónico, que, poseyendo la perseverante laboriosidad de la araña en fabricar sus telas, apenas si le destrozaban un ejército, y ya tenía otro en manos, improvisado, pero listo para obturar el paso al enemigo, disputándoselo con singular denuedo,—denuedo que explica lo completo de sus frecuentes derrotas.

Don Santos Degollado, fué uno de los caracteres más bellos, el más simpático, quizás, de cuantos descollaron en la Guerra de Reforma; si bien nó de los más grandes. Fe en la causa, valor inquebrantable, constancia en la brega, firmeza en la adversidad, entusiasmo contagioso — llevado á las veces hasta el atolondramiento y la irreflexión,—tales fueron, en resumen, sus rasgos geniales más prominentes.

Si el fusilamiento de Ocampo había causado indignación nacional, el de Degollado produjo dolor, enternecimiento. La muerte de Ocampo hería á la patria en el cerebro, producía angustia y horror; la de Degollado excitaba fibras más delicadas, movía á compasión: diríase que la Reforma había perdido en él á un miembro queridísimo *de su familia.* Ni en uno ni en otro caso se lamentaba la pérdida de un héroe, propiamente dicho; pero, con Ocampo, la causa triunfante perdía una porción considerable de lo que de intelectual había en ella; con Degollado perdía fe, un apóstol genial cuyo corazón valía más que su espada, y cuya fortaleza era superior á las más grandes adversidades. Se comprende, pues, el valor intelectual y el valor moral de estas dos víctimas del clericalismo, y á nadie debe causar extrañeza que el gobierno de Juárez hubiera puesto á precio las cabezas de los asesinos.

Si el Gobierno liberal era legítimo, (lo que nadie disputa), quienes cometieron aquellos actos de barbarie hiriendo ferozmente á la patria, al cercenar las cabezas de dos de sus hijos predilectos, se ponían por el mismo hecho fuera de la protección de sus leyes, fuera del alcance de su misericordia; y el Gobierno tenía buen derecho para proscribirlos sin consideración alguna.—A precio fué puesta la cabeza de Aguinaldo, en Filipinas, que luchaba por la independencia de su patria; y si Funston no le mató, fué simplemente porque nó convenía así á *sus intereses* pecuniarios, *question d'argent.* (*)

En cuanto á ofrecer premios por cabezas de bandidos, so pretexto de capturarles (*a balazos*), no hay un solo año que no se ponga en práctica muchas veces, en esta civilizada nación—Estados Unidos—aun por *meras corporaciones*, como las ferrocarrileras. Lo que aquí llaman "POSSE," es una simple *caceria* de criminales presuntos, por *ciudadanos* tornados en polizontes de afición. Se llevan perros,

A nadie se le ha ocurrido censurar al Gobierno americano ni á Fuston en esta nación, por el medio que emplearon, con éxito, para abreviar la guerra. Y, sin embargo, ¡cuánto mas explicable, cuánto más noble fué la indignación terrible, desbordante del gran Juárez!

lunch, etc., á tales cacerías, y, al avistar la presa, se la dispara sin andarse con remilgos (á menos que no se la dé oportunidad para rendirse); y una vez fusilado el perseguido, se cobra la prima, y satisfecha queda la vindicta pública. Si no temiéramos que citar casos concretos se tildadese de redundante, por ser esta justicia expeditiva tan sabida y notoria en el mundo como los asesinatos políticos de las Acordadas en el Méjico actual, fácil nos sería acumular ejemplos edificantes en comprobación de lo expuesto. (*)

Una vez más lo repetimos, nó somos historiadores, nó narramos la historia moderna mejicana, y por consiguiente, á nadie deberá parecerle extraño, que solamente hagamos hincapié en algunas de sus páginas y comentemos sólo determinados sucesos. Profundícese nuestro intento, y se explicarán sin dificultad las deficiencias, aparentes, en la "mecánica," ó "arte" de nuestra obra.

Los biógrafos galantes del Dictador de Méjico, olvidaron huronear en las rancias crónicas de la ciudad de los virreyes, para decirnos algo, digno de ser aprovechado por el psicólogo en estudios como el presente, acerca de su *primer llegada* á la capital de Méjico, investido con el alto carácter de Padre de la Patria. Detalles de esta naturaleza nunca los pasaron por alto biógrafos de verdad, aun tratándose de *meros sabios* tan poco afectos á aventuras como Kant y Shopenhauer, cuyas existencias recorrieron el círculo de la vida como las manecillas de un reloj.—De Aristóteles, por ejemplo, sabemos mucho referente á su primer arribo á la metrópoli de la Grecia. Nos basta cerrar los ojos, para transportarnos al año 367 antes de la era cristiana. Una casa de fachada plomiza, vastos corredores y frondoso jardín sembrado de naranjos, granados, y de vides, es la Academia. Aquél aristócrata, alto, continente

Un ejemplo *de actualidad* sirva pára reforzar nuestro dicho. En los momentos que esto escribimos se ofrecen $200.00 por cada uno de los asesinos del Màriscal Thornton, en Toledo, Ohio. El *pudor sajon*, no admite que se diga "*vivo o muerto;*" pero podemos citàr cuantos casos (en nûmero) se nos pidan, para probar que ni siquiera excita el más insignificante comentario reprobatorio, cuando una "posse" FUSILA á los perseguidos. Todo lo contrario, se describe la hazaña con encomio. ¡Si esos fueran todos nuestros grandes crímenes políticos!---Recuérdese el *27 de Junio de 1877!.....*

distinguido, de unos 60 años de edad, que viste sin afectación brillante túnica de púrpura de Tiro, es Platón. A su lado caminan por los corredores, jóvenes elegantes que con atención le escuchan; son hijos de reyes, de los poderosos del mundo pre-cristiano, que han venido de tierras lejanas á escuchar del discípulo de Sócrates la filosofía divina del Maestro. Entre estos jóvenes hay uno que destaca; estirado y flexible, inclina el cuerpo ligeramente hacia adelante; hermoso, pero de aspecto zahareño. En el brazo derecho, y partiendo del hombro, una piel de oso cae y mal encubre un cuerpo casi desnudo, cuyas asperezas denuncian la intemperie, las mordidas de los vientos en el cutis broncíneo y el contacto con los riscos afilados de las crestas de las montañas. Bajo el brazo derecho lleva un rollo semi-oculto, *algo* envuelto en tosca piel de cabra.—Ese joven, es un rústico, un cabrero de las montañas de Macedonia, que apenas si osa mirar al maestro de frente, y rehusa, casi con miedo, aproximarse al corrillo en que seda y perfumes, púrpura y afeites, realzan á la juventud dorada de la hermosa Athene; pero ¿su actitud es humilde, por ventura? ¿Se conceptúa indigno de aquél cenáculo y corte de Minerva?—Nó; que ha conseguido ya atraerse la admiración de todos. Aún no cuenta dieciocho años, y ya Platón le admira: admira ahora al adolescente Aristo, con simpatía profunda; como antes había admirado y querido, con reverencia filial, al descalzo del Agora, al marido haraposo de Xantipa, al divino Sócrates.—A pesar de lo cual, Aristóteles se sentía mal en Atenas y suspiraba por sus montañas: ¡por las cabras silvestres de las montañas macedónicas!......

Recuérdese que Díaz, niño aún, hijo de un ventero, pobre y huérfano, tuvo que lidiar en el barrio, pasando por todas esas peripecias que se desarrollan en torno á la olla, en un hogar escaso de combustible. También allí hay sonrisas, esparcimientos, alegría quizás; pero con más frecuencia, angustias, lágrimas, previsiones amargas, sufrimientos que no traspasan el dintel, que desaparecen en la calle. No se puede haber carecido de pan en la infancia y

llegar á ser aristócrata; porque la adversidad, cuando nos recibe en la cuna, nos inicia en esferas más altas que las del carnaval mundano. El aristócrata nace, como el poeta; y el que se hace, se hace mal, es un artículo chillón y falsificado.

Las primeras campañas de D. Porfirio fueron en la Sierra, visitando sólo poblachos y rancherías. La *ciudad* era Oajaca, humilde y quieta, respirando aún brisas coloniales; pero "*la ciudad*" al fin—¡encanto y motivo de crónicas interminables para los serranos y habitantes de las villas!

Pasa en seguida á Tehuantepec, y si bien se han extendido los horizontes de su ambición en presencia de nuevas posibilidades, socialmente hablando no ha avanzado un solo paso. Continúa siendo el mismo estudiante pobre de provincia, que ve á una *senorita rica*, en la plaza ó en el templo, como una estrella de cuarta magnitud perdida entre los remolinos solares de la *Via Lactea*. Hijo del campamento, el vivac era su palacio, el cuartel su casa solariega; sus batidas y arreos de caza, fueron batallas reales en la ciudad y en el llano; sus crónicas picantes y escandalosas, aludían á pronunciamientos y traiciones; las damas las huríes de sus orgías solitarias, flotaban como los ángeles, hechizaban como las hadas: eran sus sueños. ¡Sus sueños de estudiante pobre y soldado medioeval y aventurero!

Su vuelta á Oajaca se señaló con nuevos alardes de valor y nuevas victorias. La campaña que como Mayor de Ordenes de la Brigada de Oajaca hizo por Puebla y Pachuca, hasta lo de Calpulálpam, sólo fué un paseo militar, con episodios de poca importancia, y que ni poco ni mucho le preparaban para la vida social en la gran metrópoli.........

Y en virtud de todo esto, no parecerá extraño asentemos, que la curul y la Cámara de Diputados ofrecieron entonces tantos atractivos al coronel Díaz, como una hermosa jaula, de barrotes dorados, á un tigre de Bengala.—Atractivos nada comparables, por cierto, á los que le ofrecerían los aparadores de Plateros, los "fósforos" y conver saciones picantes de los comensales del *Cafe del Infiernillo*, los toros del Jaral, las tardes de la Alameda y las se-

renatas del Zócalo. Y á más de todo eso, el tráfago de carruajes y pedestres, el atractivo fascinador de las vírgenes blondas de la *mentada* "Ciudad de los Palacios," y ¡tántas y tántas otras cosas admirables! Pero ¡cuán rdículos todos aquellos *companeros* de Príncipe Alberto y chistera, que desde la tribuna se tiroteaban tarde á tarde con metáforas rimbombantes! En verdad sea dicho, el diputado aquel, ex-Prefecto de Ixtlán *(¡donde era cabeza!)*, no se divertía en la Cámara de Diputados más que á medias; es á saber, cuando dejaba de concurrir á sus sesiones. Así lo comprendió, sin duda, su cariñoso protector y paisano, D. Benito Juárez, como se verá más adelante.

La tarde del 24 de Junio de 1861, fué memorable para el joven coronel-diputado. González Ortega había abandonado la Capital en persecución de Márquez, el cual ya se hallaba en las cercanías. Sabedor éste del movimiento del Jefe liberal, evitó el encuentro diestramente, le dejó pasar sin oponerle obstáculo, y se dirigió violentamente á la capital atacándola por el rumbo de la Tlaxpana. La alarma cundió inmediatamente por todas partes. El General Ignacio Mejía, que tenía el mando de la Brigada de Oajaca, acuartelada en San Fernando, destacó fuerzas inmediatamente para contener al enemigo, que ya se aproximaba por Buenavista sin encontrar resistencia seria.

En la Cámara de Diputados se supo bien pronto lo que pasaba y apenas enterado de ello el joven Coronel y Padre de la Patria, D. Porfirio, sintió inflamarse su sangre guerrera, solicitó del Presidente de la Cámara el permiso necesario para ponerse en obra, y con violencia se dirigió al cuartel de San Fernando. Presentóse allí al General Mejía ofreciéndole sus servicios, y sin dificultad obtuvo que se pusieran á su disposición y mando unos cuarenta infantes. Sin pérdida de un instante se puso en marcha por la Calzada supradicha, y ocultándose lo mejor que le fué posible tras los arcos, merced á un diestro y rápido movimiento paralelo colocóse al flanco derecho del enemigo. En posición tan ventajosa, abrió sobre él un nutrido y certero fuego, que desde la primer descarga le hizo bajas de consideración. Sorprendi-

do por tan inesperado ataque, y no pudiendo 'justi-preciar la importancia del efectivo contrario, las fuerzas conservadoras vacilaron y á pesar de los esfuerzos de sus jefes, no tardaron en debilitarse. Casi al mismo tiempo experimentaron la presión de las columnas que directamente le habían salido al encuentro llevando cuatro piezas de artillería, y las cuales ya le arrollaban á inmediaciones del convento supradicho.

Los que iban á sorprender se creyeron sorprendidos, y, bien pronto.... el Coronel-diputado volvía á la ciudad—¡volvía vencedor, héroe una vez más, y, sobre todo dispuesto, y bien dispuesto, á no continuar aplaudiendo las efusiones oratorias de sus *companeros* en la Cámara de Diputados!

Su protector y paisano D. Benito, que, como antes digimos, le había *adivinado*, procuró complacerle dándole de alta (previo el consentimiento del Congreso), en la división de González Ortega, que á la sazón se disponía á emprender una campaña seria contra el General Márquez. Fué nombrado Mayor de Ordenes de la brigada de Oajaca, y accidentalmente quedó al mando de ella por enfermedad del General Ignacio Mejía.



CAPITULO XIII.

Despues de Calpulalpam.—Don Benito y los Conspiradores.—La Aristocracia.—Tarea de Abnegacion.—Los Clericales.—Sorpresa de Jalatlaco.—Marquez y Zuloaga Derrotados.—Diaz en Peligro.—Auxilio Oportuno.—Presidentes y Caudillos.—Nueva Amenaza.—La Ultima Batalla.—La Gran Presa.—Valor Heroico.—Los Hombres de la Intervension.

Vencidos los conservadores en Calpulálpam, expatriado el más ilustre de sus caudillos, mancillada su causa con crímenes execrables, el fermento revolucionario, sin embargo, lejos estaba aún de sedimentarse. La ciudad de Méjico habíase convertido en un podridero de pasiones malsanas. Conspiraba el clero, los representantes de las naciones extranjeras conspiraban, y conspiraban también los mismos que contribuyeron al triunfo de la Reforma. Ya se comprenderá que los militares en receso, (por la acción sedante de la derrota), no permanecerían ociosos, ni mucho menos. Las altas clases sociales—la aristocracia mejicana—odiaba á Don Benito; odiaba en él, al indio sin pergaminos, al liberal exaltado que en concepto tenía de enemigo irreconciliable y gratuito de la religión católica. Como todos los odios, el profesado por la aristocracia mejicana á Juá-

rez, formábase con dos elementos, es á saber, ignorancia y presunción. Cuando socialmente precisa presumir, siempre se presume lo malo. Pero en esto no hay maldad específica, particular; se presume lo malo, porque es lo que hay arraigado en el fondo de la naturaleza humana; es la costra de la barbarie, de la zaña, de la lucha traidora, de la desconfianza—que fué escudo en las primeras luchas del hombre contra el hombre. La luz, la ciencia que devuelve á las cosas y actos sus perfiles reales, raras veces penetra las densas capas del prejuicio, mucho menos en materia religiosa; si no es mediando un proceso lento, durante el cual la visión primitiva desaparece y se confunde con otra nueva, que le encuentra á medio camino. Por eso es tan abnegada y tan triste la misión del agricultor intelectual, que siembra ideas en los yermos campos de sociedades reacias ó infecundas. ¡Feliz de aquel que terminada la ardua tarea, con el último aliento de su vida, alcanza á recoger la primer gema, fecundada con el calor divino de su genio!......

El partido clericalista, seguía esperezándose. Sus tentáculos habían alcanzado ya las remotas potencias europeas, en éllas despertando ambiciones ignobles. Dos derrotas habían sufrido sus fuerzas recientemente, que no pasaremos por alto. La primera, la de JALATLACO, fué un nuevo timbre de orgullo para nuestro HEROE, como que en ella, semejante á "la Musa audaz de Píndaro divino," en el poema de Olmedo, se apresura, corre, disputa, gana, y.... "arrebata la palma á sus rivales."

Los detalles de esta acción famosa son bien conocidos.

El héroe de Calpulálpam había abandonado la Capital, al mando de una división de que formaban parte las tropas de Oajaca, las cuales accidentalmente quedaron al mando de Porfirio Díaz, y cubrían la vanguardia del Ejército.

Juárez había con anterioridad solicitado permiso al Congreso, para utilizar los servicios del joven coronel en más propio palenque, (dadas sus aptitudes), que la Cámara de Diputados, y á punto estaba ya de recoger los primeros frutos de tan sabia providencia.

Hallándose en Toluca el grueso de las fuerzas liberales, tuvo noticia el General González Ortega de que Márquez, acompañado del *Pretendiente* Zuloaga, había llegado á Tianguistengo al frente de un cuerpo de ejército considerable. Inmediatamente determinó atacarlo, y con tal fin ordenó la violenta salida de la brigada de Oajaca, comandada en jefe, (con motivo de una enfermedad del General Mejía), por el Coronel Porfirio Díaz. Debían estas fuerzas, que como se ha dicho formaban la vanguardia de la división, marchar al encuentro del enemigo, el cual hasta entonces había logrado burlar con buena estrategia, (excentralizando constantemente su radio de acción), los esfuerzos de sus perseguidores.

El 12 de Agosto llegó el General Márquez, con su tropa muy fatigada pero no escasa de municiones de boca y guerra, á JALATLACO, donde, á lo que parece, se creyó completamente á salvo de una sorpresa. E indudablemente todo debió haber concurrido para hacérselo creer así, pues de otra suerte no se explican los acontecimientos de la noche del 12 al 13, mucho menos tratándose de un militar tan astuto, vigilante y experto.

Está fuera de duda, sin embargo, que la columna de Díaz llegó hasta las goteras de la población, sin encontrar avanzadas ni centinelas. Los mismos panegiristas del Dictador actual, lo afirman; y por consiguiente, puede aquí aplicarse la máxima de derecho que dice: "á confesión de parte relevo de prueba." En tan favorables condiciones, esto es, sin ser sentido ni por los perros de la población, Díaz —al frente de 330 infantes y 200 caballos—se dirigió á paso veloz hacia la plaza en que se hallaba el Cuartel General de Márquez, y lo atacó con violencia, pero sin concierto; lo cual dió márgen á que el enemigo, "saliendo de su estupor," contuviera á los liberales "con un nutrido fuego de fusilería."

Por los detalles que tenemos á la vista (de escritores amigos, *incondicionales*, del Sr. Díaz), se deduce que las fuerzas del ataque fueron rechazadas en desorden (al efectuar su salida las conservadoras), y que á punto se halló

de perecer ó de ser hecho prisionero el jefe de las primeras; pues, debido al "empuje con que acometió D. Porfirio, que marchaba al frente de la columna, se encontró *casi solo* en medio de los reaccionarios;" felizmente para él, éstos, que no traían á la fortuna de su lado, no le reconocieron; y por consiguiente, ni le hicieron fuego, ni le aprehendieron ni á Márquez la oportunidad le presentaron (y el placer al mismo tiempo) de fusilarle. Pero cosa es bien sabida, que la fortuna nunca ha mirado de reojo al Caudillo oajaqueño; así es que, á decir del biógrafo de referencia, "debido á una *casualidad inexplicable*, el caballo que montaba Díaz, á los disparos de la artillería *retrocedio a la cabeza* de la columna republicana," y entonces "*hizo marchar a esta*" en medio de una lluvia de plomo, y asaltaron el atrio de la catedral, donde el enemigo se había replegado.

Aunque las fuerzas de Zuloaga y Márquez eran con mucho superiores á las que las atacaban, como el asalto se verificó entre una y dos de la mañana (del 13), y como quiera que imposible hubiera sido para Márquez y demás jefes, darse cuenta exacta de lo que acontecía, pues que la sorpresa fué tan completa como inesperada, no lograron reponerse oportunamente y mucho menos sistematizar la defensa; así es que ésta tuvo más de aparente que de real y el éxito se debió, menos que á las armas, á la sorpresa en sí misma. Las tropas atacadas creyeron, sin duda, haberlo sido por el grueso de la división de González Ortega, y temiendo más que lo que delante tenían lo que juzgaron vendría detrás, no tardaron en ponerse en desastrosa fuga, abandonando armas y bagajes. La llegada oportuna del resto de la división, completó esta victoria, cuya parte principal debióse á la intrepidez y ciego arrojo del Coronel-diputado. Fué una victoria notable de guerrillero, cuyos vicios técnicos, fundamentales, se justificaron con "la brutalidad de los hechos consumados," como dice el proloquio francés. Es obvio, que á menos de no haberse tratado de aprovechar una *entrega del momento*, Díaz nunca debió —á fuer de soldado instruído en los prolegómenos de su arte—atacar con 500 hombres una plaza custodiada y de-

fendida por 5,000 soldados de las tres armas, máxime cuando estos iban comandados por un jefe tan temible como Márquez. Sin embargo, si Díaz (como bien pudiera ser), *creyo* el auxilio mucho más cercano de lo que en realidad venía, entonces, el triunfo de Jalatlaco debe abonarlo, á cuenta de mayor cantidad, á sus deidades protectoras. (*)

En galardón de la referida hazaña, González Ortega pidió para él el ascenso al generalato, á lo cual el Sr. Juárez, su paisano y protector, accedió gustoso, expidiéndosele por sus conductos respectivos el nombramiento de General de Brigada, con fecha 23 de Agosto de 1861.

Zuloaga y Márquez, escapados de la acción de Jalatlaco, llegaron fugitivos á la Sierra de Querétaro, donde el reaccionario Tomás Mejía, cacique de aquella región, puso á su servicio los considerables elementos de guerra con que contaba.

Leyendo meditadamente esta y muchas otras páginas de nuestra historia revolucionaria, causa maravilla, desde un punto de vista militar, lo completo, decisivo, que con frecuencia fueron derrotas y triunfos, y el poco provecho que de unas y otros se derivaba.

Un caudillo—el Presidente con frecuencia—abandonaba la Capital á la cabeza de un Ejército. Dirigíase á Puebla San Luis Potosí ó Jalisco; batía al adversario; le derrotaba por completo; se echaban á vuelo esquilas y campanas, publicaban "alcances" los periódicos; procesiones recorrían las calles, lanzando "vivas" y "mueras" hasta desgañitarse; se felicitaba á los jefes invictos y á la Nación por la victoria alcanzada; y algún presidente llegó hasta celebrar el advenimiento de la Paz definitiva, en medio del más fervoroso entusiasmo.

Ya se comprende que las fuerzas vencedoras—y el Pre-

No se presuma falsamente, que tratamos de amenguar la gloria que al General Díaz cabe por ese hecho de armas; pero nos complacemos en poner de relieve—con curiosidad psicológica—cómo la fortuna lleva siempre de la mano á sus predestinados, semejante á una dueña, ó una hada cariñosa. Se mezcla en todos sus actos, corrije sus mayores desaciertos, palía sus vicios más graves; y, al fin, le saca á flote de todos los naufragios ó ileso de todos los desastres. ¿Existe un mérito real en la grandeza humana?—La verdad es que muchos hombres son demasiado afortunados para ser grandes hombres.

sidente ó Caudillo con ellas—habían vuelto á la Capital á cosechar repiques y discursos alusivos........ Pero mientras esto acontecía en la Ciudad de los Palacios, en Puebla, San Luis, Guadalajara ó Querétaro, habían aparecido los enemigos, reforzados con la Brigada del General H......, recientemente pronunciado en X...... por el *Plan* R..... y listo á emprenderla contra sus ex-camaradas. A este pronunciamiento *inicial*, se sucedían otros y otros.—Para esta fecha, los *derrotados* habían ocupado ciudades y cobrado préstamos; y á las pocas fojas, ya les tenemos en condiciones de poderles disputar el triunfo á sus adversarios. Se han recobrado pacientemente sin ser molestados por nadie, como de una enfermedad cualquiera. La convalecencia ha sido feliz, la dieta nutritiva, así es que sólo tiempo se ha perdido........

Mas, considerando lo expuesto, cualquiera se pregunta: ¿por qué, en lugar de regresar á Méjico la división N........ no se organizó una campaña activa de persecución contra los desbandados, batiéndoles hasta en sus últimos reductos y escondrijos. (*)—La culpa no fué siempre de nuestros generales. Vacilaban y desmedraban sus más enérgicos propósitos, en presencia de dos peligros: la infidelidad á su bandera de los militares revolucionarios, y la infidelidad de la Capital á los partidos beligerantes. Si se la dejaba débil, ó desguarnecida, su pronunciamiento era seguro; y si en ella se concentraban las fuerzas, los caudillos hacían su agosto en el resto de la República. Añádase á lo que antecede, el temor, justificadísimo, de retirarse á muy

No somos peritos militares, pero como materia de historia haremos notar, que los tácticos alemanes, y aun los mismos ingleses, censuraron más de una vez á los japoneses, por lo *unico* censurable que en su táctica encontráron, es á saber, la ineficacia en la persecución del enemigo y el nó aprovechamiento *completo* de las victorias. Así, por ejemplo, cuando el Gral. ruso Stakelberg trató de cortar la división de Okú, para desviar la presión de Nogi sobre Puerto Arturo, verificáronse entre ambos ejércitos una serie de batallas sangrientas, que culminaron en el desastre de Telissu, (del 14 y 15 de Junio) en el que los rusos perdieron más de 10,000 hombres. La victoria fué magnífica, pero nó trascendental: en 9 de Julio siguiente, los derrotados rusos oponían en Kaiping á los japoneses, una resistencia formidable; y otro tanto hicieron en Haicheng, en 3 de Agosto, y cinco días después en New Chwang,

larga distancia de esa "coqueta veleidosa que se remira en los argentinos espejos de sus lagos," y que igual hospitalidad ofrecía al barbudo babilonio que al rapado de Fenicia, y se comprenderá que, si el mismo Presidente era quien acaudillaba la campaña, procurase terminarla con la mayor rapidez posible, aunque sus frutos resultaran de utilidad dudosa; y si el vencedor era *nada mas* uno de sus caudillos, también es explicable que se encelase de la popularidad que le acarrearan sus proezas, y se apresurara á llamarle. Estos caudillos solían substituir á los Presidentes, mal de su grado, con frecuencia lamentable.—Y de esta suerte la política y la guerra caminaban ligadas, amalgamadas, fundidas, atrayéndose y repeliéndose siempre; enlazadas en abrazo estrecho—tan estrecho, que se asfixiaban la una á la otra—revolcándose desgreñadas, ensangrentadas, hasta quedar agotadas y jadeantes, en *cualquier* terreno bajo *cualquier* bandera.

Zuloaga, Márquez, Mejía y otros caudillos reaccionarios, habían logrado organizar un nuevo ejército, aumentado con el contingente del pronunciamiento de un regimiento de San Luis Potosí y otros refuerzos de menor cuantía; y como arrollo que insignificante al principio de súbito se ha convertido en desbordado torrente y á su paso va sembrando desolación y ruina, despertando á un tiempo mismo el dolor y la ira en el corazón de los labriegos; así, de las vertientes orientales de la Sierra de Querétaro, salían en número considerable (más de 5000 hombres de las tres armas), las rehechas fuerzas conservadoras, perfilando una campaña semejante á la que terminó, funesta para ellos, en San Miguel de Calpulálpam. Después de haber recorrido, barriéndolo todo á su paso, los Estados de San Luis Potosí, Querétaro, y la porción septentrional del Distrito de Pachuca, establecieron su cuartel general en la cabecera de éste, donde permanecieron amenazantes y en espectación de los movimientos de sus adversarios, que ocupaban la Capital de la República. Comandaban las fuerzas conservadoras, los generales Márquez, Mejía y Zuloaga. Los tres veteranos de las contiendas civiles y los tres se-

dientos de venganza. Los asesinos de Ocampo, Degollado y Leandro Valle, saboreaban todavía la sangre de tan ilustres víctimas.

La capital se hallaba en jaque, espectante. Zaragoza, el insigne, á la sazón Ministro de la Guerra, tomó una providencia radical, salvadora; fundada en el doble conocimiento de los hombres á su disposición y las circunstancias que le envolvían: determinó desguarnecer la plaza, mandar al General Tamaulipeco, Santiago Tapia, en quien depositaba plena confianza, no ya para atacar al enemigo, sino para destruirle; y puso á su disposición elementos reducidos, pero de primer orden. A su mando militarían los jefes oajaqueños Mejía y Porfirio Díaz. Tapia obedeció las órdenes; se excedió en la obediencia. Dividió su ejército en tres columnas, que puso al mando de Mejía, Díaz y Cázares: Díaz á la vanguardia. El encuentro de los dos ejércitos fué formidable, extendiéndose la línea de batalla desde la *Cruz de los Ciegos*, en que Márquez hizo la primer resistencia, hasta el camino de Real del Monte, donde se habían parapetado en otra eminencia las fuerzas reaccionarias, artillándola convenientemente. Se luchó nó con la "furia francesa," sino, los unos, con la gula, el hambre de la *gran presa*, casi ya al alcance de la vista; y, los otros, por la *obligacion* de vencer. Allí no hubo cobardes, todos pelearon como héroes; pero la victoria se decidió por la causa de la libertad y la Reforma.

El partido conservador moría allí; el verdadero partido conservador, *habia muerto*. Sus ídolos quedaban derribados, hechos pedazos, cubiertos de tierra. Pero, la simiente *estaba viva* y la tierra era fecunda!—De ella brotarían, en una Primavera de Sangre, los HOMBRES DE LA INTERVENSION Y DEL IMPERIO.....

Se comprende el entusiasmo qne tanto en la Capital como en el resto de la República, causó este nuevo triunfo de las Armas liberales. Se explican sin mucho esfuerzo las grandes obstinaciones políticas; pero no como la de que alarde hicieron los caudillos reaccionarios, porque nó pertenecen á nuestra época: ya no se sacrifica la libertad de los

pueblos á la venganza personal ni al credo religioso. Pudo Alcibiades, desterrado, y maldito por los sacerdotes Eumólpidas, llevar la invasión extranjera á su patria, so pretexto de castigar á sus enemigos; bien pudieron Venecia y el Papa, en el Siglo XV, llevar á Luis XII para derribar á Ludovico el Moro, indiferentes á males que no les tocaban de cerca ó no alcanzaban á apreciarlos. Tanto en la antigüedad como en la Edad Media, esto ocurría con frecuencia, ora por debilitarse y bastardearse el principio de autoridad, ora por el abuso del mismo; pero ocurría eso en tiempos bárbaros, ó sea en tiempos en que la adoración de la fuerza prevalecía aleatoria ú originalmente sobre los refinamientos del espíritu, que depuran y hacen evolucionar la idea de patria; pues no puede negarse que ésta, en el principio de las sociedades, aparece como mero instinto, instinto brutal, egoista, que se apareja a la defensa del hogar y del individuo, y sólo mucho más tarde evoluciona y se transforma en el más noble de los sentimientos.

Los conservadores, enloquecidos con la derrota, ya no vacilaron en consumar la obra de infamia principiada.—Hay ocasiones, decía Antístenes, en que es indispensable: ó volver á la razón, ó una cuerda para ahorcarnos. Los conservadores prefirieron la cuerda.......




HEROE
Y
CAUDILLO

CAPITULO XIV.

"Vidas Paralelas."—Humilde Origen y Altos Destinos.—El Espiritu de una Raza.—Predestinados.—Proteccion Providente.—Al Traves de la Carrera.—Sin Pacto.—Vicisitudes de Juarez.—Exito de Diaz.—Heroes Anonimos.

A grandes trazos hemos venido diseñando una serie de cuadros, en que ora en primer término, ora en segundo, se destaca nuestro protagonista. Frente á él, é impartiéndole constantemente algo de su magnificencia, un sol espléndido hemos visto alzarse, y aproximarse al zenit en el triunfo de la Reforma. Dos VIDAS PARALELAS, comenzadas ambas en la pobreza, en la obscuridad, en las últimas capas sociales.

El uno tiene su punto de partida en la estrata gentilicia en que una tribu ó casta aborigen, que ha recibido los primeros efluvios de una civilización nueva en las iluminaciones del campamento y los fuegos de la batalla, asimila ideas, un tesoro intelectual con que se rescata á la humillación de ser raza vencida, gastada quizás, y busca instintivamente en el cruzamiento el avance étnico, que es la

"idea universal de la especie: y el *instinto* de su conservación y mejoramiento." Díaz principiaba á luchar en calidad de miembro de un grupo intermediario; lo cual quiere decir "desventaja *humana*." Pero esta puede tornarse en ventaja, cuando el nuevo producto es el que prevalece, el "agente motriz" de una sociedad.

Juárez—que había principiado el ciclo de su vida un cuarto de siglo antes—provenía de *mas hondo*.—En un pueblo humildísimo vió la luz primera; muy humildes fueron sus padres. Su casta, casta degenerada ó atrofiada en su desenvolvimiento intelectual, "por la conquista, la opresión y el fanatismo religioso." Era un grupo humano agonizante y que próximo ya á desaparecer, en un esfuerzo supremo, había hecho un portento, había "dado *de si* lo que no tenía: había producido un hombre superior á ella misma y superior á cuanto le rodeaba. ¡Ah, cuántos pueblos han desaparecido del mundo, sin habernos dejado un solo HOMBRE para perpetuarlos! Pero la nación zapoteca estaba salvada con el Gran Reformista.

Ya hemos visto cuál fué la lucha de éste para principiar la vida: lucha sorda, de resistencia, de roca encajada en la montaña y atacada por las picas de todas las adversidades, ¡impotentes para removerla un ápice, para perturbarla en su quietud secular!

Díaz, que sangre mixteca y española llevaba en sus venas, nada representaba étnicamente: era un *producto nuevo*—como digimos—una promesa, *algo* que comenzaba *con el*; á pesar de los miles y centenares de miles que se hallaban en sus mismas condiciones.

Con todo, ni para el uno ni para el otro la vida fué fácil en sus comienzos. Casi era el mismo el problema que el destino les llamaba á resolver á ambos personajes.

Para los dos una promesa espléndida, brillante como un astro, cerníase en las alturas remotas del tiempo—del tiempo que á su encuentro volaba, para precipitarlos por la vía radiosa en que se realizarían sus destinos.

Ni sesenta kilómetros separan los sitios donde esos dos predestinados despertaron al mundo. Hay alguna cosa,

en la atmósfera quizás, que obra en las actividades psíquicas de los hombres. Siete genios simultáneos, en Atenas, hicieron el Siglo de Pericles; tres individuos en Concordia, Massachusetts, y tres en Cambridge, (á doce kilómetros de distancia), hicieron casi toda la literatura americana, como observa Elbert Hubbard, con verdad y agudeza; y Leonardo de Vinci y Miguel Angel, cuando trabajaban en el monumento de su inmortalidad, respectivamente, no se hallaban separados ni por una jornada de pedestre—jornada que nunca hicieron; pero, sus genios vuelan aún pareados, como águilas de giro sideral, por el universo del Arte.

Hemos visto la manera con que los dos personajes que materia son de estos escritos, dieron los primeros pasos en la carrera de los honores; el uno, lanzado por la senda de la magistratura, vistiendo los arreos del curial, ocupando en rigurosa escala los diversos puestos administrativos, llega al fin á los últimos peldaños en su Estado natal.

Una vez allí, éste, que al segundo había precedido en el arranque de la vida, vuelve sonriente y cariñoso la vista hacia abajo.—Descubre entonces un jovenzuelo valeroso y enérgico, bregando con la adversa fortuna, haciendo esfuerzos desesperados por desprenderse de la arcilla que le atasca, y volar con toda la fuerza de sus alas nuevas y mal emplumadas. El primero tiende la mano al segundo, porque *cree* haberle adivinado..... —Y desde aquel punto, no le dejará. Al través de la lucha, *el* le guiará; y aun mediando distancias y profundos disturbios políticos, *el* le allanará el camino, barrerá obstáculos, y, á cada oportunidad que se presente, le dará nuevas pruebas de su providencial benevolencia. Nada considerará demasiado para su joven protegido.

Era una de aquellas extrañas alianzas, como las que encontramos en las novelas griegas ó en los libros de caballería: un dios encarna para conducir un héroe; ó bien el ósculo y la sangre sellan un pacto de fidelidad. Pero.... si bien entre Juárez y Porfirio Díaz hubo *sangre*....., ¡mucha sangre! años después;—nó hubo pacto. Nó; Díaz no iba á deber, (en virtud de un pacto jurado y sellado), fide-

lidad á Juárez; iba á recibir *de el* toda clase de mercedes, privilegios, distinciones y honores, sin comprometerse á nada; absolutamente á nada. Porque, cosa es bien sabida, que la gratitud no es atributo de los hombres superiores; y Díaz sería numerado, *tempus veniens*, en el catálogo de los "hombres superiores." Díganlo, si nó, sus biógrafos; nacionales y extranjeros.

Dícese que cuando Porfirio Díaz, mozo entonces, conoció á Juárez en una repartición de premios del Instituto, "no pudo dormir en toda la noche" impresionado por las palabras del gran gobernante, del Gobernador del "Estado Modelo," como se llamó á Oajaca. Queremos creer, piadosamente, que en decirlo hubo exageración por parte de los biógrafos: Díaz no es, ni ha sido nunca, de los que se impresionan, sino con el espectáculo de su propia grandeza. Sin embargo, también se asegura que á Nerón le tembló el pulso al firmar su primer sentencia de muerte; cosa que tampoco creemos.—Cuando mozalvete todavía, Agripina le reprendió, cierta ocasión, por la muerte de Germánico; Nerón contestó tranquilamente y sonriendo, según refiere Tácito: "aprendí el jueguito de mi querida madre." El hombre no cambia gran cosa, psicológicamente hablando, de la infancia á la decrepitud (en que se vuelve á ser niño), por mucho que oculte ciertas aptitudes ó facultades ingénitas, durante algunos tramos en la carrera de la vida.

Cuando Díaz, estudiante pobre, se afanaba por ganar algo extra, para aliviar las necesidades de su querida madre (porque sí creemos que haya sido buen hijo), y las propias, Don Benito le hizo bibliotecario del Instituto. Más tarde, le dió los primeros ascensos en la Guardia Nacional del Estado. Alguna vez su *prodigalidad* llegó á tanto, que Díaz se vió obligado á ponerle tasa rehusando el grado de Comandante. En cambio aceptó la prefectura política de Ixtlán, donde se ejercitó con provecho en el arte de fabricar soldados.

Llega después una época calamitosa; y empujado por ella, ¡el águila caudal tiende el vuelo á tierra extranjera!....

Vuelve de allí, y sólo vive en lo de adelante para cer-

nirse en las altas regiones: Juárez es ya gloria nacional. Por un momento emprende una lucha terrible, clava la primer pica de la Reforma, ve durrumbarse á un héroe, á un gobernante insigne y de buena fe, por los despeñaderos de la política; ve peligrar el fruto de más de treinta años de lucha, la Constitución se hunde á su vista, y él se arroja al mar—al mar de las pasiones efervescentes y amenazadoras—*¡y la salva!*

No ha terminado aún la brega. Ahora él es el náufrago, y con él las instituciones liberales. Las vicisitudes le rodean, se arrima hasta el borde del precipicio, va á perecer; pero nó; se salva, y *con el* se salvan las instituciones liberales. Un poco más—meses más—y ya le tenemos en Veracruz.

JUAREZ, VERACRUZ, ¡nunca la historia separará esos dos nombres!.......

Entretanto, el joven Díaz, ya lanzado á la carrera de las armas, de la gloria de los combates, había andado camino. Una serie de triunfos, bien obtenidos, bien acabados, habían resumido en sólo dos palabras—las de su nombre y apellido—todo un programa militar. El nombre de Porfirio Díaz había ya resonado desde las montañas abruptas de Tehuantepec, teatro de sus proezas, hasta los desiertos y valles infecundos de la frontera septentrional; desde los bosques salvajes y primitivos de las Huastecas, hasta las desoladas playas batidas por las aguas de Pacífico.—No era todavía una "gloria nacional," nó; pero sí adivinábase ya en él á un predestinado.........

Por manera alguna podía serle ya indiferente á Juárez—que desde Veracruz á Méjico había trazado una curva luminosa por el cielo de la patria—así es que ya le hemos visto premiar á su interesante protegido, con nuevos ascensos, cada vez que descollaba por una acción digna de singular encomio. ¡Cuán pocos militares han contado con igual fortuna! Hay héroes anónimos entre los militares, que viven siendo héroes durante una larga carrera, y mueren.... anónimos.

LIBRO III

EL HEROE DE LA INTERVENCION FRANCESA

Res gerere, et captos ostendere civibus hostes,
Attingit solium Jovis et cælestia tentat.
Principibus placuisse non ultima laus est,
Non cuivis homini contingit adire Corinthum.

Quien, triunfante en la lid, á los contrarios
Conduce á la ciudad hechos cautivos,
Goza una dicha celestial que eleva
Hasta el solio de Júpiter Olímpico;
Que no es pequeña gloria de los héroes
Recibir galardón y distintivo,
Ni todos los mortales consiguieron
Arribar triunfadores á Corinto.

HORACIO--*Ep. XVII. Lib I.*

¡Qué placer, qué placer tan grande experimentaría Platón, cuando Dion, al salir de conversar con él, hizo velas hacia Sicilia para derribar á Dionisio y restablecer la libertad! ¡Qué gozo inundaría el corazón de Aristóteles, cuando tras de haber visto el suelo patrio cubierto de ruinas, tuvo la felicidad de verlas levantarse, haciendo volver á sus conciudadanos. ¡Cuán dichosos Teofrasto y Fidias, que lograron exterminar los tiranos de su patria!

PLUTARCO.—*Moralia. Vol. IV.*

CAPITULO I.

Paginas Negras.—Guerra Civil y Traicion.—Herencia de Augusto.—Lo que Intentaba Luis Napoleon.—El Programa de un Despota.—Despotismo y Progreso.—Diversiones Fastuosas.—Entusiasmo en Francia.—Los Extranjeros en Mejico.—Deslealtad Francesa.—Marquez y la Intervencion.—Los Caudillos Conservadores, los Fanaticos, los Aristocratas y los Guerrilleros Traidores.—Tipos Militares.—Historiadores Mejicanos.—Corrupcion y Deslumbramiento.

En llegando á este punto de nuestro trabajo, en que ya los partidos políticos se transforman, se alejan, por decirlo así, y entre ellos dejan correr, profundo é invadeable, el río de la discordia, ennegrecidas sus aguas por el más grande de los crímenes que puedan cometer los pueblos—la traición á la patria—de buen grado dejaríamos la pluma de Suetonio por la de Eutropio, limitándonos á narrar hechos, sin comentarios, sin inquirir la filosofía de los mismos.

No se pueden repasar esas páginas sin angustia. La guerra civil es terrible por su propia virtud; pero cuando uno de los partidos contendientes llega al paroxismo, y anhelante, enloquecido, resuelto á triunfar á toda costa, se arroja en brazos del extranjero, el espetáculo es tan abominable, como lo sería el de una boca, rabiosa por morder los *pies* del cuerpo de que forma parte; á tiempo que los

pies se esforzaran por patear esa *boca*. El odio es ya rabia: todo desmán, toda crueldad, toda infamia en condiciones semejantes, se explica y se comprende sin esfuerzo.

¡Y los sufrimientos del partido leal, menos aguijoneado, merced al carácter pasivo que naturalmente asume! No ha mucho escuchamos narrar á un médico, insigne alienista y nevrologista, de universal fama, el hecho siguiente: dos jóvenes, de buena familia, tuvieron la desgracia de nacer unidas, como las célebres gemelas estudiadas por Büchner. Fueron entregadas desde la infancia, al cuidado de una familia humilde. La una fué hermosa, opulenta de formas y de caracter jovial, alegre y bullanguero; la otra desmedrada, raquítica, melancólica. Llega la primavera de la vida: las pasiones se despiertan: unas, en nidos, como las aves; otras, bajo costras ateridas, en resquicios de rocas, como serpientes. La "parte hermosa" de aquel conjunto inarmónico, ama......., ama con pasión, con locura. No hay freno, ni obstáculo que la detenga: es una naturaleza doble, que se impone con furia demoniaca. La resistencia fué sublime: llegó el pudor á transformarse en encono: *¡la guerra civil!*—Ya triunfaba la virtud, el espíritu del mal se aquietaba, cedía; pero, *no cedia*; en verdad, *tramaba* la ruina, el crimen, LA TRAICION.—¡En un cuerpo manchado por la lujuria, cargó "dos horas" el cadáver de su hermana; y luego, la acompañó á la tumba!......

La herencia de Augusto fué Tiberio; la herencia de las Revoluciones fué un Emperador.—Esto pasó en Roma; en Méjico aconteció lo mismo. Quiso la fortuna depararnos un intermedio glorioso, un intermedio en que parecía haberse alcanzado el fruto de inmensos afanes y enormes sacrificios. Los salvadores de la patria habían llegado con sus lares y penates al Capitolio; el pueblo les aclamaba, la Nación les bendecía—¿qué más?—¡en el CERRO DE LAS CAMPANAS habíase consumado una expiación secular que estremeció al mundo!

La República buscaba asiento, un punto sólido donde clavar su estandarte. Fué nada más un instante de reposo, de esperanza, de deslumbramiento. Nuevamente los

clarines tocan á degüello, se descuelgan las espadas, salen al campo los combatientes, enciéndese la guerra civil, y la sangre mejicana corre en campos y ciudades, en la encrucijada y en el muro, en la arena de la lucha y en el cadalso. Fué una recaída fatal, fué la simiente maldita, que germinaba: la REVOLUCION, ahita de paz y orden, que de su entraña fétida abortaba la AUTOCRACIA......—¡La AUTOCRACIA! ¡daciana excecrable que estropea y mutila el honor de los hombres, para venderlos más tarde como esclavos!....

La bancarrota, como es de presumirse, habíase convertido en fiel compañera de todos los gobiernos que precedieron al triunfo de la Reforma. Así es que le cayó á Juárez, como legado fatal, á tiempo de hacerse cargo de la Presidencia, cuando triunfante su causa, fué elevado á tan alto puesto por el voto de sus conciudadanos.

Inútil para nuestro propósito sería investigar, catalogando, las diversas causas que casionaron la intervención francesa.

Hojeando escritos sobre la materia, y repasando opiniones, causa extrañeza ver cuánto trabajo se imponen los historiógrafos, para descubrir, "analizando," lo que de bulto se ofrece á la vista.—¿Sabía, ó no, Napoleón III, lo que acontecía en Méjico? ¿Estaba al tanto de las maquinaciones del Duque de Morny? ¿Sabía Morny lo que en Méjico pasaba? ¿Quién sabía y quién ignoraba que las reclamaciones de Jecker, (y en parte las demás), eran fraudulentas?

No sería difícil producir autoridades para sostener la tesis, de que Luis Napoleón se hallaba bien poco informado, sobre todo en detalle, de cuanto ocurría en Méjico. Conversaciones de boudoir, *in toro*, habíanle sin duda impresionado, quizás despertado habían en él interés acerca de la empresa transmarina, que al principio debió haberle parecido fabulosa y ridícula, gracias á su *gross bon sens*, que nadie puede disputarle con justicia. Es posible que al escuchar las primeras insinuaciones, sintiera el escozor de un recuerdo: el de las bombas Orsini.

Había en él, sin embargo, un deseo fantástico, á fuer de FILS A PAPA, de escuchar el repiqueteo de los aplausos

del mundo, y el cual, por su propia naturaleza, le obligaba á converger, instintivamente, hacia el polo magnético de la gloria militar. Así lo había probado, muy joven todavía, defendiendo en Italia la causa de la libertad con los *Carbonari;* y en Rusia, convirtiéndose en campeón católico y cruzado en una campaña casi religiosa. Después hizo en Italia, más que una campaña, la realización de un sueño, el fantástico sueño de Cavour y Victor Emmanuel. Sin embargo, todo esto lo efectuó con miras secundarias; pero no bastante profundas para engañar á los estadistas del Continente. Había estudiado los planes atrevidos y soberbios de su ilustre tío; más, en vísperas del golpe de Estado, pretendiéndolo ó no, se hacía justicia. Nunca sería él más que Luis Napoleón; llegaría, como llegó, á ganarse el título de tirano, déspota despreciable y criminal, pero nunca figuraría entre los Césares. Las almas napoleónicas nó reincarnan en una misma familia. Se heredan los bienes; pero nó las facultades mentales; al menos con arreglo á inventario.

Luis Napoleón cojeaba, no pobía marchar erecto por la senda áspera que treparon los Césares conquistadores del mundo. No podía llevar las águilas francesas á Egipto y Siria, como Bonaparte, ni las romanas de la Galia y Alejandría, como el vencedor de Pompeyo; ni como Alejandro lamentaría no poder transportarse á otros mundos para conquistarlos, viendo que este "se le acababa," (á pesar de que, según la frase candorosa de Justino, era "suficientemente grande para dar morada á todos los dioses"), así es que, si las consecuencias del 2 de Diciembre no lo hubieran compelido á obrar casi por inercia, quizás se hubiese satisfecho con las palmas de Magenta y Solferino.

Pero eso, por lo que mira á la gloria en abstracto; concretando, su excelente buen sentido (que le grangeó merecida reputación de cauto y entendido diplomático en Europa), hacía tiempo le había enseñado una lección que instintivamente aprenden todos los tiranos, es á saber: "DIVIERTE AL PUEBLO." Los romanos digeron: "PAN Y CIRCO," que en el fondo viene á ser la misma cosa.

Napoleón tomaba la conquista de Méjico—sin profundizar detalles ni consecuencias—por lo que en sí valía, conforme á su criterio, y á las circunstancias. Nunca pudo haber creído en el éxito final de la loca empresa; se embarcaba en una operación fraudulenta con miras y fines personales. Sacrificar soldados y dineros del tesoro, á trueque de acallar las discenciones interiores—la revuelta—ha sido un medio trillado de los déspotas. Y por eso cuando lo que creyó paseo militar, resultó guerra sangrienta y difícil, solo pensó en salir de ella lo mejor librado posible, aun con mengua del honor francés. A esto sí que consagró toda la astucia y maña de que podía disponer; y así se comprende que la obra maestra de la Intervención, haya sido "la retirada." Lo fué hasta á juicio de los mismos americanos, de quienes se burló donosamente. (*)

El pueblo francés nunca podía perdonar á Napoleón III el 2 de Diciembre, ni sus actos de barbarie y tiranía subsecuentes; pero él conocía bien á sus compatriotas y no ignoraba cómo deslumbrarlos con cascabeles y sonajas.

Al revés de lo que hubieran creído los Bossuets de pacotilla, el "GRAN CRIMEN" no atrajo sobre él ni sobre Francia, la cólera celeste; sino el "progreso material" (†)

La antigua *Cite* sufrió una transformación instantánea, barrios enteros se demolieron elevándose suntuosas mansiones de sus amontonadas ruinas. El bajo Sena se pobló de elegantes edificios, y hasta el estratificado barrio de St. German, refugio de la aristocracia rancia y orleanista—de que eran cabeza los duques reconciliados de Chambord y de Nemours—sintió el influjo de la oleada vivificante que manaba de los resquicios del trono. Porque Napoleón III,

Véanse las interesantes RECTIFICACIONES HISTORICAS, por el Sr. Fernando Iglesias Calderón, señaladamente su último libro intitulado: EL EGOISMO NORTE-AMERICANO.

---Uno de los primeros actos de Napoleón III, después del golpe de Estado, fué hacer que su legislatura votara 80.000.000 de francos para obras materiales, á fin de dar en qué entretenerse á las clases trabajadoras. Tras esta sabia providencia, y antes de dar "trabajo y en qué pensar á su Ejército," hizo el triunfal *tour de France*, y en todas partes fué recibido con júbilo y aclamado; lo cual prueba cuánto más dispuestos se hallan siempre los hombres á aclamar tiranos, que á combatirlos. La masa patriótica es tan ciega como una bola de billar.

tirano de buena cepa, fué muy partidario del progreso material, como un calmante enérgico y saludable para el pueblo.

Y ¿fué eso todo?—Nó, por cierto. La literatura floreció bajo su cetro: la literatura aristocrática. Mientras Villemin, Hugo, Guizot y Quinet maldecían al Tirano desde el extranjero, la encantadora Mme. de Nervile, abría sus salones á la aristocracia del genio. Por los regios salones, pasaron derramando flores á los pies de la linajuda patricia, Octavio Feuillet, Dumas, hijo, los hermanos Goncor, Tourgeneff, Augusto Vacquerie, el Conde de Haussonville, Sully Prudhomme, Edmundo de Amicis, Paul Hervien, el mismo Victor Hugo, (antes y después de su destierro), y cuantos poetas, pintores, hombres de ciencia y de teatro, buscaban en Paris la consagración de su genio. Apenas coronado Emperador, devolvió su empleo al cantor de *Les Nuits*, y le hizo nombrar miembro de la Academia.

A pesar de sus derroches aparentes, hubo siempre cálculo en ellos, esto es, poseía el secreto de "la economía en el despilfarro;" por eso ni en las guerras de Rusia é Italia, ni en el sostenimiento del trono, ni en los derroches arquitectónicos conque daba trabajo al pueblo, perdió nunca de vista el estado del Tesoro Público. El Imperio, con sus guerras y todo, era extremadamente económico, comparado con el de Napoleón el Grande y aun con el ANTIGUO REGIMEN. No podía echar en olvido que Necker y Colonne, llevaron de la mano á Luis XVI á la guillotina, á la vez que festejaban las aventuras galantes de Versalles y los encantos de la vida campestre en Trianón. Si bien compraba........ 30.000 francos anuales de condescencia á sus Senadores, y 15.000 á sus diputados, era este un gasto necesario—é inferior al de los 5.000 caballos de las cuadras de Luis XV. Además, "comprar" el silencio y la aquiescencia, es menos despótico que "imponerlos," como otros lo hacen.

Aunque no menos fascinado que el resto de sus súbditos, con el "ritmo ambulatorio" de su bella consorte, la condesa de Montijo, no puede en rigor afirmarse de él, como de Luis XVI, que "en toda su política exterior tropezaba siempre con la intriga conyugal"—DANS TOUTE SA PO-

LITIQUE EXTERIEURE, TROUVE POUR ENTRAVE LE RETS CONJUGAL—nó; Eugenia no fué ni un obstáculo ni una sirena peligrosa para la realización de los planes del déspota francés; y al prestar éste oído á las confidencias políticas de la Emperatriz, sobre asuntos de Méjico ó de Roma, no la escuchaba á ella: se escuchaba á sí mismo.

Resumiendo: Napoleón emprendió, nó la conquista de Méjico, sino la conquista de nueva y fácil gloria (según lo imaginaba) para las armas francesas, en aventuras que él juzgó servirían para deslumbrar á sus súditos. Las reclamaciones propias y las agenas, así como los intereses de su ministro y cómplice, Mr. de Morny, con más la influencia en la Corte (ante Eugenia) del elemento intervencionista mejicano, no pueden ser considerados como "causas determinantes," "esenciales," de los acontecimientos posteriores.

Luis Napoleón le proporcionaba á Paris—la fiera terrible del 13 y 14 de Julio de 1789—una diversión de gran brillo, que sólo sería opacado, si acaso, por el que arrojara á todos los vientos el GRAN CERTAMEN INDUSTRIAL, á que habían sido invitadas todas las naciones civilizadas del mundo.—Napoleón le daba á Paris un manjar antiguo, pero condimentado al gusto del pueblo galicano; es á saber: GLORIA Y CIRCO. Si á la postre el programa se desarregló un tanto, prueba tan sólo lo deleznable de los propósitos humanos.

A juicio nuestro, no hay la menor duda que Napoleón III fué el *unico* responsable de la intervención, á pesar de su ignorancia de los "detalles" que los interesados partidarios de ésta aducían como justificantes. Napoleón no hizo la guerra á Méjico nada más por satisfacer á los conservadores residentes en París, ni con el objeto exclusivo de ayudar á su ministro y otros personajes del Imperio, en especulaciones groseras y criminales; ni cedió á *todo*, hechizado por las insinuaciones de Eugenia; ni siquiera pudo decidirlo la sola esperanza de obtener, en pago de su ayuda, una porción de territorio mejicano—nó para poseerlo pacíficamente, sino con el fin "altruista" de "contener el avance de los anglo-sajones en nuestro Continente." La verdad

es que, ó Napoleón el Pequeño se proponía tan sólo "ocupar la imaginación de los franceses" con narraciones heroicas; (*) ó le pasó lo que á Walter Scott con sus novelas, según confesión propia: "sabía que las comenzaba; pero nunca previó la manera con que habían de terminarse."

Todas esas causas, y otras más que se aducen para "explicar" la Intervención, tienen el defecto de constituir verdaderas peticiones de principio, esto es, se da por cierto, lo que aún esta por probarse.

En la campaña de Italia, ocurrió lo mismo; el ex-Carbonari entró en ella sin "grandes miras políticas." Ya había desposado la causa de la unidad italiana, cuando Cavour, el intrigante Ministro, y él, pactaron la reincorporación á Francia de Saboya, que ya había formado parte de su territorio de 1792 á 1814. Quizás este arreglo, ó al menos el relativo á Niza, fué posterior á la entrevista de Plombieres, y nó resultado de ella, como generalmente se cree. Al menos, los mismos ministros de Napoleón, así como Mazzini y Garibaldi, nada supieron entonces de la cesión á Francia supradicha.—Justicia, pues, tuvo nuestro Ministro en Washington, D. Matías Romero, en calificar de "pretextos" los que ostensiblemente se aducían para sincerar, ó explicar, la intervención francesa.

Pero al asentar lo que antecede acerca de la culpabilidad exclusiva de Napoleón, no se entienda que tratamos de "sincerar ó exculpar" á los intervencionistas mejicanos; antes su papel, en nuestra tesis, resulta más desairado: no tuvieron el mérito, *dudoso*, de determinar la Intervención, de ser autores, y hubieron de contentarse con desempeñar el papel secundario y más deshonroso de instrumentos. No pudiendo ser el brazo, satisfechos quedaron con ser el hacha.

Si la noticia del arribo de la triple armada á las costas de Veracruz, no produjo en Francia más que mediano regocijo, nó aconteció lo mismo cuando se supo lo de la infidencia del Conde de Saligny; entonces el pueblo fran-

Recurso demasiado trillado de los tiranos y del cuál abundan ejemplos en la historia desde Ramsés II, quien por esa causa mantenía el imperio faraónico en constante é inútil guerra; esto es, para que la *gloria* le ayudara á hacer olvidar al pueblo egipcio su origen bastardo.

cés, señaladamente el de París, aplaudió frenéticamente y gritó vivas al Emperador y al Ejército hasta desgañitarse. Un historiador imparcial, Edwin Emerson, dice: la noticia de la ruptura de hostilidades y avance de las tropas francesas, fué recibida (en Paris) con *loco entusiasmo* (AMID WILD ENTHUSIASM). Y en aquellos días, bien puede afirmarse que rarísimos fueron los franceses, que, por "solo amor á la justicia," amor á un pueblo que conceptuaban semi-salvaje, (con abundantes "apariencias" para corroborar tal juicio entre los que de lejos nos juzgaban), de corazón protestaran contra la "aventura mejicana." Las palabras del General expedicionario: "la bandera francesa háse elevado en suelo mejicano, y no se abatirá; dejad á los cuerdos saludarla como amiga, dejad á los necios oponerse á ella," fueron repetidas con fruición por todos los labios franceses; aun los balbucientes de los niños. (*) Fué la hora del triunfo para la encantadora Eugenia—la Emperatriz española, lustre del solio de Francia.—Si alguna voz áspera, como la de Prim, y algún gruñido británico, se dejaron oir, Napoleón no se preocupó en lo más mínimo. Ya había vencido antes á todas las cortes europeas después de su famoso golpe de Estado, é Inglaterra fué de las primeras potencias en aprobar *el crimen;* y Rusia, que fué la última, al fin lo justificó y aplaudió como las otras.

La "deslealtad francesa," como la llamó el *Quarterly Review*, de Londres, no tuvo crítica en Europa, sino, nada más, *criticos*—críticos vergonzantes; ó de enemigos declarados del Imperio. Pero ya se sabe que la excepción confirma la regla. (†)

Alemania, se deleitó con la empresa napoleónica; el

Méjico ha hecho generoso sacrificio de su resentimiento, muy justo, contra Francia, ante las tumbas de dos Emperadores. El uno, murió en el cadalso; el otro, en la vergüenza. La expiación de Francia fué terrible.---Olvidemos.

---La reacción contra el supuesto proyecto de Imperio---*Reve d'Empire*---como después lo llamó Paul Gaulot, principió en Francia con la derrota del 5 de Mayo; la cual noticia aderezada y todo, oficialmente, produjo un notable efecto sedante aun en los ánimos más exaltados.---Aseguraban los periódicos unánimemente (y así pasó á libros franceses é ingleses), que los asaltantes de Puebla no "acabaron de triunfar," debido á una terrible tormenta que se desató y fué en auxilio de las "batidas fuerzas mejicanas."

Conde de Moltke detuvo el golpe premeditado contra Francia, gracias al brazo de hierro de Bismarck, que ya husmeaba *sus presas*, loco de alegría—ebrio de cerveza.

Los franceses, y todos los extranjeros residentes en Méjico, sin exceptuar americanos y españoles, se declararon ardientes partidarios de la Intervención, (salvo raras excepciones); y más tarde, del enclenque Imperio de Maximiliano. Los traidores, esto es, los antiguos jefes conservadores, brotaron por todas partes: Márquez uno de los primeros. A guerrillas liberales, oponíanse guerrillas afrancesadas; á jefes liberales, jefes afrancesados. Algunos de estos, sin embargo, tales como Miramón, hacían distingos, ó guardaban pudores. Miramón tuvo un rasgo de verdadero patriotismo; ofreció sus servicios á Juárez—que le fueron aceptados.—En cuanto á Márquez, chacal con astucia de zorra, comprendía que la empresa que se echaban encima los ex-conservadores no era de poca monta; causábale displicencia la tal cual pericia de los mejicanos para eternizar la lucha, "acostumbrados como estaban sus paisanos á la guerra de guerrillas;" y no dejaba de producirle desazón que fuera á creerse que se trataba de una "dominación á mano armada," "con la presencia de las tropas extranjeras," cuando solo iba á procurársenos "*una intervencion amistosa*;" en el cual caso, es á saber, *creyendo* lo primero, se encendería el "*amor patrio*," se estimularía el "*orgullo nacional*," con grave detrimento de la causa intervencionista, ó sea de los traidores á la patria.

Otros, como Gutiérrez Estrada y Robles Pezuela, sinceraban su proceder alegando cansancio de un estado de cosas, en que el bandalismo, la injusticia y el crimen, andaban sueltos por todas partes y haciendo de las suyas. Profunda desesperación habíase apoderado de sus nobles espíritus, viendo que la paz ¡la amada paz! parecía haberse despedido para siempre de la *Nueva Espana*, desde el infausto día de la gran revuelta del Cura de Dolores. Robles Pezuela, indudablemente creía de buena fe que la causa de Méjico era desesperada y la Intervención buena, pues al ser fusilado, por orden del gran patriota nuevoleonés, el

ilustre Zaragoza, así lo expresó en un conmovedor discurso de despedida—discursos que han cesado de conmovernos desde que reflexionamos, ayudados por la historia; y la experiencia, sobre este sabio proverbio holandés: "no hay quien no moralice en la punta de la cuerda."—Preciso es convenir, que las excepciones son raras. Hasta Manuel Lozada, el Tigre de Alica, produjo una buena y enternecedora alocución, á tiempo de embarcarse para el viaje de donde no se vuelve.

Olvidaron lastimosamente, sin embargo, estos "patriotas desesperados," que si paz no hubo en la República, desde Comonfort, fué debido única y exclusivamente á sus malos manejos, y nó á que el país no la deseara.—Así como tampoco hubo paz completa, después del triunfo de la República, porque....... los mejicanos ignoraban la historia griega. Los griegos, aleccionados de Pisístrato, prefirieron condenar á Milciades, aun siendo "el mejor de los hombres" (quum summa humanitas, tum mira comitas, ut nemo tam humilis esset, etc. etc.), antes que "vivir en el temor" de que un día ú otro les echara encima sus galones de Heroe y Caudillo, y los redujera á la esclavitud como Pisistrato. (Hæc populus respiciens maluit cum innoxium plecti, *quam sediutius esse in timore).* ¡Oh, previsión helena, altísima y admirable, cuánta sabiduría, cuánto amor á la libertad había en el trato severo, en los ostracismos saludables, con que solías recordar á tus caudillos su origen terrenal!—Caíste; cayeron tus dioses, tus templos, tus hombres y hasta tus mujeres divinas ¡que formas dieron á las deidades celestes! cuando tus gobernantes fueron tiranos, tus ciudadanos súbditos, y esclavos tus guerreros; cuando tus Pericles falsificados, sin freno ni ley, dejaron de temblar ante los arcontes que personificaban la Justicia, y de mendigar dejaron su misericordia, de rodillas y llorando........

Otros, los verdaderamente fanáticos, creían de buena fe amenazada la religión católica con la obra de los reformistas. Y como ignorancia y fanatismo suelen caminar pareados, máxime en las clases sociales más alta y más baja, (los

extremos se tocan), resulta que su anhelo por un cambio de cosas, era genuino y hasta sentimental: hallábase anidado en el fondo de sus corazones. Para ellos, en realidad, la política poco significaba, y la religión *todo*. Es indudable que si bien en el fondo—y para las personas ilustradas—las Leyes de Reforma poco ó nada tenían de agresivas *en si mismas*, una vez *sembradas* en nuestro medio social, produjeron corrientes y reacciones subterraneas (haciendo abstracción de las manifestaciones públicas, de las ostentosas protestas de la cleresía mejicana), que hasta cierto punto hacían la causa anti-reformista, una causa *de hogar*, en la que la ignorancia y sensibilidad femeniles, se explotaban en grande escala. Se representaba á la Iglesia, á la Religión de Cristo, cruelmente perseguida, los templos saqueados, sus tesoros desvanecidos, los altares profanados; custodias, coronas, *milagros*, y cuanto oro valía, convertido en oro vil, que serviría para fomentar la causa de los liberales sacrílegos. Añádase á eso, que hasta las propiedades de las comunidades religiosas habíanse confiscado: habían sido expoliados, saqueados, reducidos á la pobreza, á la ruina, la mayor parte de los representantes de Cristo en Méjico y ante el gobierno de Juárez; con todo lo cual, un rencor natural, ingenuo, explicable, profundo, casi digno de disculpa, se había apoderado de un gran número de mejicanos católicos de buena cepa y holgada posición social. Estos eran, si nó la masa, *una* masa ciega, masa bruta; quienes la movían y convertían en *maza*, sirviéndose de ella para fines aviesos, eran los criminales.

Ahora bien, en presencia—y exacerbando este resentimiento convertido en odio en el crisol de una alma ardiente de fanático—pongamos este otro factor ó agente moral: "el absoluto convencimiento de no poder cambiar las cosas con elementos propios ó nacionales."—Es cierto que los caudillos estaban allí, pero faltaban soldados; podía contarse con material de guerra, pero nó con soldados. El *pueblo* mejicano, desde Calpulálpam, declaró á los conservadores "fuera de la protección divina." Sus imágenes y santos, que servían hasta para "hacer llover," no daban re-

sultado para apadrinar grandes batallas. A todos sus caudillos les pasaba lo que á Miramón, es á saber, ganaban todas las batallas; todas, menos *una:* la buena, la decisiva. En tal coyuntura, el clerical (*) no sabía á qué atenerse. Era obvio que en él lucharan con furia sentimientos y afectos encontrados. Las enseñanzas de la niñez, los afectos y respetos primordiales, la *atmosfera del hogar*, por una parte; y por la otra, la desesperanza de obtener por medios lícitos, impecables, el fin ambicionado. En situación semejante, el católico de buena ley, presa de la indecisión y el remordimiento, busca al SACERDOTE; y allí está, presisamente, la triaca, el veneno, la ponzoña: el elemento decisivo.

Porque el sacerdote no había sufrido estas fluctuaciones ni luchas interiores. ¿La patria?—Para él, la patria era su Templo, su Roma, su Papa, su Dios; lo demás, eran meros "detalles terrenales," de poca importancia. Por eso hubo muchos ciudadanos católicos, que de buena fe sirvieron al francés, hasta como militares; pero no hubo un solo sacerdote, que lo hiciera por el bien de una *patria*—que no reconocían como tal; por el bien de sus *hogares*—pues que de hogares propios carecían. La traición del clero fué fría, calculada, audaz, comprometedora, impía, terrible!

Nos vamos á referir ahora á una clase muy interesante de infidentes: los *aristocratas*. Esta infidencia especial, de la propia suerte que la que nos ocupó anteriormente, se albergaba en el seno de los hogares; pero, á diferencia de la religión, no salía de lo profundo, del cofre de los grandes tesoros humanos—¡esperanzas puras, ideales depositados en el cerebro y corazón del infante, como alas para volar por sobre todas las adversidades de la vida, y llegar al cielo á tiempo de cesar el último latido de la entraña!—Nó; la prosapia de "la aristocracia," es mucho menos *noble;* tiene su albergue en el mismo sitio del alma en que

En esta clase comprendemos parte del proletariado: empleados, negociantes en pequeño, hacendados y aun profesionistas de ideas retrógradas, adquiridas en el hogar y conservadas como herencia sagrada de familia. Aun entre la *bourgeoisie* de los *sabios* mejicanos, abundaron los traidores. Lo cual solo prueba que la Ciencia y la Política, pueden marchar por veredas opuestas; y de hecho caminan casi siempre. Por eso se enredó tanto el ilustre Comte en los últimos volúmenes de su fracasada POLITICA POSITIVA.

la vanidad hace alarde de muchas otras baratijas, como ciencia, poderío, honores, gloria. Sirvió mucho en las épocas de obscurantismo, cuando era tan difícil separar al señor del bandido, al militar del salteador de caminos. Entonces, los franceses antes que nadie, establecieron aquella fórmula "nobleza obliga," que impelía y constreñía á los feudales de horca y cuchillo, á portarse como la gente honrada del pueblo lo hace en nuestros días.

En Méjico tuvimos muy poca aristocracia de buena ley: los descendientes de los cruzados no solían pasar á América; así es que precisaba darse por satisfechos con la que pudiera fabricarse en el país, con materia *prima* importada de España. Por consiguiente, no había por qué preocuparse por ascendientes. Pero fué el caso de que llegó en Méjico á ser nobleza, no sólo traerla en el vínculo ni ganarla con acciones ilustres, sino el mero hecho de venir de la Península. Las jóvenes ricas, (*"aristocraticas," ¡pardon!)*, de hace medio siglo, tenían un credo que principiaba así: "marido y bretaña sólo de España," con otros capítulos menos interesantes.

También tuvimos títulos y *pergaminos* (que es lo mismo) *criollos*, por ejemplo, los creados por ITURBIDE y SU ALTEZA SERENISIMA, que nuestros intervensionistas tenían en mucho; y por lo mismo que habían cesado de mostrarse á luz, perdiéndose casi, hacíanse más interesantes y rebuscados. Quienes por buena ó mala suerte los poseían, orgullosos estaban de ellos, y con ansia de que el "día de la reivindicación alumbrara en nuestro cielo," como decían las proclamas de nuestros caudillos. Estos desdichados cretinos, dieron á la Intervención un contingente mayor y "más efectivo" de lo que generalmente se cree. Lo que el fanatismo no alcanza, lo alcanza la vanidad; ha hecho más héroes la segunda, que el primero mártires. Salvo muy raras y honrosísimas excepciones, todas las familias aristocráticas de Méjico, señaladamente de la Capital, fueron intervencionistas; y muchas de las que intervencionistas no fueron, al principio, más tarde figuraron entre las mariposas y zánganos del Imperio.

Un elemento más nos falta, en la enumeración abreviada de los que concurrieron en auxilio de las fuerzas invasoras: los "militares crónicamente militantes." Estos, como se comprende, eran de dos clases: "caudillos inveterados" y de reputación, que por razón de su oficio y compromisos anteriores, desde luego hicieron alianza con las fuerzas intervencionistas; y la clase más numerosa y no menos importante, de los que pudiéramos llamar "lanzas libres," por su relación ó parecido con los de histórico renombre.

En otro lugar de esta obra hicimos referencia á los "guerrilleros incondicionales," que siempre aparecen en las naciones en que las contiendas civiles se prolongan largo tiempo. La Italia de antes de los Médicis, fué tierra clásica de estos *bravi* sin conciencia ni pundonor militar, que lo mismo servían á güelfos que gibelinos, y para quienes la revuelta política era el estado normal de las sociedades. Nacieron durante la contienda, vivieron en ella; después la tomaron como medio para medrar, y, sobre todo, de sustraerse á las necesidades y urgencias regulares de la vida. Mas, no se crea por esto que la senda era fácil, accesible, tapizada de flores; nó por el contrario, la vida de estos guerrilleros (con frecuencia perseguidos por ambos bandos), era terrible, sus penalidades sin cuento; endurecía á los hombres—el cuerpo y el alma de los hombres—hasta hacerlos de una sola pieza, sólidos, formidables. Su instrucción era nula, pocos sabían escribir su nombre; los capaces de pergeñar una nómina ó que de memoria se sabían algunos artículos de la Ordenanza, por haber servido en el Ejército regular, ascendían muy pronto, y, por lo común, comenzaban su carrera de coroneles, ó de generales, como el célebre Cortina en Matamoros.—Permítasenos transcribir un diálogo, vulgar, pero gráfico y que da una idea precisa á la generación actual, de lo que fueron los "lanzas libres" á que nos hemos venido refiriendo.

Conversan dos *jefes*, cuando ya los *boletines* habían traído la noticia del *nuevo ribilion:*

—A cuál partido te vas?

—A cuál te vas tú?

—Yo voy con los *mochos* (conservadores).

—*Pos* ¡vaya! yo también me iré con los mochos, ¿qué te hacen?

—Coronel.

—Y á mí, ¿qué me hacen si me meto?

—*Pos* también Coronel.

Con lo cual quedaban fabricados dos partidarios terribles de Miramón, ó de Márquez, ó de la Intervención francesa.

Se comprende que ese elemento nada tenía de despreciable; y añadido á los anteriores y difundido en toda la República como mala hierba, debería dar muchas horas de desazón á las fuerzas defensoras de la libertad, muchas horas de duelo á los hogares mejicanos.

Con esta clase de guerrilleros, y con jefes como Taboada, Márquez, Cobos, y más tarde Miramón y Mejía, la Nación prestaría un contingente poderoso al desleal, al desvergonzado Conde Dubois de Saligny, que tras de haber cotizado su firma—y con ello su honor de caballero y de soldado—á tan bajo precio "como el papel en que estaba escrita," lejos de devolverse y repasar, con armas abatidas, las fortificaciones del Cerro del Chiquihuite, conforme á lo pactado en la Soledad, verificaría el ascenso de la cordillera, no ya como conquistador, representante genuino de una Nación leal y caballeresca, sino como esos bandidos de baja estofa, que llaman á las puertas de las casas para asesinar á quienes les abren.

Después de esa acción villana de Dubois de Saligny, Francia debió haber despertado y nó contentarse con dejar el cargo de desempolvar su honra mancillada á media docena de oposicionistas y proscritos. ¿Acaso no había hombres honrados, hombres de honor, al servicio del Imperio? —Absurdo sería responder negativamente. La maldad no está tan extendida en el mundo para que permeabilice todos los tejidos de una sociedad en un momento dado. Sócrates vivió al lado de Aspacia y Alcibiades; Platón y Aristóteles enseñaban la filosofía más pura al pueblo fragelado

por Aristófanes; la corrupción se inicia en Roma y se extiende como una mancha oleaginosa; pero á la vez que las Neeras, Lesbias, Gliceres, Lalagues, Tindaris y Cloes insultan la virtud con la púrpura del libertinaje, las vírgenes romanas exigen este tributo á sus virtudes del más osado de sus poetas:

Este procul vittæ tenues insigne pudoris.

Ovidio, el autor de *Los Amores*, fué quien abrió una escuela de vicio á libertas y peregrinas; en tanto que se inclinaba reverente ante las excelsas matronas, á quienes el pudor velaba hasta los pies. *Quæque tegis medios, instita longa, pedes.* En el trono manchado por la lujuria furiosa de la Emperatriz más bella y corrompida del Gran Pueblo, descansaba la mano paternal del divino filósofo de Córdoba, y al oído de un imbécil y una cortesana—dominadores del mundo—murmuraba los preceptos de la moral más pura, que hicieron á los primeros cristianos reclamarle como *suyo*, y al ilustre Renán consagrarle esta bella frase: "Séneca irradiaba como grande y blanca estrella en negra noche, por entre un amontonamiento de nubes." Los Emperadores más prostituídos de la Roma agonizante, "pudieron hallar siempre al alcance de la mano" consejeros sabios, magistrados probos y ciudadanos dignos. En tal virtud, cuando un pueblo sano se convierte en campeón de una mala causa, no debe decirse que está exhausto de virtud, sino "que no la halla:" está desvanecido ó deslumbrado. En tal caso, (como aconteció á Francia), el despertar es un patético "*miserere.*"

Pero Francia ¡la *Belle France!* ha sufrido tánto desde entonces, que no nos admira la clemencia de nuestros historiadores, y aun la *bonhomie* con que la mayor parte de ellos fingen creer lo que no creen, y dan al arrepentimiento efecto retroactivo.



HEROE
Y
CAUDILLO

CAPITULO II.

Tras la Victoria.—La Suspension de Pagos.—Convencion de Londres.—Lo que no Podia Preverse.—Entereza de Juarez.—Incuria y Desastre.—Convenios de la Soledad.—Desaliento.—Lopez Uraga Vacila.—El Candidato de Juarez.—Abnegacion del Ministro de la Guerra.—Noble Arrogancia.—"Primero es la Patria."—Episodio.—Infidencia Francesa.—Ejercitos Contendientes.—Acultzingo.—Diaz en Accion.—La Retirada.—Los Traidores en Movimiento.—El 5 de Mayo de 1862.

Después del triunfo de Real del Monte, el valiente general Tapia y sus fuerzas victoriosas volvieron á Méjico, donde se les hizo una recepción entusiasta, premiando el Gobierno los servicios de cuantos se distinguieron en la lucha.

Márquez y los suyos, incluso el Presidente recalcitrante Zuloaga, abandonaron el campo antes de terminarse la batalla, dejando su artillería y la mayor parte de la impedimenta en poder del enemigo. En vista de lo irreparable de las pérdidas, no les quedó más recurso que volverse, con un puñado de fugitivos y dispersos, á sus antiguas guaridas; nó ya en espera de cambiar el estado de cosas por sus propias fuerzas, sino con el auxilio de las armas extranjeras.

Todos sabían que un gran peligro amenazaba la República. En la Capital, la prensa discutía la situación con

acaloramiento; y, como siempre en estos casos acontece, en vista del peligro que se antojaba de proporciones colosales—por lo mismo que todavía no llegaba á ser inminente—las deserciones y vacilaciones se acentuaban más y más cada día, formándose una atmósfera hostil para el gobierno.

La ley de 17 de Julio de 1861, autorizando la suspensión de pagos, (por razón de que hallándose casi exhausto el tesoro federal, privado de más del 90p§ de los productos de las Aduanas, que constituían su principal fuente de ingresos, la situación del país no podía ser más tirante), se acarreó una tempestad de censuras (¡que aún no termina!), y sirvió de pretexto á la famosa Convención de Londres. La ley fué derogada cuatro meses después de declararse en vigor, (17 de Julio á 26 de Noviembre); pero continuó la crítica, aun más acre y severa. El *pretexto* aparente que servía de justificación á la triple alianza, desapareció; mas no por ello se resintió la empresa, que ya tomaba tintes más de pirática que de política; más de agresiva que de justiciera.

Pirática é injusta, sin embargo, habíalo sido desde el principio. Fuera de los *cobros*, las potencias aludidas se hallaban provistas de otros pretextos; y de no haberlos tenido, los hubieran inventado. Lo que hizo *posible* la Convención de Londres, no fué las reclamaciones en sí mismas, sino *la hora*, el momento histórico: Luis Napoleón. Así como lo que nos salvó (en parte) de sus efectos, fué la falta absoluta de diplomacia entre los enviados representantes de las potencias coaligadas; no pudieron armonizar sus ambiciones, y nosotros salimos ganando. Soldados fueron, y nó diplomáticos, los representantes de Europa en los tratados; y como tuvieron que habérsela con un diplomático insigne—el Ministro de Relaciones D. Manuel Doblado—fueron vencidos en este terreno: la victoria diplomática para el gobierno de Juárez, fué completa y brillante. En cambio, un soldado sin honor, á propósito para el desempeño de una misión secreta tan desvergonzada como escandalosa, hizo asentarse el platillo de la balanza con el sable de Breno.

La cuestión política había terminado por completo; la militar se iniciaba. El gran Presidente pudo prever el triunfo de la diplomacia mejicana—pudo preverlo, sobre todo, en vista de la justicia que á Méjico asistía—pero no pudo nunca, *nunca* pudo prever, que un Almirante francés arrojaría lodo á la cara de su nación—y que su Nación lo soportaría; que un Conde y General francés vendría luego, se enteraría en detalle de lo acontecido y cómplice se haría del infidente y también arrojaría inmundicia al rostro de su patria—y también su patria, Francia, lo toleraría; que Napoleón, el Emperador de los franceses, sabría todo eso—y el Emperador lo aprobaría; que toda Francia tendría noticia de la desvergüenza de Saligny, de la desvergüenza de Lorencez, de la desvergüenza de su Emperador, y.......... ¡aplaudiría frenética la marcha de las fuerzas intervencionistas al corazón de la República! (*) Nada de eso pudo prever el ilustre indio de Guelatao; y á pesar de ello, no se durmió sobre los laureles de Pachuca.

En medio de las tempestades de aquellos días no perdía la cabeza un solo instante. Encomendó al General López Uraga la organización rápida de la primera división, para lo cual contaba con el contingente valioso del Ministro de la Guerra, General Ignacio Zaragoza, cuyo nombre brillaba ya como estrella de primera magnitud en el cielo de la República. Esta división llegaría á ser el glorioso EJERCITO DE ORIENTE, y de ella formaron parte seis batallones, un regimiento y una batería de las fuerzas de Oajaca, divididos en dos brigadas al mando de los generales Ignacio Mejía y Porfirio Díaz, respectivamente. Con este último iban los batallones Guerrero y Morelos.

La brigada de Mejía se hallaba poco después en San

No pretendemos despertar odios retrospectivos; pero quienes deseen convencerse de la verdad de lo que asentamos, esto es, del regocijo público que en Francia causó la noticia de que "Lorencez habia recibido orden de marchar *hacia la capital de la Republica*, lo que ya efectuaba" etc., no tienen más que leer los diarios franceses de la época (que hemos consultado), y el *Times* de Londres, Abril 12 de 1862. En este último periódico, así como en el *Saturday Review*, se habla de la Intervensión como de una "*cosa* popular en Francia" y que "ocupa el espíritu público," etc., Asentamos hechos. *Amicus Plato sed magis amica veritas.*

Andrés Chalchicomula, donde en explosión terrífica de materiales de guerra, motivada por la incuria, se sacrificaron centenares de víctimas, entre ellas muchos de los veteranos de la *Guardia Nacional de Oajaca*, en cuya compañía nuestro héroe dió los primeros pasos en el áspero camino de la gloria militar.

Porfirio Díaz había marchado á Orizaba con las fuerzas de su mando; de allí se trasladó á Jalapa y luego al rancho de *El Camaron*, (punto situado entre Soledad y Córdoba), donde permaneció algún tiempo. En seguida, por orden del General en Jefe, dirigióse á la Cañada de Ixtapa; estableció allí provisionalmente su campo, y se dedicó á mejorar la instrucción y equipo de sus soldados.

Entretanto, Veracruz había sido desocupada, por precaución sabia del Gobierno del Centro. El Gobernador La Llave, al mando de la guarnición, habíase replegado al Cerro del Chiquihuite, en las primeras estribaciones de la cordillera, y las tropas de las potencias aliadas ocuparon la zona mortífera de la costa.—En tanto que los convenios, á que el Gobierno había invitado á los representantes, se ratificaban y algo se decidía en definitiva, las fuerzas invasoras hallábanse expuestas á los efectos del clima; las fiebres principiaron á hacer estragos en los soldados europeos. De aquí que, en los preliminares de arreglo, en Soledad, se pusiera la clásula á que varias veces hemos hecho referencia, en virtud de la cual las tropas de las naciones aliadas—á las que se les permitía internarse á la región sana—en caso de desavenencia deberían contramarchar hacia la costa, pasando las fortificaciones del Cerro del Chiquihuite.

Ya se sabe lo que aconteció después: rotos los tratados—que muy alto colocaron la diplomacia del Ministro Mejicano—merced á la carencia de ella de los representantes; ó mejor dicho, porque inivitable hicieron el fracaso las instrucciones secretas de Napoleón, el Ejército francés, dejando atrás solamente sus enfermos, simuló una retirada que engañó á todos........

Antes nos referimos á la indecisión, el desaliento que se había apoderado de muchos liberales, aun antes de lle-

gar á playas mejicanas las fuerzas europeas. Y sin embargo, avesados aquellos hombres de hierro con una vida de continuo batallar, llevando á la espalda cincuenta años de combates rudos, crueles, constantes, en que la guerra se había hecho tanto á enemigos propios como á extraños; avesados también á las amenazas continuas de los europeos, y con motivos para confiar mucho en el respeto que á los intervencionistas inspiraría la República septentrional —á pesar de hallarse entonces en guerra intestina—el pesimismo que se observaba tenía más de presentimiento que de aprensión real. Por otra parte, la Convención de Londres, en sí misma, era menos alarmante que la agresión aislada de cualquiera de las tres potencias; pues esas alianzas son, por lo general, poco temibles, cuando operan á largas distancias; pero, desde el momento que ya fué asunto de lidiar "cuerpo á cuerpo," si vale decir, con una potencia sola, la más temible de las tres—aquélla cuyos soldados habíanse cubierto de gloria, recientemente, en Rusia y en Italia—desde este momento, decimos, se necesitaban corazones de bronce, almas de acero para afrontarlos.

No era de ese temple la de López Uraga, por eso él, como otros muchos de inferior gerarquía, vaciló, hizo voces sus temores y pública su opinión, sobre que "los soldados mejicanos no podrían oponer resistencia seria á los franceses." Nó en descargo; pero sí en atenuación de la grave falta militar de Uraga, puede decirse, que si bien no fueron muchos ¡felizmente! los liberales que osaron externar semejantes opiniones, muchos la llevaban como un torcedor entre el corazón y los alamares.

Destituído del mando el General sin fe—y con sobrada justicia, pues cierto y bien sabido es aquello de que "quien no espera vencer ya está vencido"—ofrecióse á Juárez el abrumador problema de substituirlo con un Jefe de gran reputación, de gran mérito y capaz de levantar los ánimos decaídos. Cuando el general en Jefe de un Ejército vacila, es como cuando los cimientos de un edificio se hunden; apuntalarlo, exije tanto costo y mayor arte, muchas veces, que fabricarlo de nuevo.

Zaragoza había comprendido toda la gravedad del momento. En Consejo de Ministros discutíase, qué jefe debería substituir á Uraga en el mando supremo del EJERCITO DE ORIENTE—ejército de quién sería la gloria de derramar la primer sangre enemiga, en cambio de la propia; y no sólo eso, sino que también suya sería la honra de poner á prueba, hasta qué punto los formidables soldados de Magenta eran invencibles.—La alta empresa de derribar ídolos, iba á ser para el EJERCITO DE ORIENTE.

Los nombres de los generales más ilustres habían sido dichos, y éllos propuestos; pero Juárez nada resolvía, por ninguno se determinaba. ¿Por qué razón? ¿Había en su mente algún *nombre*, algún candidato que no osaba proponer? ¿Qué consideraciones le detenían?—No cabe duda que hubo un instante en que el Ministro de la Guerra vióse obligado á responder á una proposición nó formulada, mejor dicho, que no podía formularse sin exigir de él un verdadero sacrifici:—el de ausentarse del hogar cuando su presencia en él era indispensable. He aquí las palabras que el historiógrafo Fernando Iglesias Calderón, hijo del ilustre patricio José María Iglesias, pone en boca del Caudillo nuevoleonés, en el momento de ofrecer sus servicios al gran Presidente: "Yo estoy seguro de tener el corazón tan en su lugar como el mejor de los europeos. No garantizo, sin embargo, la victoria. Yo me obligo á combatir, no me obligo á vencer." (*) Hay arrogancia y hay modestia en esas palabras. Todos los grandes generales, en la hora de prueba, han tenido esa clarividencia de sí mismos. Zaragoza encontró palabras con que expresar modestamente un pensamiento altivo.—A punto de librar una batalla Antígono Segundo, contra los generales de Tolomeo, díjole el piloto que la escuadra enemiga era mucho mayor que la

"Debo el conocimiento detallado de este suceso, dice Iglesias Calderón, á mi inolvidable amigo el incorruptible patricio Don Blas Balcárcel, compañero de Zaragoza en el Ministerio del 61 y testigo presencial de aquella noble escena; pero el simple hecho de haber pasado Zaragoza del Ministerio al Ejército de Operaciones y las palabras con que el Presidente Juárez aceptó su renuncia, bastan y áun sobran para comprender lo patriótico de su resolución máxime si se atiende á que no detuvo á Zaragoza la suprema gravedad de su esposa enferma."—UN LIBRO DEL GENERAL MINISTRO DE LA GUERRA., *pag. 58.*

suya, "*y mi presencia*, contestó el Príncipe guerrero, ¿por cuántos navíos la cuentas?—Los hombres se "conocen á sí mismos" mucho más de lo que fingen creer los que toman al pie de la letra el fundamento de la filosofía socrática. Cuando el mismo Sócrates no pudo tolerar más tiempo las burlas y retos de Alcibiades, se acordó que poseía músculos de obrero (que había ganado el pan hiriendo el mármol), y, en lucha cuerpo á cuerpo, escarmentó al procaz aristócrata. Zaragoza, también conocía la fuerza de su brazo, y al ofrecerlo al servicio de la Nación, sabía el valor de su oferta, y que no sería rechazada. Nó; ni aun por hallarse á la sazón su esposa gravemente enferma; por que, como dijo el héroe de Tacámbaro: "PRIMERO ES LA PATRIA."

Del FORTIN contramarcharon las tropas de Lorencez, (que con refuerzos se había reunido á Dubois de Saligny), hasta llegar á corta distancia de ESCAMELA, en el cual punto hallábase una avanzada de la brigada del General Díaz compuesta de cuarenta hombres. No era de temerse una agresión por parte de las fuerzas que se retiraban, ó debían retirarse, en cumplimiento de la cláusula respectiva de los convenios dé la Soledad; y por consiguiente, cuando el jefe del destacamento referido vió avanzar sobre sí 200 Cazadores de Africa, y más luego pudo descubrir que á la grupa traían 200 Zuavos, debió haber pasado por instantes de expectación inexplicable. En momentos tales, el hombre que *quiere saber*, no *piensa* en defenderse; cuando el ataque es absurdo, la defensa es meramente instintiva. No comprendiendo por qué les atacaban, aquellos soldados heroicos no sabían cómo defenderse. Pero supieron, sí, mostrar sus pechos esforzados á los proyectiles traidores de un enemigo infame, en obstinada y admirable resistencia casi pasiva. De aquel puñado de valientes, más de treinta rodaron por tierra fusilados. Los seis ú ocho restantes, algunos de ellos heridos, volvieron á Orizaba, portadores de una noticia infausta para la causa nacional, pero de la que no se enorgullecería la historia militar de los franceses.

Para cuando ocurrió lo referido, el General Zaragoza, que llegó á Orizaba al mando de una brigada, habíase ya

hecho reconocer como general en jefe del Ejercito de Oriente. Dícese que departía una mñana, con el famoso Marqués de los Castillejos, cuando un oficial de la brigada de Díaz, se presentó llevando el parte de lo acontecido. Zaragoza y Prim no podían dar crédito á lo que escuchaban y preciso fué tomar en cuenta la valía y antecedentes de quien el informe procedía, para no rechazarlo de plano como absurdo. Pero, no cabía dudar; y en tal virtud, el General en Jefe no perdió un solo momento; montando á caballo, se dirigió al sitio en que se hallaban los soldados de Oajaca, al frente de los cuales encontró ya al General Díaz resuelto á defender el punto con su bravura acostumbrada.

Oponer resistencia seria, con aquel puñado de valientes, á todo el ejército francés (6000 soldados de las tres armas, ya en marcha sobre Orizaba, era precipitar la derrota y promover con ello un pánico peligroso. Tomando en cuenta que el efectivo á la disposición del Jefe mejicano llegaba apenas á 2000 hombres, fraccionados en puntos más ó menos inmediatos, la desocupación de Orizaba se imponía, así como también el cambio del Cuartel General á un lugar que ofreciera mayores ventajas para la resistencia en número inferior, y libertad amplia de evoluciones. Con tal mira, las fuerzas nacionales ocuparon las Cumbres de Acultzingo, en tanto que los franceses se hacían fuertes en la ciudad desocupada.

Pero, ¿cuál fué la explicación que de su impudicia dieron los condes de ultramar?—¡Que los soldados enfermos, que habían dejado en Orizaba, corrían peligro!—Eso bien puede llamarse "falsedad," ó "calumnia," á gusto de los historiadores; no nos detendremos á discutirlo.

Hallábase el General Díaz con su brigada en El Ingenio, (*) cuando recibió orden de marchar á Tehuacán en persecución del Gral. Márquez y algunos jefes de guerrillas, que merodeaban entre los Estados de Puebla y Veracruz, al acecho de una oportunidad para incorporarse á

En la actualidad "Estacion Nogales."

las fuerzas invasoras. Pero apenas había hecho escasamente dos jornadas, cuando, habiéndose sabido en el Cuartel General que el ejército invasor había principiado el ascenso de la cordillera, se le ordenó "que violentamente contramarchara con las brigadas á su mando." La columna mandada por el Gral. Escobedo se dirigió al trote por la derecha de Zaragoza, y la brigada del Gral. Rojo tomó la carretera; en tanto que Díaz llegó al Puente Colorado—el cual con heroismo defendían los soldados de Querétaro al mando del bravo Gral. Arteaga — á punto en que se hacía preciso proteger el paso del grueso del ejército mejicano, con una resistencia heroica. Este encargo se hizo á Díaz; y era digno de él. Valientes jefes le secundaban y soldados veteranos; así es que el plán de Zaragoza—quien no abandonó el puente hasta ver pasar el último de sus soldados—se realizó en perfecto orden.

No fué un gran combate, ni siquiera una victoria á medias; pero sí una lucha esforzada que hacía entrever la posibilidad de futuros triunfos.

Habiendo traspuesto las Cumbres el ejército invasor, Zaragoza se situó en San Agustín del Palmar, donde activamente se dedicó á reponer pérdidas y á reorganizar su ejército, eficazmente auxiliado por el Gral. Díaz y otros jefes de renombre. Arteaga había quedado herido gravemente en la histórica refriega de Acultzingo.—Famosa, ante todo, por haber sido allí donde se confundió por primera vez la sangre mejicana con la sangre francesa, en el maridaje de la traición y de la muerte.

De allí las fuerzas mejicanas marcharon á Puebla; y las francesas en su seguimiento.

Entretanto había ocurrido un suceso digno de remembranza. El Gral. Taboada, en Córdoba, traicionando la causa de la República, había desconocido el gobierno de Juárez, proclamando Presidente al Gral. D. Juan N. Almonte, de ingrata memoria para los mejicanos.

Con esta investidura ficticia y carnavalesca, el flamante funcionario, se crió una camarilla, á guisa de Ministerio, y sin tardanza procedió á expedir leyes; leyes fiscales

de preferencia, como era de suponerse según costumbre antigua de todos los gobiernos de mala ley.

Veracruz fué asiento de la Administración nueva, (la cual funcionaba de acuerdo con los invasores), y, excusado es decir, que así Márquez, como los demás caudillos reaccionarios, habíanla reconocido como legítima, siquiera fuese de carácter transitorio. Es innegable que el *anti-Papa* de Veracruz tenía disposiciones especiales para ejercer el supremo mando, en naciones como la nuestra; no más que, en lugar del Puerto famoso por la instrucción liberal de sus hijos—en lugar del Estado de Veracruz—debió haberse investido primer mandarín de los mejicanos católicos é intervencionistas, en Puebla ó Querétaro. El éxito de las causas políticas, depende casi exclusivamente del medio en que se implantan. "Es digno de notarse, dice Graham—á propósito de las doctrinas que Rousseau tomó de Locke y de los Whigs de Inglaterra—que las opiniones que tan destructoras resultaron del otro lado del Canal, fueron importadas de este país, donde han sido completamente inofensivas."

Y puesto que Veracruz no era el terreno á propósito para la semilla clérico-traidora, no es de extrañarse que el estrafalario Augústulo—que disfrutó de la notoriedad de haber sido el ULTIMO DE LOS PRESIDENTES CONSERVADORES—anduviese con tan mala estrella, que no solamente la "circulación forzosa de su "papel-moneda" encontraba con muy serios tropiezos, sino que hasta la *empleomania* parecía haberse agotado completamente en el feliz Estado de Veracruz: nadie quería empleos, ni de los más lucrativos; todos se contentaban con su papel modesto de ciudadanos honrados, dejando al Sr. Almonte con las manos llenas de nombramientos y credenciales, á falta de dineros.

Ya se sabe cómo terminó esa farsa: cuando Forey llegó á Méjico, uno de sus primeros actos fué destituirle del poder de una manera vergonzosa, á la cual humillación se sometió con verdadera resignación cristiana.

Cuando Méjico haya salido de su actual adormecimiento, y, al recobrar de nuevo su dignidad, repasar pueda

con calma la historia de los histriones, más ó menos trágicos, que la han mancillado, Almonte, el *Augustulo Conservador*, gozará también la reputación merecida—si poco envidiable—de haber sido autor de una famosísima ley, por virtud de la cual se castigaba con el ostracismo el *delito* de DESAFECCION; esto es, á los que rehusaban aceptar cargos honoríficos y remunerativos en su administración sietemesina. Así como también se hará memoria de que, en tiempos posteriores, bajo el reinado de un Déspota y en el período álgido de la servidumbre mejicana, ese delito de DESAFECCION, sería castigado nó ya con el destierro, como amenazó hacerlo el desdichado Almonte, sino con ser entregados los delincuentes á los Jefes Políticos—y por mediación de estos á las ACORDADAS (*)—para ser asesinados infamemente sin formación de causa. Al "ostracismo" había ya sucedido la LEY FUGA.

Y como *pendant* á este entreacto cómico—entre dos dramas espantosos—no dejaremos de recordar que Zuloaga, EL PRETENDIENTE crónico á quien Miramón hizo viajar mal de su grado y luego Márquez testigo le hizo de sus descalabros, cuando supo que Almonte había sido "declarado Presidente por Taboada," sintió que le despojaban de *algo suyo*, y protestó enérgicamente ante la Nación!..... ¡Mascarada original y desbordante de amargura, la que ofrecían aquellos hombres!—Los campaneantes versos de Goethe, impregnados de hiel, cortantes, fríos como la hoja de un puñal, resuenan en el oído:

"Pues nada hay en nosotros que gravite,
Pronta y fácil será nuestra partida:
Pero... ¡Dejad, señor, que os felicite
Por vuestro nuevo género de vida!

FAUSTO.—*Primera Parte.* Gab. de Est.

Y mientras lo narrado acontecía, el cañón del fuerte de Guadalupe, en Puebla, había anunciado á los patriotas la aproximación del enemigo—y, al mundo, el primer acto del gran drama, en cuyo desenlace rodarían tres cadáveres en-

En MEJICO PACIFICADO, describimos las fechorías criminales de estas cuadrillas de asesinos, asalariados por los gobernadores de los Estados por orden del Centro. Son famosas las de Coahuilá, Nuevo Leon y Tamaulipas.

sangrentados: ¡la testa real de un Archiduque de Austria! —Drama digno de Esquilo, ó de la acerada trompa de Sófocles.

En los estrechos límites en que esta obra se desenvuelve, no cabe la descripción minuciosa de las grandes batallas cuyos pormenores se leen en cien textos; no hace tampoco falta para el fin que nos proponemos. Plumas más idoneas que la nuestra han emprendido la tarea con éxito, y autores eximios se han encargado de pagar el justo tributo á los héroes esforzados que, el 5 DE MAYO DE 1862, cubrieron la bandera tricolor con los lauros inmarcesibles de la victoria......

Con todo, si los detalles técnicos de la lucha no deben ocuparnos, sí la significación histórica y filosófica del triunfo.—Nuestro HEROE, ocupó sitio prominente en ese hecho de armas memorable. El parte oficial, rendido por el General en Jefe del Ejército vencedor, dice, refiriéndose á él, lo siguiente: "Con dos cuerpos de su brigada (la de Díaz), uno de Lamadrid, con dos piezas de batalla, y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron á la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posisiones. Aquella se replegó hacia la hacienda de San José, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claravoyado las fincas; pero no podía atacarlos, porque, derrotados, como estaban, tenían más fuerza numérica que nosotros. Mandé, *por tanto, hacer alto* al C. General Díaz, que con empeño y bizarría *los siguio*......." El General Bernardo Reyes, en su MONOGRAFIA HISTORICA, asegura que fué preciso *reiterarle ordenes* (al General Díaz), para que no siguiera su movimiento de avance sobre el enemigo en retirada." Otro de sus biógrafos asienta: "Zaragoza, que seguía con ansiedad el ataque de Porfirio, dió á este REPETIDAS ORDENES para que hiciera alto: el caudillo oajaqueño tuvo *entonces* que obedecer......"

Cualquier lector desapasionado nota desde luego, que tratando sus biógrafos de dar demasiado realce á la haza-

ña del Gral. Díaz, en la acción que nos ocupa, le calumnian de una manera torpe; ó, de otra suerte, evidencían que fué *el chinaco*, y nó el militar subordinado del Ejército regular, quien se batió con bríos el 5 de Mayo, y mereció los parabienes de Zaragoza. En materia militar, es en realidad tan malo el exceso como el defecto. La acción de Paul Deroulede, asaltando, al mando de voluntarios reclutas una trinchera bien defendida, por simple ostentación de arrojo, "vanidad de sangre," hubiera sido injustificable en un militar del Ejército de línea. La "disciplina," en su acepción más lata, es todo lo que media entre el "militar" y el "salteador de caminos;" y por eso la transformación de bandidos en militares, y aun en héroes, es tan natural y frecuente. Hablando, por ejemplo, de los conquistadores de América, decía D. Emilio Castelar: "de aquellos BANDIDOS que sembraban nuestros campos, hizo Isabel la Católica los héroes que plantaron el pabellón de la cruz en las moriscas almenas de Granada y descubrieron una nueva creación oculta en el ignorado desierto de los mares." (*) Lo cual, dicho sea de paso, no es para que nos vanagloriemos de "nuestra ascendencia colonial é ibérica," origen de la "aristocracia" mejicana que tan espléndida recepción hizo al Imperio de Maximiliano, sino para fijar un hecho histórico.

Don Porfirio Díaz, así como el resto de los militares que parte activa tomaron en acción tan gloriosa, se batió como bravo, como héroe: como todos sus oficiales, como todos sus soldados. Por eso el GRAN FRONTERIZO—¡á quien plugo á un destino infausto sorprender en las puertas de la Gloria!—dijo con magnífica sencillez y verdad en su parte respectivo: "puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el EJERCITO MEXICANO durante la larga lucha que sostuvo." Y esto, á pe-

"LA DEMOCRACIA ES LA PAZ.—Artículo de Don Emilio Castelar, reproducido en la *Coleccion de Articulos Politicos y Literarios.*, Madrid, 1859.

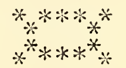
---Le llamamos el "GRAN FRONTERIZO," pues en 1829, fecha del nacimiento de Zaragoza, Tejas, como es bien sabido, pertenecía á Méjico.

sar de que, "EL EJERCITO FRANCES se había batido con mucha bizarría." (*)

La importancia de la victoria del 5 DE MAYO, no debe estimarse desde un punto de vista meramente militar ó estratégico, ni histórico, ni económico; pues en nada se mejoró con ella la posición de nuestras tropas, ni su eficiencia, ni el crédito público; y, sin embargo, su utilidad fué inmensa, por razón de sus *efectos morales*. Puede decirse que inesperadamente grabó en la conciencia de la Nación—vacilante ante los primeros soldados del mundo—esta verdad de trascendencia: "los soldados de Napoleón, que vencieron en Rusia y en Italia, pueden ser vencidos por soldados mejicanos."—Reflexionad sobre esa sola frase y encontrareis en ella todo un volumen de filosofía. A la Nación no le importaba saber ya más; era suficiente el conocimiento adquirido de que los invencibles, podían ser vencidos; de que el músculo mejicano no era inferior al músculo francés, blandiendo una espada; ni sabía dirigir mejor una batalla un francés que un mejicano. Para comprobarlo, ahí estaban gravitando ingentes los hechos documentados," ó como Tacito lo expresó en hermosa frase: GRANDE PATIENTIÆ DOCUMENTUM.

Zaragoza no iba á vivir ya mucho tiempo, pero antes de que una muerte inopinada é injusta le arrebatase al amor y al auxilio de la Patria, su espada habría escrito sobre los muros de Puebla, estas tres palabras proféticas: ¡NO SON INVENCIBLES!

Nueve días antes (el 26 de Abril) el Conde de Lorencez escribía al Ministro de la Guerra francés, lo siguiente: "tenemos sobre los mejicanos tanta superioridad de raza, organización, disciplina, moralidad y elevación de sentimientos, que suplico á Vd. se sirva informar al Emperador que *desde ahora*, á la cabeza de 6,000 soldados, soy dueño de Méjico."—El 5 de Mayo (9 días después), tràs encomiar Zaragoza la bizarría de las tropas francesas, añadió: "su general en jefe (Lorencez), se ha portado con torpeza en el ataque." ¡He allí la superioridad *de raza!*



CAPITULO III.

Despues de la Victoria.—Recelos y Temores.—Reaccion.—Efectos Contrarios.—Muerte de Zaragoza.—"La Ciudad Codiciada."—Diaz en Veracruz.—El 2 de Abril de 1862.—Episodios Sangrientos.—El Heroe en su Puesto.—La Toma de Puebla.—Longanimidad Problematica.—Efectos del Desastre.—Datos enganosos e Insuficientes.—Imprevision de los Heroes.—Focion el Ateniense.

Grande fué el regocijo que causó en toda la República, entre los liberales, el triunfo de las armas nacionales en Puebla; y por opuestas razones, la depresión, el terror entre los conservadores fué insoportable por algunos días. A estos fenómenos naturales sucedió otro de mayor importancia: inquietud profunda se apoderó de cuantos capaces eran de penetrar la cuestión palpitante, tomando interés en ella, sin distinción de credo político. Liberales y conservadores se encontraron presa del mismo sentimiento: un sentimiento de duda inquietante y vago. ¿Se repetiría el desastre para las fuerzas intervencionistas? ¿Qué efecto produciría en la vanidad de los franceses la noticia de la humillante derrota? ¿No era un augurio ominoso para la causa que apadrinarían los invasores, inaugurar su primer esfuerzo serio con un fiasco inesperado? Por otra parte ¿qué tan honda sería la reacción que en Francia se experimentase? Con los primeros días, las cosas cambiaron poco. La

sorpresa del CERRO DEL BORREGO, muy vergonzosa y todo, (desde un punto de vista militar), para González Ortega y los suyos, también, desde igual punto de vista, probaba bien poco. Una sorpresa aislada, no argulle mérito alguno: las sorpresas sólo realzan á un soldado que puede ofrecerlas en series uniformes. Las esporádicas, nerviosas, casuales, *santanescas*, son episodios ó incidentes sin valor fijo: son la moneda de cobre de las batallas. Por otra parte, nada nuevo probaba; porque si nada más ponía en claro la insuficiencia militar del Lic. Ortega, ésta no era para maravillar á mejicanos ni franceses. González Ortega era un patriota, nó un soldado; luchaba por la patria, nó por galones y distintivos.

Mas, aun dado el supuesto de que invasores y traidores hubieran tenido razón para envanecerse, por tan menguada recompensa al golpe rudo que el 5 DE MAYO recibieron sus armas; preciso les era convenir que el ataque de Zaragoza á Orizaba, fué magnífico, que las fuerzas liberales mostraron precisión, firmeza, empuje en el ataque, y "furia" en nada inferior á la famosa "furia francesa," que á sus soldados dió renombre de invencibles.

Las cosas, pues, manteníanse en un estado de indecisión exasperante para todos, cuando se tuvo noticia de la llegada del General Elías Forey á Veracruz, al mando de un Ejército numeroso y aguerrido.

Se comprende la trepidación que los leales experimentarían ante la ingrata nueva, y el inmenso júbilo que llenaría el corazón de los traidores. ¡Ah, una misma causa producía dos corrientes impetuosas y contrarias, que, saliendo del corazón de la República, iban llenando é hinchando todas sus arterias, unas con la hiel del rencor, las otras con la miel de la esperanza!

Ya se comprende, y aquilata, el inmenso estímulo para los infidentes. De todas partes brotaron gavillas, de las gavillas se hicieron bandas y con las bandas poco á poco iríanse formando ejércitos. Por el pronto, nó. El orgulloso oficial francés, orgulloso aún con los lauros recogidos en Montebello y Solferino, rechazó con insolencia las ofer-

tas del español reaccionario Cobos, manifestándole con singular franqueza, que no venía atenido al auxilio de las fuerzas mejicanas, pues que para salir avante le bastaban las ballonetas francesas. Palabras, por cierto, muy poco á propósito para que los intervencionistas mejicanos se enorgullecieran de la protección que de Francia les caía, y lo cual sólo sería principio de una cadena, sin solución de continuidad, de humillaciones y desprecios que lo por venir les reservaba.

La muerte de Zaragoza—el primero de los generales mejicanos—en la plenitud de la vida, y cuando la Nación veía en él un Caudillo providencial encargado de sacarla triunfante de la tremenda prueba, fué uno de aquellos desastres, singulares, que muchas veces deciden de la suerte de las naciones. No á todas les es dado, como á Inglaterra, triunfar de dos potencias con el cadáver de uno de sus héroes.

El frío de la muerte había tocado el corazón de la República; héroes quedaban, sí, quedaban soldados valientes, leales y dignos; pero también quedaba el vacío del que se fué y por el cual cruzaba, como sombra, una interrogación exasperante. El mismo Juárez debió haberse sentido vacilar. Méjico se hallaba saturado de traición; la atmósfera, para la libertad, era asfixiante: en aquellos rostros se dibujaba ya la sonrisa sarcástica del que husmea la desdicha de los otros.—Zaragoza había pasado colocando un solo cirio en el altar de la Esperanza.... ¿Quiénes le sucederían en la empresa titánica? ¿Donde se hallaría la fe y el esfuerzo que la causa demandaba con imperio? ¿Dónde los sacerdotes adictos, fanáticos, de brazo de hierro, de alma de bronce, duros de corazón como la roca, ardientes de corazón como la llama?—¿En qué forjas se fabricarían esos guerreros, ya que tiempo no había para pedirlos á las *Escuelas Militares*, ni siquiera al aprendizaje rudo del campamento?

"Son esos los garzones delicados
Entre sedas y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?...."

Si; los salvadores de la patria exurgirían de todas las clases sociales y lo mismo el humilde indígena, que el in-

dustrial, el negociante, el profesionista y hasta (por excepción) el aristócrata, sentirían bien pronto, que el valor es virtud, que la virtud es ejemplo, y que el patriotismo que en nobles hechos se ejercita, es valor, virtud y ejemplo.

Tras de algunas peripecias militares, el invasor se hallaba otra vez frente á los muros de la CIUDAD ANGELICA.—¡Coqueta empedernida, con sonrisas siempre fascinadoras para todos los enemigos de la patria; pero no excenta de virtudes y mucho menos carente de hijos que las poseyeran del más alto mérito.

El 22 de Septiembre había desembarcado en Veracruz el Mariscal Forey, y, como expresamos, el descaecimiento que se había apoderado de intervencionistas y franceses—torturados estos últimos nó solamente por las guerrillas de patriotas, sino también por los rigores del clima—transformóse en reacción saludable.

Zaragoza, con sus bravos generales Berriozábal y Díaz, había vengado el infortunado suceso del cerro del Borrego; pero no por ello podía decirse que los medios de defensa se habían perfeccionado gran cosa. La retirada á Puebla, tuvo más de mecánica que de estratégica.

Puebla había llegado á ser la "*Ciudad Codiciada*" por excelencia; porque amén de su situación geográfica é importancia para el abastecimiento de tropas, concurrían en ella dos atractivos: positivo, el uno, para conservadores y traidores; el otro negativo, para los liberales. Los primeros veían en Puebla una tierra de promisión; los segundos procuraban, con acierto, cortar á los enemigos este centro de refuerzos, donde contaban siempre con auxilio poderoso. Pero si el gran Caudillo republicano no se apresuró en lo más mínimo por volver á la ciudad que llevaría su nombre al través de nuestra Historia, Forey usó de parsimonia semejante. Cuando, como dijimos antes, se presentó ante los muros de Puebla, al frente de 36,000 hombres de las tres armas y en perfecto pie de guerra, la maniobra iba á ser para él meramente mecánica, y para los defensores, un mero derroche de heroismo. Allí estaban encerrados los más ilustres generales mejicanos, jefes de-

nodados, capaces de llegar hasta la temeridad, hasta el absurdo en una defensa casi imposible. Razón tuvo, pues, el Mariscal Forey, de maravillarse en más de una ocasión de lo que veía ó le contaban.

Díaz, á quien por algún tiempo se le había dado el mando del Gobierno de Veracruz, haciéndole á la vez jefe interino de la división de La Llave, no pudo permanecer tranquilo dedicando sus actividades á faenas administrativas. No eran de su cuerda. El Caudillo oajaqueño ama las finanzas como el salvaje los abalorios; nó por lo que de serio tienen en sí, sino por cuanto brillan con luz desacostumbrada, que *no es* la de los vivacs ni la de las refriegas. Por eso tampoco es nuevo para él dar los traspies más grandes en este terreno, por donde viene caminando—por donde camina—como un ebrio ó como un loco........." (*) ¡Ah! cuanto más cuerdo es el ejemplo de los reyes antiguos obligando á disparatar á un bufón para divertirse, que á un *Agente Financiero!* ¡Cuanto más agradables é inofensivas las meninas encantadoras de las cortes de antaño, que los financieros asalariados y campanudos, con una soldada de 250 pesos mensuales *por cerebro!*... ¡Qué mal tan grande que en política se progrese las más veces de lo simple á lo compuesto, en lugar de viceversa, como en la mecánica!......

El inquieto General Díaz, con sangre que no desmerecía, en calidad, comparada con la del vencedor de Guy de Lusignan—verdugo caballerosísimo—ó con la del rudo y bonazo Duguesclin, que con igual deleite cercenaba una cabeza que apuraba una cántara de tinto, había logrado que el Presidente le permitiera marchar á Puebla, y compartir

Esta verdad amarga y terrible; este Gólgota por donde el General Díaz, sin pretenderlo quizás, va llevando al país hacia el desquiciamiento, hacia la catástrofe que ya se avecina, será asunto que detalladamente nos ocupe en posteriores volúmenes de esta serie. Y que, cuando llegue la hora terrible, al menos se diga que hubo UN MEJICANO, que *vio* en lo por venir el hundimiento de la patria, con Nectanebo, con el *ultimo de sus tiranos.*

¡Pueda mi amor sincero y profundo al país donde nací, prestarme todavía alientos pará erguirme, superior á todas las adversidades, dolencias y decepciones, y alzar la voz de protesta: *Vox clamantis in deserto!* ¡Voz que se perderá en la indiferencia de un pueblo que duerme!

con su guarnición maltrecha é insignificante, las glorias de una derrota segura; pero que constituiría una verdadera bacanal roja, iluminada con los relámpagos de la artillería, la fusilería y el incendio, y regada con torrentes de sangre; en ella habría suicidios magníficos y aparatosos, derroches de guapeza entre edificios derrumbados, en la boca de las minas, ó bien revocando con acribillados cadáveres las horadaciones y brechas; y sobre todo eso, la explosión de un patriotismo desesperante—desesperante para los sitiadores.

A la verdad, si la guerra es un *arte*, los ternes guerreros mejicanos, y también los asaltantes con frecuencia, perdieron vidas ó miembros, ó sangre, al menos, de la manera más *artistica* imaginable. Aquello fué una sinfonía de horrores, una gama cromática, que iba recorriendo, en lira de cuerdas aceradas, todo el diapasón del heroismo.

¿Vamos á citar casos concretos?—Allí está Díaz, en el *primero* de sus 2 de Abril famosos. El enemigo había logrado, merced á fuego vivísimo y certero de artillería, abrirse una brecha considerable en el cuartel de San Marcos, ocupado por las fuerzas oajaqueñas, al mando de su antiguo jefe y acostumbradas á "seguir su penacho." Los asaltantes venían de Solferino, no eran hombres para quedarse meditando en lo que habría detrás de los amenazantes y sombríos muros. *Alli* estaba la horadación, irregular, abierta como mandíbula y como antro. Detrás había el silencio y la obscuridad, ocultando la explosión, el derrumbe, la agonía, la muerte, que esperaban febricitantes á sus víctimas. Tampoco eran los de adentro, personas para ver con entero desagrado la oportunidad que la metralla había abierto á sus adversarios, de estrecharles cuerpo á cuerpo, en sangriento y mortal abrazo, entre aquellos muros agrietados y lienzos de pared que amenazaban ruina. Llegó la hora suprema, el instante temido, el momento codiciado. El bravo invasor se lanza por la brecha con bríos y audacia; penetra á duras penas, hace parapetos de cadáveres, los combates singulares se generalizan en aposentos, corredores, patios y pasadizos. Los desvanes, zaquizamis, techos y buhardas, vo-

mitan fuego; tras cada estorbo hay un soldado que tira. No hay ya brazos inútiles. Los cíclopes de la muerte majan y majan con constancia diabólica. En aquel infierno suena de vez en cuando una voz breve, ríspida, ahogada por el humo y las descargas; pocos la oyen, pero todos la conocen. Es la del terrible general oajaco, es la de Díaz. Este mata y vigila, dirije y pelea, anima y siembra el pánico en sus adversarios.

Llega un momento en que el cuartel queda dividido; la mitad lo ocupan fuerzas invasoras. El espectáculo es soberbio, el drama está de plácemes. Apenas si ha transcurrido un momento de vacilación ó de descanso, y ya de nuevo la lucha se entabla; los sitiados atacan. Atacan con furia; la fusilería ensordece, la artillería atruena, los muros tiemblan y vacilan; por último...... ¡el endiablado enemigo huye, dejando su heridos y sus muertos!..... La sangrienta refriega había durado hasta después de la media noche, y, á las dos de la mañana, próximamente, de nuevo atacaban los franceses el cuartel, precipitándose por una vía acabada de abrir.

¿Creeríais que Porfirio había ido á enjugarse la sangre y á tomar descanso?—Nada de eso. Acudió rápido á donde la matanza le llamaba; y hasta que el día saludó el triunfo espléndido de los héroes que así sabían defender la patria, y los soldados del asalto, heroicos también y púgiles, habíanse retirado, el joven general se dirigió tranquilamente al cuarto de banderas, á pergeñar el parte de lo acontecido.

No; no es para nosotros la honrosa tarea de describir minuciosamente los hechos de armas en que tomó parte conspicua nuestro Heroe en aquellas jornadas memorables. Así también nos reprimiremos—á pesar nuestro—de mencionar siquiera, tántos y tántos hechos insignes que otros jefes, y aun meros soldados, efectuaron, con despilfarro de valor, plétora de heroicidad. Tendremos, pues, que concretarnos á recordar el desenlace soberbio de aquel drama secular: "González Ortega rompe sus armas, clava sus cañones, destruye la impedimenta, hace desaparecer los teso-

ros que quedan, licencia su Ejército, y le dice al enemigo: "*entra y tomanos.*" Y cuando el enemigo entró, nó encontró, por cierto, sitiales de marfil, y en ellos esperando ancianos de largas túnicas, de profusas barbas, en actitudes dignas y custodiados por lictores resplandecientes, semejantes á dioses, nó; encontró nada más un montón de héroes vestidos de harapos. Y bien les estaban, porque los harapos sientan mejor que la púrpura á los héroes en desgracia. —¡Ah, tan sólo PUEBLA ha visto escenas semejantes en Méjico; cuántos y cuán buenos títulos para el perdón y olvido de sus veleidades!

En la toma de Puebla un gran número de generales y oficiales quedaron prisioneros, por haberse negado á firmar el compromiso de no volver á servir bajo los estandartes de la República, mientras las tropas francesas permanecieran en el país. Felizmente Forey debió ver tan claro el camino de la ocupación y el éxito final, que no creyó necesario hacer uso de medidas ejemplares, ni aun en presencia de lo caro que á sus soldados costó el triunfo, y lo atrevido é inusitado de la manera con que el caudillo de Calpulálpam y sus brillantes subordinados se rindieron. Esto no es extraño, el mismo Porfirio Díaz, como veremos más tarde, dió un ejemplo de *magnanimidad* parecido, que cómicamente le han aplaudido y elogiado sus panegiristas de mil maneras curiosas é impertinentes; con sonrojo, sin duda, y mortificación del Caudillo oajaqueño.

Si alguna vez, durante el curso de su gloriosa existencia, ha manifestado el Presidente Díaz longanimidad plausible, ha sido escuchando esos aduladores insultantes, que le rasgan con la uña al acariciarle sin talento; y á quienes no manda ahorcar, nada más porque comprende lo mal que se interpretaría su muy justo resentimiento, en una nación tan corrompida como la nuestra. Al menos, si así no fuere, la seriedad de nuestro personaje perdería muchísimo. La agriedad en el gesto, constituye muchas veces la perfección artística de un semblante. Esto lo sabían bien los escultores helenos. Haced sonreir á la Esfinge, aun en los espasmos de su lujuria espantosa, y habreis arro-

jado todas las arenas del desierto sobre tan espléndida creación; y al sepultarla, sepultado habreis con ella el espíritu de la soledad interrogando las cosas tristes y muertas, en el nombre divino del Arte.—También hay vándalos que destruyen las figuras humanas, con el intento necio de perfeccionarlas.

Y por lo mismo que nuestros militares se negaron rotundamente á entrar en componendas con los invasores, su primer cuidado fué burlar su vigilancia, con el propósito firme de restituirse á sus banderas. Unos, en la misma ciudad vencida, y otros camino al destierro, lograron evadirse. El General Diaz fué uno de los primeros, y se dirigió sin pérdida de tiempo á la Capital, para ofrecer nuevamente sus servicios al gobierno republicano.

En la Capital, entretanto, la desmoralización había llegado casi al paroxismo. Zaragoza, el héroe del 5 de Mayo —muerto; González Ortega, el héroe de la Reforma—vencido y prisionero. (*) Su ejército fué desbandado ó capturado; sus armas y municiones, destruidas. Parecía aproximarse el principio del fin á pasos agigantados.

Los generales que no habían tomado participación en la defensa de Puebla, unos habían sido derrotados, como Comonfort por Berthier, otros convirtiéronse en jefes de guerrillas. Los que rompieron el sitio, como O'Horán y Riva Palacio, á duras penas trataban de reorganizar sus escasas y desmoralizadas fuerzas.

En derredor de Juárez habíanse reunido las mejores espadas que lograron escapar al referido desastre, ora evadiéndose, ó por no haberse encontrado en la ciudad. De los que rodeaban al Presidente—en desgracia, pero siempre sereno, firme, lleno de fe—los había optimistas, y por lo mismo dispuestos á desmoralizarse al primer golpe serio; más, no escaseaban los corazones bien templados, resueltos á no desmoralizarse nunca, ni siquiera en presencia de los más duros obstáculos, de los mayores peligros y sacrificios aún más grandes.

Fué uno de los que lograron fugarse en Puebla, como el General Díaz, según antes expresamos.

Para estudiar con fruto algunos momentos de disolución aparente, de descomposición simulada en la vida de las naciones, precisa independernos de la mecánica de los hechos. Desde el momento que la máquina está fuera de orden, malamente podrá darnos idea de su eficiencia ó de la habilidad del encargado de ponerla en movimiento. Los datos que en estos casos nos proporciona la ciencia, esto es, las Finanzas, la Estadística, la Estrategia; el Arte de la guerra y el Arte de gobernar, son engañosos. No se puede juzgar de la utilidad ó eficacia de un telescopio, si los lentes ó espejos no se hallan en su lugar ó si el ocular no se ha graduado á la potencia visual del observador. Por otra parte, censurar, historiando administraciones pasadas, disposiciones ó actos que en el momento dado parecieron buenas ó útiles, ó bien se hicieron imperantes por la agencia de "factores secundarios," cuyo enlace con el agente principal se pierde para el historiador filósofo, máxime cuando éste sólo cuenta con el esqueleto de los hechos descarnados, para elucidar sus proposiciones, es á saber, con noticias secas, datos estadísticos, legales, ó sociológicos, que son la *trama*, pero nó la *causa* determinante de los sucesos; y desconocer que en ocasiones tales es imposible dar un fallo incondicional, como si para hacerlo, á usanza de jueces rectos, hubiesen detenidamente repasado todas las constancias procesales—detalladas y luminosas—desconocer, repetimos, la futilidad de su fallo en tales casos, argulle impertinencia, puerilidad, ridículez, una vanidad llevada hasta lo absurdo.

Cuando se escribe sobre historia contemporánea, "historia que se vive," puede ser *posible* censurar, con visos de justicia, lo que "*se hizo*" y lo que "*se omitio*" por maldad ó torpeza; porque, en este caso, nos consta que el elemento extrañado se "hallaba en la atmósfera," si así podemos expresarnos, y el no haberlo aprovechado ó haber hecho de él mal uso, puede atribuirse á móviles que conocemos, á agentes que nos son familiares. Pero, ¿qué gobernante del mundo, durante las grandes conmociones políticas, puede presentar series de actos uniformemente vindi-

cables, ante un criterio inflexible? ¿Y donde está el loco que lo pretende? Los hombres que mayor éxito han alcanzado en el mundo desde Alejandro hasta César, desde César hasta Carlo Magno, desde Carlo Magno á Luis XIV y desde éste á Napoleón Bonaparte ¿pusieron siempre los medios más apropiados para sus con frecuencia inesperados éxitos? ¿No se aglomeran, acaso, en el cerebro más poco cultivado, hechos y más hechos, de la historia de todas las naciones, que precisamente prueban todo lo contrario?—Atenas peleaba por su independencia, y á todos sus ciudadanos dignos preocupaba el porvenir de la República. El ilustre general Foción opone argumentos muy sólidos en pro de la prudencia. Compara los sueños de los patriotas, que siguen el parecer de Leastenes, á los cipreses, "bellos, altos, decía, pero que no dan fruto." Foción era un gran soldado, un soldado ilustre que dió muchos días de gloria á la patria. Pero los atenienses siguieron el parecer contrario al suyo, y se aprestaron á la guerra. Obtuvieron éxito, y durante un sacrificio en honor de sus dioses propiciatorios Foción ocupó la tribuna y habiendo felicitado á los atenienses por el triunfo de sus armas, vióse interrogado de esta manera:

—¿Así es como querías que las cosas ocurriesen?

—Sí; contestó imperturbable, que ocurrieran de esta suerte; pero, siguiendo el otro parecer......

Esto es, *su* parecer, el cual, como Valerio Máximo lo expresa, "no dejaba de ser preferible" á juicio del general veterano y testarudo.—¡Cuántos, con inferiores méritos á los del ilustre soldado de la antigüedad helena, creen á pie juntillas, que, á pesar de que Juárez *obtuvo exito* con sus procedimientos, *siempre* hubiera sido preferible, que hubiera "pensado y resuelto" como pensaron y resolvieron sus pseudo críticos, casi medio siglo más tarde! La vanidad pertenece á la infancia del mundo, á las civilizaciones de biberón; el mundo es nuevo y Foción vivía ayer, apenas hace dos mil cuatrocientos años....

* * * * * *

HEROE Y CAUDILLO

CAPITULO IV.

La Tranquilidad del Sr. Juarez.—Explicacion Psicologica.—Abandonan la Capital.—Traidores y Sediciosos.—La Ciudad Emponzonada.—Una Acta Infamante.—La Capital en Manos de los Traidores.—Juarez en San Luis Potosi.—Peregrinacion Gloriosa.—D. Santiago Vidaurri.—La "Via Dolorosa."—En Matehuala.—Recuerdo Historico.—El Problema.—Juarez en Monterrey, Chihuahua y Paso del Norte.—La Patria es Grande.

En los instantes supremos del desmoronamiento, en Mayo de 1863, el Gran Indigena, Presidente de una República que agonizaba, y rodeado por la derrota, el fracaso, la traición, la flaqueza y el desaliento, no perdía su calma habitual. La calma aquella con que, en Junio de 1861, causaba la admiración á la vez que inquietud de cuantos le veían dictando órdenes tranquilamente en Palacio, mientras la *Fiera Humana*, Márquez, atacaba la ciudad casi indefensa.

Sin embargo, la tranquilidad de Juárez, en aquellos momentos de duda é incertidumbre para otros, se explica psicológicamente. En él no había vacilación, no había ideas encontradas ó en pugna: no había *problema*. Lo que habría de resolverse, ya resuelto estaba en su espíritu; lo que incierto aparecía, instable, ilógico en la situación, no era para sacarle de quicio, pues que para él significaba *lo es-*

perado. Nada ocurre extraordinario cuando nos ponemos al lado de los acontecimientos, ó en abierta pugna con ellos. Los testarudos y los héroes son de la propia arcilla. Cuando lo que viene es lo que se espera, aunque sea lo malo, el pulso no se altera, ni los nervios pierden su laxitud fisiológica. Nada había de extraño en lo que ocurría para el grande hombre: todo lo sabía, todo lo conocía. Los semblantes que portan máscara, los corazones reblandecidos, el falso entusiasmo, la madera de la traición, las decepciones de la adversidad, las luchas sin cuartel contra hostiles elementos, físicos y humanos, sólo conseguían arrancarle agria sonrisa: eran antiguos conocidos á quienes había visto pasar tapándose el rostro. Le habían atacado ya, eran sus enemigos de antaño, pero nunca, jamás lograron vencerle. El mañana—el mañana de su fe inquebrantable—tendría que brillar, y diría entonces, como el ilustre Padre Mier, citando el texto sagrado: "ví al impío exaltado como el cedro del Líbano; pasé, y ya no existía......." En breve: Juárez traía su programa, el programa viejo, el programa sublime de su vida, el programa que encontró en estos dos versos que Sófocles pone en boca de Creón, en la *Antigona:*

"Jamás al enemigo de mi patria
A contar llegaré entre mis amigos."

No se comprende á Juárez de otra manera.—Tratad de arrojar sobre él la más insignificante mancha de traición....... Sí; lo podreis. Todo se puede. Los franceses dicen con verdad y energía: un perro puede ladrarle á un Obispo; pero, ese lodo.... os cae al rostro. La calumnia degeneraría en simple injuria: en lodo que ensucia, pero no mancha.

Tras de clausurar las cámaras y después de haber declarado benemérito al Ejército que con tanto brillo y abnegación hizo la defensa de Puebla, (*) abandonó la Capital, al frente de pesado convoy y numerosa comitiva.

Esta defensa fué inútil, desde un punto de vista meramente militár. Pero esta *inutilidad militar* no había escapado á la penetración del Presidente; por eso en su manifiesto de 10 de Junio, fechado en San Luis Potosí, dijo: "en Méjico, lo mismo que en Puebla de Zaragoza, hubiéramos rechazado á los franceses y *cedido luego a la* INVENCIBLE

El denodado General Díaz que, como digimos, se había presentado á Juárez tres días después de la rendición de Puebla, iba á proteger la salida de los poderes que se trasladaban á una ciudad del interior, más leal (si era posible encontrarla), y más bien situada para "promover la guerra contra el enemigo de nuestra *grande* y querida patria," según las palabras del Presidente.—Nótese que en esa palabra GRANDE, hay todo un "plan de campaña." En ella están esbozados los inmensos zigzags de San Luis Potosí á Paso del Norte. Bien sabía Juárez, que no se le acabaría su "grande patria" bajo sus pies; así tuviera que pisar las arenas del Bravo en los confines septentrionales.

Aún no había hecho una jornada, y ya se encontraba frente á frente con la traición en armas—las chusmas de Buitrón; y la traición en sus propios custodios—un batatallón maleado pretendía pasarse al enemigo. Se rompió el fuego por todas partes; el desorden cobró creces, rayó en pánico; mujeres y empleados civiles halláronse expuestos á las balas; los soldados leales habían perdido de vista á los traidores y se fusilaban unos á otros; por un intante se temió un serio desastre—cuando el Gral. Porfirio Díaz apareció en escena.—Destacó un cuerpo de caballería contra el enemigo traidor, y personalmente redujo á la disciplina al batallón insubordinado. Se restableció la calma; ẏ la comitiva trashumante, y el convoy tardo y solemne como las caravanas del Desierto, siguieron su lenta marcha hacia el interior de la República.

Díaz marchó á Querétaro, con el fin de reorganizar el ya famoso *Ejercito de Oriente* (cuyo nombre intentaba per-

NECESIDAD." Y esto no lo aprendió el gran psicólogo *a posteriori*, por "la lección de los hechos," sino *desde antes* que estos se consumaran. Juárez conocía sus hombres y sabía valorar una derrota. La defensa de Puebla fué un magnífico triunfo moral para los republicanos, en nada inferior al 5 de Mayo. Probar lo que se puede hacer, es andar la mitad del camino. Por eso en el mundo tiene más fama la defensa de Puebla que el 5 de Mayo, aun siendo ambas hazañas gloriosísimas. Méjico era una nación despreciada. Sus mismos generales, como Uraga, desconocían el justo valor de sus soldados; Juárez lo sabía, sin ser militar; y nó lo había adivinado, sino que había *pensado* y *visto*. Por eso sus primeros pasos fueron encaminados á hacer *respetable* al soldado mejicano ante extraños y propios. Pues bien, todos sabemos que logró su objeto, á pesar de posteriores desastres.

petuar), en tanto que el personal del Gobierno republicano, tras de permanecer un día en aquella ciudad, se dirigió á la Capital de San Luis Potosí, á donde inmediatamente estableció su administración, sin que serios obstáculos se lo impidieran. El día 13, Comonfort, á la sazón Ministro de la Guerra, decía á los gobernadores de los Estados: "por grave que sea la situación del país, (el gobierno) está firmemente resuelto á seguir defendiendo la independencia y el decoro de la República."

Y mientras así sus buenos hijos se aprestaban á una lucha de vida ó muerte, tan desigual cuanto gloriosa ¿qué acontecía en la ciudad de Méjico.

La primavera de la traición florecía exuberante, las hinchadas yemas de la vanidad gentilesca, reventaban en vástagos secos y hasta empolvados; los oriundos de extranjía sentían en sí algo que les obligaba á estrecharse recíprocamente, como medida precautoria para no reventar de gozo; dignidades noveles asomaban por todos los escondrijos; notabilidades flamantes, con el marbete limpio, lucíanse aquí y allí, mostrando en los interesantes rostros la visita reciente de una esperanza dulce á sus corazones; más de una chaqueta de bandolero, se renovó con parches rojos y azules alamares: cualquier cosa churrigueresca con visos de Francia. En los templos se decían misas solemnes, y en reclinatorios forrados de terciopelo de Utrecht, rostros encantadores se llenaban de lágrimas y labios rojos, imbesados, murmuraban con mística dulzura: "*¡oh, mon Dieu, come tu est bon, et come ils seront chamants les francais!*" —El comercio, el alto comercio, sobre todo, había cobrado inusitada animación. Desde el Palacio de Iturbide hasta el Zócalo, y de este al Palacio de los Virreyes, pasando por la Catedral y haciendo sesgo hacia el Empedradillo, parecía circular una corriente extraña, corriente de aire, de algo que saciaba sin llenar, de algo incorpóreo y que sin embargo se tocaba, que iba con los pedestres, se trepaba en las elegantes carretelas, asomaba por balcones y ventanas, aparecía en el fondo de los domicilios, se internaba por las oficinas, hallaba pasa franco en las sacristías, cu-

ratos, seminarios, y asilos diversos; ganaba en densidad al aparecer en caserones antiguos, de recios portones y claveteadas batientes, por donde asaltaban al olfato miasmas monjiles ó inquisitoriales: algo podrido. Los transeuntes hablaban entre sí confidencialmente, eran felices, ó mostraban serlo, *confidencialmente*, aunque las escenas de esparcimiento ocurrieran en medio de la calle; raro era el que osaba mostrarse satisfecho en público, sin lanzar en torno miradas de inquietud; en los lugares concurridos, los corrillos más bien parecían conciliábulos; pero, lo intenso, lo condensado de la situación: de aquella vaguedad, de aquella esperanza, de aquella miseria, de aquella incertidumbre, de aquella vergüenza, de aquel gozo inefable, acre, punzador, violento, dulce y nauseabundo, sólo podía encontrarse en los bufetes de ciertos abogados, donde el aroma del viejo nogal y el pergamino predominaba, ó de ciertos caballeros en los vetustos apartamientos, cuyos adornos murales de machetes y crucifijos, denunciaban la doble veneración de sus poseedores.—La ciudad estaba emponzoñada: por toda ella habíase extendido, á fuer de fluido sutilísimo: LA TRAICION A LA PATRIA.........

No habían hecho largo camino el Presidente y su ilustre secuela, casi podíanse escuchar los repiques de las cien iglesias metropolitanas, y aun deslumbraba la vista de los expedicionarios patriotas, el espejear de los lagos del Valle y las canosas montañas, de testas frías—como la entraña de los ingratos y de los malos hijos de la Patria—cuando los traidores se reunieron para formular una acta de vasallaje al invasor francés; acta redactada, nó con hipocresía, ni con dobléz, ni con maña, ni con odio siquiera, sino con la materia que brotó al picar el cáncer en un organismo corrupto. Casi toda la corrupción del país hallábase concentrada en Méjico, *quintesenciada*, si vale el neologismo, y de allí salió el acta de referencia; acta de abyección de sus autores, y que, para vergüenza suya y martirio de sus pósteros, la historia recogió con la fría indiferencia del escribiente que maneja expedientes terribles, en que se entrañan y de los que dependen vidas y honras.

Una comisión fué á Puebla, portadora del instrumento de adhesión y en manos lo puso del invasor de Méjico.—Cuando Forey alzó la vista para contestarles, ¿qué habría en su cerebro? ¿Qué ideas pasarían por el campo nublado de su mente—¡de su mente ocupada aún por los cuadros sangrientos y heroicos, las narraciones homéricas de hechos altos, nobles, egregios!—¡Ah, cuán pequeños aquellos desdichados!.........

Dejemos que en la Capital, Aguilar y Pereda y Almonte y Salas y otros "notables," propaguen la doctrina encerrada en el vergonzoso documento, y "convoquen á la nación por medio de sus *notabilidades*."—Ya habían echado garra al gran pretexto de los traidores de todo género, es á saber, "el desarrollo de los grandes elementos de prosperidad y grandeza que encierra el país," (CONSIDERANDO 2º); y todos sabemos lo que ocurrió después. El día 7 de Junio Bazaine entró á la ciudad, mandando la vanguardia del Ejército invasor, y el 10 hizo su entrada triunfal la retaguardia, que comandaba el *Vencedor de Puebla*. Los conservadores y afrancesados, esto es, "los mismos galgos con diversos collares," como el proverbio reza, les hicieron una recepción espléndida, que no hay para qué gastar espacio en describirla.

Bien sabido era que los Supremos Poderes Federales no podrían permanecer en San Luis Potosí mucho tiempo, por más que lo contrario pudiera desprenderse del manifiesto de 10 de Junio antes citado.

El elemento español, netamente conservador y afrancesado, dominaba en la ciudad. Los Ponciano Arriaga escaseaban lastimosamente, y la clase popular, fanática é ignorante, se dejaba arrastrar con más gusto á las banderas intervencionistas que á las republicanas. Hombres de valer, demócratas convencidos, no hacían falta allí, sin duda alguna, como también se encontraban en Querétaro y Puebla; pero, infortunadamente, se hallaban diseminados en la clase media y obscurecidos, casi neutralizados, como un elemento exótico, de poco vigor y escasa vida.

Nunca San Luis Potosí sobresalió por el patriotismo

de sus hijos; la cual aserción, con sumo gusto lo confesamos, sería de todo punto injusta si de la *ciudad* la hiciéramos extensiva al Estado.—¿Quién no recuerda, con orgullo, aquél Batallón de San Luis Potosí, que, al mando del eximio Escobedo, dió tantas pruebas de valor, obstinación y disciplina desde Acultzingo á Puebla? Rememoriemos un solo hecho, durante aquel sitio de Puebla tan fecundo en episodios de épica grandeza. El invasor había logrado volar una nueva cuadra del barrio de Pitimini y Santa Inés, el 25 de Mayo. Al despuntar la mañana de ese día, humeantes escombros, columnas polvorosas, relámpagos de fuego, y el retemblar producido por los derrumbes, anunciaban á invasores y patriotas la proximidad del combate. Pronto se vió á los sitiadores, envueltos en polvo y humo y cubiertos por graneadas si poco efectivas descargas de fusilería, lanzarse sobre las brechas, apareciendo tras de cada muro derrumbado ó montón de escombros, protegiéndose con todos los obstáculos y sacando de ellos provecho, pero marchando á paso de carga hacia una muerte que desafiaban impávidos.—Detrás de los muros, dentro de la ciudad, firmes en sus puestos, les esperaban contendientes dignos

El Coronel Auza, con el 3° y 5° de Zacatecas, estaba allí, dispuesto á sembrar de cadáveres y empapar de sangre los escombros, hasta forzar la victoria ó encontrar la muerte. La lucha cuerpo á cuerpo fué salvaje. Se peleó durante más de seis horas con un enemigo terrible, en mejores condiciones físicas y más numeroso. Los zuavos asaltaban con destreza de gamos y arranque de tigres; el fuego y el arma blanca les atraía, como el vino al ebrio y el imán al acero. No se pensaba en ceder, sino en destruir: en derramar sangre y más sangre. Habían ya mordido el polvo más de trescientos, y aun luchaban con furia creciente—concientes, sin duda, de la debilidad relativa de sus adversarios.—Pero, cuando ya creían cerca la victoria, cuando se les antojaba haber cercado diestramente al poderoso enemigo, escúchase un grito de triunfo entre los combatientes mejicanos. A paso de carga avanza-

ba el valiente General Escobedo con el 5° de San Luis Potosi. (*)—El día fué para el aguerrido ejército mejicano.—Un nuevo florón para la guirnalda de los triunfos de la República.

Habiendo Juárez recibido noticia de la aproximación del enemigo, resolvió trasladar el Gobierno á una ciudad fronteriza, donde seguro estaba, al menos, de que las masas populares no le eran hostiles. Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, eran patria de Zaragoza, Garza Ayala, Escobedo, Treviño, Naranjo, Juan José de la Garza, Martínez, Méndez, y otros muchos generales y jefes, ya reputados por la exaltación de su patriotismo y por sus ideas liberales.

No cabe duda que por esta época debió ofrecerse á Juárez y sus leales ministros, un problema serio y de gran trascendencia; es á saber, el derrotero que seguir debían los grandes patriotas—en cuyas manos poderosas reposaba el gobierno, en cuyos esforzados corazones se abrigaba el honor nacional y de cuyos cerebros preñados de angustias tendrían que salir las ideas salvadoras de las instituciones y de la patria—al alejarse de la Mesa Central y bajar á las vertientes de las grandes estribaciones montañosas, que forman la porción estratégica del país, defendido en esa región por la naturaleza misma.

Se alejaba, por decirlo así, del teatro de la lucha.—Trasladar el gobierno á San Luis Potosí, era una simple retirada; cambiarlo al Saltillo ó Monterrey, era abandonar el campo; atravesar el desierto, rumbo á Chihuahua ó Paso del Norte, convertíase en fuga. Fuga lícita, indudablemente, pero no por ello menos dolorosa.

Para juzgar á Juárez, y á quienes con fe en la causa y lealtad á su persona le acompañaban, es preciso no contentarse con verles moverse *en el mapa*, colocando la una

Este Batallón se hallaba compuesto de voluntarios del sur de Nuevo León y en menor número de Tamaulipas. El grueso del cuerpo formábanlo soldados de Matehuala y Catorce, y de varias haciendas inmediatas. Muy pocos, si acaso, de la capital del Estado. Formaba parte de este cuerpo, en el hecho de armas referido, el abogado y coronel tamaulipeco D. Juan José de la Garza.---El francés dejó 400 cadáveres en el campo y 160 prisioneros.

punta del compás en San Luis Potosí, la otra en el Saltillo, y avanzar luego la primera á Monterrey, siguiendo así el derrotero. Tampoco sirve para el caso inquirir sobre el número de ventas ó mesones del camino y la calidad de sus alimentos; ni es bastante tener en cuenta los discursos del Maestro de Escuela y el Alcalde del lugar, en los puntos que se tocan; ni es suficiente tampoco pesar la resistencia pasiva á las contribuciones de guerra en los lugares del tránsito; ni nada que sea simplemente material, documentario, ó fisiológico. Todo puede ir perfectamente en el organismo, en la hacienda, en las simpatías públicas, en la abundancia de comodidades físicas, para el reo político condenado á muerte; lo único que trae de duelo, angustiada, en tortura suprema, es *el alma!*...... Sí; es preciso estudiar el estado moral de aquellos hombres en su peregrinación á *Paso del Norte*, para juzgarles con equidad y acierto. Y de no ser esto posible, ó les abandonamos, sin historia, en la escena muda—al volver del Desierto—en que entregan á la Patria la Honra nacional y la Libertad salvadas del cataclismo, y nos resolvemos á ver á la Patria tomándolas de sus manos con ojos enjutos y sin una contracción de gratitud que asome al rostro; ó confesémonos indignos de atentar la magna obra. No se miden con compás, ni se pesan en balanza los actos extraordinarios de los grandes adalides. Por eso basta un instante—¡Guzmán en los muros de Tarifa!—para inmortalizar á un hombre al través de mil generaciones.

A pesar de las altisonantes circulares de D. Santiago Vidaurri, de años anteriores, en las que se mostraba celoso guardián y entusiasta partidario de las Leyes de Reforma, se debió haber desconfiado de él, de sus ambiciones mal disimuladas y del gran prestigio que, á fuer de cacique de miras liberales y progresistas, había sabido captarse entre los hijos de su Estado de adopción. (*) Porque, á pesar sus gran-

Vidaurri nació en Múzquiz (Santa Rosa) villa perteneciente al distrito de Río Grande, Coahuila. Mientras vivió procuró cuidadosamente obscurecer este hecho, haciéndose pasar en todas ocasiones por hijo de Lampazos. Mas bien profesaba desafecto á los coahuilenses, por virtud de ese laconismo estrecho é intransigente à que hemos hecho referencia.

des yerros, Vidaurri era un hombre extraordinario y á quien Nuevo León debe mucho. Nadie más progresista y enérgico. Amaba á la ciudad—á Monterrey—con cariño entrañable y profundo, casi con pasión; y esta fué, precisamente, la causa de sus traspiés y desgracias.

Primero, renunció á Coahuila para hacerse nuevoleonés; y una vez nuevoleonés, por una especie de transacción con su conciencia alterada, hizo á su Estado natal tributario del de adopción, formando una sola entidad política de Nuevo León y Coahuila, con supremo desprecio de los dictámenes federales.—Este sistema de acarrear la tierra natal al nuevo domicilio, no es nuevo; el franco-italiano Napoleón lo puso en práctica y los Emperadores españoles de Roma hicieron menos que Virriato por la madre patria, y aun menos que Augusto, á quien debieron al menos el derecho de ciudadanía, que era la etapa más próxima á la independencia.

Como *nuevoleones* mondo y lirondo, sin distingos de ninguna especie, Vidaurri principió acostumbrándose á no tomar del CENTRO más que la *literatura*, esto es, los impresos que "le sonaban bien" y se hallaban en diapasón con lo que había en su espíritu, mal cultivado, pero admirablemente dispuesto á recibir con entusiasmo las ideas nuevas, progresistas, siempre que no trajeran aparejada la presunción de atacar su cáscara de provinciano: de provinciano localista, localista intransigente, y para quien el "mundo bueno," digno de ser visto y gozado, se acababa más allá del *Cerro de las Mitras*, siendo apenas pasadero el resto del gran Estado, sujeto á su autoridad omnímoda.

Como buen cacique, amaba sobremanera la quietud interior, la paz octaviana, y por conservarla y ver que Monterrey progresaba, que bajo su dominio, escuelas, colegios, parques, atargeas, palacios, mercados y hasta iglesias brotaban al influjo de su sombra bienhechora, lo hubiera sacrificado todo. Hallábase altamente satisfecho de ver el comercio progresando, despuntando las industrias y fortificándose su poder; muy envanecido del sincero y profundo afecto que los nuevoleoneses, de todas las categorías sociales,

le profesaban, hasta sin distinción de credo político—los conservadores perdonándole sus alardes liberales y los liberales su tolerancia (¿como se dice ahora...?) su "política de conciliación".—No es, pues, de extrañarse, que hubiera llegado á *desmejicanizarse*, en proporción directa á su *nuevoleonizacion*. Había llegado, si no á desesperar, al menos á *despreocuparse* por lo que en otras regiones apartadas de la República acontecía, y obsecionado con la idea de ser nuevoleonés, nada más nuevoleonés, y, sobre todo, *dueno* de Nuevo León (con su apéndice de creación propia), se declaró enemigo (solapado al principio y abierto más tarde), de los que amenazaban perturbar la calma de sus felices dominios. Por eso los exaltados, como Zaragoza, (*) Zuazua, Escobedo y Treviño, habíanse visto precisados á emigrar en busca de mejor campo, más accidentado, menos pacífico. En resumen, D. Santiago no reconocía más que una guerra á muerte, la que se hacía al enemigo bárbaro. Por lo que mira á la extranjera, profesaba la máxima de aquel caudillo heleno que dijo un día á los atenienses desde la tribuna, cuando le instaban para que diera su parecer so-

Es bien sabido que D. Ignacio Zaragoza fué tejano de nacimiento, pero su fámilia se trasladó de Naucododges á Monterrey, cuando aun Coahuila y Tejás pertenecían á Méjico. Recibió la instrucción primaria en Monterrey, y se dedicó luego al comercio, entrando de dependiente en la casa de D. Felipe Sepúlveda, donde se captó el afecto de todos, hasta del jefe de la casa, á pesar de su temperamento vilioso y carácter insoportable. El joven Zaragoza tenía tanta paciencia como firmeza de ánimo, cualidades que casi siempre caminan juntas. Tras un viaje comercial á Lampazos, resolvió abandonar el tráfico y consagrarse al servicio de la patria, con gran disgusto de su *patron*, quien ya para entonces le consagraba verdadero cariño.

Ya que en este libro no volveremos, quizás, á citar el nombre de Zaragoza, séanos permitida una nota etimológica.---No sabemos que á alguien se le haya ocurrido, en Méjico, investigar el origen del nombre *Zaragoza*. Recordamos que hace algunos años, siendo entonces empleado ol autor de la *Biblioteca Nacional de Mejico*, el sapientísimo Director D. José María Vigil---ese hombre extraordinario por su profundísimo saber, el cual apenas si puede equipararse á su modestia exageradísima, y á quien *en el Extranjero* se aprecia mil veces más que en su misma patria, á quien honra y enaltece y *sirve* con sus luces---nos encomendó un trabajo, ó nota bibliográfica, acerca de la *Espana Sagrada*, del Padre Mazo, continuada por el célebre agustino Enrique Florez. En la *Historia Compostelana*, contenida en esta obra, se dice que la capital del antiguo reino de León, tomó su nombre de *Cesar Augusta*, antigua ciudad romana, el cual nombre transformóse en *Saragosta*, al través de las diversas ocupaciones posteriores, hasta ser convertido en *Zaragoza* por el genio ó mecanismo del habla castellana.

bre la manera con que debería contestarse á las exigencias de Alejandro Magno: "os aconsejo, pues, ó que os hagais los más fuertes en el terreno de las armas, ó que os hagais amigos de los más fuertes." Y profesando máxima semejante, en aquel momento histórico de desbarajuste para la causa nacional, cuando á la noticia de la derrota de Negrete y la muerte subsecuente de Comonfort, habían sucedido las relativas á la ocupación sucesiva de Querétaro, San Luis Potosí, y Guanajuato por las fuerzas imperialistas, cuando aun los fuertes vacilaban ¿podría contarse con la lealtad de Vidaurri, dada, sobre todo, su inveterada inquina á las *cosas del Centro* y su enemiga suspicaz contra Juárez? Digámoslo de una vez, D. Santiago era el hombre menos á propósito para aquilatar la grandeza del Presidente liberal, su criterio era demasiado estrecho para justipreciar la alcurnia de aquellos sublimes vagabundos. En el fondo de los grandes errores hay siempre un vicio de conformación: la miopía moral.

En virtud de todo lo expuesto se comprende que Juárez—para quien las rebeldías del cacique eran material de antaño—no haya podido forjarse ilusiones respecto á su tranquila estancia en Nuevo León ó Coahuila; á menos que aquél y su prestigio desaparecieran por completo.

Su marcha, pues, de San Luis Potosí, hacia el Norte, se hallaba sembrada de obstáculos, peligros, amenazas de todo género. No sería, á buen seguro, un paseo triunfal, ni cosa parecida, sino la entrada á la VIA DOLOROSA.

En Diciembre de 1863, Juárez y el personal todo de su Gobierno, abandonan San Luis Potosí, dejando esta ciudad mal defendida por las fuerzas del General Negrete.

Ya digimos que ni el Presidente, ni los miembros de su Gabinete, pudieron forjarse ilusiones respecto á permanecer largo tiempo en la capital de San Luis Potosí, ó en población alguna de ese Estado. A más de las consideraciones políticas y sociales que esbozamos antes, adolecía de la inconveniencia de ser, merced á su posición geográfica, un lugar de tránsito para el norte y nordeste, y por lo mismo se hallaba constantemente amenazada por los ejer-

citos enemigos. Además, debido á sus deficiencias estratégicas era muy difícil de conservar por largo tiempo, conforme lo demostraba la experiencia de medio siglo de guerras y revoluciones. Por consiguiente, la estancia del gobierno republicano en la ciudad que nos ocupa, por fuerza tenía que ser aleatoria.

En Diciembre (1863) hallábase ya Juárez en su gran peregrinación: había llegado á MATEHUALA.—Medio siglo, y tres años más, habían transcurrido, desde que en Diciembre de 1810, el insigne Teniente General José Mariano Jiménez, desde la misma MATEHUALA lanzaba el grito de Libertad é Independencia á las oprimidas poblaciones de las provincias septentrionales del Virreinato. Pero al grito aquél:—"levantaos, almas nobles, del profundo abatimiento en que habeis permanecido sepultadas, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro invicto valor, haciendo ver á todas las naciones las admirables cualidades que os adornan"—pero estas hermosas palabras, decíamos, fueron escuchadas religiosamente por nuestros abuelos, y á la lucha se aprestaron con valor indómito, haciendo de aquella región áspera, cruel para el soldado, sembrada de desiertos y montañas, el paraíso de la Libertad. Por eso ellos fueron independientes, meses antes que el resto de la Nación, y mucho antes principiaron á gozar de las beatitudes de la independencia. Mas, para Juárez fué distinto......

Vidaurri había tenido un genio tutelar en el valiente coronel Zuazúa, á quien debió en gran parte su carrera. El heroismo con que éste se dió á conocer desde sus primeros años, verificando actos verdaderamente épicos en su lucha tradicional con el salvaje, la cadena no interrumpida de victorias con que inició su carrera militar, venciendo á cuantos jefes osaron con él medir sus armas y valorar sus recursos estratégicos, el afecto real, y, lo que más vale en estos casos, la admiración rayana en miedo con que políticos y militares fronterizos le veían, su influencia decisiva en las determinaciones del Gobernador, su desinterés magnánimo, su patriotismo puro, exaltado, vehe-

mente, su adhesión fanática al partido liberal—que bien demostrada dejó con brillantes triunfos en la *Guerra de Reforma*—indudablemente hubieran sido parte, más todavía, resorte poderoso, para salvar á Don Santiago del abismo, de la caída tremenda........ Pero Zuazúa—por defender la causa de Vidaurri—había sido asesinado, en San Gregorio, por Eugenio García, salteador obligado á militar por las exigencias revolucionarias.....

Así es que, una vez llegado al Saltillo el Presidente, se encontró, nó con el Vidaurri á quien Zuazúa protegió, nó con el fronterizo leal, patriota, hospitalario, sincero, sino con un producto híbrido del tiempo aquél: en su temperamento robusto de político ambicioso—aunque de ambición restringida—habíase ya ingerido la yema de la traición, haciendo aparecer en su espíritu actividades que en él no se sospechaba existiesen. "El corazón ignora las semillas extrañas que lleva en sí mismo: quizás á alguno de esos granos, débil é inofensivo de aspecto, sólo le hace falta encontrar aire y alimento, para transformarse en excrecencia venenosa y vegetación colosal."—Ese "grano," de que habla Taine, ya principiaba á germinar en el corazón de Vidaurri, cuando, en la batalla de Ahualulco, por haberle él quitado á Zuazúa subrepticia é inopinadamente el mando en Jefe de las fuerzas, Zaragoza se vió obligado á negarle el auxilio, precipitando la derrota....

Haciendo uso de subterfugios indignos, el Gobernador infidente ocasionó serias molestias á Juárez; pero carecía de la fibra maligna de su subordinado Quiroga. No supo atraerle á un garlito, ni por de pronto mostrarle oposición abierta. Sus vacilaciones, y hasta su rebelión festinada, favorecieron el triunfo moral de la buena causa. Los nuevoleoneses, ya sobre aviso por actos sospechosos de su gobernante, se separaron de él indignados al descubrir que traicionaba la causa nacional. Y así, el plebiscito que conforme á erradas previsiones debió haber puesto á su disposición los recursos todos del Estado—recursos de que á su vez dispondrían los imperialistas para el éxito de sus armas—fué la hora del despertar para los fronterizos.

Ante la explosión del resentimiento de éstos, el traidor emprendió la fuga; esto es, marchóse al Extranjero, de donde después se trasladó á la capital para recoger el precio de su criminal extravío. Vidaurri había perdido su popularidad en Nuevo León; estaba perdido. Su trasplante á la Capital, era llegar á la antesala—¡la antesala de la muerte!

El 4 de Abril de 1864, fechaba el Presidente en Monterrey un manifiesto, en el que vibraban en acorde extraño las notas de la indignación y el patriotismo: "Un hombre, el único, por fortuna, abusando de la posición elevada que ocupaba como gobernador, se declaró en abierta hostilidad contra el Gobierno general, y traicionó la santa causa del pueblo, y vendió á sus hermanos proyectando entregarlos al yugo invasor; pero el pueblo que ha conquistado con la revolución la conciencia de su derecho, el pueblo que tiene fe en los destinos futuros de la República, se levantó en masa para protestar enérgicamente........ El traidor, acompañado de sus pocos cómplices, huye acobardado y perdido, llevando en su corazón la conciencia de su crimen..... El Gobierno, para completar su obra, ha venido á esta capital con el objeto de dictar cuantas medidas juzgue convenientes para reorganizar el Estado, remediar los males que le aquejan, y utilizar en seguida cuantos elementos encierra para la defensa de la nación."

Para quienes recuerden, ó tengan conocimiento de la verdadera situación del Estado en la época á que nos contraemos, no parecerá extraño asentemos que las últimas sentencias del manifiesto pre-inserto, parcialmente, pertenecían á lo que pudiéramos llamar "literatura de guerra." El eximio gobernante no podía pensar que permanecería en Monterrey largo tiempo. La semilla *vidaurrista* le rodeaba.

Se alojó en una modesta casa situada en la calle del Dr. Mier, que era residencia del gobernador que fué Don Manuel Z. Gómez, y si bien la porción culta de la ciudad le rindió todo homenaje, no acontecía lo mismo con la masa del pueblo. (*) Entre los gritos que pudo escuchar el

Téngase presente que nos referimos á la masa popular *en Nuevo Leon*, *en Monterrey*, principalmente, y nó á la "masa popular" *en la Frontera*, como antes lo hicimos.

Presidente al descender de su carruaje, se dejaron oir dos ó tres vivas á Vidaurri, cuyo efecto en el corazón del patriota bien se comprende.

Días después, paseaba el ilustre prócer por la calle antes citada. Vió venir hacia él, caminando en dirección opuesta, á un joven obrero, el cual, á punto de enfrentarle, se apeó de la acera, y habiendo llegado casi al medio de la calle, se volvió al Sr. Juárez, y mirándole hostilmente al rostro, vociferó con audacia increible:

—*¡Viva Vidaurri!*

Don Benito no se inmutó. Ni un solo pliegue rizó su frente despejada, ni un músculo de su rostro denunció la más insignificante alteración de su espíritu.

Con sin igual calma se quitó el *sorbete*, y con cortesía caballeresca saludó al que lo insultaba.

Este guardó silencio, atónito, por algunos instantes. Luego emprendió la fuga rápido; pero nó sin haber lanzado antes, á pleno pulmón, este otro viva:

—*¡Viva Don Benito Juarez!*

En otro lugar de esta obra digimos cómo salió, no mucho después, el personal del gobierno de la ciudad que nos ocupa, perseguido por las fuerzas del traidor Coronel Julián Quiroga.

Pasaron dos meses. El Gobierno errabundo—pero fiel á la consigna del deber y á los dictados del honor y la lealtad más acendrada á las instituciones que á la nación costaron torrentes de sangre—se establecía en la ciudad de Chihuahua.

Tarda, ruda, descorazonante había sido la travesía por regiones agrias, desiertas, abruptas, donde el desaliento asalta y la desmoralización contagia. ¡Días eternos los de nuestros desiertos del Norte, que la vista cansan, como el es-

Cosa es bien sabida que en esta región, así como en las costas del Pacífico y del Golfo, no abundaron los infidentes, sino en determinados puntos como en Tepic y Monterrey; y eso, cediendo á influencias locales. Notable ejemplo de esto es *Salinas Victoria*, cuyos valientes hijos, cegados por fanática adhesión á su caudillo, el tan valiente y astuto cuanto desleal Quiroga, le siguieron siempre al través de todos sus extravíos, áun después de resellarse imperialista.

píritu, ante el panorama monótono de montañas que llegan y parece que se alejan, confundiéndose las de la perspectiva anterior con las de la nueva, la cual insensiblemente también desaparece; y las cálidas noches, silenciosas, de cuyas sombras parecen brotar las montañas agigantadas, en fantástico engendramiento! Quien ha recorrido tan tristes soledades, con los medios antiguos de locomoción, no puede maravillarse de los desfallecimientos que se apoderaron de muchos de los compañeros de aquellos tres hombres excepcionales—Juárez, Iglesias, Lerdo—únicos en no contagiarse con la angustia de lo inmenso, de lo vago, de lo irrealizable, que oprime el corazón en el Desierto. El corazón, sobre todo, de quien se aleja—como los pardos pilotes y brazos montañosos, que van, vienen, se retiran, se acercan, sin saber de donde, sin saber por donde, sin saber á donde conducen ó de donde parten.—¡Hasta el héroe de Calpulálpam y de Puebla, sufrió allí el aniquilamiento moral de la desesperanza!....... Sólo Negrete, entre los militares, poseía el temple extraordinario para bravear el Desierto, acometerlo, cruzarlo en todas direcciones, echarle víctimas á millares, como quien alimenta una fiera de hambre insaciable, y, terminada una campaña, aún podía sentirse con el tesón suficiente para emprender por segunda, por tercera vez, los mismos ejercicios sobrehumanos! Cualquiera que haya sido el éxito de las campañas del General Negrete por el Desierto, nadie negará, con justicia, que denuncian una energía extraordinaria, una tenacidad de acero, estoicismo terrible ante los sufrimientos de la tropa, apego estricto á la disciplina militar, ejercida con puntillosa regularidad aun en condiciones excepcionales; y, por último, un *savoir fair* en el manejo de sus brigadas, que lo acreditan como uno de nuestros más brillantes generales de su tiempo. Indudablemente, por otra parte, careció de aptitudes para dirigir una campaña.

Antes de llegar á Chihuhua los depositarios de los Supremos Poderes de la Nación, hicieron parada, sucesivamente, en tres pequeñas poblaciones—Viezca, Mapimí y

Nazas—donde se les recibió con singulares muestras de patriotismo.

En Chihuahua—la capital del Estado—Juárez y sus Ministros fueron objeto de la recepción más entusiasta, tomando participación en ella todas las clases sociales.—Sin mengua, no obstante, de que tampoco allí hicieran falta infidentes, como pudo comprobarlo el General Brincourt, algunos meses después. La mala hierba habíase propagado por toda la República.

En 29 de Abril de 1865, decía á la Nación el Supremo Magistrado, con motivo de la recuperación efímera de las plazas del Saltillo y Monterrey: "Yo celebro el acontecimiento en el fondo de mi corazón, porque, más que con el espectáculo de la victoria militar, me regocijo con los bienes de una reconciliación de hermanos, que de mancomún superaron el obstáculo que les impedía estrecharse con los vínculos sagrados de la naturaleza."—He allí sentimientos nobles, noblemente expresados. Al través de ellos se transparenta el alma del filósofo, que pospone al brillo militar y la alharaca, el triunfo de los afectos naturales: el triunfo del deber natural, sobre el descarrío ocasionado por el deslumbramiento.—"Sus heroicos esfuerzos (los de los hijos del Estado de Chihuahua), unidos á los de los valientes que combaten, sin desmayar nunca, en Sinaloa, en Sonora, en Guerrero, en México, en Michoacán, en todo el ámbito de la República, acabarán por arrojar al extranjero"...... ¡He allí al hombre de fe inquebrantable! Nótese que eso lo decía Juárez en Abril de 1865, cuando el Imperio había ya triunfado, cuando el cielo de la República no producía aire suficiente para reavivar la esperanza agonizante, cuando en torno suyo todo flaqueaba, como un cuerpo atacado de agotamiento nervioso, cuando, en realidad, su *esperanza* era *fe;* fe en lo fortuito, en lo justo, en lo realizable á veces, en lo que no entra al cerebro y que el corazón calienta y el deseo anima. Cuando la razón calla en las almas grandes, la voluntad irreflexiva se forja una, que es la expresión necesaria de lo que tiene que suceder, aunque no haya razón alguna pa-

ra que suceda. La sinrazón del heroismo, es el gran secreto del brillo de sus actos.

—¿Y qué aconteció cuatro meses más tárde?

—Cuatro meses después, Juárez; pero no solo; aquélla trinidad magnífica—Juárez, Iglesias, Lerdo—llegaban á Paso del Norte (5 de Agosto). El Gral. Brincourt ocuparía bien pronto la ciudad abandonada, y espigaría para la corona imperial los primeros brotes, ya túrgidos, de la rama casi seca de reaccionarismo.

Pero, aun allí, en los límites septentrionales, pisando las arenas en las rías del Bravo y divisando frente á sí tierra extranjera, hallábase en la Patria: la "grande patria," la patria inmensa, agrandada con el sentimiento hondísimo de perderla; el cual sentimiento, en Paso del Norte, le arrancaría esta nueva protesta de fidelidad: "En este lugar, como en cualquier otro de la República adonde pueda convenir que se dirija el Gobierno, según las circunstancias, hará siempre el C. Presidente cuanto le sea posible para cumplir sus deberes con firmeza y constancia." Con tanta mayor *razon* cuanto que él *sabia* (y lo *sabian* también Iglesias y Lerdo), "que el pueblo *necesariamente* habría de triunfar al fin en la defensa de su independencia y de sus instituciones republicanas." ¡Qué hermosa ceguedad la de aquellos videntes, iluminados por el amor á la sagrada tierra de sus mayores!





CAPITULO V.

La Junta de Notables.—Imperio Mejicano.—El Absurdo de Maximiliano.—Crimen de dos Naciones.—Moviles.—La Preparacion del Sacrificio.—Llegan "Sus Magestades."—Una Corte de Papel Carton.—Las Armas Francesas.—Desastres sobre Desastres.—Desaliento y Defecciones.—El Cerro de Majoma.—La Rendicion de Oajaca.—Los Asesinos.

Veamos ahora, siquiera sea á grandes rasgos, lo que había acontecido en el resto de la República, es á saber, la serie de sucesos que, por decirlo gráficamente, empujaron por la espalda á los hombres que dejamos en Paso del Norte.

La *Junta de Notables* había aprobado casi por unanimidad y con entusiasmo, las proposiciones consultadas por la comisión respectiva, sobre la forma de gobierno que debería adoptar la nación mejicana. "Una corona" era todo lo que ambicionaban aquellos que, por falta de ocasión y tiempo, no coronaron á *Su Alteza Serenisima*—quien, dicho sea de paso, traía aparejada la atenuante de ser producto del país—y resolvieron ofrecérsela al Archiduque de Austria, Fernando Maximiliano. Y éste la aceptó, (conforme á común creencia), por que á tiempo le caía para desenredarse de serias intrigas, y apuraciones graves de orden financiero.

¿Pero, ¿á qué narrar, fuera de propósito, esa historia miserable de humillaciones, coqueteos políticos, regateos mercenarios, transacciones sucias, contemporizaciones deshonrosas, en fin, toda esa mascarada realesca que trasplantó al gobernador ex-calavera del Lombardo-Véneto, al Palacio de los Presidentes Mejicanos?

¿Cómo, con qué propósito se cometió aquél absurdo político?—La historia todavía no lo explica satisfactoriamente; por la razón sencillísima de que los absurdos no se explican, mejor dicho, no pueden razonarse. Un cúmulo de detalles incoloros, circunstancias fortuitas ó aleatorias, casos imprevistos, espejismos momentáneos, todo lo que no puede compaginarse ni relacionarse lógicamente, producir puede un cataclismo político, y ¡ay, de los que se hallaron dentro de la zona del sacudimiento! El infeliz Maximiliano fué el fruto híbrido, irresponsable casi, mecánicamente fatal, de una larga cadena de crímenes y errores internacionales, simultáneamente perpetrados en Francia y Méjico. Las dos naciones uniéronse en delictuosa aventura. Algunos, muchos de sus hijos protestaron, alzaron la voz y el brazo con bizarría heroica, pero el crímen final, que á las dos naciones unió con el mismo lazo de deshonra, ya estaba cometido. ¡Loor á los buenos, á los que sintieron sus frentes azotadas por el huracán de polvo, y pasaron al través de torrentes de lodo, y llegaron sin ensuciarse á la opuesta orilla! Los tiempos habían madurado. Si el Archiduque de Austria no hubiera sido la víctima elegida, otra hubiérase encontrado: nunca han hecho falta en el mundo víctimas para los grandes sacrificios. Apenas si hay error humano que no se haya santificado en la hoguera de los mártires. Todas las causas tienen sus héroes, todas las religiones tienen sus santos, todas las ideas encuentran apóstoles; y el absurdo, la inmoralidad, el crímen, constituyen el estado normal de la mente y el corazón de los hombres. Y así será, mientras la raza humana habite en un mundo donde la naturaleza es cruel, el dolor es precio del placer y aun de la vida, y precisa el más atroz de los tormentos, la desilusión, para gozar el

mas real de los placeres, la esperanza. En la profunda religión de los antiguos Egipcios, enseñábase que los hombres procedían de las lágrimas de los dioses, como para imbuirles que eran hijos de la desolación y el sufrimiento, modificables tan sólo por sus propios esfuerzos, ó por el sacrificio de la vida.

A juicio nuestro es erróneo buscar en el carácter de Maximiliano la causa de sus infortunios y su trágica muerte.

Es indudable que fué traicionado, pero nó por López, sino por todo el partido conservador mejicano; fué engañado sin duda, mas nó por la comisión de Miramar, sino por Napoleón III; y fué trasladado á nuestro país, no por sus vanidades infantiles ó caballerescas, nó por cálculos de política trascendental, ni por hacerse con dinero para saldar cuentas con sus acreedores, ni para dejar en paz á su excelente hermano, ni para servir en Méjico la causa de la Iglesia de San Pedro, y de paso á las ambiciones napoleónicas, sino por una preparación previa y coordinada, independiente de su voluntad y hasta de su conocimiento. Es innegable, sin embargo, que todo lo antes dicho contribuyó últimamente al efecto—así como también, en el orden psíquico, *pudo* haber contribuído el *cansancio de esperar*, y en el fisiológico, una de esas "locuras ilusionales," que tienen su fundamento en sensaciones mórbidas, producidas por un estímulo sensorio anormal en los órganos pleuro-peritoneales, transmitido al cerebro por conducto del sistema nervioso simpático, donde *cristaliza en una creencia falsa*." (*)—¿Por qué no pudo haber sido causa eso también, de la resolución insensata del Archiduque Maximiliano?

Lo repetimos, si él no hubiera sido la víctima, otra hubieran encontrado los infidentes en los abastos de Europa, que, en caso tal, lo mismo resultaba la cuenta para el Autócrata francés y los conservadores mejicanos.

Es material de historia, que los quisquillosos veracruzanos, no satisfechos con haber causado desazones al

DELUSIONAL INSANITY. *O. N. Wherry., M. D.*

Presidente Conservador Almonte, desechando sus empleos honoríficos, hicieron derramar lágrimas á la hermosa consorte del Príncipe-Emperador. No se la recibió en el Puerto como convenía (y era debido), á quien *Reina* iba á ser y *Senora* de los Mejicanos—compartiendo estos atributos con la misma Virgen de Guadalupe. En cambio, no fué así en la legendaria CIUDAD DE LOS PALACIOS; fué muy de otra manera. En la Capital se dió la bienvenida á los reales personajes, con la suntuosidad de que allí se hace alarde para todo: hubo repiques, cohetes, procesiones, misas solemnes, gritas en las calles, cortinajes y guirnaldas en los balcones, flámulas y banderolas de colores franco-mejicanos; y también hubo versos y otras manifestaciones literarias, para celebrar dignamente el arribo feliz de Sus Magestades de Ultramar. La conmoción fué honda, el entusiasmo aparatoso, el desborde de patriotismo muy bien confeccionado. Para encantar la vista y llevar esparcimiento á los corazones de las futuras víctimas, no hicieron falta ni seductoras "damas de honor"—de factura mejicana—ni mucho menos corridas de toros y jaripeos, que al fin resultaron muy del gusto de Sus Magestades Imperiales.

Es indudable que el Méjico de entonces era divertido. Había mucho agradable qué hacer, por vía de pasatiempo, para un Emperador tan minucioso como Maximiliano. Primero, había que pensar en proveerse de nobles de ambos sexos, y hasta de príncipes criollos. Luego, atender á las órdenes de caballería, rituales, ordenanzas de etiqueta, ceremoniales diversos; sin contar con lo que más imperiosamente llamaba su real atención, es á saber: procurar el brillo y tonalidad aristocrática de su *Corte*—un si es no es deficiente y abigarrada—con costosos saraos y vistosos entretenimientos.

Sólo el Archiduque no podía ver—en garras de hados malignos—que todo aquello era papel cartón, barniz, aire, apariencia; y que debajo—á las pocas pulgadas—se abría el abismo.—QUOS VULT PERDERE JUPITER, DEMENTAT PRIUS. A quienes Júpiter quiere perder, principia por trastornarles el seso, como decían los latinos.

Las armas francesas, sin embargo, no habían permanecido inactivas, así como tampoco las hábilmente empuñadas por generales infidentes.

Ya digimos que Juárez se vió obligado á abandonar San Luis Potosí, cuando supo que Mejía se aproximaba. Las fuerzas del Gral. Negrete habían sido completamente derrotadas por Mejía, el 13 de Noviembre, en Chamacuero, y desde entonces las malas noticias se sucedieron con rapidez abrumadora. La Intervención triunfaba por todas partes. A la derrota de Negrete habíase sucedido la ocupación de Querétaro por las fuerzas imperialistas. El 30 del mismo mes Márquez y Berthier derrotan á Uraga, destruyendo casi por completo y desbandando aquel *Ejercito del Centro*, tan rápido para organizarse como para desorganizarse, y menos famoso por lo difícil de vencer cuanto por lo imposible de aniquilar. Esta nueva derrota trajo como consecuencia la ocupación de Morelia por las fuerzas victoriosas. Ocho días después (8 de Diciembre) la ciudad de Guanajuato fué ocupada por tropas francesas, al mando del General Douay, y el 8 de Enero del año siguiente, sufre igual suerte Guadalajara. Osmont entra á la ciudad sin combatir, por haberla abandonado á su aproximación las fuerzas mandadas por el Gral. Arteaga, las cuales se replegaron hacia el Sur. En Mayo 17 los imperialistas destrozan el Ejército repúblicano, que se hallaba al mando del Gral. Doblado, á inmediaciones de Matehuala, perdiéndose con ello, en gran parte, los trabajos de organización llevados á cabo en el Saltillo, merced á los esfuerzos del Gobierno Nacional. En Julio, Zacatecas y Durango son ocupadas sucesivamente por L'Heriller, y casi simultáneamente Saligny hizo su entrada al Saltillo. El personal del Gobierno republicano abandona entonces á Monterrey, el 15 de Agosto, y las fuerzas del general antes mencionado toman posesión de esta plaza.

Juárez, entretanto, y los ilustres patriotas que le acompañaban, habíanse internado en el Desierto. Una nube negra parecía proyectar su sombra amenazante hasta los más remotos confines del país, aislándolos, á intervalos,

por completo. Su aparición en un pueblo de alguna importancia, tras caminatas fatigosas, monótonas, sembradas de peligros, no contribuía á alivianarles el peso de rudas desesperanzas y crueles decepciones. Las noticias que de todas partes llegaban eran desconsoladoras, y los espíritus se apocaban, y de los más débiles á los más fuertes iba rodando y aumentándose una oleada densa, como las bocanadas de aire tibio que vomitadas por los puertos ruedan por las llanuras cascajosas de aquellas soledades, una oleada asfixiante, de desesperación y angustia inquietantes y que asumía caracteres externos distintos conforme á los temperamentos en que operaba. La desilusión, la amargura, el escepticismo, brotaban como zizaña en los espíritus menos dañados; el desencanto hostil, nervioso, violento, inclinado á la defección y hasta al crimen, como excrecencia ponzoñosa, hacía presa de los más contaminados.

En estas condiciones, en tan apremiadas circunstancias, cuando una victoria era casi una necesidad fisiológica, González Ortega y Patoni, comandando las divisiones de Zacatecas, Durango y Chihuahua, son completamente batidos en el Cerro de Majoma, contribuyendo á ello, en no escasa parte, el estado de ánimo del General en Jefe republicano, González Ortega. ¡El mismo que tanta gloria dió en Calpulálpam y en Puebla á su Estado natal y á las armas liberales!—"También los robles caen, cuando el rayo hiere la cima de las montañas," como se lee en el Mahabarata.

Días después, D. Tomás Mejía ocupa el puerto de Matamoros, y el 5 de Noviembre las fuerzas de Douay entran á Colima. El 22 del mismo mes Arteaga es completamente batido en Jiquílpan, y el Ejército del Centro, nuevamente es reducido á meras guerrillas, incapaces de una resistencia seria.

Ahora bien, esta serie de descalabros debería coronarse con otro de mucha mayor importancia: la vergonzosa rendición de Oajaca, debida á la falta de entereza y patriotismo de la mayor parte de los jefes encargados de defenderla. ¡Qué diferencia tan grande entre el sitio de Oaja-

ca y el de Puebla!—Mas, en verdad, el General Díaz iba á vengar bien pronto aquel funesto desastre, con hechos de armas que coronarían su ya envidiable reputación militar: Miahuatlán, La Carbonera y San Lorenzo, no estaban ya muy distantes.

Pero, ¿eran esas las únicas glorias de las armas intervencionistas, las únicas hazañas de los de *Magenta?*—Nó, por cierto. Sus hazañas de encrucijada, sus actos de bandolerismo, sus fechorías criminosas, superaron, con mucho, á sus acciones de brillo meramente militar. Es cierto que los franceses no idearon en Méjico, como en el Tonquin, unas canalejas para acostar en ellas á los prisioneros y descabezarlos ahorrando pólvora y hasta tajos, no se ingeniaron tanto en el arte de la destrucción y el asesinato; pero no por ello pecaron de parcos en la matanza. Aquellas hermosas palabras de Polinicia, en el *Edipo* de Sófocles, "la Misericordia se halla sentada en el mismo solio de Júpiter para todos los crímenes de los mortales," parecieron haberlas interpretado á la manera que Dionisio de Siracusa interpretaba los oráculos, es á saber, que los crímenes más negros les serían perdonados por una misericordia omnipotente y contemporizadora. (*) ¿Quién no ha leído, hasta en los tratados elementales de Historia Patria, acerca de las atrocidades que acarreó el infame decreto de 3 de Octubre? ¿Quién no recuerda aún las horribles palabras de Bazaine, estampadas en la circular del 11 del mismo mes y año (1865), sobre que no admitía que se hiciesen prisioneros? ¿Y qué diremos de las correrías vandálicas de aquel coronel Dupin ¡de execrable memoria! que tras de sí iba dejando la desolación, la ruina y el incendio, talando sementeras, destruyendo poblados, pasando á cuchillo á cuantos hallaba al alcance de su mano destructora y todo bajo pretextos fútiles, y sin obedecer á más resorte que al deseo de matar y destruir, y sin estribar

Tras de haber pillado el templo de Proserpina, en la Lócrido, volvía impulsada su flota por vientos favorables: "¿Habeis visto, dijo entonces riendo á sus amigos, cuán buena navegación otorgan los dioses inmortales á los sacrílegos?---VAL. MAX., *De Religione Observata vel Neglecta.*

en otro código que la aquiescencia de los aún más grandes criminales que imperaban en altas esferas políticas del ensangrentado Imperio? ¿Y será preciso que citemos al carnicero Berthelin, el cual iba regando su camino de cadáveres, y adornando con cadáveres los árboles que encontraba al paso? ¿Citaremos otros y otros más?—¡Ah, apenas se comprende todavía que los mejicanos hayan perdonado á uno solo de cuantos cayeron en Querétaro!

¡Y cuán justificada se ve la indignación, el desaliento profundo del heroico Coronel Palacios y de sus no menos abnegados compañeros, cuando rumores circularon de perdón á la hora suprema del resarcimiento! La Historia también se indigna cuando á la *Misericordia* se convierte en *Complice* de quienes han perpetrado crímenes nefandos; crímenes que son menos perdonables, cuando se cierra los ojos y se cometen por medio de manos mercenarias. Fuera de que, es posible cerrar los ojos, pero no la conciencia—cuando se tiene. Sí, la indignación de aquellos militares era justa, era santa; sobre todo contra los traidores.

Porque, si criminales y asesinos fueron los soldados franceses, criminales y asesinos fueron también nuestros *compatriotas*—y de la peor especie—que por cobardía, maldad ú odio á las instituciones liberales, vendieron su espada y se hicieron cómplices de los enemigos de la Patria Los caudillos ex-reaccionarios, no cedieron mucho en crueldad á los mismos oficiales franceses.

Como réplica á la humanitaria, civilizadora ley, emanada del gobierno de la República en 17 de Enero de 1865, por la que se disponía que los invasores franceses que llegaran á caer prisioneros, fuesen tratados con arreglo á los preceptos de la ética militar moderna, considerándoles sólo como "detenidos" y cuidando de que no se les causara "molestia alguna," para responder á ejemplo tan alto de la cultura, abnegación, grandeza, del personal del gobierno Republicano, el IMPERIO promulgaba, con fecha 3 de Octubre del mismo año, la nefanda ley, la ley salvaje, por la que se ordenaba fuesen tratados como bandidos, como gangrena social, como monstruos humanos, los defensores

de la patria. Y se ordenaba que por el solo hecho de portar armas y formar reuniones ó bandas, los patriotas fuesen fusilados; no importaba cual fuera su grado militar, ó su profesión, ó sus méritos personales. Lo mismo daba que se tratase del Gral. Chilarde ó del negociante Isaac Garza; el crimen era el patriotismo. ¿Amas á la Patria? ¿Combates ó pretendes combatir por ella?—Luego, *debes* morir. Los más crueles Emperadores romanos nunca pudieron producir argumentos más torpes é injustos para paliar ó justificar sus atentados—atentados que conmovieron el mundo y aún resuenan al través de las edades..... Pero esta no es la última palabra. La ley de 3 de Octubre había sido signada por los ministros de Maximiliano, el Emperador; y esos ministros....... *¡eran mejicanos!*



HEROE Y CAUDILLO

CAPITULO VI.

Nuestra Esfera de Accion.—La Nacion y sus Caudillos.—El Gobierno de la Republica.—Diaz en Campaña.—Los Primeros Pasos.—En Oajaca.—El mas Alto Honor.—Los Ejercitos Franceses.—Derrota Completa.—La Traicion de Uraga y Actitud de Diaz.—El Sitio.—Infidencia Vergonzosa.—Una Salida.—Consecuencias.—La Ciudad se Rinde.—Diaz y Bazaine.—En Puebla.—Fuga Audaz.—La Leyenda.—Lo que Faltaba a Diaz.

Preciso nos ha sido, en el curso de esta obra, abandonar con frecuencia á nuestro principal personaje, á fin de dar una idea de los tiempos y circunstancias que le rodeaban. Por otra parte, en el mismo caso nos hemos hallado respecto á la narración histórica, la cual hemos interrumpido muchas veces en momentos culminantes, pasando en silencio nombres y hechos que imperiosamente hubieran exigido la atención del historiador, so pena de que se le tildase de parcial ó inepto. Pero.......... *musas collimus severiores*, y descaminado andará quien por un momento imagine, que hemos echado la carga sobre nuestros débiles hombros, de resucitar todos los grandes caractéres que han venido formando nuestra historia, ó que reconstruir nos propusimos todo el escenario donde bien ó mal desempeñaron sus papeles respectivos, ó que, por último,

fué osada intención nuestra medir nuestras aptitudes con las de quienes, con mejor preparación y en mejor medio, emprendieron obra tan meritoriosa.

Si de los fastos memorables que recordamos, y del brillo, claro-obscuro, ó sombras, que proyectan sobre su tiempo los personajes secundarios de este libro, logramos extraer los tintes del fondo, para que nuestro HEROE Y CAUDILLO se destaque con fisonomía propia, esto es, no adulterada por el apasionamiento adverso ó favorable, habremos obtenido el colmo de nuestras ambiciones. Con todo, bueno será se tenga presente, que con este libro no termina la SERIE que informará la obra y dará proporciones y colorido especial á sus detalles. El procedimiento anatómico de restauración, es peligroso, imposible, mejor dicho, cuando se aplica á obras de arte; máxime, si más que reconstruir con restos aislados y el auxilio de la fisiología y la anatomía comparada, se trata de presumir acerca de obras de creación futura.

Dejamos, primero, al General Díaz, recreándose á la sombra de los laureles de Puebla. En seguida nos acompañó por un instante en los momentos en que los reaccionarios, que de infidentes habíanse resellado, atacan el convoy presidencial. El General Díaz salva á la gloriosa comitiva y se retira después rumbo á Querétaro. Establece en San Juan del Río su cuartel general y eficazmente ayudado por muchos de sus antiguos compañeros de armas y por varios de los que con él se lanzaron á la carrera militar, siguiéndole fielmente al través de todas sus vicisitudes, dedicóse con empeño á la magna obra de reorganizar el EJERCITO DE OPERACIONES, que más tarde se haría cargo, con poca fortuna, de la campaña de Oriente.

Previamente habíase entendido con el Ministro de la Guerra, y también recibido había del Presidente instrucciones detalladas y autorización amplia, para conducir la campaña con la mayor independencia posible.

Se aproximaba una época, (si no es que llegado había), en que la defensa de la nación iba á quedar encargada al manejo aislado y discrecional de sus caudillos.

Cuanto el Gobierno Nacional pudo hacer para conservar una sombra de unidad ó armonía en la defensa, hecho quedaba. Era bien poco por cierto, y poco era también lo que podría hacerse en lo sucesivo. Declarada en estado de sitio la República, los Gobernadores y Comandantes Militares quedaban de hecho libres de sus actos. La organización civil prestaba un remedo de orden á la militar y facilitaba las operaciones de los patriotas. Y así se dió el caso de que el régimen civil, sin militarizarse del todo, se convirtiera, en casi toda la República, en regulador de las operaciones de guerra. Los caudillos consultaban casi siempre con los gobernadores, procurando el acuerdo y auxilio de estos para el éxito de sus maniobras. Por otra parte, los gobernadores, por virtud del supradicho estado de sitio, habían quedado investidos de autoridad militar. Semejante atemperancia de los dos mandos ó poderes, fué en extremo benéfica para conservar, más ó menos mal ajustadas, las diversas piezas del esqueleto de la República.

Cuando al cabo de cuatro meses, así el General Díaz como sus esforzados compañeros, creyeron á la tropa que formaba la División, en condiciones para emprender la ruda campaña, se pusieron en marcha internándose desde luego en las gargantas de la Sierra.

Como dicho dejamos, Díaz había conferenciado poco antes de ponerse en camino de Oajaca, con el Presidente y su Ministro de la Guerra, y llevaba instrucciones amplias, tanto para disponer de las rentas federales y Guardias Nacionales de Tlaxcala, Puebla, Veracruz y Oajaca, como para iniciar las operaciones conforme á un plan prefijado, si bien sujeto, naturalmente, en sus detalles, á las modificaciones que las circunstancias requiriesen.

Los comienzos de esta campaña fueron felices.

El ejército se componía de unos 4,000 hombres de las tres armas, y si bien su organización y disciplina dejaban mucho que desear, como bien se presume, en cambio contaba Díaz con buenos jefes, y, sobre todo, con el prestigio de sus antecedentes.

La primera acción que libra al enemigo en Taxco, es

un triunfo. Bate á la guarnición, la hace prisionera y se apodera de sus armas y bagajes. Por algún tiempo circunscribe sus operaciones á lugares inmediatos á los linderos de Puebla, Guerrero, Michoacán y Oajaca. Aunque éste Estado no se hallaba aún en poder de los invasores, el terreno tampoco era seguro para los liberales. Guerrillas de mayor ó menor importancia merodeaban por todas partes y la simiente conservadora ya producía allí numerosos renegados, como en el resto de la República. Con todo, la resistencia que se le oponía no era seria, esto es, la resistencia física; en cambio, la moral era mucho más de tenerse en cuenta. Los ánimos flaqueaban y se doblegaban, en los momentos mismos en que los triunfos de las armas invasoras resonaban por todo el país, como los cañaverales azotados por las rachas del Norderte. Con la diferencia de que pocos hombres se re-erguían; los más permanecían en el polvo. La desconfianza era el estado normal de los espíritus, y las noticias de nuevas infidencias el plato eran de cada día. En tales circunstancias, un hombre fuerte como Díaz, vence fácilmente, pero sin avanzar terreno. La fuerza triunfa por un instante de la indecisión ó laxitud moral, pero con cada derrota suelen venir reacciones temibles. Así es que cuando Díaz llegó á la capital, barriendo obstáculos á su paso, tenía mucho mayor número de enemigos en torno, y aun en la ciudad misma, que antes de comenzar la campaña.

Tras de haber conferenciado con el Jefe del Estado, entra á Oajaca y se hace nombrar depositario de ambos poderes, con facultades omnímodas: un Dictador en miniatura. Poniendo en juego su actividad acostumbrada, no solamente empleó sus fuerzas en ejercicios financieros y en mejorar el estado de las tropas, sino que trató de organizar la defensa del país, (fuera de la zona que le había sido demarcada), hasta Chiapas, Tabasco y Yucatán, aunque con poco éxito. Tras de tentativas en sentidos diversos y nó sin haberse hecho cargo de lo dificultoso de desarrollar su programa en condiciones excepcionalmente desfavorables, tropezando en la ciudad misma con muchas ré-

moras, encargó el poder civil al Gral. Ballesteros, á fin de dedicar su atención indivisa á la organización, armamento y proveeduría del Ejercito de Operaciones.

Entretanto, el General Díaz había llegado al pináculo de su carrera: con fecha 14 de Octubre de 1863, entró á formar número entre los divisionarios que con abnegación y denuedo defendían la causa de la República.

El Mariscal Bazaine traía para entonces entre ojos al escapado de Puebla—cuando la toma de la ciudad—y bien le sabía muy capaz de todo cuanto con arrojo, valor, actividad y escasos conocimientos técnicos, podía hacer un militar práctico de entonces. Díaz sumaba, además, dos importantes cualidades morales que en la guerra pesan tanto como las balas, es á saber, gran prestigio como guerrero, y un nombre limpio como ciudadano. Con esas dos recomendaciones, los militares ganan admiración y afectos, que por su propia virtud se convierten en palancas poderosas para mover ejércitos y llevarlos al sacrificio y á la victoria. Y cosa es bien sabida que nadie en el mundo, quizás, ha sabido sacar mayores ventajas que Díaz de sus buenas cualidades.

Ocioso sería entretenernos ahora en narrar detalladamente todos los sucesos militares que constituyen una dolorosa serie de desastres para las armas nacionales. El Gral. Brincourt se había movido de Puebla, con una columna de 3,000 hombres, rumbo á Oajaca. A su paso, el Gral. Benavides y el Coronel Espinosa desocupan, respectivamente, Huajuápan y San Antonio Nanahuatipán. Díaz sale al encuentro del enemigo; pero ya próximo á la cañada en que se hallaba su campamento, tuerce sobre la derecha y á campo atraviesa se dirige con dos batallones por el flanco, con el objeto de evitar que se le incorporase una columna retrasada. El 10 de Agosto (1864) ataca con toda su fuerza las posiciones francesas y tras de cuatro horas de combate, durante las cuales logró obtener una superioridad efímera sobre los atacados, obligóles á replegarse hasta la porroquia; mas, una vez rehechos, se lanzaron sobre él con empuje irresistible. Bien pronto pudo

ver Díaz su Ejército de 3,000 hombres completamente deshecho, el campo sembrado de cadáveres y heridos, y por todas partes huyendo aquellos reclutas en quienes había contado para el triunfo. Desmoralizado y con los fragmentos de su tropa, volvióse á la Capital, donde ya los traidores se ocupaban activamente en allanar el camino á las fuerzas invasoras.

Aquel descalabro había decidido de la suerte de la campaña—como fácil fué de preverse—pues aun para los más entusiastas partidarios de la causa nacional, era obvio que la derrota había sido demasiado vergonzosa y completa, para esperar reponerse de ella con los elementos viciados de que sólo podía disponer el General en Jefe. Es verdad que Díaz no intentaba sucumbir sin resistencia seria, y que no perdió tiempo en proveer lo necesario para las eventualidades de un prolongado sitio; mas, si escaso había quedado de armamento y recursos, un mal mayor le amenazaba: la *infidencia* corrompía y contagiaba sus tropas, la *traicion* había propagádose, como virus maligno, en las filas republicanas. Sí; el General sitiado lucharía: las campanas de los templos habían caído convirtiéndose en cañones, habíanse improvisado secciones volantes y guerrillas con lo mejor que pudo hallarse á manos, la leva proporcionó, mal que bien, un contingente de sangre, se pidió auxilio, elementos de todas clases, á los distritos del Estado, se procuró perfeccionar las fortificaciones y construir otras; con todo, quebrados estaban los moldes del patriotismo y era imposible para Díaz improvisar el repuesto necesario en circunstancias tan calamitosas.

Y mientras esto acontecía en Oajaca, dos columnas francesas al mando, respectivamente, de Bazaine y Courtois d'Hurbal, avanzaban con lentitud y abriéndose camino por entre asperezas, rumbo á la ciudad predestinada. Las fuerzas del segundo precedían. Los regimientos de Húsares y Cazadores de Africa, son atacados en el camino de la Mixteca por las caballerías republicanas al mando del Coronel Felix Díaz. El ataque fué brioso, sostenido, sanguinario; pero al fin la pericia venció al valor, y á la bi-

zarría del arrojo la técnica del arte. Las fuerzas mejicanas quedaron destrozadas y Don Felix Díaz se dirigió á Oajaca; humillado, pero resuelto á combatir hasta lo último al lado de su hermano Don Porfirio.

La historia ha sido olvidadiza con este bravo militar; tan bravo é indomable, como modesto y generoso. Enamorado de la gloria de su hermano y sin contaminarse nunca por la ponzoña de la envidia, dispuesto se hallaba siempre á secundarle de la mejor manera posible, en el instante crítico. Así le vemos con frecuencia en los lugares de mayor riesgo, ora iniciando campañas, ora terminándolas; preparado siempre para las persecuciones, eficaz para cubrir ó capar retiradas, atacando vigorosamente y sin perder nunca de vista lo que "quedaba por hacer." Sólo fué tardo y rehacio en llegar á la hora de las compensaciones. Guerrillero contumaz, astuto, concienzudo, incansable, abnegado, rudo si se quiere, siempre estuvo listo para sacrificarse á cualquier momento del día ó de la noche por las buenas causas y sin poner tasa á sus labores. Su mérito fué positivo, sus servicios reales, sus títulos á la gratitud de sus compatriotas y á la retribución histórica, tan buenos, al menos, como los de quienes, con mayor fortuna, alcanzaron á menor costa más alta nombradía. Fué la historia de los Humboldt. ¿Quién escuchó encomiar al sapientísimo Don Guillermo, orientalista y lingüista eruditísimo, pero cuya personalidad se eclipsaba al lado de la más radiosa de su ilustre hermano?

Los invasores que militaban bajo el mando del General Courtois d'Hurbal, continuaban avanzando rumbo á la capital del Estado, y en su seguimiento el Mariscal Bazaine marchaba en la misma dirección, si bien por diverso camino, al frente de un Ejército de 10,000 hombres.

Pero, ¿qué ocurría, entretanto, en el resto de la República?—Los franceses continuaban triunfando en todas partes. Las guerrillas de traidores se multiplicaban, el espíritu público decaía. Se hablaba á diario de infidencias sensacionales y ya entre las víctimas de la anemia moral, numerábase al General López Uraga—¡él, que fué de los

primeros en desalentarse, al sólo anuncio del arribo á Veracruz de los europeos!—Luchó consigo mismo algún tiempo, vaciló algún tiempo, pero al fin flaqueó su espíritu y la caída fué inevitable. El digno Gral. Arteaga pretendió arrancarle á la deshonra con el beneficio de una muerte oportuna, pero no logró su intento; y el infidente pudo llegar á Méjico, acompañado de algunos oficiales. Una vez allí, ofreció sus servicios al Imperio, que fueron aceptados.

Pero no fué este el único desliz de Uraga. No contento con privar de sus servicios á la Nación en los momentos en que más necesarios le eran, no satisfecho con haber tratado de seducir á los oficiales del Ejército que el Gobierno había confiado á su honor de militar, trató de debilitar aún más la de suyo débil resistencia que en el Sur se iba á hacer á las fuerzas invasoras, maleándole uno de sus más denodados caudillos.

Los más decepcionados acerca de la pureza del patriotismo del Gral. Porfirio Díaz, los mismos que hoy por hoy aducen datos irrefutables para probar que la ambición más honda y negra se ocultó siempre en el alma tortuosa del Caudillo, así como negros piélagos duermen sueños de siglos en el corazón de las montañas; los mismos que vieron á Díaz, nuevo Schylock, presentarse, en 1876, á las puertas del Palacio Nacional—calzando aún las botas sucias del campamento—y arrogar le vieron su espada desnuda sobre el tapete en que jugándose estaban las últimas ambiciones, y le escuharon con voz imperiosa llamar al orden á todo mundo para que se le escuchase, y, *en nombre de una revolucion triunfante*, ha hecho pagar al país, con despiadada usura, *cada uno* de sus importantes y áun de sus insignificantes servicios; los decepcionados mismos, que hoy odian ó desprecian al tirano engreído, tanto como años atrás reverenciaron al HEROE, no podrán menos que lamentar lo inmotivado de la injuria que Uraga indirectamente le lanzó al rostro, creyéndole susceptible de traicionar su bandera. Porque, es indudable que, en su extravío, el infidente General abrigaba la esperanza de arrastrar á Díaz por el camino de la perdición y la deshonra...... ¡Pe-

ro, si Díaz hubiera sucumbido entonces á tan infames seducciones!....... Mas nó, el héroe oajaqueño no sucumbiría entonces á esa clase de peligro, á ese género de seducciones, ni se dejaría arrastrar por esos despeñaderos. Hay suicidas que empuñan con fruición el puñal, después de haber temblado frente al lazo.

El mundo entero supo en seguida, por medio de circulares y publicaciones en los periódicos, que no solamente había desechado el caudillo republicano la infame propuesta, sino que conminado había á su ex-jefe Uraga á objeto de que no reincidiese, so pena de pasar por las armas á sus emisarios.—Y, no cabe duda, lo hubiera hecho.

Tras una marcha lenta, estratégica, acompasada, las fuerzas mandadas por el Gral. Courtois d'Hurbal, habían llegado á Etla, á inmediaciones de la capital, y sus avanzadas situáronse en La Blanca. Bazaine llegó en seguida, y así dió principio aquel sitio tan poco glorioso para ambos Ejércitos contrarios. El cerco fué imperfecto, los asaltos flojos, las salidas (con excepción de la efectuada por el Coronel Pérez Castro sobre la hacienda de Aguilera), fueron sin brío, la defensa inexperta, inhábil, el ataque débil y falto de sistema. Los franceses no tomaban aquel hecho de armas por lo serio, y ya veían que Oajaca era una fruta madurada suficientemente para caer por su mismo peso, sin que, por lo tanto, hubiese necesidad alguna de apresurarse á cogerla. Ella caería por virtud de su propio relajamiento y corrupción.

Don Felix Díaz hizo una salida fácil con las caballerías y Guardia Nacional, llevando el propósito de atacar el convoy de los sitiadores que venía por el camino de la Mixteca; pero, apenas fuera de la ciudad, quiénes rehusaban acompañarlo, otros se negaron á pelear, no pocos corrieron á engrosar las filas del enemigo, y, por último, tras de haber sufrido una derrota completa, el valiente y pundonoroso militar volvió solo á la ciudad sitiada.

Eso era ya demasiado para aquellos espíritus corrompidos, en gran parte, y acobardados en extremo. Las defecciones llegaron á ser escandalosas, dos compañías que

defendían sendas fortificaciones, las más cercanas al enemigo, desertaron en masa y corrieron á éste con armas y bagajes.

Se comprende que el General en Jefe perdiera toda esperanza de triunfo, y que, incapacitado para prolongar la resistencia, confiara al espíritu humanitario de los vencedores, su Ejército vencido y destrozado.

Bien conocida es la anécdota referente á la entrevista del Gral. Porfirio Díaz con el Mariscal Bazaine.

—Cediendo antes, díjole éste, os hubierais librado del cargo de alta traición á vuestro soberano.

—¡Nunca he tenido soberano! replicó con gallarda entereza el que en años por venir llegaría á serlo de los mejicanos. Transformación natural: los espíritus más rebeldes, sujetan á los demás con mayor rudeza; nadie manda mejor que el que nunca supo obedecer. En la vida de Díaz, los detalles más insignificantes se desarrollan sin solución de continuidad, hay en su encadenamiento una lógica de acero, si así podemos expresarnos.

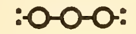
Cuando poco después marchaba prisionero á Puebla, iba nada más á lavarse la mancha colectiva, con un heroismo personal, concreto. Prisionero en el ex-convento de la Compañía, decide fugarse, y esta evasión audaz llevada á feliz término la noche del 20 al 21 de Septiembre (1865), inicia una nueva era en su vida militar. Hasta allí, Díaz, careció de rasgos personales—rasgos semejantes á los que colorido prestaron á la figura de Santa Anna—y de él sólo se sabía en la República que era un soldado valiente, pundonoroso y de fortuna, cualidades que bien poco hablaban á la fantasía popular. Por eso, hasta entonces, apenas si mención especial se hacía de él por sus hechos aislados, permitiendo que su nombre se perdiera confundido entre los muchos de otros generales, que con no menos denuedo y abnegación, habían combatido por la causa de la República.

Pero la fuga referida vino á ponerle de relieve casi de improviso, y su personalidad destacante se grabó desde aquella hora en la imaginación del pueblo. Añádase que

los tiempos eran propicios para saludar con entusiasmo cuanto de lo ordinario saliese en asuntos de braveza. El manjar diario, que de combates y episodios sangrientos se formaba, la narración de crímenes y salvajes hecatombes, el cuento de defecciones miserables ó de crueles derrotas, más bien que interesar abrumaban, lejos de producir reacción causaban anemia de patriotismo. A falta de un héroe que ganara batallas descomunales, ansiedad había de otro capaz de practicar milagros. Y preciso es confesar que Díaz respondió oportunamente nó á uno, sino á los dos términos de la demanda; y, lo que es más, en su orden lógico. Principió excitando é interesando la imaginación de sus compatriotas, antes que regalarles con los suculentos manjares de repetidos y sonados triunfos.

Respecto á la evasión se rapsodió de mil maneras: todas heroicas y dignas del exámetro. La verdad es que no careció de mérito.

Sin más auxilio inmediato que el de un fiel asistente, el cual con dificultades y peligros logró proporcionarle un puñal y una cuerda, resolvió ponerse á cobro la noche del 20 de Septiembre, como antes digimos. Acecha al centinela que hace guardia frente á su celdilla, y cuando le ve distanciarse, mal protegido por la desmedrada sombra del muro, arrástrase rozándole, llega á una azotehuela y salta al techo de una cocina. De allí lanza la cuerda en forma de lazo, que engarza en un minarete. Trépase á la torre como un gimnasta; agazapado se escurre por la angulosidad sombría de la bóveda, cuidadoso de no ser descubierto por los centinelas y desafiando un peligro cierto, visible, se descuelga casi á la vista de éstos sobre el techo de una casa vecina. Y entonces, lejos de apresurarse á escapar, con toda calma ata á la extremidad de la cuerda dos cartas de despedida, para oficiales franceses; y ¡ya le tenemos libre!—Díaz ha entrado con paso firme por los dominios de la leyenda. Ya veremos cómo sabe afianzar en su frente erguida la corona de hierro y laurel, doble símbolo del mando y la victoria.



HEROE
Y
CAUDILLO

CAPITULO VII.

El Nuevo Reto.—Golpes Audaces.—Cadena de Triunfos. —Rumbo a Oajaca.—En el Sur de Puebla.—Correrias.—En el Norte de Oajaca.—Amenaza a la Capital.—"Miahuatlan."—"La Carbonera." —Rendicion de Oajaca.—En Tehuantepec.—"La Chibaba."—Regreso a Oajaca.—La Toma de Puebla.—El 2 de Abril de 1867.—Generosidad Problematica.—¡A Mejico!

La fuga del General Díaz produjo sensación profunda en Puebla y Méjico, y más tarde en toda la República. En vano se le buscó por todas partes y se dictaron tardías providencias para reaprehenderle. En la ciudad apenas si se daba crédito á la noticia, que ya presagiaba para los traidores males sin número. Pero no pasaría mucho, sin que el afortunado caudillo diera razón sonada de su itinerario. Hombres como él no gustan del incógnito, y antes marchan con campanillas y haciendo polvo, tocando á somatén por todos los poblados que al paso les salen. Díaz era un soldado de corazón y de estirpe; una vez en el campo, en goce pleno de su libertad, cualquiera podía predecir sus maniobras inmediatas. Un nuevo reto al destino de las batallas, un nuevo desafío á la adversidad, un combate nuevo, y aun más brioso, contra los obstáculos que casi le ano-

nadaron, era lo natural, lo lógico en un carácter como el suyo.

Casi simultáneamente se vulgarizó la nueva de su evasión y la de que á poco andar habíase reunido á Bernardino García, quien le esperaba en Coyula con unos catorce hombres, mal armados, pero bien provistos de audacia y con abnegación suficiente para acometerlo todo. Así es que la noticia inmediata, sobre que los 25 hombres que guarnecían á Tehuitziango habían sido derrotados, desarmados, é incorporados, (en parte), al piquete de Díaz, á nadie causó extrañeza; mucho menos á los infidentes, que ya se preparaban á dar crédito, sin discusión, á los más inopinados descalabros. De aquél hombre que anduvo por las bóvedas, confundiendo su sombra con la de los centinelas que para vigilarle estaban, y bajando fantásticamente por el ángulo de una torre hasta la calle de San Roque, dió muestra sorprendente de sangre fría y habilidades gimnásticas, todo era de esperarse. Los franceses mismos no las tenían todas consigo, y á fe que de razón no carecieron. A vuelta de poco (el 23 de Septiembre), súpose que el escuadrón de Acatlán, compuesto de 100 caballos, de guarnición en Piaxtla, había sido sorprendido, atacado, deshecho por el heróico prófugo y desposeído de todos sus elementos de guerra, es á saber, armas, municiones, ganado y bagajes. (*)

Entretanto, iba por todas partes levantando gente é improvisando soldados, así es que para el 1° de Octubre ya le tenemos al frente de más de 200 hombres, y listo para combatir al traidor Visoso y al imperialista Flon, que con

Se notará que así en esta narración de victorias sucesivas, como en cuanto al General Díaz favorece, reproducimos salvo el estilo, con pocas variantes, lo que sus biógrafos oficiales, asalariados ó nada más afectos, han escrito para alhagarle. ¿Por qué ennegrecer artificialmente un personaje de mérito real? Lá generosidad es preferible á la avaricia en materias de historia, y lá inquina es solamente menos bajá que la adulación. No se deben manejar reputaciones con manos tiznadas, por que hay peligro de transmitir á nuestros personajes lo que está en nosotros.

Si no citamos autoridades, también lo hacemos pará beneficiar á nuestro HEROE; hay autoridades que desautorizan las más fieles narraciones, y de esta cláse son casi todas (¿hay *alguna* excepción?......), las que hán escrito acerca del militar tuxtepecano.

cerca de 400 caballos habían sido destacados para perseguirle. En Tlapa se le reunieron con unos 80 hombres, los Coroneles Juan J. Cano y José Segura Guzmán. Flon había encomendado la resistencia al Coronel Jesús Visoso, quien se hizo fuerte en Tulancingo. Díaz le atacó con toda la fuerza á su mando, y logró destrozarlo por completo. Todos los elementos de guerra del jefe imperialista quedaron en poder de los republicanos.

Deja en seguida el mando de sus tropas al Coronel Segura, y marcha á la hacienda de la Providencia, á efecto de conferenciar con el Gobernador del Estado, D. Juan Alvarez. Obtuvo de este patriota cuanta ayuda le fué posible otorgarle y, sobre todo, sanos consejos. Cuando Díaz vuelve sobre sus pasos, con el intento de ocupar á TLAPA, sabe que tanto en esta población como en el resto del Distrito, se hayan diseminadas las fuerzas del Duque Bernard, quien al mando de una columna de 700 hombres, austriacos en su mayoría, había salido para combatirle. En Tixtla recibió el Gral. republicano la noticia, y sin pérdida de tiempo se dirigió al Gral. Jiménez pidiéndole auxilio. Este, con la excelente buena voluntad y elevada noción de patriotismo que era común entre todos nuestros caudillos, no solamente le proporcionó fuerzas *efectivas* sino también de *aparato;* es á saber: puso á su disposición el batallón de veteranos de Chilapa y á más una indiada formidable, de gran bulto; pero desnudos y sin armas. Díaz supo estimar el auxilio en lo que valía, y con audacia magnífica se dirigió á Tlapa á atacar, con elementos (en su mayor parte) del Siglo XV, á los aguerridos veteranos del Sr. Duque. Pero éstos no quisieron medirse con tan formidable tropa; y Díaz y sus soldados, y sus indios, entraron triunfantes á Tlapa, mientras el Duque huía rumbo á Puebla sin haber disparado un solo tiro.

Destacó entonces el Duque Bernard al Coronel Visoso, para que maniobrara en derredor del enemigo y le hiciera todo el daño posible, en preparación de un golpe definitivo. Pero fué el caso que se dejó sorprender por Don Porfirio, en COMITLIPA, la madrugada del 14 de Diciembre

(1865), y sufrió una terrible derrota. Dirígese luego á Solacayoápan, Tlaxiaco y Jamiltepec, donde á un tiempo mismo va barriendo imperialistas y asimilándose patriotas. Cuando la persuación no basta, ó no hay tiempo para practicarla, echa mano de la *leva;* pero por un modo ú otro su Ejército va medrando.

Un incidente desagradable ocurre algo después. Bazaine había mandado al Gral. guatemalteco José M. Ortega, con unos 1000 hombres, á atacar la retaguardia de Díaz y de paso á reforzar algunas guarniciones. Sorprende al activo jefe en "Lo de Soto," y su derrota hubiera sido completa sin el Coronel *Reguera*, quien valientemente salva el día para la República, haciendo retroceder al enemigo y confundirse con los despavoridos surianos (indígenas reclutas), que ya se habían puesto en fuga rumbo á sus montañas. Hizo parada en Pinotepa la columna imperialista, pero las tropas de Díaz no se hallaban en condiciones de atacar un enemigo ya rehecho y en superior número.

Mas á poco recibieron las tropas nacionales el refuerzo del *Batallon Acapulco* y el de varios piquetes aislados; en corto número pero al mando de bravos oficiales. Con este contingente atacó Díaz un destacamento de Ortega, en el punto citado, y en jamiltepec batió al mismo Ortega derrotándole por completo, y quitándole armamento, municiones y hasta una buena cantidad de vestuario, que buena falta hacía á los republicanos.

Verifica luego una de aquellas pequeñas excursiones que, con muy poca gente, principalmente caballerías, solía efectuar en busca de recursos ó para conferenciar con jefes ó gobernadores—ó bien nada más para estudiar el terreno—y se vuelve en seguida á Tlapa..... la cual villa se hallaba otra vez en poder de los austriacos. Pero, al llegar Díaz, éstos huyeron nuevamente.

Entre el botín de guerra quitado á Ortega en Jamiltepec, figuraban unos 600 fusiles y una buena dotación de parque, con los cuales elementos mejoró la efectividad de sus tropas, novicias en su mayor parte y mal armadas.

Principia entonces el Caudillo liberal una serie de ma-

niobras, con una tendencia visible á aproximarse á Oajaca, punto objetivo de su complicada estrategia. En Putla, á donde ha llegado á campo atraviesa ó por caminos no frecuentados, sorprende, ataca y derrota al español Ceballos, que allí se hallaba de destacamento al mando de 100 hombres. En Tlaxiaco, obliga á su antiguo adversario Trujeque á dejarle el campo sin combatir, y á retirarse á Oajaca con 200 caballos. Luego, no queriendo á su vez ser sorprendido por fuerzas mayores, retromarcha hacia Tlapa.

Inicia entonces una nueva campaña de guerrillas moviéndose entre los Estados de Veracruz, Puebla y Oajaca, ocupando sucesivamente á Tepeji de la Seda, San Juan Ixcacixtla y Tlaxiaco. Perseguidor á veces, á veces perseguido, sus triunfos, como sus reveses, son insignificantes; pero no poca habilidad y pericia mostró entonces, por su vigilancia nimia, sostenida y astuta. El 5 de Septiembre derrota á Virixín en Huajuapan y poco después supo que su hermano el Coronel Félix Díaz—enviado por él con tal propósito—amenazaba á Oajaca con la gente que había levantado en la Sierra de Ixtlán, obligando á Oronoz á refugiarse dentro de las fortificaciones.

Efectúa éste una salida de Oajaca, y Don Porfirio se replega con sus tropas hacia el Sur, fraccionándolas estratégicamente. Su hermano Don Félix, entretanto, llegaba hasta las goteras de la ciudad, atrayéndose la persecución del enemigo. Creyendo insegura la Capital, se vuelve Oronoz á ella, procurando antes reunir sus fuerzas diseminadas. El Caudillo republicano, entretanto, asumía una actitud amenazante.

En 23 de Septiembre derrota en Nochistlan un destacamento de 200 húngaros, al mando del *Conde Ganz*, el cual jefe queda tendido en el campo de batalla. Rehácese luego, organiza su gente y ya con el ánimo de dar una batalla decisiva, gasta casi un mes en el arreglo de preliminares. Por último, emprende la marcha hacia Miahuatlán por Teozacualco y Peras, habiendo pasado cerca de la ciudad en actitud de reto. Oronoz y Testar se despren-

den de ella con un Ejército de 1,300 hombres, compuesto de franceses, austriacos y traidores, y el 3 de Octubre (1865) á las tres y media de la tarde, se rompían los fuegos entre ambos Ejércitos contendientes. Esa fecha—3 de Octubre—quedaría grabada en los anales militares de Méjico, si no por conmemorar una gran batalla decidida en favor de de sus armas, sí porque marca el punto culminante en que la fortuna de las huestes francesas, tras haber llegado á la mayor altura, iba á precipitarse hasta el abismo, arrastrando en el desplome al desdichado Emperador!

MIAHUATLAN fué la primera de las grandes victorias del escapado de Puebla. Sus aventuras de guerrillero le habían traído al fin á un terreno en que pudo gloriarse de éxito completo en una batalla digna de tal nombre. Allí se batieron como leones, el General Don Vicente Ramos, y los aguerridos coroneles Manuel González, José Segura y Guzmán, Juan J. Cano y los Comandantes Juan de la Luz Enriquez y Felipe Cruz. Oronoz pudo escapar, así como también algunos oficiales y bastante tropa; pero los que cayeron en manos del Jefe victorioso, sellaron el triunfo con su sangre: fueron pasados por las armas, de acuerdo con la ley de 25 de Enero de 1862; numerándose entre éstos algunos de los que abandonaron al Gral. Díaz, pasándose al enemigo, cuando el sitio de Oajaca.

El General imperialista verificó su retirada hacia esta ciudad, con lo que le quedaba de tropa, mientras los liberales se apoderaban del botín y se hacían cargo de muertos y heridos. Una vez en la capital, principió Oronoz la reorganización de sus brigadas, reforzándolas lo mejor que pudo, y se fortificó luego en el Carmen y Santo Domingo, con avanzadas en el Cerro de la Soledad: puntos—con excepción de este último—donde años antes D. Porfirio había batido á Cobos, á su regreso de Tehuantepec.

Proporciona luego el vencedor á sus tropas merecido descanso, aunque no tan largo como lo necesitaban, pues teme, con justicia, que, con motivo de la derrota, viniera del interior pronto y formidable auxilio. Se dirigió, pues, á su turno, á la ciudad asendereada, donde encontró al

infatigable D. Félix, simulando un sitio para él entonces imposible, escaso de tropas como se hallaba y éstas casi exhaustas de municiones. Con anterioridad á este útil alarde de osadía, había ya sorprendido en Tlalcolula un destacamento considerable del enemigo.

Cuando Don Porfirio llegó, tuvo noticia de que un numeroso Ejército de las tres armas, al mando de los jefes imperialistas Krikar y Hotzer, había salido de Méjico rumbo á Oajaca, á marchas forzadas. Sin duda Oronoz había recibido iguales noticias y no era posible que ignorara el derrotero que traían las fuerzas de auxilio. Fácil, también, le era prever, que Díaz no estaría á obscuras del peligro que corría de ser batido por la retaguardia y de encontrarse entre dos fuegos. Por consiguiente, sólo le quedaba el recurso de internarse en las montañas, ó bien salir al encuentro del adversario. En este segundo caso, á Oronoz le importaba colocarse en condiciones tales, que le expepeditaran una salida cautelosa y rápida, con el fin de, llegada la ocasión, atacar la retaguardia republicana.

Díaz abandonó la ciudad á media noche, después de haber reconcentrado sus fuerzas—y puesto sobre aviso al enemigo con aquel movimiento inútil;—pero Oronoz, que era un táctico detestable, permaneció impasible en Oajaca, esperando la venida ó vuelta de las tropas vencedoras, que lo mismo podían ser amigos que enemigos.

El Gral. Pérez Figueroa, que venía á incorporarse con Díaz por el camino de las Mixtecas, se le reunió en San Juan del Estado, y el día 18 de Octubre (1866), á la una de la mañana, dirigíanse ambos haeia Huachuchilla, por el camino de La Carbonera.

A las 12 del mismo día llegaron los republicanos al que sería histórico sitio, y desde luego ocuparon las lomas que ofrecían condiciones más favorables. El enemigo no se hizo esperar. Llegó, y desplegando sus brigadas convenientemente, artilló una loma que dominaba un arco extenso y desde luego rompió los fuegos con éxito visible. Los primeros momentos le pertenecieron y hasta se notó algún desorden entre las tropas republicanas, directamen-

te expuestas al fuego mortífero. Al mismo tiempo dos columnas avanzaban intrépidas por el valle, ó garganta, sufriendo imperturbables el castigo de la fusilería mejicana. Ya para entonces se había generalizado el combate..... No podemos entrar en detalles. Nadie ignora que esa acción es, sin duda, la mejor del Gral. Díaz, pues que le acredita como un jefe experto y capaz de conducir una batalla en forma en todas sus peripecias, sin perder la cabeza un solo momento. LA CARBONERA fué una batalla de *generales*. Durante toda ella el tablero de la lidia no cesó ni un solo intante de estar á su vista, cada movimiento debió ordenarse en previsión de los resultados inmediatos. Triunfó Díaz, y ninguna otra de sus acciones de guerra coloca más alto su renombre militar.

El enemigo dejó en poder de los vencedores todos, ó la mayor parte de sus elementos de guerra, entre los que figuraban 800 carabinas austriacas y una batería de piezas de montaña rayadas. Además 700 prisioneros franceses y austriacos.

El Ejército victorioso regresó á Oajaca, donde Oronoz se hallaba todavía en espera de auxilio. A falta de este, se encontró bien pronto sitiado y aislado en sus antiguas posiciones, donde á los diez días capituló, cediendo todo á su adversario á trueque de la vida.

Naturalmente hubo algunos fusilamientos *in honorem tanti festi*, entre los que descuella uno, que también pasaríamos sin mención especial, si no fuera por que creemos de justicia vindicar á nuestro HEROE de una calumnia grosera. En la *Historia Militar* de Díaz, asegúrase que negó el indulto al comisario Franco—un extraviado de buena fe y con más vistas al comercio que á las armas—por cumplir con el encargo de un pintor, fusilado por los imperialistas, y el cual, piadosamente, le encareció que "no perdonase á un solo traidor que le cayera en manos." La comisión, como se ve, era algo neroniana y presumía mucho de la afición de Don Porfirio, su amigo, á la fabricación de cadáveres; pero, no es de creerse, en verdad, que tal anécdota tenga otro origen, que el anhelo de los idio-

tas de enaltecer á sus santos colgándoles ridículos milagros. Franco se hallaba comprendido en lo dispuesto por la ley de 25 de Enero y D. Porfirio no se mostraba en aquellos días, (él sabría por qué), muy inclinado á perdonar traidores oajaqueños. Parece que lo del SITIO, le dejó preocupado por algún tiempo.

Poco después abandona nuevamente la capital del Estado y marcha al frente de una columna á Tehuantepec, donde se hallaba el jefe traidor Remigio Toledo al mando de 1500 hombres. Evade el sitio escogido por éste para librar la batalla, é internándose por las montañas, perseguido en apariencia por los imperialistas, efectúa el 19 de Diciembre un cambio de frente inesperado, y atacando desprevenido al adversario le derrota. Emprende en seguida la persecución de los fugitivos, que habían logrado rehacerse un tanto, y en Tequistlan les alcanza y reduce á grupos insignificantes, que huyeron despavoridos y arrojando sus armas y equipos.

Desde entonces se dedicó el activo jefe á reorganizar su Ejército fatigado y maltrecho, aumentar su efectividad con elementos nuevos, disciplinarlo y disponerlo á mayores empresas si se hacía necesario. Con esta mira lo fraccionó en diversos puntos en la extensa zona de su mando, encargando á los oficiales nó solamente el refuerzo de sus respectivos piquetes, destacamentos ó brigadas, sino también que se proporcionaran los recursos necesarios para hacer frente á las condiciones económicas del momento.

Poco después, Díaz, á la cabeza de 200 lanceros, una sección de ambulancia y algunos empleados civiles, entra á Matamoros Izúcar, tras de haber sido desocupada, sin combatir, por los imperialistas, y luego se dirige á ACATLAN, donde establece su Cuartel General á principios de Febrero de 1867.

En esta población preséntasele á Díaz la oportunidad de realizar la amenaza que hizo en Oajaca, en Noviembre de 1864, de pasar por las armas á cualquiera que osara volver á proponerle que traicionase la causa nacional. Felizmente, aunque haciendo un "verdadero esfuerzo" para

observar compostura y ecuanimidad, cuando Mr. Burnouf se le presentó á nombre del Emperador ofreciéndole "arrojar del poder á Márquez, Lares y *Compania*, (frase en extremo familiar para la seriedad del caso), D. Porfirio contestó cortesmente, que....... "*no era posible*." Es verdad que él albergaba un espíritu monstruosamente ambicioso, y que los psicólogos del partido conservador debieron haber penetrado, á no dudarlo, sus tortuosidades; pero anduvieron deficientes en su exámen y conclusiones, y desconocieron la significación del momento. Era ya Febrero de 1867 y la balanza de los destinos se inclinaba hacia el lado de los defensores de la patria; además, Díaz acababa de recorrer una verdadera "vía triunfal," y era absurdo imaginar siquiera, que á tal hora fuera á pasarse á un enemigo debilitado por grandes reveses, y en vísperas de completa ruina. *Otro*.....era el *enemigo* que ya para entonces flotaría, como negra sombra, en las lontananzas de sus ambiciones....

El sagaz historiógrafo Iglesias Calderón hace hincapié en este episodio; pero no para elevar á Díaz hasta las nubes por haber sido bastante cuerdo para tomarle el pulso á la situación política, sino á fin de poner de bulto las graves tendencias del Archiduque á traicionar á sus Ministros y hasta á sus más bravos y expertos generales. La observación es justa y la historia debe tomarla en cuenta.

De Acatlán cambia el Caudillo su Cuartel General á Huamantla á fines de Febrero. Recibe aquí considerables refuerzos, y, en tanto que en la región del Norte graves acontecimientos se desenvolvían y *otro* glorioso Ejército, al mando de *otro* Caudillo no menos insigne que el héroe de *La Carbonera*, había venido señalando su épica marcha con una serie de triunfos—en el momento culminante—Díaz, tras de haber descendido al Valle de Puebla, establece su Cuartel General en el Cerro de San Juan, frente á la Ciudad famosa, á la sazón fortificada y artillada por enemigos formidables. Los detalles del SITIO y el ASALTO son harto conocidos; pero injustos seríamos con nuestro

LA TRAICION DE MAXIMILIANO., pag. 84.

Heroe—y con aquellos valientes soldados, oficiales, y jefes de alta graduación, que allí lidiaron como leones, mil obstáculos superaron, y heridos quedaron en el campo ó perecieron por la gloria de la patria—si por completo silencio guardáramos sobre tan magníficas hazañas. El heroico Gral. Noriega defendía la plaza, y con él los no inferiores en bravura Arriaga y Tamariz. Con Díaz, y bajo la bandera republicana, militaba una pléyade de jefes decididos, hombres resueltos á jugar la vida y arrebatar la palma, á trueque de los mayores arrojos. No habría tiempo que perder. El sitio se inicia tenaz y sangriento. Puede decirse que principió por la mitad, cuando ya los soldados quemados por la pólvora, experimentan la necesidad del estruendo, de la carnicería, para templar sus nervios. No hubo trabajos previos de ingeniería dignos de tal nombre. Se trataba de *acabar* venciendo á toda costa.

La *Division del Sur* había engrosado el Ejército sitiador, compensando de esta suerte los elementos que Díaz habíase visto obligado á ceder para que fuesen utilizados en el Sitio de Queretaro, donde á la sazón se hallaba la clave del gran conflicto. Uno por uno los puntos estratégicos fueron capturados, disputándolos á sus denodados defensores palmo á palmo. San Javier, Santiago, la Penitenciaría, la Capilla de Guadalupe, la Alameda, y otros, y otros lugares bien defendidos, iban cediendo al empuje de los sitiadores. Cayó luego la Merced—á tiempo que en el Circo Charini se verificaba un combate feérico, si infernal no debemos llamarlo.—El incendio se había declarado en el edificio y enormes llamaradas rampantes, sedientas al parecer de sangre, lamían por todas partes los suelos regados de cadáveres y heridos. Rostros ennegrecidos, manos rojas empuñando frenéticas un arma indócil á su frenesí agónico, gritos de espanto y de rabia, imprecaciones y voces de mando, todo esto pespunteado con menudas y frecuentes descargas, oíase y se veía en todas direcciones. La atmósfera irrespirable por el denso humear de las descargas y el incendio; el polvo y el olor acre de la sangre quemada, el trepidar causado por los desplomes,

las iluminaciones rápidas de los disparos que parecían vomitar globos de fuego, la grita y el ruido sordo de la lucha singular y los estertores y quejidos; nada, nada era bastante para dominar la furia, el anhelo de destrucción cristalizado en aquellos espíritus, de los que todo sentimiento humano había desaparecido con el primordial instinto de conservación. El fuego, avivado por el viento y abundancia de combustible, cobraba creces; pero aquellos hombres que obedecían la voz enronquecida del Caudillo de *La Carbonera*—él también ennegrecido, ensangrentado y desgarradas ó quemadas sus ropas por las llamas y proyectiles—no estaban allí para combatir el incendio, para dominarlo; sino para arrojarle explosivos y combustible humano....... Estas escenas de horror se repiten más tarde en los baños de Carreto. Allí mandaban á los rudos asaltantes el fogoso Alatorre y el terrible Díaz. También en ese lugar se declaró un incendio formidable, que tampoco contribuyó para debilitar la defensa, ni mucho menos á detener el ataque de los sañudos sitiadores. Adelantaron estos por entre vallas de llamas, techos que se derrumbaban y escombros que arrojaban humo nauseabundo, con firmeza y denuedo. Una granizada de balas iba cegándoles al paso y clareando sus filas; pero avanzaban. Acometían heridos, magullados, quemados, cegados por el polvo y por el humo; pero avanzaban siempre. El enemigo iba cediendo, replegándose, vacilando, hasta el instante final, decisivo del pánico y de la fuga.

Y estas escenas de heroismo brutal, que explica cómo los mejicanos pudieron hacer en pocos días, lo que las disciplinadas tropas francesas apenas lograron en meses, se repetían á cada hora y en cada uno de los puntos atacados. Mejicanos eran los del ataque y mejicanos los de la defensa; mas, entre unos y otros se retorcían, implacables como espectros, leyes de exterminio. No había cuartel. Era preciso defenderse hasta caer; y hasta morir seguirse defendiendo.

En tales condiciones llegó al General en Jefe del Ejército sitiador la apremiante noticia de que Márquez, el fa-

moso Lugar-Teniente del Imperio, al frente de un Ejército numeroso, se dirigía á la ciudad sitiada...... Si lograba llegar á tiempo, la suerte de Díaz, la suerte de Maximiliano, la suerte de la República, se decidiría de otra manera.—¿Acaso no lo vieron así los sitiadores de Querétaro? ¿Obró cuerdamente Díaz sitiando á Puebla? ¿Obró bien Márquez desobedeciendo al Emperador? ¿Hizo lo que debía el Gobierno de Juárez obligando á Díaz á privarse de recursos casi indispensables, dada la actividad que Márquez estaba desplegando en la Capital de la República? O, ¿se trata simplemente de una cadena de errores?—"*Quizas otro cantara con mejor plectro.*"

El Jefe del Ejército sitiador no perdió tiempo. Convocó á una Junta de Guerra, y en esta se decidió el asalto de la plaza, quedando encargado de los detalles el General Alatorre. A las tres y media de la mañana del 2 DE ABRIL DE 1867, la fogata del Cerro de San Juan indicaba la hora del asalto. ¡Cuantas veces en los aniversarios de las grandes fiestas nacionales hemos escuchado, desde la niñez, el relato conmovedor de tan glorioso triunfo! Familiares nos son los sitios donde Acuña, Rodríguez, Vázquez y tantos y tantos otros, encontraron la muerte luchando como bravos. En la calle de la Siempreviva, antójasenos aún estar viendo al entonces Comandante Carlos Pacheco. Herido por un proyectil que le destroza un brazo, vacila un instante y cae; mas luego se incorpora y acomete; llama sus soldados á las trincheras, y á tiempo que el suelo va regando con su sangre, avanza todavía, hasta que un nuevo proyectil le destroza una pierna. Cae, pero aún apostrofa, manda á sus soldados, y cuando del campo le sacan, es porque ya lleva en el pecho el inmenso orgullo del triunfo.

No muchos días antes, en el asalto del Hospicio, el valiente Gral. Manuel González perdió un brazo en la refriega; la sangre le mana á torrentes, y cuando se le habla de sacarle del campo, la furia que á su rostro asoma sólo le permite lanzar una palabra, mitad imprecación, mitad orden: *adelante!........*

¿Y los soldados? ¿Quién contará con pluma experta las increibles hazañas que efectuaron aquel día memorable? Hemos escuchado á antiguos jefes del Ejército, narrar conmovedoras escenas en que los soldados moribundos, en un postrer instante, cedían sus armas aún cargadas á los que pasaban sobre sus cuerpos sangrientos—y actos heroicos sin número; pero.....no es esta la ocasión de referirlos.

Escasamente habían transcurrido dos horas desde que principió el asalto, y ya por todas las calles piquetes de fuerzas liberales, derribando trincheras y saltando fozos, llevaban en fuga al enemigo, que sólo hacía parada para rendirse. Poco después, la Plaza de Armas era el punto de reunión de los vencedores, jefes y soldados. Díaz estaba conmovido, como en ninguna de sus victorias precedentes. He aquí lo que entonces decía á sus soldados: "Acabais de dar la muestra de vuestro valor irresistible. ¿Quién osará medirse con los vencedores de Puebla?........ Intrépidos en el combate y sobrios en el uso de la victoria, habeis conquistado la admiración de esta ciudad por vuestro denuedo y su gratitud por vuestra disciplina. ¿Qué General no tendría orgullo en hallarse á vuestra cabeza? Mientras cuente con vosotros se reputará invencible vuestro *amigo*—PORFIRIO DIAZ.

De 1867 á 1900, iban transcuridos 33 años; una generación, ó dos, según los romanos. Y en este último año, siendo ya tirano de Méjico el HEROE DEL 2 DE ABRIL, hace que con fondos de la Nación publque un cotesano—Melesio Parra— sin prudencia, ni selección, ni mucho menos talento, cuantas majaderías favorables al Autócrata han dicho en el Extranjero de su ídolo, quienes mal le conocen, ó fingen desconocerle. Deja, por supuesto, en el tintero, lo muchísimo adverso que de él se ha dicho; pero, veamos lo que importa. En esa obra expensada por el Gral. Díaz, con fondos nacionales, se dice lo siguiente, página 29: "En la historia relativamente moderna, los únicos *sinonimos* de la carrera militar de Díaz (de la clase en que las filas son numerosas, ciertamente, pero en que el *caudillo* realmente es EL EJERCITO) son Cortés y Pizarro. Nuestra

propia historia (la de los Estados Unidos) no tiene ningún ejemplo semejante, aun entre los Mariones y los Custers y los Roosvelts; por la *razon palpable* de que ninguno de estos, *nuestros leones*, era......... *Capitan de ovejas*."

¡Capitán de *ovejas!* ¡Ovejas los soldados del 5 de Mayo, del Sitio de Puebla, de Miahuatlán, de La Carbonera, del 2 de Abril! ¡Ah! General, ¡pobres, pobres de vuestros *amigos;* pobres, pobres *juanes!*

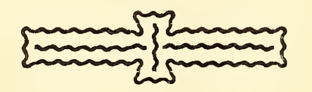
Rendidos los fuertes de Guadalupe y Loreto, grande fué el botín, considerable el número de los prisioneros. Y en llegando á este punto en la narración de la historia del Gral. Díaz, sus biógrafos pasmados sumerjen la cabeza en el polvo, y no encuentran palabras con que sublimar la magnanimidad del semidiós oajaco, por no haber tocado á degüello, después del triunfo, ni haber pasado á cuchillo siquiera á 500 ó 600 de los prisioneros. Nó; se contentó con imitar á Bazaine y á Forey, quienes tampoco perpetraron fusilatas inútiles (y *mas justificables* por razón de la incertidumbre del momento), á la caída de Puebla y Oajaca. La verdad que no se ve el talento de los que pretenden elogiar, encarecer la *magnanimidad* de Díaz, por no haberse hecho *reo vulgar* de nefandos asesinatos, deshonrando á aquella hora la causa nacional con derramamientos de sangre innecesarios. ¡Si todavía hubiera sido *despues*, compulsando los atroces atentados de lesa humanidad de muchos traidores—como en otras naciones y tiempos ha sucedido en casos semejantes—es á saber, tras de haber sido sujetos los criminales á las formalidades de un juicio! Pero, aún en este caso, sin imitar la barbarie inglesa cuando los amotinados de Dalhi, (el 57); aunque no se tratara de castigar rebeldes, sino traidores; nó patriotas, sino invasores y viles mercenarios. Pero..... *¡Diaz clemente, Diaz magnanimo!*....... ¡Ah, sí; Nerón fué también magnánimo cierto día! Nerón, el artista, el soñador, el actor regio, el enamorado del Arte, el que mató á Traseas porque su deficiencia de oído musical le impedía extasiarse con ¡los trinos y "si bemoles" del purpurado cantor, ese mismo Nerón, compitió cierto día con el

poeta Lucano—un poeta bárbaro, un español de los que Augusto hizo ciudadanos—y no paró allí la intriga, sino que, arrebatado el "jurado calificador" por los hermosos versos del futuro autor de la "Farsalia," que entonces cantaba á Orfeo, le adjudicó el "gran premio" del certámen, desoyendo de mala gana los imperiales exámetros del coronado poeta. "Toda la ciudad (como de Díaz dicen los historiadores), se esperaba que la misma noche ó al siguiente día, habría muchas ejecuciones sangrientas." Ya se confesaban con Júpiter los "jurados" y entre sí unos con otros; pero, nada, el magnánimo, el generoso, el tierno y cariñosísimo Nerón, perdonó á todos. Nada más ordenó al poeta suavemente, que "quedase á disposición del Gobierno hasta nueva orden," y, sobre todo, que no volviera á leer versos en público. Es innegable que Suetonio nos cuenta que luego recibió Lucano mandato cesáreo para que se propinara mortal sangría; pero, á decir verdad, esto no fué por delito alguno de imprenta, ni anduvo en ello el artículo 7° constitucional reformado "á Palo Blanco," sino por haber conspirado con Pisón, contra la gloriosa vida del Príncipe Apolo.

. . . .

Y una vez dueño de Puebla—¡Méjico, la Ciudad de los Palacios, la Ciudad de sus sueños, la de los supremos mandatarios, le sonreía en lontananza! ¡Ah, si la sombra de JUAREZ no asomase su cabeza hirsuta, como el GENIO DE LA RAZA, por encima de las nevadas crestas de los volcanes del Valle, exurgida al parecer de la trémula superficie de los lagos somnolientos!

—¿Nuevos obstáculos? debió haberse preguntado entonces el héroe guerrero, ¿qué importa?—¡A MEJICO



CAPITULO VIII.

La Reaccion.—Caudillos Republicanos.—Maximiliano.—Ultimos Errores.—El Mariscal Bazaine y los Jefes Confederados.—Los Estados Unidos y Mejico.—Los Triunviros de Paso del Norte.—El Gral. Lalanne en Tololuca.—San Lorenzo.—La Republica Renace.—Las Armas de Aquiles.

El Imperio se hundía, como hiena enfangada en charca de sangre. La reacción iba produciéndose en toda la República. Don Félix Díaz y Pérez Figueroa en el Sureste, Régules y Corona en el Suroeste, Alejandro García coaligando los Estados de Oriente, Jiménez y Altamirano batiéndose como leones en Guerrero, Rosales evolucionando con éxito en Sinaloa y Sonora, Don Porfirio Díaz en la campaña triunfal que dejamos descrita á grandes rasgos, y el *Ejercito del Norte* ante los fuertes de Querétaro, cerraban en una malla de desastres al agonizante Imperio.

Ocioso sería relatar los postrimeros quebrantos de Maximiliano: su lucha con el Clero inevitable, porque en sus bienes veía la posibilidad única de apuntalar el edificio que se desmoronaba; sus celos de mando é influencia del Mariscal Bazaine, á quien denunciaba y acariciaba al mismo tiempo; su falta de confianza en los generales infiden-

tes que le escuchaban, y cuyos consejos no quería seguir, ni imponerles sabía una voluntad firme; de tal suerte que Márquez le desobedece al salir de Querétaro, cuando en contrario caso pudo salvarle; y él, á su vez, desoye al bravo, al heroico Miramón, cuyos consejos pudieron salvarle. Un día ofrece á Díaz traicionar á Márquez y á Lares; y otro día, no mucho más tarde, confía en el infame López para traicionar á Mejía y Miramón.

La infortunada Emperatriz, cuando ve que la falta de apoyo de las fuerzas francesas significaba el hundimiento del trono, vuela á Francia y se echa á los pies de Napoleón III. *Ella*—la nieta de Luis Felipe, por cuyas venas corría sangre borbona—se echa á los pies del regio advenedizo; pero éste era egoista, y la rechazó sin miramientos. Corre luego á Roma, y se arroja á los pies del Papa; pero Pío IX era avaro, y por no consentir ó tolerar que se echase mano á los bienes del clero, la arrojó de su presencia: ¡del Vaticano salió loca!

El Mariscal Bazaine, que va dejando á los patriotas el territorio desocupado por sus fuerzas, también ha previsto el desenlace fatal; pero el predestinado Príncipe recibe, en mala hora, una carta que su amigo Eloin habíale escrito de Viena, cuando á punto se hallaba de ceder á insinuaciones de Luis Napoleón y á las más directas de Bazaine; é hizo saber á Bazaine, que no le acompañaría.

Napoleón III había jugado una partida sucia de jugador tramposo. Echada la suerte con ligereza, al principio, quiso luego sacar de la situación las mayores utilidades posibles. Obtuvo ventajas de los dos ruinosos empréstitos y si no alcanzó en seguridad de estos préstamos usurarios la hipoteca de las minas de Sonora, fué porque los americanos se opusieron á ello terminantemente. Tampoco anduvieron muy felices sus generales, al prestar oído á la lluvia de jefes confederados que de mala fe ofrecían su ayuda al Gobierno imperial. Bastó que en el Norte se supiera que 25,000 ex-confederados proyectaban cruzar la frontera, con el objeto de servir en el Ejército de Bazaine, para que la opinión pública se declarara abiertamente en

favor de Méjico. La visita del Dr. Gwin á Luis Napoleón, fué, asímismo, pésimamente comentada. Y ya se sabe la actitud que tomó el célebre Ministro Seward, durante los últimos meses del Imperio. Sobre todo, cuando ya el Imperio estaba agonizando por sus propias dolencias, y Sara Y. Stevenson, como otros muchos, podía preverlo en la forma siguiente: "Para los que en Méjico nos hallábamos, no era posible ocultar el hecho de que la zancadilla al imperio mejicano estaba dada. Maximiliano tenía que caer. ¿Cómo? era todo lo que aún no se sabía."

Y mientras esto acontece en el centro de la República, Juárez y sus compañeros esforzados, á quienes Brincourt, primero, y más tarde el Comandante de Escuadrón Billot, debían echar fuera de su *ultima* capital obligándolos á expatriarse—ya que Garnier, en Sonora, apercibido estaba para salirles al paso—habían vuelto otra vez á Chihuahua cuando Brincourt desocupó la ciudad, y la desocuparon nuevamente cuando Billot se aproximó á ella. El desierto no tenía horrores para aquellos corazones de roca. En cambio, ¿abandonar la patria? Nó lo harían, si humanamente era posible evitarlo. Razón le sobraba al poeta latino Vestritius Spurina:

Multum turba tenax fidei
Ultra fata furit non docilis fugæ,

Que quizás pudiera traducirse:

El confiado y tenaz prolonga á veces
La resistencia, indócil al peligro
Que aconseja la fuga.....

Pero, á principios de 1867 no era ya tiempo de dar albergue á pesimistas temores. Redactando El Cura de Tamajon, en Monterrey, había dicho el inolvidable Prieto:

Detrás de aquel nublado
Brillante alumbra el sol.

Y del nublado aquél, sólo tenues celajes opacaban por intermitencias el cielo de la patria. No queremos decir que para entonces las privaciones y sufrimientos habían desaparecido para los asendereados repúblicos; sino que ya en

aquellos días, aunque viviendo bajo la sombra de una nube, el sol iluminaba en torno horizontes vastísimos.—Así se explicaba la felicidadel filósofo de Dantzig.....

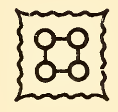
Márquez salió de la capital al frente de más de 6,000 hombres y había llegado á Apizaco, cuando tuvo noticia de lo acontecido en Puebla, é inmediatamente se decidió á contramarchar, con la intención aparente de hacerse fuerte en la capital. Entretanto, el Gral. Lalanne, que orden había recibido terminante de detener al enemigo en su retirada, "así debiera sacrificar toda su columna," le sale al paso en TOLOLUCA, con sólo 1200 hombres, reclutas en su mayor parte, y sin artillería. La orden era para obligar á hacer parada al formidable Ejército, durante una ó dos horas; pero en lugar de eso, el esforzado Lalanne le contiene siete horas y media, á costa de enormes sacrificios de sangre y mediante combates heroicos. Hay que notar que la oficialidad republicana era escogida, veterana, y así se explica que con soldados bizoños haya podido Lalanne verificar una acción tan sorprendente. Algunos cuerpos, como el de *Pablitos*, quedaron reducidos á unas cuantas plazas.

El Gral. Díaz venía ya al alcance con las caballerías del Ejército de Oriente, trayendo la infantería y artillería una jornada de retraso.

Márquez se atrincheró en la Hacienda de SAN LORENZO, y allí le alcanzaron los Generales Guadarrama y Díaz, el primero con 4,000 caballos y el segundo con contingente de Puebla. Además, formaron en la famosa batalla los despedazados restos de la columna de Lalanne, que con no menor heroicidad pelearon aquel día. La artillería rompió los fuegos entre tres y media y cuatro de la tarde del día 8, y las caballerías verificaron un movimiento de circunvalación, amenazando cortar la retirada al enemigo. A pesar de que las 18 piezas de batalla de Márquez estaban bien manejadas, lo recio del combate, casi desde el principio, quedó encargado á las caballerías.—Los pormenores huelgan en este punto, bástenos decir que la inopinada fuga de Márquez contribuyó en gran parte al éxito de las

armas republicanas. Díaz entró á Texcoco triunfador, y poco después establecía su cuartel General en Tacubaya, casi en las goteras de la Capital de la República. Un paso más y ya estaba en ella.

Dejemos los pormenores subsiguientes á los que escriben la historia detallada de aquellos tiempos heroicos. Pero asentemos, sí, con natural tristeza, que á los primeros albores del nuevo día, cuando el pendón de Ayutla, triunfaba en Santa Isabel, San Jacinto, Santa Gertrudis, ý en Querétaro; y también triunfaba en Puebla, en San Lorenzo y en la Capital misma de la República; cuando la "Justicia Nacional," con semblante adusto había convertido el CERRO DE LAS CAMPANAS, en altar gigantesco donde sacrificio sangriento se tributó á las irritadas deidades de la Patria; cuando á los hogares todos, con rostro sonriente y refulgente antorcha, iluminaba la esperanza; cuando los duelos cesaban el pueblo narraba sus victorias en el privado apacible de modestos albergues; cuando el iris de la paz se tendía de un confín á otro de la renaciente República, y hasta la naturaleza misma, bañada por los soles estivales, parecía gestar en su hinchado seno gérmenes de prosperidad futura; cuando todo en la superficie era sol, aurora, esperanza, alegría de vivir—la ambición cautelosa, la inquina sorda, amenazante, tremenda, ya brotaba en los corazones envenenados de predilectos adalides. La espada de Hector, las armas de Aquiles, presagiaban nuevas tormentas......



LIBRO IV

EL CAUDILLO REVOLUCIONARIO.

Et quando perpudescet miscenda atque perturbanda republica?

¿Hasta cuando nos avergonzaremos de ser los perturbadores y el azote de la República?

Ubi mortua ero, parentabis mihi, et invocabis deum parentem. In eo tempore non pudet te eorum deum preces expetere, quos, vivos atque præsentes, relictos atque desertos habueris?

Cuando haya muerto me colmarás de honores y me invocarás como una diosa; pero, ¿no te causará entonces rubor tributar honores divinos á quien, en vida y presente, desoiste y desertaste?

CORNELII NEPOTIS. *Fragmenta.*

"Therefore, he did his country the service of showing that Mexico could produce a man who did not rule by murder and for the purpose of filling his pocket."

Por consiguiente, (Juarez) hizo el beneficio á su patria de evidenciar ante el mundo, que Méjico podía producir un hombre que no gobernara por medio del asesinato, ni con el propósito de llenarse los bolsillos.

Saturday Review—London, *March 10, 1894.*

CAPITULO I.

Vuelta del Presidente a la Capital.—Don Porfirio Diaz ante si mismo.—Fantasmagorias.—Comparaciones.—Los Politicos de Grecia.—Condenacion de un Heroe.—El "Vencedor del Imperio."—Renuncia..... ¡para Volver!—Rasgo de Desprendimiento.—Necedades de la Adulacion.—¡Honra para el Ejercito!

Hallábase ya Juárez en el Palacio Nacional de Méjico, y Díaz..... ocupaba un casuchín humilde en un barrio de la gran ciudad. Ya se sabe que Díaz ha sido siempre de natural modesto; y en este punto están contestes todos sus biógrafos. Modestia y magnanimidad, son cualidades características del HEROE DEL 2 DE ABRIL, no hay que olvidarlo.

Al día siguiente de la ocupación de Méjico, se le ve triste y abatido; en vano sus amigos pretenden alegrarle recordando sus hazañas gloriosas, y pintándole un porvenir esmaltado con todas las fantasmagorías del deseo. ¿Por qué nó? ¿Acaso no era él un héroe tan de buena cepa como Escobedo ó Corona? ¿Por qué no había de llegar á Ministro de la guerra, por ejemplo, ya que ser diputado ó senador no le atrajera por entonces? ¿Y Gobernador de Oajaca? ¿Por ventura no podría llegar á serlo? ¿Era exi-

gua la gloria de ocupar un puesto que ilustró el gran Juárez?—Eso decíanle sus *amigos.* (*)

Pero Díaz movía la cabeza, y su sonrisa era amarga. Su rostro rojo, quemado por el sol, ennegrecíase al contemplar el almenaje de Palacio....... Todos los que le vieron entonces, afirman que estaba tranquilo y frío—como si trajera el corazón ardiendo. Su conversación era tan afable, tan respetuosa, tan modesta—como si las furias de la ambición, la soberbia y el encono rugieran desatadas en su pecho, sofocando sus gritos en sangre de la entraña.

¿No era justo que el gran soldado repasara una á una sus bellas y azarosas jornadas? ¿No era de razón que colocara en el platillo de los merecimientos, una á una, todas sus victorias? ¿Podría dudarse de su heroicidad? Puebla, Miahuatlán, la Carbonera estaban allí para decirlo. Nunca se encogió ante el peligro su corazón esforzado, nunca al adversario esquivó el frente, nunca contó al enemigo, y, sobre todo,..... ¡nadie superó sus hazañas! Y Méjico lo sabía, sí, la misma ciudad de Méjico lo sabía. Aún se reproducían en sus oídos y memoria, los "bravos" entusiastas de la muchedumbre, los repiques de las campanas simulando un Sábado de Gloria, los aplausos de las gentes, los vítores y las diauas, el estallar inofensivo de petardos y cohetes; y, dominando todo eso, "él" á la cabeza de la columna triunfante. Y volvía á escuchar en su fantaseo, el ruido sordo, acompasado, de las caballerías, y el animoso resonar de los clarines: la ciudad entera convulsionada, ¡Méjico, Méjico mareándose á sus pies! En verdad ¡tanta dicha era demasiado! Pero, nó;....aquello—¡todo aquello!—había perdido el mérito al ser dividido con otro hombre: con el Indio de Paso del Norte.

No somos noveladores, ni mucho menos escribimos al impulso de pasiones ruines ó groseras. La "restauración psicológica" de nuestro personaje, en la época que nos ocupa, ó bien está basada en datos históricos, ó en testimonio fidedigno de quienes le conocieron y trataron del 67 al 71. Por rázones obvias callamos sus nombres: ¡temblarían de terror al verlos impresos, á pesar de sus antecedentes!... Creemos haber dado prueba suficiente de nuestra inclinación á juzgar al Sr. General Díaz por el "lado más favorable," y aun de debilidad al prestar casi siempre oído á sus panegiristas. Quizá, menos que por falta de aptitud analítica, por consideraciones más levantadas y nobles.

Después de todo, ¿era lógico lo que acontecía?—Es verdad que El Ejercito del Norte había hecho algo abriéndole el camino al Gobierno Nacional; también podía envanecerse de algunos triunfos, verbigracia, en Querétaro había atrapado al Emperador y á sus más valientes y expertos generales. A hablar con apego extricto á la verdad, pudiera decirse que, aun sin él, la aventura imperial estaya terminada; pero......... ¿Miahuatlán, la Carbonera, Puebla, Méjico, sus triunfos todos—todos en conjunto—nó pesaban infinitamente *mas* que esas otras proezas de los militares fronterizos? Juárez había hecho causa común con ellos—con los fronterizos—y mientras él—Díaz—asombraba al centro de la República con una campaña homérica, él, si, *Juarez*, se entretenía en hacer "viajes de recreo" de Chihuahua á Paso del Norte y de Paso del Norte á Chihuahua.

Y, entretanto, ¿qué hacían sus famosos Ministros? ¿Qué hacía Iglesias, qué hacía Lerdo?—¿Política? ¿Contra quiénes?—¿Proclamas? ¿Para quiénes?—¿Leyes? ¿Qué falta hacían? ¡Ah, sí, se "carteaban" con D. Matías Romero y, por su mediación, conspiraban en Washington! ¡He allí á los "intelectuales" á los hombres de gabinete, los que iban á recoger el fruto de sus innúmeras batallas!

¡Paciencia! Por su orden, Juárez, Lerdo, Iglesias—como los sacaran los tiempos en el juego de la lotería política—caerían uno á uno. Tres eran ellos y los tres llegarían uno tras otro..... para hundirse. *¡Medea superest!*

Por el pronto, lo indispensable era renunciar al empleo, y optar por los goces suaves de la vida doméstica. ¡Ah! preciso era, antes de marcharse, encargarle á Juárez que se apresurara á reorganizar la Administración, porque, de otra suerte, algún malvado militarcillo, ó ilustre pero sin escrúpulos, podría tomar ocasión de ello para saltarle al rostro el momento menos pensado. Sobre todo, ¡mucho cuidado con los ex-héroes!

No podemos pasar adelante en este punto de nuestra narrativa, sin rendir tributo ferviente de admiración entusiasta, á los excelsos políticos de la antigua Grecia. Con

razón el poeta venusino, aconsejaba. que día y noche se estudiara la herencia intelectual de los antiguos, y á Emerson, el genial filósofo norte-americano, motivo le sobraba para aseverar, que Platón, el griego, no dejó nada nuevo que decir á sus pósteros. En ninguna parte del mundo se ha estudiado jamás el corazón humano como en Grecia.

Y dicho lo que antecede, traduzcamos algo de la VIDA DE MILCIADES, tomándolo de CORNELIO NEPOTE: Vuelto Milciades á Atenas, sin haber triunfado pero con su flota intacta, á punto estuvo de ser condenado á muerte afrentosa; pero, gracias á su hermano Tiságoras, se le condenó nada más á morir en la cárcel.¿—Por qué?—Oigamos cómo lo explica el ingenioso historiador: "Este crimen de que se le acusaba no fué, en verdad, más que un pretexto para condenarle: otra fué la causa. Los atenienses no podían olvidarse de la tiranía de Pisístrato, el yugo del cual habían sacudido hacía pocos años; y por lo mismo desconfiaban de los ciudadanos poderosos. Milciades, que habia pasado su vida en el mando y las magistraturas, dificilmente se resignaría, según ellos, á la quietud de la vida privada, y se presumía que su costumbre de imponerse le arrastraría á la codicia del mando. Durante el tiempo que permaneció en el Quersoneso, ejerció el poder sin restricción, como tirano; pues tiranos son, y así deben ser llamados (habentur et dicuntur tyranni), los que inamovibles ejercen el poder en un Estado en que antes se gozó de libertad.....Milciades disfrutaba de buena reputación en todas las repúblicas griegas, poseía un nombre ilustre, una gloria militar digna de alto encomio; pero, á pesar de todo, el pueblo prefirió condenarle, mejor que vivir temiéndole constantemente."—Felizmente para *nuestro* Milciades, ni nuestros hombres, ni los gloriosos tiempos que vamos describiendo, eran los de la Grecia heroica.

Así es que el pueblo mejicano de entonces, amaba cordialmente á Don Porfirio; Juárez le amaba también, y hasta Iglesias y Lerdo le habían encomiado con franca admiración sus grandes proezas militares. Era, pues, el Jefe oajaqueño, el niño mimado del momento. Pero eso,

precisamente, era lo que le descorazonaba. ¡Ser él, nada más, "el niño" mimado de la Administración! ¿Cómo podría soportar ese afecto bochornoso? Cómo le sería posible vivir bajo ese Gobierno—el Gobierno de su paisano *el Licenciado*—quien, sin duda, iba á pretender colmarle de honores y beneficios como en otros días?......Su buen discurso, su dignidad personal ofendíanse con tal pensamiento. Es verdad que el *Vencedor del Imperio*, Escobedo, iba á someterse como mansa oveja y á darse iba por satisfecho, con.....cualquier cosa, con nada. Pero él, el *¡Vencedor de Puebla!* ¿Era lo mismo? ¿Podía compararse el 2 DE ABRIL, con SANTA GERTRUDIS, SAN JACINTO, ó cualquier otra cosa de Escobedo?......¡Que lucha! ¡Con razón el héroe de LA CARBONERA sonreía amarga y misteriosamente á todos sus amigos!

¡Qué! ¿Juárez pretendía que él continuara al servicio de la Nación, como si digéramos, "al servicio de Juárez?" ¡Nunca! Por eso había renunciado ya dos veces; y, á pesar de la resistencia de Don Benito, renunciaría nuevamente. Se iría á Oajaca, no había remedio, se iría.....¡para volver!

Entretanto, ahí dejaba ese "material" para sus futuros biógrafos: para cuando él triunfara.......

—¿Qué herencia era esa, qué material?

—Un rasgo de admirable desprendimiento, que leerían y releerían las generaciones futuras, sin poder comprenderlo. Y al dar cuenta de esa acción increible, los ojos de los biógrafos futuros brillarían de codicia, sus bocas experimentarían la sensación especial de delicuescencia, que atormenta al hambriento á la vista de manjares apetitosos; y poniendo los ojos en blanco, é inflados hasta reventarse los carrillos, arrojarían á los cuatro vientos esta noticia tranquilizadora: Don Porfirio no declaró *res nullius*, no se robó los fondos, durante los breves días de su gobierno militar, que había en las oficinas públicas, ¡ni siquiera los que tenía al alcance de la mano! ¡Qué honor para el Ejército! ¡Qué honra para los biógrafos encanallados, que miran actos de honradez heroica en los más ordinarios de

la vida diaria! ¡Lo que harían ellos en un caso análogo, esto es, al haberse encontrado en el pellejo del digno General republicano!

Después de todo, es digno de compasión el HEROE DE LA INTERVENCION FRANCESA, por sus caídas frecuentes en garras de apologistas vandálicos y de talento enjuto.



CAPITULO II.

El Triunfo Inesperado de Seward.—Los Estados Unidos en la Guerra Mejicana.—Ayuda Problematica. Los Verdaderos Heroes.—Paginas de Epopeya. Juarez ante la Nueva Situacion.—Errores e Imprevisiones.—Diaz entre Bastidores.—Sus Primeras Hostilidades.—Fusilamiento de Vidaurri.—Obstaculos no Insuperables.—En la "Hacienda de la Noria."—Centro de Conspiraciones. —El Gobernador de Oajaca.—Primera Chispa.

La causa intervencionista estaba perdida; pero, ¿á quién se debió el triunfo? ¿A Méjico, ó á los Estados Unidos; á Juárez ó á Seward?—Juárez había dicho: "han alcanzado (el triunfo) los buenos hijos de México, combatiendo solos sin el auxilio de nadie;" pero, ¿era verdad? Así parecía haberlo creído el mismo Seward, quien proclamó, más tarde, al Indio de Quelatao, como el más grande de los estadistas que había conocido, y no era probable que al expresarse de esa suerte, hiciera modesta alusión á su propio triunfo. De la misma opinión fueron reputados historiógráfos americanos y de Méjico; pero, conforme á últimos datos de una avanzada escuela mejicana, parece que unos y otros estaban equivocados, y que quien realmente venció al Imperio, fué el tenaz y aguerrido ministro americano.

Por supuesto que es obvio, es trivial hasta para los

oradores crónicos oficiales, que con ayuda efectiva por parte de los Estados Unidos, el Imperio pudo haberse mantenido á la manera que la *republica* en Tejas; pero sin tal apoyo, decidido y franco, la parodia de monarquía no era viable; y así lué como se derrumbó al cabo, por el solo esfuerzo de las armas nacionales.

¿Debemos algo á los Estados Unidos, por virtud de su cacareado apoyo moral?—*Algo*, sí, indudablemente; pero mucho más debemos á nuestra causa en sí misma. Porque aconteció que "nuestra causa" era *la suya*, que el orden político que sobre nosotros pesaba, era una amenaza al mismo tiempo para ellos; que *nuestra* victoria, sería *su* victoria; que Méjico estaba luchando heroicamente, con inmediato provecho de los Estados Unidos, á la cual nación incalculables trastornos hubiera acarreado el asentamiento sobre base firme del Imperio Mejicano; por último, que la potencia del Norte "sacaba las castañas con la mano del gato." En la contienda, los Estados Unidos pusieron el contingente de "un ceño adusto, y palabras y bravatas de relumbrón;" nosotros pusimos *todo*, todo cuanto de bueno y de valioso teníamos. Y por consiguiente, dar rienda suelta á cómica gratitud hacia los Estados Unidos, por que constreñidos se vieron á apadrinar nuestra causa, equivale á dar gracias á la Providencia por haber hecho correr los ríos á cercanías de las grandes ciudades: en uno y otro caso se confunde el consecuente con el antecedente, la acción con el motivo.

Y preguntamos ahora, ¿pudieron, sí, *pudieron* los Estados Unidos haberse mostrado *favorables* al establecimiento del Imperio en Méjico?—Nó; y así lo cofiesan todos sus historiadores y estadistas que el punto han tocado.

¿No lo pudieron por *altruismo*?—Nó; por egoismo: profundo, racional, práctico; porque...."no les convenía." "It was against the general interests of the Union," dice uno de ellos, y con él cuantos la materia han tratado en este país y en Inglaterra.—No hay raza en el mundo que tenga tan despierto el instinto de conservación como la anglosajona. Egoismo, egoismo y más egoismo, son los tres ele-

mentos de que esta raza está formada. ¡Es verdad! pero lo es también, que ese egoismo brutal hizo de la Ciudad de Rómulo la Señora del Mundo.

Y desvanecida esa ilusión de apoyo exótico, problemático hasta desde un punto de vista moral—si no despreciamos los fines ó móviles—¡cuán grandes aparecen, despues de cuarenta años, aquellos bravísimos desarrapados, aquellos generales andrajosos, aquellos soldados descalzos, insensibles á las fatigas, extraños al temor, indiferentes á la muerte!—Allí, Corona aparece como tormenta, y ciega al paso á los aguerridos invasores, en VERANOS, UNION, CONCORDIA, PALOS PRIETOS, y llega en triunfo á Mazatlán. Díaz carece de tiempo hasta para celebrar sus repetidas victorias. Un héroe jóven, Gerónimo Treviño, arrancado á la leyenda de otras épocas, ha salido de Oajaca con 150 dragones y comiendo día á día las provisiones del enemigo, luchando por *sport*, saludando al paso los campamentos y fortificaciones de invasores é infidentes, sin dejar la recta, sin cejar un ápice, sin incomodarse procurando rodeos, llega, al parecer invulnerable, á las cercanías de MONTEMORELOS, ya al frente de más de 800 hombres, y su sola presencia infunde terror al enemigo que en número de 2,000 guarnecía la ciudad é inmediaciones, y desbandados huyen ó se entregan sin combatir al jóyen Caudillo. Treviño—y con él Naranjo, su hermano de armas—triunfa luego en SANTA ISABEL, formando parte del glorioso EJERCITO DEL NORTE del que era Caudillo el inmortal vencedor de Querétaro. Con 1,200 hombres despedaza más tarde Escobedo á austriacos y traidores, en número de 2,300, á inmediaciones de Camargo, y SANTA GERTRUDIS hace contrapeso á *La Carbonera* en la emulación de las grandes victorias. Juárez y sus compañeros están ya en Zacatecas; pero Miramón les sorprende, les ataca, y ...JUAREZ se salva una vez más. Pero un mes ha transcurrido apenas, y Miramón, en turno, ha caído entre las garras de las águilas del Norte, y de ellas su Ejército sale desgarrado y sangrando. Don Porfirio, en la carrera de la glosia, camina, llega al Valle de Puebla, asedia la ciudad,

la asalta y la toma. El "Ejército del Norte" está frente á Querétaro. Se dobla la postrera hoja: hay una escena conmovedora: Maximiliano entrega á Escobedo su imperial espada. Luego..... una triple descarga, tres humillos se divisan desde el valle, elevándose del CERRO DE LAS CAMPANAS: son tres almas que vuelan!......

¡El IMPERIO ha fenecido!

Juárez se hallaba en Méjico, es verdad; triunfante y todo, pero frente á una situación tan grave, como la de quien pretende condimentar un manjar gustoso y saludable con un fruto podrido. La situación no era para él. Era una de aquéllas que exigen atemperancia al medio; su excesiva honradez, su amor á las instituciones, su poco afecto al militarismo, y hasta su virtud suprema, la admirable confianza en sí mismo, iban á serle nocivos.

Entre su Secretario de la Guerra y él hubo condescendencias que no debieron existir, y entre él y su Secretario de Relaciones hubo disidencias que debieron haberse evitado. Era muy de Juárez, pero nada cuerdo, violentar el licenciamiento del Ejército; su lenidad excesiva con los traidores, fué una inyección vitalizadora á la "fiera de antaño, ¡que al fin le deboraría cubriéndose con engañosa y prestada piel!..... Tampoco pudo, ni supo, justipreciar sus caudillos debidamente. Quedaba, pues, la escisión en el partido y el descontento en el EJERCITO.—¡Viva estaba, si, viva y asomando sus cabezas de serpiente, la Hidra Revolucionaria!—Los peligros del triunfo son con harta frecuencia el triunfo de la derrota.

Véase ahora, en breve resumen la labor política, sabia, del Sr. General Díaz.

Si hubo un instante en la carrera de este hombre extraño, en que aguijoneado se sintió por pasiones violentas, fué cuando triunfal entró á Méjico. Quizás, antes, nunca meditó detenidamente todo lo que él valía y podía; quizás fué modesto hasta aquel instante mismo—puede admitirse—pero, entonces, los aplausos de la muchedumbre, resonando en un vacío imposible de llenar, debieron haberle revelado el "otro *yo*" y despertado de improviso, presa de

una irritación violenta, aunque silenciosa, porque de esta suerte se operan las reacciones en espíritus como el suyo. —Así late ignicandente la entraña del volcán, mientras el sol ríe en los blancos caseríos que salpican su falda.

Apenas ha entrado á Méjico, y de bulto se le ofrece la realidad. "No puedo ser yo," debió haberse dicho entonces con exasperación, recorriendo la arena política. Era él, sin duda, un bravo militar, un militar afortunado, pero no de la aristocracia intelectual, ni mucho menos de conciencia limpia; pues que es indudable que ya en aquel día—el día en que puso su primer renuncia del mando del Ejército de Oriente—ya se conocía á sí mismo; y lo que es más, iban á principiar á conocerle los otros. Aquello era torcer el ceño, tirar el guante, enseñar la herida. Ni Escobedo, ni Corona, ni Régules hicieron cosa igual, á pesar de sus grandes merecimientos y escasa recompensa. El héroe de Miahuatlán y La Carbonera era el único ambicioso—un ambicioso formidable—y él lo sabía. ¿Formó desde entonces un plan; se trazó una línea de conducta?—Vamos á verlo.

En 13 de Julio (menos de un mes más tarde), nueva renuncia. No recibe contestación. El Gobierno no puede ignorar lo que pasa. Pero insiste el Sr. Díaz, y entonces el Gobierno le suplica que espere dos meses más, permaneciendo en su puesto, es á saber, en Tehuacán, al mando de la 2da. División. Accede, mas, apenas vencido el plazo, ya le tenemos camino á Oajaca, ¡la tierra de su nacimiento y cuna de sus primeras ilusiones! Aquella jornada debió haberle sido amarguísima, á pesar de las manifestaciones patrióticas y entusiastas con que en todas partes era recibido. Después de todo, ¿qué había hecho en Méjico, tras de su entrada triunfal? Un recuerdo joco-trájico quizás cruzaría entonces por su mente, haciéndole sonreir con apetito mediano: fusiló á VIDAURRI—dizque para servir de edificación y ejemplo á cuantos traidores, en lo sucesivo, pretendieran mostrarse rehacios á su benévolo llamamiento—á tiempo que una charanga, convenientemente situada á inmediaciones del lugar del suplicio, se regodea-

ba soplando alegremente el popular refrancillo de los CANGREJOS:

"En la ancha crinolina
De Pepa Miramón,
Se esconde Pérez Gómez
Al trueno del cañón."

Pero, si bien se mira, obrando de esta suerte nada había hecho en propio beneficio, sino mas bien había vengado, de una manera salvaje, el mal comportamiento de Don Santiago con Juárez.....

¡Juárez!..... ?Qué era él ante Juárez?..... ¿Qué era ante Iglesias; qué ante Lerdo? ¡Un desheredado! En el gran torneo que se iniciaba, él era solo un representante—como otros muchos—de la fuerza y la fortuna de las armas. Era un pretoriano, y nada más. Podía ser un Otón, ó algo semejante; pero también podía terminar como Vitelio. ¡Si tan sólo pudiera ser un Dantón! Pero no; carecía de la franqueza brutal del estruendoso tribuno, de su elocuencia también y de sus conocimientos; pero, sobre todo, de su franqueza. Nunca diría él, por ejemplo, de sí mismo, como Dantón: "nous sommes de la canaille, nous sortons du ruisseau," (nosotros somos la gentuza, salimos del arroyo); nó, no lo diría, ni aun comparándose con las excelsitudes intelectuales y morales de un Juárez ó un Iglesias. En cambio, ¿no fué Dantón quien también dijo: "Pour les vaincre, ¿que faut-il? (¿Qué se necesita para vencerles?), respondiéndose: "audacia, y todavía más audacia, y siempre audacia?"—Sí, Dantón lo había dicho, y eso podía servir de lema. Y lo fué: fué desde entonces el lema del General Porfirio Díaz. Era preciso ser audaz y osarlo todo. Y puesto que se trataba de derribar políticos, *politiquear* era por el momento lo indicado.

Ya le tenemos en Oajaca y proclamado "benemérito." Además, el Estado le ha hecho obsequio, en premio á sus servicios, de la HACIENDA DE LA NORIA..... ¡El tesoro que en su *plan* hallaría, así debiera malograrse de primera intención!

Y allí está, al parecer, convertido en simple é inofen-

sivo ciudadano, amante del orden, del público bien, y, sobre todo, de la Constitución de 1857. El aire del campo le sienta á maravilla; en cambio, la soledad es propicia para los monólogos del desencanto, para las divagaciones del espíritu. No; no era posible convertirse en anacoreta, en ranchero de buena fe, él que había sido *todo:* con un mundo de victorias á su espalda y una hoja de servicios incomparable. Así es que no desperdiciaba detalle de cuanto ocurría en la capital de la República.

Juárez, entretanto, había cometido errores, como antes digimos; y él los aprovechaba. Entre "lerdistas" y "juaristas" que disidían, él clavó la cuña del "porfirismo."

Muchos jefes preteridos en el reparto general de empleos, se quejaban de tan injusto abanbono; y Díaz les acariciaba y consolaba. Alguna vez hasta alzó la voz airado, y apostrofó al Gobierno. Porque nada le importaba que á él—¡el héroe del 2 de Abril!—se le tuviera "casi desterrado," "relegado al olvido," (como dice uno de sus biógrafos), y á más, entregado á las faenas rústicas y sin mando ni empleo; no, nada le importaba todo eso—á pesar de que "con malos ojos ya lo veían sus amigos;" pero ¡dejar á sus compañeros morirse de hambre! ¿Qué iba á ser de ellos; qué harían? ¿Trabajar? ¿Y cómo; en qué si todo estaba en paz por el momento? Juárez le calmó, y siguieron las cosas su curso ordinario.*

Los biógrafos del Sr. Díaz hacen notar, que llegó á tal

Esfuerzo cuesta á quien posée un criterio disciplinado en materias de historia, hablar en serio de las contorciones ridículas de los historiadores de la AUTOCRACIA, cuando tratan de paliar, de "bordar encima" de las ambiciones de Díaz en aquellos años. Los parches de púrpura con que pretenden ocultar llagas sucias, causan repulsión ó risa; no son, lo repetimos, para tomarse en serio. Que Díaz conspiraba, era público y notorio, sabíanlo hasta en las escuelas de primeras letras.

¡Cuán indignos se muestran de escribir historia, los que retroceden trémulos ante a fealdad de los hechos descarnados!

Respetamos al Sr. Gral. Díaz, tirano y todo, y seguros estamos, que él es el primero en burlarse, *in peto*, de los esfuerzos inútiles y dislocamientos histriónicos de sus apologistas de infecundo meollo.

Y nótese que en todo lo que escrito dejamos, ni una sola palabra hemos aceptado de lo que escribieron entonces—y más tarde—los contrarios del Sr. Díaz. ¡Hablaron fuerte y nutrido, muchos de los que después le han servido de rodillas!

grado su desprendimiento en esta época, que el sueldo de que gozaba como General de División en cuartel, lo invertía *integro* en la construcción de un puente en el río Atoyac. No osaremos discutirle esa atenuante meritoriosa al gran soldado.

Y mientras esto acontecía, era Gobernador de Oajaca su hermano Don Félix, á quien con tal nombramiento el Gobierno de Juárez premiaba sus importantes servicios.*

Puede decirse, con verdad, que el Caudillo oajaqueño principió á conspirar contra el Presidente, el mismo día de su entrada á Méjico. Así lo denuncian todos sus actos y palabras. Cuando se hizo la CONVOCATORIA, (14 de Agosto), para que el pueblo ejerciera derechos constitucionales y además para consultar reformas, Díaz había aprovechado la coyuntura para declararse celoso constitucionalista, manifestando de paso que, "aunque Juárez había cometido errores en esa y otras ocasiones, merecía, con todo, agradecimiento."—Ya veremos lo que significa "agradecimiento" en el lenguaje porfirista.

Las elecciones pasan. La cuestion legal desaparece; pero el caudillaje continúa en fermentación, y, como era de temerse, LA NORIA se convierte en un foco de conspiraciones, en un pudridero.

¿Lo ignoraba el Presidente?—No; no podía ignorarlo, pero.... lo toleraba, en espera de futuros acontecimientos, ya inevitables.

El Estado de Oajaca, gobernado por el noble hermano de Don Porfirio—que por él se hubiera dejado despedazar cien veces—era un reducto, un fuerte inexpugnable para el CAUDILLO REVOLUCIONARIO. Allí podía recibir comisiones, dictar medidas, formular planes, conspirar á su antojo, revolucionar.... ¡aunque se perdieran las cosechas!—LA NORIA, después de todo, no debería producir grandes cosechas..... agrícolas.

Por fin, la tranquilidad expectante de la República

Al decir "el Gobierno," y no "el pueblo," seguimos el criterio de los próceres intelectuales del *porfirismo*, quienes aseguran que nunca hubo elecciones populares en Méjico; esto es, ni antes ni ahora.

se ha interrumpido de súbito: el primer estallido revolucionario ha resonado hasta el Centro, interrumpiendo en sus graves y patrióticas tareas al GRAN PRESIDENTE.

Desde aquel momento no habría ya calma para Juárez hasta su muerte. Muy amargas serían sus decepciones. La lucha tendría que ser tanto más penosa, cuanto más difícil de determinar al adversario. No era ya la guerra extranjera la que tenía frente á sí; ni siquiera la lucha de principios; sino el fermento de ambiciones bastardas y criminosas: la escisión vergonzosa, el cisma en el gran PARTIDO LIBERAL triunfante.

Sin embargo, en 1868, la bandera roja aún se hallaba escondida en el fondo del pozo.

Mas tarde saldría de allí acompañada de un *Plan* político-revolucionario: el PLAN DE LA NORIA.





CAPITULO III.

Supervivencia del Partido Conservador.—Sus Aliados Naturales.—El Injerto Clerical.—Pacto Tenebroso. Conspiracion Abierta.—Don Porfirio en Plena Actividad.—Halagos y Vagas Promesas.—El "Injusto Abandono" y la "Genreosidad" de Diaz.—Movimientos Revolucionarios de 1868 a 1871.

El elemento clerical, derrotado y todo, no permanecía inactivo. En circunstancias semejantes un partido se mueve por espíritu de conservación, y por su propia gravedad cae y encaja en el bando más débil. De partido se convierte en injerto; y no en facción, porque las facciones sólo nacen de las derrotas á medias. Era obvio que al lado de los *juaristas*, los conservadores é infidentes, ó los que ambas cosas habían sido, no podrían ni pretenderían encontrar apoyo. El *lerdismo*, no puede decirse que fuera partido entonces; y aun siéndolo, nadie ignora que en este punto Lerdo era tan intransigente como Juárez. En cuanto á Iglesias, en él no había ambiciones: ni formaba, ni quería formar partido.

El Ejército estaba profundamente dividido; no había entonces pan, ni mucho menos grangerías para todos. Después de una gran revuelta, continuada largo tiempo, el

Estado se encuentra siempre con un excedente de brazos enteramente inútiles; si no es para convertirse en *garras*, como acontecía durante las interminables luchas de la Edad media. Entre estos brazos inútiles, ó desechados, todos suman. Unidos bien pronto por la pasión brutal del resentimiento, hacen causa común, sacrifican los principios y aúnan sus torpes esfuerzos. La lucha en perspectiva no es ya cuestion de ideales; deriva de la necesidad material de vivir conforme á costumbre adquirida. Y á ésta necesidad de vivir, material, fisiológica, se sacrifican odios, rencillas que pertenecen al orden moral. Si un muro va á derrumbarse, y amenaza al mismo tiempo á un cristiano, un musulmán y un judío, los tres trabajan de consuno, aúnan sus fuerzas para evitar el desastre. Y de esta suerte se explica, que los aristócratas opulentos de Méjico, la cleresía encumbrada, y el elemento conservador militante, que respiraba á medias—temiendo ser oído y quizás sofocado,—en el subsuelo de la sociedad mejicana, volvieran con avidez las miradas hacia..... ¡La Hacienda de la Noria!

De allí, y sólo de allí, podía volver la salud.

Lo repetimos, Juárez, Iglesias y Lerdo eran unos magníficos testarudos: nada había que esperar de ellos.

¿Ignoraban los hombres de la Intervención, cuál era el lado vulnerable del liberalismo, en aquellos momentos de reconstrucción política? ¡Cómo, si entre los conservadores estaban los hombres más sagaces de entonces, salvo media docena de liberales ilustres? Su causa era mala; bien está, y merced á ello el triunfo final les sería casi imposible; pero, desconocer la finura de su olfato, es pueril y hasta ridículo. Asi es que apenas se anuncia el reflujo revolucionario, y ya en las crestas de las olas que vienen, vénse cabalgar *todos* los periódicos conservadores é intervencionistas de la República.

¿Y qué era este elemento? ¿Algo nuevo? ¿El mismo partido conservador, derrotado y magullado por los Zaragoza, González Ortega, Zuazúa, Escobedo, Tapia y Díaz? Nó; era *algo* muy distinto. Algo más formidable y serio:

era la conspiración en las tinieblas, la REFORMA bañada en agua bendita; nó ya mostrándose, sino arrastrándose; nó ya tigre, sino víbora.

—¿Qué iba á suceder?

—En una de las ramas del liberalismo triunfante, iba á inyectarse sangre corrompida, casi sangre de cadáver. Los conservadores no iban á salir al campo, á buen seguro, con sus antiguos pabellones: estaban ya podridos con la sangre y el lodo. Tampoco podrían presumir que el contubernio fuese publicado *urbi et orbi:* hay alientos que manchan y rubores que queman; y ni á éstos ni á aquéllos se expondrían, los que aún ostentaban limpios blasones de gloria comprados caramente. Los más grandes delitos no lo son para el mundo, si nunca llegan á ser conocidos. También entre políticos se estila el juramento profesional. Por consiguiente, el nuevo partido PORFIRISTA, ya engendrado en 1868, ocultaría su "sangre musulmana;" pero no por ello renunciaría á los beneficios que le reportase. Y en consecuencia de ese pacto, de esa "*entente cordial,*" como se quiera llamarlo, el partido conservador no había muerto, quedaba diluído en el *porfirista.*—En ocasión oportuna, ya estudiaremos en esta SERIE de libros, el ascenso progresivo de su savia vigorosa.

Contrario á lo que sería de esperarse en los tiempos actuales, en aquellos años la conspiración fué franca. Hombres de la categoría de Ignacio Ramírez, Benítez, Zamacona, Ogazón y Vallarta, no tardaron en desenmascararse y arrojarle el guante á Don Benito. Negrete, García de la Cadena, Aureliano Rivera y Toledo, habían conferenciado con el Caudillo en su Hacienda—y conspirado á medias á la hora de los postres.

Hallábase Don Porfirio en correspondencia activa con cien jefes de alta y baja graduación, á la sazón diseminados por la República entera—de Tabasco á Sonora y de Tamaulipas y Nuevo León á Jalisco y Sinaloa—haciendo gimnacia diplomática. Porque conviene saber, que ya para entonces poseía el arte de la impenetrabilidad picante, quisquillosa, y á la vez *elocuente.* Elocuente, de cierta manera,

es á saber, los interlocutores y comensales, tras una larga conversación con él, creían haberse enterado de todo; á pesar de que nada les había dicho. Cierto militar nos relató el caso siguiente, hace algunos años. "Cuando llegué de vuelta á Oajaca, me dieron ganas de retroceder á la Hacienda de la Noria, para preguntarle al General en qué habíamos quedado. En verdad, no lo sabía. Y sin embargo, habíale dicho adios, plenamente satisfecho de estar enterado á fondo de lo que se tramaba contra el Gobierno de Don Benito."

Veamos ahora cuáles fueron los resultados inmediatos de todos aquellos ajetreos políticos y conspiraciones.

Ya hemos asentado que la codicia del poder supremo se apoderó de Don Porfirio, tan luego como triunfó definitivamente la causa de la libertad y de la República. Pero la gloria de Juárez era demasiado esplendente en aquel momento político y suficientemente esclarecido el criterio de Díaz, para que éste pensara en alzar el pendón revolucionario á raíz del triunfo y sin preparación previa. Imprudente anduvo, sí, y falto de mesura hasta no dejar duda de sus más recónditas ambiciones; pero sus consejeros no eran de escasa valía intelectual y le mantuvieron dentro de los límites de la hostilidad circunspecta.

A pesar de todo, es indudable que ni el Sr. Presidente, ni ninguno de sus Ministros, tomó entonces por lo serio las muecas agresivas del displicente Caudillo; pues ni su pasado militar—brillante y modesto á la vez— ni su educación, ni sus tendencias, le habían abierto brecha en lo pasado, por la senda de las magistraturas. Puestos había ocupado, cierto es, de la administración civil; pero en circunstancias anormales, ó transitorias, y con más carácter militar que administrativo. Se le creía un soldado de conciencia y buena fe, ignorante y aguerrido, valiente y bonachón; capaz de rabietas, pero incapaz de trastornar seriamente el orden público, si no era empuñando el estandarte por algún patricio ilustre, por ejemplo, Iglesias ó Lerdo; mas, de estos encumbrados personajes, nada había que temer: no pertenecían al gremio de las asonadas. En su con-

secuencia, el hecho mismo de ser él el candidato, era una garantía moral para el Gobierno de su buen comportamiento. De esta manera se explica fácilmente, que se le hubiera permitido permanecer y hacer de las suyas en LA NORIA, siendo su hermano Don Félix Gobernador del Estado de Oajaca.

Importa asentar aquí, que no se hallaba "relegado al olvido," ni "abandonado," el Sr. Gral. Díaz (como algunos afirman, y antes hicimos notar), sino disfrutando del sueldo de General de División en cuartel; y aunque por ostentación vanidosa de desafecto, dizque "consagraba *integro* su sueldo á la erección de un gran puente sobre el río Atoyac," la verdad es que se carece de datos sobre la materia: los de su tenedor de libros no existen ya, ni nadie los vió; por lo tanto, difícil es justipreciar la extensión de la largueza del benévolo Caudillo, en la ocasión que nos ocupa.

Este, y otros muchos detalles ridículos—verdaderas debilidades—que los biógrafos del Sr. Díaz han acumulado osadamente sobre su cabeza, debieron haberse omitido, se le debieron haber condonado, en gracia de sus buenos y prolongados servicios. Pero, después de la indiferencia de los contemporáneos, el mayor mal que pueda ocurrirle á un hombre ilustre, es el caer en garras de panegiristas indoctos. Los que escapan ilesos del insulto y la diatriva, perecen asfixiados entre los tentáculos cariñosos de los pulpos literarios.

Ya se sabe que la ruptura franca del Caudillo con el partido liberal puro, personificado en Juárez, fué hasta cierto punto festinada por el periódico oficial del Gobierno, quien imprudentemente aseveró, que Don Porfirio resuelto estaba á campear en pró de la LEY ELECTORAL de 14 de Agosto y las reformas constitucionales consultadas. Eso, naturalmente, hubiera podido afirmarse, *sin su permiso*, de cualquier militar leal, en servicio ó en disponibilidad, como en el caso que nos ocupa; mas, presumir lealtad de Díaz, *entonces*, fué una ceguedad apenas explicable. Ni siquiera respetuoso silencio era de esperarse; Ni él lo querría, ni sus "MANAGERS" le permitirían desaprovechar la

oportunidad que se presentaba, para salir á flote con algo sonado. Protestó Díaz con rudeza; y de esta suerte y por estos comienzos, quedó militante el híbrido "PARTIDO PORFIRISTA," que fatal sería desde luego á la causa de la paz y del bien público; y, andando el tiempo, á la de la democracia y..... ¡seguridad misma de la Nación!

Su gestación subsecuente, queda ya ligeramente diseñada en lo que dejamos escrito.

Demasiado había aprendido el novel pretendiente, en su ya larga carrera militar, para que sus maquinaciones se hubieran concretado á registrar bajo sus banderas los nombres de diez ó quince generales de viso. De haberlo hecho, ó haber encomendado la revuelta á éstos, exclusivamente, el fracaso hubiera sido inmediato; casi tan inmediato como si él mismo se hubiera puesto en campaña. Es más fácil apabullar grandes que pequeños: las barreras que detenían ante las puertas de Corinto á los soldados de Lisandro, las liebres las franqueban sin dificultad, según pudo observar oportunamente, éste general insigne. Donde generales de renombre hubieran resultado demasiado voluminosos, en un movimiento incipiente, los *coroneles* podían moverse con holgura. Y así fué que el General Mejía, si bien logró apoderarse de Puebla, apenas si opuso resistencia digna de tal nombre á las armas federales.

En virtud de consideraciones análogas, el Sr. Gral. Díaz dispuso, de acuerdo con sus consejeros, que los generales no se prodigaran, dejando las maniobras iniciales á los jefes de inferior graduación. De esta suerte el incendio se propagaría de una manera lenta, pero segura; ineficaz, pero debilitante.

Cosa era bien sabida que el gobierno de Juárez estaba casi exhausto; no podría resistir muchas sangrías. En cambio, los revolucionarios podrían proporcionárselas sin experimentar contra-efectos desagradables, merced á las condiciones excepcionalmente favorables que el país brindaba á los del oficio.—Porque, en nuestras revueltas políticas, el soldado de línea, que vivia á expensas del Fisco, anduvo siempre más mal parado que el revolucionario, el cual

medraba á costa del país; esto es, de la extorsión y el pillaje. Cuando el soldado de línea perecía de inanición, el revolucionario, abundante en ganado, dejábalo á medio consumir en los agostaderos.

En consideración á lo expuesto, no parecerá extraño que, ya á comienzos de 1868, se hubiera pronunciado, en Yucatán, el Coronel Villafranca; al cual pronunciamiento sucedieron los de los *coroneles* Francisco Aguirre y Pedro Martinez, en San Luis Potosí; Martinez (Angel), Palacios y Granados, en Sinaloa; y Mendoza en Veracruz. A estos movimientos sediciosos, deben añadirse los más serios de Negrete, Rivera y García de la Cadena. Por fortuna el Gobierno contaba con las leales espadas de Rocha, Vélez, y Alatorre, quienes supieron reprimir con brazo de hierro, las primeras tentativas audaces de los porfiristas.

He allí la difícil pendiente por que se arrojaba un militar heroico, hasta aquella fecha á todos simpático, querido de todos, y de limpios antecedentes. ¡He allí el uso que iba á hacer de una nombradía envidiable!—Ni aun el triunfo le compensaría de la pérdida de su honor como militar honrado y fiel á las instituciones de su patria.

Ahora, en la cumbre, en el mareo, olvida, quizás, que HOY no es MANANA, que su obra aún no se conoce más que por los resultados inmediatos—*no* finales—y que, por lo tanto, la historia de sus últimos treinta años, AUN NO ESTA ESCRITA.

¡Miserable tarea para el que la emprenda, dentro de un cuarto de siglo!





CAPITULO IV.

La Honra Militar.—Falsa Grandeza.—Pretextos.—Causas de la Impopularidad de Juarez en 1871.—Gratitud del Pueblo.—Virtud y Popularidad.—Los Elementos de la Revolucion.—La Frontera del Norte y el "Plan de la Noria."—Caudillos Fronterizos.—Fiasco.—Rocha y Alatorre.—Batalla de "Topo Chico."—Paralelo entre Juarez y Diaz.—Muerte de Juarez.—Nuevo Presidente.—El "Segundo en Turno."

Llegamos á un punto culminante de la historia del Sr. General Díaz. Los galones no se prostituyen más que una vez en la vida del soldado; las reincidencias son de menor efecto. El Heroe transformado en Conspirador, iba á degenerar en Caudillo Revolucionario. Es verdad que la fortuna le seguiría de cerca, tras el primer fracaso, pero, en todas las prostituciones hay grandezas: Mesalina reposaba de sus eróticas faenas de la Suburra, reclinada en cogín de seda, recamado de oro y forrado de púrpura. Nunca un tirano pudo apreciar en vida el valor de sus obras.—El desmoronamiento cubre el volcán: la maza de un cíclope lo ha causado. La Primavera extiende el césped y las flores en la improvisada planicie; mas, la entraña tiembla y ruge en silencio.—Los tiranuelos de peor estirpe, los más depravados, saben imponer silencio, hacer la paz, y, sobre tòdo, impulsar las "mejoras materiales y el comercio é industria," (que, dicho sea de paso, nada, absolutamente nada tienen de común con las virtudes cívicas). En se-

te particular Nerón mismo mereció las alabanzas, nada menos que de Suetonio, por su actividad en la construcción de caminos—"opera magna potius quam necessaria"—como dice el descontentadizo historiador; pero no por ello menos útiles para la grandeza romana, como observa Procopio. Hasta las artes florecen bajo las tiranías. Augusto y Luis XIV, tuvieron grandes poetas: eso es natural, también en los campos desolados cantan las aves: todo lo que necesitan para ello, es que se las escuche y se las admire sin hacer ruido. Por eso el silencio de las tiranías, en algunas partes, ha producido atildados poetas.

El campo de la guerra, no era un campo nuevo para Díaz; pero lo era el de la revolución. Debió haber sentido remordimientos; quizás por eso vaciló tres años. ¿Y contra quién: contra quién iba á revelarse? ¡Contra Juárez!—¿Por qué?—Porque, porque..... ¡la *Constitucion!* Eso es, la *¡Constitucion* y los amigos "abandonados!".... ¡Cómo hay crímenes grotescamente cómicos! En los días presentes, cuando el Dictador ha pasado á caballo por sobre toda la legislación mejicana, por sobre todo respeto y toda justicia, no podría hablar sin ruborizarse (aunque tuviera el rostro de piedra) de los pecadillos de Juárez.—¿Y de los *catorce* cacareados años de su gobierno? ¿Qué podría decir *ahora* el Dictador de Méjico? Cada día que pasa le condena. Cada noche una voz debe gritarle" ¡ACUERDATE!" en el fondo de su conciencia.

No es cierto, sin embargo, que haya sido impopular, en toda la República, la Revolución de la Noria. Porfirio Díaz llevaba un nombre prestigioso, había hecho historia para el intelectual y leyenda para el pueblo; pero, por encima de todo, traía este llamamiento: "nunca había revolucionado." El atractivo de "Díaz Revolucionario," era fascinador: picante, maligno, hilarante, como la perversidad de las vírgenes. Era una copa de ajenjo en nuestros viejos festines de sangre.

Juárez, por el contrario, era un hombre *gastado*: la gloria sacia también. Arístidis, renombrado *El Justo*, detuvo un día á uno que acababa de votar por su destierro.

—Qué crímen ha cometido Arístides, le preguntó, para que le juzgues merecedor de tan cruel castigo?—Si no le conozco! replicó el interpelado, pero me choca haya hecho tanto, para que entre todos le hayan escogido para llamarle *El Justo*. "Ut præter ceteros Justus apellaretur."

El pueblo estaba cansado de la gloria de Juárez. Sólo lo más intelectual de Méjico le apoyaba. La gratitud no es atributo de las masas sociales. Fidias fué condenado á prisión (y murió en ella), casi al día siguiente de haber divinizado á los dioses bárbaros de la Grecia, y de haber colocado á Athena Lemnia á una altura tal, que los siglos pasarían bajo sus pies inclinándose. El pueblo no ama á los buenos, así como tampoco ama á los sabios. Los Emperadores más corrompidos—Nerón, Cómodo, ó Heliogábalo—fueron más queridos que los Gracos y Pompeyos. Y es que el pueblo aborrece la monotonía y el bien es siempre monótono. No hay nada menos atractivo que un hombre bueno. Remangaos los brazos, coged la entraña palpitante de una víctima y devoradla ante la muchedumbre, y ésta os aplaudirá con rabia: ya se representó esa escena, con éxito, durante los negros días del TERROR, en París, cuando el soldado Damiens se llevó á la boca el corazón caliente aún del general Laleu, á quien acababa de asesinar y de arrancárselo.

Ya en 1871 Juárez no era popular: la opinión pública se estrellaba ante un *respeto*, no ante una *popularidad*; no la sujetaba el terror, tampoco, ni la impulsaba la inquina; pero se detenía ante.......¡ JUAREZ! ¿Para qué decir más? Tal nombre bastaba para despertar en la mente, ideas ó impresiones que no se definen, que no se expresan y que obran como una convicción incompleta, pero tenaz; y la cual da orígen á actos volitivos, casi inconscientes, pero irresistibles. "La mano se abre y el arma cae."—¿Miedo? ¿Arrepentimiento?—¿Reacción?—Nó; algo mas hondo: SENTIMIENTO.

No era posible darle una puñalada á Juárez, sin descubrirse antes á su presencia. Es verdad que otros se han descubierto después; pero también está bien hecho.

Al emprender la campaña, y aun con anterioridad, el Caudillo sabía á qué atenerse. No solamente contaría con su fiel hermano, Don Félix, con el siempre inquieto Gral. García de la Cadena, ó con el auxilio exclusivo de Jiménez, Mier y Terán, Méndez, y otras "víctimas del *abandono* de Juárez, sino con todos los preteridos, todos los rezagados del Presupuesto. Y eso sin contar con los nuevos *aliados naturales*, en vías de serlo políticamente y con los cuales ya estaba en más que mediano acuerdo, según dejamos asentado.

Para infundir confianza á éstos—los clericales vergonzantes—los apologistas del Sr. Díaz ponían de relieve la "magna parte" que él había tomado, como representante *del pueblo*, en la promulgación de la reciente Ley de Amnistía, de 13 de Octubre de 1870.

Era entonces diputado el novel conspirador, y con los fueros de tal, en la Capital de la República, pudo disponer convenientemente los preliminares de la sedición.

No; no sería justo tildar de festinado, y mucho menos de necio, al Sr. Gral. Diaz, al alzar la bandera roja en 1871. Su obra fué bien tramada, casi esquisita; mas, á su éxito se opusieron.....las espadas de Rocha y Alatorre. Además, como se verá en "ORGIA TUXTEPECANA," (que es el tomo siguiente de esta SERIE), la muerte de Juárez produjo una reacción tremenda en toda la República.

Contaba, fuera de lo expuesto, el Caudillo Revolucionario, con un gran contingente: la Frontera del Norte. No ignoraba, á buen seguro, que de allí le vendrían secuaces aguerridos, populares, y, sobre todo, de buena fe. En Nuevo León y Tamaulipas, principalmente, había dos gerarquías militares; liberales ambas, pero de distintas tendencias y tradiciones. La una había heredado los vetustos resentimientos hacia el Centro—donde "fronterizo," "payo" y "rebelde" eran sinónimos;—la otra era la emancipada, (si así podemos expresarnos), cuyas miras políticas eran más extensas, menos localistas. La primera hallábase personificada por Zuazúa, Vidaurri y Arramberri; la segunda por Zaragoza, Juan José de la Garza, y Blanco.

Productos de la primera fueron, Treviño, Naranjo, Vara, Cisneros y el ilustre Garza García; en tanto que la segunda contó mayor número de hombres de letras que de armas. Los Garza Melo, Prieto, Galindo, Garza Evia y Z. Gómez, fueron sus campeones en el orden civil, y Escobedo y Garza Ayala en los combates. De haber vivido y conservado sus energías hasta el 71, indudablemente Zua úa y Arramberri hubieran combatido al lado de Treviño y Naranjo, así como Zaragoza y Blanco hubieran engrosado el efectivo de las fuerzas federales. Se ve, pues, que la primera de estas dos divisiones profundas de fronterizos, tenía tendencias guerreras; la segunda, más bien civiles. En tanto que la una pretendía imponerse, la otra sólo quería gobernar. Ambicionaba aquélla el lustre de la Frontera septentrional, por si misma; ésta procuraba lo mismo, pero como parte integrante de la República, esto es, compartiendo el bien común. En suma, dadas las naturales tendencias localistas de todos los pueblos—tan naturales como en los hombres el egoismo—gozaba la primera de simpatías más hondas y más extendidas. Treviño y Naranjo encarnaban el verdadero espíritu fronterizo; Garza Ayala y Escobedo eran los "emancipados del localismo." Y por ser esto así, años después del triunfo de la última revolución porfirista, consecuentes con su pasado, ayudaron al Gral. Reyes en el desarrollo del porfirismo en la Frontera, hasta que esa política degeneró en *centralismo* brutal y rojo: entonces los próceres del garzayalismo tendieron la mano á sus antiguos adversarios y todos los fronterizos se unieron..........

En Coahuila tampoco había simpatías hacia el Centro, y sólo disidencias locales, de Estado á Estado, pudieron conducirle por el buen camino. La Frontera del Norte, como Yucatán y Tabasco, no podían perdonarle al Centro—amén del desprecio con que se veía á sus habitantes—la carencia de ayuda, el abandono en que se la había tenido durante su larga lucha sin cuartel con el salvaje. Así fué que los hombres del *Interior*, grandes y todo, hallaban entre nosotros pocos partidarios decididos. Don San-

tos Degollado fué especialmente aborrecido; siendo nada menos que Ministro de la Guerra, el Gobernador Vidaurri (decreto de 5 de Sept. 1859), le puso "*fuera de la ley.*" Esto da una medida exacta de la moralidad de los tiempos.

Cuando Díaz le arrojó el guante al Gobierno legítimo, su movimiento fué popular en Nuevo León y Tamaulipas, principalmente, y por serlo, con Treviño y Naranjo se alistaron, no solamente individuos del pueblo, ni tan sólo de los que, en más alta esfera, hacen carrera de la política, sino aristócratas acaudalados, como D. Manuel Tárnava y D. Exiquio Steel.—Ambos perecieron en la sangrienta batalla de EL TOPO, donde cayó también, cubierto de heridas y envuelto en la bandera de su batallón, el valiente Coronel Rafael Herrera. ¡Sombríos tributos á la magestad del Déspota en agraz, pero harto ya tinto en sangre!

La Revolución de La Noria no anduvo con fortuna. La primer intentona de Díaz, fué un aborto. Tampico, que inició, ó precedió la revuelta general, así como La Bufa, San Mateo, y El Topo, constituyeron una serie de fracasos sangrientos. En esta última acción de armas, á que nos referimos con anterioridad, sólo el Gral. Francisco Naranjo permaneció en el terreno. Soldados de ambos Ejércitos vestían lo mismo y se maldecían en el propio idioma: la *melee* fué espantosa.—El Coronel Revuelta, fugitivo, llegó á Monterrey con dispersos del 4 de Guanajuato: verdaderos bandidos, se entregaron á la matanza y el saqueo.....

Y eran *¡fuerzas federales!....* ¡A tal punto había llegado la desmoralización en el Ejercito!

Pasaron 49 días.—El telégrafo, la prensa, el público rumor, anunciaban la muerte del gran Juárez, ¡á tiempo que la primer revolución de Díaz agonizaba!........

En este punto de nuestro trabajo, un paralelo entre D. Benito Juárez y D. Porfirio Díaz, resultaría inoportuno, pues que aún no hemos terminado la narración de las acciones de éste como revolucionario, ni su labor como gobernante. Pero, séanos permitido anticiparnos á los sucesos por algunos momentos, y comparar á la ligera al grande hombre que se hundía en el " sueño sin sueños de la muer-

te," con el que quedaba en pie: taciturno, inmóvil, meditativo ante su sepulcro: pero sin deponer más que en apariencia, su actitud guerrera.

Juárez, en 1871, y Díaz, en 1896, se asientan sobre un mismo pedestal: una voluntad de acero. Los ayuda un mismo agente negativo reaccionado en activo: el temor de un cambio; y la inercia, ó la costumbre, si se quiere, mantienen á ambos en sus puestos. Juárez cede á la insinuación de sus amigos y se presenta como candidato á la reelección; porque ya antes ha cedido, inconscientemente, á sí mismo. Es un engañado de buena fe, que ha confundido la voz del pueblo con el anhelo de un propósito aún no realizado y que así pudiera expresarse: "un día más, una hora más, y acabaré mi obra: mi obra de redención, mi grande obra, mi obra buena." Nadie ha engañado á Díaz, ni él se ha engañado á sí mismo. Sus actos, en este sentido, se sintetizan en la célebre frase de Tiberio: "que tras de mi arda la tierra." Díaz bien sabe lo que habrá tras de él; y sabe que, en nuestra historia, su Administración se encerrará en un marco:—paisaje extraño de verdes prados y lagos cristalinos, desarrollado entre ríos de sangre.—Ese será su apoteosis, *esa* su gloria. ¡Así paga el acaudalado el honor de la vírgen—¡con días fugaces, pero brillantes; de aturdimiento voluptuoso, pero mendaz y efímero! No puede decirse que Diaz *necesitara* "dos años más," pegados á la reelección por las manos frías de sus más viles aduladores. ¿Para qué? ¿Quién ha visto cambio alguno, ó señal ligerísima de cambio en el Autócrata? ¿No fueron acaso posteriores, las elecciones en Coahuila y Yucatán? ¿No se vió en ellas la garra nervuda del Tirano? Digámoslo sin rodeos: hombres como Diaz, con dificultad, ó nunca evolucionan; se metamorfosean, pero en el sepulcro. La evolución presupone un *trabajo* previo, ó una fuerza psíquica obrando en dirección determinada, y se realiza en el sentido del trabajo. Por consiguiente, no se ve cómo el Autócrata pueda evolucionar sin violencia hacia la libertad y la democracia.

Sería para él una fortuna, una "compasión histórica" inexplicable, un agasajo desacostumbrado del destino, con

hombres de su clase. Y, sin embargo, ¿no es, acaso, Díaz, el prototipo del hombre de fortuna? ¿No le ha sonreído ésta, á cada paso, durante todo el curso de su vida?.......

Juárez, por el contrario, fué uno de aquellos luchadores, que han tratado con el destino como con un agiotista cruel, pagándole con carne y sangre cada uno de sus favores. Y cuando la entraña se debilitó, fué la caída!... ¡Ah, sí, la caída tremenda al abismo sin fondo de la eternidad!....—Cayó, se derrumbó el coloso después de una lucha de más de cuarenta años, tras de haber sacado á la patria ilesa de la Dictadura, del Golpe de Estado, de la Reforma y de la Intervención Francesa. Y terminó así jornada tan áspera, sin haber casi conocido un solo día de reposo. Para él no hubo "*paz octaviana*, para él no existieron los goces de un hogar tranquilo; porque no es hogar tranquilo, aquél en que se lloran las decepciones del mundo con silenciosas lágrimas, sobre el corazón del más querido de los seres.... Juárez fué un infortunado; como convenía que fuese. Era imposible que tal grandeza no estuviera amasada con dolores. No cabe en un mismo organismo de hombre ser tan grande y ser feliz. Por eso los genios se enferman, son desgraciados, ó mueren locos. No se comprende á Cristo, apaciblemente agonizando en artesonado cuvículo del *Palatium* de los Césares, tendido sobre perfumado lecho de limonero de Mauritania. En la antigüedad asesinaban á los hombres grandes, como Rómulo, y luego los convertían en dioses. En esas tragedias hay un humanismo espantoso. Para que la memoria de Sócrates nos sea cara y nos impresione, necesitamos recordarlo, nó acariciado por el elegante Platón, ni llorado por Critón, el linajudo, sino dirigiendo consoladoras frases de perdón á su verdugo, que disculpándose y lloroso le alargaba la cicuta.

Cuando Juárez murió, la República no supo darse cuenta de su desgracia. La atmósfera densa estaba todavía con el humo de recientes combates. Aun no aclaraba.......

Con todo, algo muy importante había acontecido: Don Sebastian Lerdo de Tejada era ya Primer Magistrado de la República.

¡Era el segundo en turno!

CONCLUSION

Al Sr. General Porfirio Diaz

Antípater, no encontrareis en mi un adulador y un amigo al mismo tiempo.
FOCION, *General Ateniense.*

General:

Hierón, que fué tirano de Siracusa después de Gelón, se expresó alguna vez en estos términos: "nunca diré que viene en mala hora, el que venga á hablarme con franqueza." La palabra griega que significa franqueza, yo la substituiría por otra que indicara "sinceridad," ya que ésta serviría para expresar, en nuestro idioma, una intención más noble. Se puede ser franco sin ser sincero.

Sé perfectamente que mi libro no os será de todo punto grato: hace años que no os tendeis sobre la plancha en que la adversidad diseca espíritus y desgarra ciertas reputaciones, hijas del buen tiempo como las flores y las golondrinas. Muy alto estais colocado, y entre vos y la realidad de vuestra valía, la Adulacion ha tendido una nube sonrosada, que os sirve de tapiz, atmósfera y diván donde plácidamente os entregais á imaginaciones irreales. ¿Como pudiera mi voz débil penetrar las opacidades voluptuosas en que la adulación os aduerme? ¿Cómo llegaría hasta allí para deciros "¡despierta!" en nombre de vues-

tro pasado, en nombre de la HISTORIA? ¡Imposible!...... Y sin embargo, por qué no podríais ver que quienes están en torno vuestro son vuestros mayores enemigos?—¿Quién os adula?—*Ese* os empuja al abismo, *ese* os atrae con cabriolas irresistibles, como los hipnotizadores. Es mas fácil salir ileso de los proyectiles en cien batallas, que de la lisonja de los cortesanos. La adulación es la cadena de flores con que los débiles, los corrompidos y los malvados, conducen, como domesticadas fieras, á los leones del coraje y del talento. El platillo de la lisonja siempre fué el más apetitoso y el más dañino en los festines de los grandes. Es menos indigno, más varonil, ceder á un yugo de hierro que á un yugo de rosas. Si quereis escojer entre vuestros enemigos, preferid los del puñal á los que traen miel en la punta de la lengua; podreis escapar á los primeros, nunca á los segundos: pueden aquéllos causaros la muerte, los otros la deshonra.

Y próceres como vos, General, que llevan en el corazón y en el cerebro la historia que formaron, durante más de medio siglo, tienen derecho á mirar á los hombres frente á frente, y se espera de ellos que sepan leer nó en las sonrisas del rostro sino en los repliegues del alma. Y que sepan distinguir también, cuál es la medicina y cuál el tósigo, que no siempre lo amargo es triaca, ni el néctar conduce á larga vida.

La adulación os rodea, General, os rodea y envuelve y ciega y oculta aun á vuestra propia conciencia. No encontraríais ahora en vos, al héroe caballeresco de hace cuarenta años!

Los aduladores no son serpientes, como los hipócritas. Hay no sé qué de satánicamente noble en estos. Los aduladores son gusanos; y así como los gusanos se seban en las carnes muertas y en descomposición, así ellos se seban en los caracteres podridos. Hay ejemplos humanos, abundan, para quienes la adulación es un simple cosquilleo á la vanidad; pero esto para las hembras y para los espíritus débiles. El arsénico que en dosis tóxica embellece á la jóven suisa, mata al hombre. La mujer, y los débiles

que disfrutan de riquezas, por ejemplo, se acostumbran al veneno en pequeñas dosis, reciben la lisonja envuelta en placeres y sonrisas: esa no mata, es más bien un tónico. —Pero vos, General, vos sois hombre, vos sois fuerte; para vos la adulación es un tósigo terrible.

Mas.... ¿creereis, por ventura, que exagero?

Tomad una de esas hojas volantes, que con real munificencia pagais con los dineros del Tesoro. En ellas, sin esfuerzo, encontrareis largas tiradas, en que vuestro nombre va y viene, fulgura y culebrea, hasta quedar envuelto en una masa viscosa y opalina: la ponzoña del áspid que os ha amortajado con lisonjas. Allí apareceis desfigurado hasta el absurdo, no podríais reconoceros. Se asegura—insultando soezmente la patria misma por cuyos destinos flameó vuestro acero en cien combates—que esa patria, y las gentes que la forman, nada valen, absolutamente nada; que estais solo, General, que estais SOLO en medio de vuestros aduladores, de las sabandijas que os rodean.

Bien. ¿No sentis desesperante, absurdo ese aislamiento? ¿No juzgais imposible, que en vuestra nación seais el ÚNICO noble, grande, heroico, progresista, patriota, infalible, la encarnación excluyente, monándrica, de todo un pueblo, de toda una raza!—Si del fondo de vuestro pecho no se levanta, primero, algo como vapor tenue y cálido, que poco á poco va encendiendo vuestra sangre, crispando los tendones, poniendo en ebullición el cerebro, quemando el rostro; si no sentis que vuestras mandíbulas se contraen y vuestra saliva busca un rostro encanallado—entonces, General, ¡ya es tiempo de morir!..... O de vos se dirá lo que Aulo Sabino de Teseo:

¡Miserable de mi! Por un extraño
Destronado á la postre, ¡tal ha sido
De prolongada senectud el fruto!

Turpe pati nobis! regno ferus expulit hospes;
Hunc illi finem longa senecta dedit.

Mas, si por el contrario, profunda indignación os subleva el ánimo, y desprecio cordial, hondo, á duras penas gobernable, os impele irresistible á sumergir en el cieno á esos productos del cieno moral—como á aquellos conde-

nados del Dante á quienes los ministros del INFIERNO sumerjen con horquillas á la pez hirviendo—entonces, si tal sentis, ¡estais salvado! Y sobre vuestro sepulcro grabará la Historia estas sencillas palabras, que Justino dedicó á Mitrídates, egregio rey de los Partos: "Cayó enfermo y murió en gloriosa senectud." *Gloriosa senectute decedit.*

He procurado delinear vuestra historia—vuestra historia heroica—á grandes rasgos. Mal lo he hecho, sin duda alguna, por deficiencias que no he alcanzado á corregir dado lo endeble de mis fuerzas; pero no hay en ella una sola línea que no contribuya, á fuer de molécula brillante, á señalaros el camino por donde se prolonga la recta de vuestra vida, hasta hundirse en el lago sin fondo donde esta se quiebra para siempre, á punto que la sombra se refleja en el manto tranquilo de sus aguas.

Feliz vos, General, feliz mil veces, porque aún teneis espíritu y fuerzas para desandar. Si se ha errado la vía, se vuelve atrás; retroceder es, muchas veces, ganar empuje para saltar por sobre todos nuestros errores.

No seré yo, profeta zahorí, quien os venga á hablar en nombre de los años, de la ancianidad cansada y débil, de las dolencias físicas que quebrantan los ánimos de acero, ¿qué importa todo eso ante una eventualidad todavía más abrumadora, cuando aún está sin escribir el último capítulo de vuestra vida? ¡Ah! es verdad, vuestra senectud es fornida, teneis la vejez del roble que rompe las peñas con sus raices. Todo en vos es vigor, vuestra vitalidad es admirable: ¡el cielo os la conserve! Pero.....¿teneis seguridad de vivir todavía largo tiempo? No sería yo, lo repito, quien deseara ver abreviarse el número de vuestros años, por mucho que de corazón aborresca vuestra obra de político. Apareceis á mi imaginación como una torre elevadisima, y no sé qué me impresiona más: si la cumbre que se eleva y pierde en los cielos, ó la sombra que se arrastra y hunde en el abismo.—Balzac era también un grande hombre: una cumbre. Robusto, atlético, la vida parecía complacerse en fortalecer su genio. Había llenado el mundo con la fama de sus obras, y frente á frente de las al-

tas gerarquías intelectuales de Europa, se dijo alguna vez: "yo me colocaré por encima de todos....." Y quizás la sangre, agolpándose entonces en su corazón en afluencia poderosa, bañaba su cerebro de gigante con trepidaciones intensas y fantaseos de vitalidad supra-humana.

¡Ah, Balzac se hallaba para entonces casi en agonía!....

Un día se le presentó su médico, y, tras ligero exámen le dijo:

—¿Habeis pensado en la muerte, Mr. Balzac?

—No; ni me interesa.

—¿Y si fuera preciso?.....

—¿Acaso estoy....en peligro?

—Si.

—Pero, podré vivir....años.

(Movimiento de cabeza negativo).

—¿Meses?.....

—Tampoco.

—¿Ni un mes?

—Pedid lo menos posible....

—Es que un hombre como yo no puede morir sin dejar hecho un testamento literario.....

—¿Cuánto necesitais?

—¿Días?....

—No;.....horas.

Ocho horas después, Balzac ¡el gran Balzac! era solamente un cadáver.

Se ha dicho, se ha repetido hasta la saciedad—Tolstoi lo dijo y vuestra prensa y oradores lo repitieron con aplauso—que por el camino de la tiranía marchabais hacia la democracia. Yo también quiero creerlo; porque, en todo caso, más vale equivocarse deseando el bien de la Patria, que acertar previendo sus adversidades y su ruina.

ADOLFO DUCLOS-SALINAS.



INDICE.

Páginas,

LIBRO III.

EL HEROE DE LA INTERVENCION FRANCESA.

LIBRO IV.

EL CAUDILLO REVOLUCIONARIO.

(Tanto el INDICE ANALITICO como las "NOTAS y ERRATAS," que indispensablemente deben consultarse al leer esta obra, se imprimieron en cuaderno aparte para su mas facil manejo. Forman parte de la obra).






LIBRARY OF CONGRESS
0 015 835 870 0